

UN COMENTARIO

SOBRE

**LA EPÍSTOLA DE
SANTIAGO**

POR

GUY N. WOODS

TRADUCCIÓN:

LIONEL M. CORTEZ

Gospel Advocate Co.
Nashville, Tenn.
1965

Derechos de Autor por
GUY N. WOODS
3584 Galloway Ave.
Memphis, Tenn. 38122
1964

A
TODOS LOS ESTUDIANTES SINCEROS
DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

CONTENIDO

	<i>Página</i>
UNA INTRODUCCIÓN GENERAL	iii
PREFACIO	iv
INTRODUCCIÓN	
Autor	v
A quiénes escribió	ix
Porque fue escrita	x
Cuándo se escribió	xi
Dónde fue escrita	xi
Un análisis de la Epístola	xii
SECCIÓN 1 (1:1)	
La dirección y el saludo (1:1)	1
SECCIÓN 2 (1:2-18)	
El valor de las pruebas (1:2-4)	11
La sabiduría y la fe (1:5-8)	15
Instrucción al rico y al pobre (1:9-11)	21
La corona de la vida (1:12)	26
La tentación y el pecado (1:13-15)	30
Dios, la fuente de todo bien (1:16, 17)	36
Nacidos por la palabra (1:18)	40
SECCIÓN 3 (1:19-27)	
La ira del hombre, la justicia de Dios (1:19, 20)	44
Hacedores de la palabra (1:21-25)	48
La religión pura (1:26, 27)	61
SECCIÓN 4 (2:1-13)	
La acepción de personas (2:1-4)	68
La consideración de Dios para con los pobres (2:5)	73
La opresión por los ricos (2:6, 7)	76
La ley real (2:8-13)	78
SECCIÓN 5 (2:14-26)	
La fe, sin obras, es muerta (2:14-17)	88
Las obras prueban la fe (2:18-20)	93
La verdadera fe ilustrada en los casos de Abraham y Rahab (2:21-26)	98

SECCIÓN 6 (3:1-12)

La responsabilidad de los maestros (3:1)	107
El control de la lengua (3:2-8)	110
Las contradicciones de la lengua (3:9-12)	121

SECCIÓN 7 (3:13-18)

Los sabios y los entendidos (3:13, 14)	127
La sabiduría que viene de abajo (3:15, 16)	131
La sabiduría que desciende de lo alto (3:17, 18)	135

SECCIÓN 8 (3:13-18)

La causa de los conflictos (4:1)	142
Oraciones no pedidas y no contestadas (4:2, 3)	144
Dios contra el mundo (4:4-6)	150
La sumisión y la exaltación (4:7-10)	163

SECCIÓN 9 (4:11, 12)

Se Condena la Murmuración (4:11)	175
El Juicio le Pertenece a Otro (4:12)	177

SECCIÓN 10: (4:13-17)

Confianza presuntuosa (4:13, 14)	182
Reconociendo a Dios en nuestros asuntos (4:15, 16)	186
El pecado de la omisión (4:17)	188

SECCIÓN 11 (5:1-6)

Los ricos advertidos (5:1-3)	191
Los pecados de los ricos (5:4-6)	196

SECCIÓN 12 (5:7-12)

La paciencia y el retorno del Señor (5:7-9)	204
Ejemplos de la paciencia (5:10, 11)	211
El juramento prohibido (5:12)	217

SECCIÓN 13 (5:13-20)

La oración y la alabanza (5:13)	223
Los ancianos y los enfermos (5:14, 15)	227
Ejemplo de la oración (5:16-18)	231
Salvando a un alma de la muerte (5:19, 20)	236

UNA INTRODUCCIÓN GENERAL

Este volumen completa la Serie de Comentarios Sobre el Nuevo Testamento del Gospel Advocate. Es el Comentario Sobre Santiago autorizado y oficial en esta Serie.

En este libro el escritor erudito ha mantenido y, en realidad, ha levantado el alto nivel de excelencia establecido en su anterior *Comentario Sobre Pedro, Juan y Judas*. Los millares de personas que han leído este volumen con placer y provecho estarán encantados con el *Comentario Sobre la Epístola de Santiago* del autor.

Este es un libro *raro*, no que sea viejo y escaso, sino en que vale la pena una lectura cuidadosa y un estudio maduro. Es un libro que será leído y apreciado por centenares de estudiantes agradecidos de aquí y en adelante.

El material de la hermandad sobre Santiago es relativamente escaso. Este volumen va a llenar una necesidad de ya mucho tiempo. Lo enviamos con un sentir de satisfacción, creyendo que ayudará a millares para un mejor entendimiento y apreciación de la “Epístola Práctica de Santiago”.

Confiamos en nuestra expectación y predicción que este volumen va a gozar de una amplia circulación.

B.C. Goodpasture

PREFACIO

Desde la aparición de “Un Comentario Sobre las Epístolas de Pedro, Juan y Judas”, por este escritor, y publicado por el Gospel Advocate Company, sólo hace diez años, centenares de pedidos han venido impulsándonos a publicar un Comentario semejante sobre la Epístola de Santiago, para así completar la Serie de Comentarios Sobre los Libros del Nuevo Testamento del Gospel Advocate. Durante este período el autor de estas notas ha predicado en aproximadamente trescientas setenta campañas a través de la nación, y casi no puede recordar una campaña sin que hayan preguntado sobre la producción de tal volumen. En armonía con su plan de completar la serie el Gospel Advocate Company ahora hace disponible este volumen final. Fue producido bajo la invitación de B.C. Goodpasture, Editor del *Gospel Advocate* y Presidente de la Gospel Advocate Company.

El mismo método general que caracterizó “Un Comentario Sobre las Epístolas de Pedro, Juan y Judas” se ha sido seguido en esta obra. En éste, así como en aquel esfuerzo, hemos seguido los métodos usuales de acertar según lo mejor de nuestra habilidad, la mente y el significado del escritor sagrado; y lo hemos puesto en un idioma sencillo, sin adornos. La obra ha sido preparada para *el estudiante regular* de las Escrituras y no del especialista o erudito enclaustrado. Al escribir estas notas hemos buscado siempre tener en mente a aquellos cuyo tiempo es limitado; quienes no tienen los recursos en los cuales confían los eruditos; quienes sinceramente desean saber lo que se enseña en el libro de Santiago; quienes no están, ni tienen interés en los *teólogos sectarios* de nuestros días; y quienes no serían edificados, sino meramente descarriados, por un arreglo de sus distintas y frecuentemente falsas opiniones.

Enviamos esta obra, conscientes de sus muchas imperfecciones, lamentándonos de no poder producir un mejor Comentario Sobre la Epístola de Santiago, y con la esperanza sincera y oración que dirigirá a todos los que la consulten en busca de un conocimiento más claro y profundo del Evangelio del Sentido Común”, como aptamente se le ha señalado a esta Epístola de Santiago; y si, en alguna medida, llega a lograr esto, nos sentiremos que la tremenda tarea que su producción significa ha sido completamente justificada.

GUY N. WOODS
3584 Galloway Avenue
Memphis, Tennessee 38122
25 de diciembre de 1963

INTRODUCCIÓN

AUTOR

La Epístola General de Santiago fue escrita por el hombre cuyo nombre lleva: Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo." (Santiago 5:1). Esto, no obstante, no determina su identidad completamente, puesto que hay por lo menos *tres* hombres prominentes en el Nuevo Testamento con ese nombre de Jacobo (Jacobo, Jacob, y Santiago es considerado como el mismo nombre). (1) Jacobo, hijo de Zebedeo y Salomé, hermano de Juan y uno de los apóstoles del Señor (Mateo 4:21; Marcos 1:19; Lucas 5:10); (2) Santiago, hijo de Alfeo, y también un apóstol (Mateo 10:3; Marcos 3:18; Lucas 6:15; Hechos 1:13); (3) Santiago, un hermano de Cristo en la carne (Mateo 13:55; Marcos 6:3; Gálatas 1:18, 19).

Cuatro mujeres estaban presentes en la crucifixión quienes estaban vitalmente interesadas en los eventos que allí sucedían. Éstas eran María, la madre de Jesús; Salomé, la madre de Jacobo y Juan y la esposa de Zebedeo; María, la esposa de Alfeo (o Cleofas), y la madre de Jacobo el Pequeño; y María Magdalena. Tres de estas mujeres, María, madre de Jesús, Salomé, y María, madre de Jacobo el Pequeño tenían hijos con el nombre de Jacobo. El autor de Santiago era evidentemente uno de estos tres hombres.

No era Jacobo, el hijo de Zebedeo; este discípulo y apóstol sufrió el martirio por manos de Herodes poco después de que la iglesia fue establecida y mucho antes de que este libro de Santiago fuese escrito (Hechos 12:1, 2). No era Jacobo hijo de Alfeo, porque ese Jacobo era un *apóstol* (Mateo 10:2-4). Los hermanos de Cristo--hijos de María y José--no creían en Él sino hasta *después* de su resurrección (Juan 7:5); obviamente que Jacobo hijo de Alfeo no podría haber sido un apóstol y un incrédulo a la misma vez. De los mencionados en el Nuevo Testamento por este nombre, sólo queda otro "Jacobo" que podría haber escrito la Epístola; Jacobo (que también es Santiago), hijo de María y José, hermano en la carne de nuestro Señor y de "Judas" autor de otro libro del Nuevo Testamento designado *Judas*.

El concepto anterior es, generalmente hablando, el más razonable de todas las teorías avanzadas concerniente a la identidad del autor de Santiago. No obstante, presentaremos para la consideración del lector, otros conceptos que son defendidos para que pueda evaluar por sí mismo la evidencia presentada. Realmente, la cuestión gira sobre la identidad de los "hermanos" del Señor (Mateo 13:55), "el hermano del Señor" (Gálatas 1:18, 19). El "Jacobo" en la lista de "hermanos" era evidentemente el autor del libro que lleva este nombre.

¿CUÁL ERA SU RELACIÓN A CRISTO?

(1) Una teoría supone que estos hombres--Jacobó, José, Simón y Judas--eran primos de Jesús, hijos de una mujer llamada María, ¡hermana de María la madre de Cristo! Sobre esta suposición, Jacobo, "el hijo de Alfeo", ha de ser considerado como el mismo Jacobo, "el hijo de Cleofas", Alfeo y Cleofas siendo nombres derivados de la misma fuente, y así el concepto es avanzado de que el Jacobo así mencionado era uno de los apóstoles. En respuesta a la objeción de que los hermanos de Cristo, en la carne, no creían en Él durante Su ministerio público y que no eran apóstoles, se alega de que la palabra "hermanos" por medio de la cual "Jacobó, José, Simón y Judas" son identificados en Mateo 13:55, no necesariamente describe la relación que el término *hermanos* hoy adscribe; y, en realidad, eran ellos meramente primos de Jesús--¡hijos de una hermana de la madre de nuestro Señor con el nombre de María! Ésta es la teoría Católica Romana (y defendida por muchos eruditos de la Iglesia Episcopal y la Iglesia de Inglaterra), y obviamente inventado para evitar una objeción insuperable a su doctrina de la virginidad perpetua de María--la teoría de que José y María no tuvieron hijos después del nacimiento de Jesús. Las objeciones que se pueden levantar contra esta teoría son numerosas y con mucho peso. (a) Si se concede que los nombres Cleofas y Alfeo se derivan de la misma fuente, éstas son apelaciones distintas y no hay razón para suponer que en este caso, o en ningún otro, se refieran al mismo individuo. (b) Necesita la teoría la conclusión que en Juan 19:25, cuando se dice que "Estaban de pie junto a la cruz de Jesús su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena", hay sólo tres mujeres mencionadas, y que "la hermana de su madre", es identificada en este texto como María la "mujer de Cleofas". Evidentemente que hay cuatro mujeres mencionadas en este pasaje, y se presentan en dos pares:(1) la madre de Jesús y la hermana de Su madre; (2) María la mujer de Cleofas y María Magdalena. (c) La teoría requiere que uno crea que *dos* hermanas con los mismos padres tenían el mismo nombre de María y ¡que ambas eran llamadas por *este nombre*! Los nombres son asignados con el propósito de distinguir a una persona de otra; la conclusión que necesita la teoría, es imposible y absurda. (d) La contención de que la palabra *adelfos* (hermano) significa primo está sin el apoyo léxico, o ejemplo del Nuevo Testamento. Además hay una palabra para primo (*anepsios*) que ocurre en el texto griego de Co. 4:10. (e) En ninguna de las listas de apóstoles se encuentra la sugerencia de que dos o más de los hermanos del Señor hayan sido apóstoles; y, en realidad, se hace una gran diferencia entre ellos en Hechos 1:13, 14, y 1 Corintios 9:5. (f) Sin embargo, la mayor objeción se ve en la afirmación de Juan 7:5: "Porque ni aun sus hermanos creían en él". Es evidente que los hermanos de Jesús en la carne no aceptaban Su reclamo a la Deidad durante Su ministerio público; y que no llegaron a ser Sus discípulos hasta después de Su muerte y resurrección. No obstante, si la

teoría es verídica, dos de Sus hermanos (Santiago y Judas) serían contados entre los apóstoles. Creemos que estas consideraciones eliminan la posibilidad de que Jacobo, "el hermano del Señor", sea la misma persona con Jacobo, el "hijo de Alfeo" (o Cleofas), uno de los apóstoles.

Una segunda teoría suscrita por algunos eruditos de la Iglesia Griega Ortodoxa es que "los hermanos" de Jesús eran hijos de José por medio de una esposa anterior. Las objeciones para este punto de vista son muchas. (a) No hay el más mínimo de los indicios en todos los escritos sagrados de que José haya tenido otro matrimonio anterior. (b) Esta teoría, así como la anterior requiere un significado arbitrario y sin fundamento a la palabra asignada "hermanos" en el texto. (c) Sobre esta suposición, ¿estos "hermanos" no tienen parentela *alguna* con Cristo! Jesús no tenía en la carne parentela con José; *ellos* (según éstas) no tendrían parentela con María, la madre de Cristo; así que no tendrían parentela alguna con Él. No obstante, el texto, de manera simple y directa, describe a estos miembros de la misma manera en que una familia hoy en día es descrita: A)No es éste el hijo del carpintero?) No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? Y sus hermanas) no viven todas entre nosotros?) De dónde, pues, le viene todo esto? (Mateo 13:55, 56)

Un concepto tercero, y es el que aquí se mantiene, es que los "hermanos" de Cristo mencionados, eran en realidad medios hermanos de Jesús, hijos de José y María, nacidos a ellos después del nacimiento de Cristo, uno de los cuales era Santiago, otro Judas, ambos escribieron epístolas en el Nuevo Testamento. (a) Referencias a los "hermanos" de Jesús son más naturalmente tomadas en el significado común y usual del término: "Después de esto descendieron a Capernaúm, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días" (Juan 2:12). "Mientras él estaba aún hablando a la gente, su madre y sus hermanos estaban afuera y querían hablar con él" (Mateo 12:46). (b) Cuando Jesús "vino a su pueblo" y enseñó en la sinagoga, encontró oposición de parte de los de su pueblo; y era en esta ocasión que la multitud lo identificó como el hijo de María y el hermano de Santiago, José, Simón y Judas. Diciendo entonces Jesús: "No hay profeta sin honra, excepto en su propio pueblo, entre sus parientes, y en su casa" (Marcos 6:4). (c) Considerar a estos hermanos como hijos de María y José y por lo tanto medios hermanos de Jesús, está en armonía con el significado usual de los términos usados; es tal concepto como se usaría comúnmente por uno que no tiene una teoría para defender (tal como la Virginitad Perpetua) al leer el pasaje por la primera vez. (d) La doctrina de la Virginitad Perpetua, la razón principal por la cual hay que adoptar los conceptos recién refutados, no era creída hasta siglos después de la edad apostólica. (e) Escritores antiguos de los tiempos cercanos a la Edad Apostólica creían en el concepto aquí defendido. Hegesipo, al escribir a finales de la cuarta parte del siglo

segundo, en una declaración sobresaliente citada por Eusebio (Hist. II. 23), identifica a Santiago como "el hermano del Señor", y lo distingue de los demás apóstoles.

Pero, ¿no dijo Pablo, "Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para visitar a Pedro, y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor?" (Gálatas 1:18, 19).) No identifica esto a Santiago, "el hermano del Señor" *como un apóstol*? Debe recordarse que, después de los primeros días del cristianismo, y mucho antes del fin de la era apostólica, la palabra *apóstol* era aplicada a varias personas que no eran de los doce originales, e.g., Bernabé (Hechos 14:14); Andrónico, Junias y otros (Romanos 16:7).

Por lo tanto, podemos concluir con propiedad que (1) no hay razón alguna para asumir que Santiago, "el hermano del Señor", ha de ser identificado con el hijo de Alfeo (o Cleofas), o que era uno de los *originales* apóstoles. (2) No hay absolutamente base alguna por el concepto de que "los hermanos del Señor" eran *primos* de Jesús e hijos de una hermana de María, llamada María. (3) Santiago, el escritor de la Epístola que lleva su nombre, era un hijo de María y José, un medio hermano de Jesús, y miembro de una familia que tenía cinco varones y por lo menos dos mujeres: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?" (Mateo 13:55).

El autor de Santiago no era así asociado con Cristo en su ministerio público, ni tuvo conocimiento de la Deidad del Señor hasta después de la resurrección. Parece según Hechos 1:13, 14 que fue este evento el cual trajo juntos a todos los hermanos de Jesús, en la carne, para reconocer su identidad como el Hijo de Dios. Es allí que se afirma que "sus hermanos" (los hijos de María y José, -- Mateo 13:55, 56) continuaron con los apóstoles y los otros en el "aposento alto" en la ciudad de Jerusalén. Tuvo el privilegio de ver una visión del Señor resucitado (1 Corintios 15:5, 7), y pronto surgió a la prominencia en la iglesia primitiva. Si la traducción en el texto de Gálatas 1:18, 19, es correcta, el recibió el título de *apóstol* (literalmente, uno enviado), así como otros discípulos fieles, e.g., Bernabé, Andrónico, Junias y otros. El presidió en el concilio en Jerusalén y dio un discurso en esa ocasión (Hechos 15:13) y era una parte de la compañía que recibió a Pablo al regresar el apóstol de su tercer viaje misionero (Hechos 21:18). Eusebio nos dice que era llamado "El Justo" por causa de sus muchas virtudes que poseía; y este mismo historiador, "el Padre de la Historia de la Iglesia", preserva un fragmento de Hegesipo, un historiador judío, que Santiago "acostumbraba ir solo al santuario, y era encontrado postrado de sus rodillas, y pidiendo perdón por el pueblo, de manera que sus rodillas se endurecieron y se gastaron como las de un camello, porque siempre estaba arrodillado y adorando a Dios, y pidiendo perdón por el pueblo"

Aunque era un hermano de Cristo, en la carne, el escogió identificarse sencillamente como "siervo de Dios y del Señor Jesucristo" (Santiago 1:1), e instar a la aceptación de su mensaje en base de inspiración y la verdad, en vez de sólo por una relación carnal con Cristo. Con Pablo sin duda sentía que "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocemos según la carne, ya no lo conocemos así" (2 Corintios 5:16).

Reportes tradicionales de su muerte son conflictivos y no dignos de confianza, sino que todos le dan testimonio de una muerte de mártir. Fue un gran y buen hombre; y el libro que lleva su nombre, por causa de su carácter eminentemente práctico, sigue siendo una bendición para la humanidad.

A QUIÉNES ESCRIBIÓ

La epístola es dirigida a "las doce tribus que están en la dispersión" (Santiago 1:1). Aquellos a quienes así se dirigió no son identificados de otra manera; y, por lo tanto, hay diversidad de opinión concerniente al significado de la frase, "la dispersión". La palabra (*diaspora*) aparece aquí, en 1 Pedro 1:1, en donde hace referencia al Israel *espiritual*, el pueblo del Señor, de las áreas designadas, y sin consideración de origen nacional o carnal; y en Juan 7:35, en donde se refiere a los judíos (en la carne) esparcidos a través del mundo griego. Las frases, "las doce tribus", y "la dispersión", son, claro definitivamente judías en su fondo, cuyos detalles son dados en el comentario bajo Santiago 1:1. El asunto es discutido con mucho detalle en ese pasaje. Generalmente hablando, el concepto más razonable y satisfactorio del asunto es que la Epístola fue dirigida a cristianos, muchos de los cuales eran de ascendencia judía y quizás muy esparcidos.

Es muy seguro que no fue dirigida a *judíos incrédulos* por declaraciones repetidas en la carta, demostrando el hecho de que se dirigía a cristianos (cf. 1:2, 5, 9, 19; 2:1, 14; 3:1; 3:1; 4:11; 5:7, 9, 12, 19), y por el hecho adicional de que el escritor no hizo un esfuerzo para dar argumentos para apoyar la Deidad de Cristo como los que son encontrados repetidas veces en los discursos dados a judíos incrédulos en Hechos. La Epístola no contiene mención de la cruz de Cristo, o de su resurrección--omisiones sin razón si es que la Carta tenía la intención de la edificación de judíos incrédulos. También parece muy improbable que fue dirigida a *gentiles incrédulos* por el uso de las frases, "las doce tribus", "la diaspora" (1:1), "vuestra congregación" (2:2), y otras declaraciones judías típicas; y de la ausencia de argumentos designados para convencer a los paganos del Un Dios Verdadero, y de Su Hijo, Jesucristo. En esos casos en donde el escritor se dirige a gente mala, estas palabras son dirigidas a miembros apóstatas de la iglesia, o en forma de apóstrofe, con frecuencia

característico de escritores. Así consideramos la declaración "las doce tribus que están en la dispersión", ser un significado figurativo, comparable al "Israel de Dios" (Gálatas 6:16) de Pablo, y de abarcar a cristianos, ya de descendencia judía o gentil.

PORQUÉ FUE ESCRITA

Porqué la Epístola fue escrita se relaciona íntimamente con la sección anterior, A QUIÉNES ESCRIBIÓ, y ha de determinarse por ella. Fue escrita, creemos, y ya hemos indicado, a cristianos, muchos de los cuales--quizás la mayoría--eran de ascendencia judía como demuestran las muchas referencias a la adoración e historia judía, evidentemente siendo el propósito para instruirlos en la fe cristiana y para cobijarlos de la tentación mundana. Aquellos a los cuales Santiago escribió estaban en contacto frecuente con paisanos ricos y arrogantes quienes continuamente los oprimían y perseguían, y sus pruebas eran muy pesadas y dolorosas para llevar. No era siempre fácil mostrar paciencia y abstenerse de tales situaciones difíciles y una gran medida de perseverancia cristiana y amor eran necesarios para poder vivir con propiedad la vida cristiana. Además, había muchas debilidades inherentes y disposiciones pecaminosas entre ellos tales como juicios de censura, hablar mal, un uso descontrolado de la lengua, una disposición halagadora hacia los ricos y una actitud de desdén hacia los pobres, que necesitaban eliminar de sus vidas antes de poder alcanzar la altiplanicie de una conducta cristiana noble. La Epístola de Santiago no es, ni tuvo la intención de ser, un tratado formal teológico, sino una simple presentación sobria de los principios cristianos, el diseño de la cual era capacitar a los lectores a resistir a los pecados peculiares de la época; para exhortarles a vivir de tal manera como para merecer y recibir la aprobación de Cristo; y tener suficiente fuerza para enfrentarse con los difíciles problemas sociales que entonces prevalecían. La carta, por su carácter eminentemente práctico, ha sido correctamente señalada como "el Evangelio del Sentido Común". Es una demostración maravillosa del hecho de que los principios de Cristo correctamente aplicados y asimilados cabalmente, plenamente llenarán las necesidades de cada generación, cualesquiera que sea el período en la historia. Esto demuestra el hecho de que en nuestro día no necesitamos un *nuevo evangelio* para una supuesta edad moderna; el evangelio de Cristo, al ser proclamado y obedecido en su pureza antigua, va a satisfacer toda necesidad de cualquier edad. Es la única solución de los problemas de un mundo enfermo, la panacea de las enfermedades del hombre, la medicina específica para los males de la humanidad. Es nuestra honorable obligación solemne hacerlo disponible a nuestra edad sin añadir, sin quitar, y sin modificación.

CUÁNDO SE ESCRIBIÓ

No es posible fijar la *fecha* de la Epístola de Santiago con ningún grado de seguridad, y cualquier esfuerzo con este fin es poco más que suposición. Usualmente se hace al determinar los límites en que pudo haber sido escrita, de la siguiente manera: Se cree que Santiago pudo haber sufrido el martirio cerca de la mitad de la década sexta del primer siglo por medio de declaraciones hechas por Josefo y Hegesipo (que, dicho sea de paso, no están de acuerdo, aquel lo pone alrededor del 62 d. C., cuando se supone que fue apedreado a muerte por un edicto de Ananos; este último afirma que ocurrió poco antes del sitio de Jerusalén por los romanos, d. C. 65. De cualquier modo no puede darse una fecha antes del 65 d. C. La carta presupone que el nombre cristiano ya ha sido dado (Hechos 16:26), y era, por los enemigos de Cristo y de cristianos, blasfemado (2:7). Esto eliminaría la posibilidad que fue escrito antes del año 40 d. C. Además, fue después de la gran ola de la persecución que pasó por la iglesia bajo la dirección de Saulo de Tarso (Hechos 8:1 y siguientes versículos), porque aquellos a los cuales Santiago escribió estaban sufriendo entonces persecución. En vista del hecho de que había niños sin padres, viudas necesitadas, y hermanos pobres en abundancia al tiempo de escribir (Santiago 1:27; 2:15-18), y puesto que hubo una gran hambre en Judea alrededor del año 44 d. C., y aun otra ola de sufrimiento para los santos pobres en los últimos años de la quinta década, la Carta parece haber sido escrita, en uno de estos dos períodos. Evidentemente escrita entre el 40 y el 65 d. C., y quizás entre el 44 y 65 d. C., cualquier esfuerzo para fijar una fecha definitiva no es más que adivinar. Afortunadamente, la verdad de la Epístola, y su valor para nosotros, no dependen de la fecha cuando se escribió, y, por lo tanto, no es necesario determinarla exactamente.

DÓNDE FUE ESCRITA

Aunque el *lugar* de composición no es indicado específicamente por el autor, ciertas alusiones incidentales nos habilitan para determinar con un buen grado de seguridad donde la Epístola de Santiago fue escrita. La referencia del escritor a la "lluvia temprana y la tardía" (Santiago 5:7), es una fuerte intimación que fue escrita en la tierra de Palestina. Esta división de la temporada de lluvia era característica de la tierra, y muy familiar a todos los que allí vivían, o que allí habían vivido. La "lluvia temprana", generalmente venía durante el período de octubre a febrero, y después de la siembra del trigo en otoño; la "lluvia tardía", venía durante marzo y abril, y poco antes de que el grano madurara para la cosecha. Era una tierra que con frecuencia sufría sequías, con hambres que las acompañaban por causa de la escasa lluvia (5:7, 8). Habían manantiales que producían agua dulce; otras daban sólo agua salada (3:11); y la tierra producía vino, higos y aceite (3:12). Era una nación ubicada cerca del mar (3:4; 1:6); y el temible *simoon*, un viento oriental abrazador que venía de los desiertos eran bien

conocidos al escritor y sus lectores. Estas consideraciones apuntan a Palestina como la tierra en la cual vivió el autor; y, puesto que Santiago es mencionado prominentemente en conexión con la iglesia en Jerusalén (Hechos 15:13-21), parece razonable suponer que la Epístola fue escrita de Jerusalén en la tierra de Palestina.

UN ANÁLISIS DE LA EPÍSTOLA

La meta principal del escritor era animar a aquellos a quienes escribió sufrir con paciencia sus pruebas, y eliminar de sus corazones y vidas aquellos defectos serios que los hacían ver en su naturaleza no ser como Cristo.

Capítulo 1. Es el diseño de las pruebas hacer madurar el carácter cristiano. Por lo tanto, nos podemos regocijar en ellas (1:1-4). Todos necesitamos de la sabiduría para reconocer esto, y Dios la suplirá (5-7). Sin embargo, nuestra fe, debe de ser estable; y debemos permitir que circunstancias externas cambien nuestro estado con Dios (7-11). Perseverancia paciente lleva a la corona de la vida (12). El mal no se le puede culpar a Dios, sino los resultados de los deseos impropios del hombre, y eventualmente los llevará a una muerte espiritual (13-17). Dios es la fuente de todo lo bueno; y es por medio del poder de su palabra que llegamos a ser hijos espirituales (18-21). Pero, para ser bendecido por ello, tenemos que oír y hacerlo; y esto incluye los preceptos prácticos del cristianismo tal como el proveer por el niño sin padre y la pobre viuda (22-27).

Capítulo 2. Es pecado hacer acepción de personas; y ver con favor al rico mientras que se ve con desdén al pobre es especialmente reprensible (2:1-4). Realmente hay más ocasión para ver bien al pobre que al rico; los pobres son herederos de las bendiciones de Dios; los ricos nos oprimen y nos tratan mal (5-7). La ley real nos requiere que tratemos a todos por igual, y evitar el hacer acepción de personas (8-11). Para obtener misericordia hay que ser misericordioso (12, 13). La fe, aparte de las obras, es muerta; para ser bendecidos, la fe debe siempre ser acompañada por la obediencia a los mandatos de Dios (14-26).

Capítulo 3. Los maestros tienen una responsabilidad pesada (3:1). Realmente, es muy difícil para cualquiera de nosotros controlar nuestras lenguas, y ellos tienen la posibilidad de mucho mal (1-8). Es absurdo suponer que uno es sabio o bueno al decir maldiciones contra otros. Si lo que tiene es sabiduría, es terrenal, y no de Dios (9-13). Hay una sabiduría celestial y se muestra en amabilidad hacia otros y en una vida ricamente llena de buenas obras (17, 18).

Capítulo 4. Los conflictos surgen por causa de deseos impropios (4:1, 2). Los que así son poseionados, aunque siempre buscan, nunca están

satisfechos; algunos no piden a Dios por sus necesidades; otros piden, pero por las cosas equivocadas (2, 3). La amistad del mundo es enemistad contra Dios, y siempre debemos tener cuidado por si nuestras naturalezas bajas nos traen hacia abajo (4-6). La forma más efectiva para hacer esto es por resistir al diablo y volver a Dios en humildad y contrición (7-10). Debemos evitar todos los juicios de censura para buscar faltas, y no de no ser culpable de hacer el intento de usurpar los poderes y privilegios de Dios mismo (11, 12). Dios debe de ser tomado en nuestros planes y propósitos, y debemos de vivir por el día de hoy, porque no tenemos la seguridad de que vendrá mañana (13-17).

Capítulo 5. (Pongan atención los ricos (5:1-3)! Lo que han obtenido por medio del fraude dará testimonio contra ellos en el juicio que pronto vendrá sobre ellos (4-6). Los fieles han de llevar sus sufrimientos con paciencia, con la seguridad que el día de descanso viene(7-11). Deben evitar los juramentos innecesarios; han de encontrar alivio en la oración y en el canto para las pruebas de la vida y para la expresión de sus gozos (12-15); los enfermos han de posesionarse de el poder milagroso que entonces estaba en las manos de los ancianos de la iglesia (14, 15); todos han de confesar sus faltas, y de orar unos por los otros (17, 18); y si un hermano cae en el pecado ha de ayudársele inmediatamente para que su alma pueda ser salva de la muerte espiritual y eterna (19, 20).

UN COMENTARIO SOBRE LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO

SECCIÓN I

LA DIRECCIÓN Y EL SALUDO

1:1

1 Santiago.- El escritor del libro que lleva su nombre era el hijo de María (la madre de nuestro Señor), y José, y así era uno de los hermanos de Cristo en la carne. La base sobre la cual esta conclusión descansa es dada con detalles en la Introducción a la cual se le refiere al lector. Es evidente que María, la madre de Cristo, tenía por lo menos siete hijos, entre los cuales había cinco hijos y no menos de dos hijas: "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no viven todas entre nosotros?" (Mateo 13:55, 56) Así aprendemos que los hermanos de Cristo en la carne, eran Jacobo (es decir, Santiago, el escritor de la Epístola de Santiago), José, Simón y Judas, escritor del libro del Nuevo Testamento que lleva su nombre. De hecho, que Judas se identifica como el "hermano de Jacobo" (Judas 1). Jesús, Jacobo, José, Simón y Judas eran los cinco hijos; y, puesta que hijas (plural) se menciona, habrán habido por lo menos dos muchachas en la familia así estableciendo que había por los menos siete hijos nacidos a María. Jacobo, por lo tanto, juntamente con su hermano Judas eran medios hermanos de Cristo. Las razones por las cuales se identifica a Jacobo con la familia de María y Cristo, y sus actividades en la iglesia primitiva son dadas en detalle en la Introducción (Gálatas 1:19). Es un hecho sorprendente que los hermanos de nuestro Señor en la carne no le reconocieron Su deidad durante el ministerio público (Juan 7:5). Parece que la aceptación de Él como el Hijo de Dios data desde Su resurrección de los muertos.

Santiago, (del griego, Iakobos, es equivalente al nombre de Jacobo en el Viejo Testamento y era de uso común entre los judíos. Viene al inglés del italiano *Giacomo*. Otras formas son *Iago* (español), *Hamish* (escocés), *Faques* (francés), y *Xayme* (portugués). La forma hebrea, *Yahakou*, es muy común en el Antiguo Testamento y significa *agarrador de talón*. En Génesis 25:26, la definición en la margen lee, "uno que agarra del talón o lo suplanta". Evidentemente que el nombre era favorito entre los judíos por muchos siglos y era llevado por tres personajes prominentes del Nuevo Testamento: Jacobo, el hermano del Señor (Gálatas 1:19); Jacobo, el hijo

de Zebedeo y hermano de Juan (Mateo 4:21; Marcos 5:37); Jacobo, el hijo de Alfeo (Mateo 10:3).

No hay datos confiables de los últimos años y de la muerte de Santiago, el hermano del Señor y el escritor del libro de Santiago en el Nuevo Testamento. Las declaraciones que aparecen en Josefo, Hegesipo, las homilias clementinas y otras fuentes apócrifas son expuestas a dudas en cuanto a su autenticidad; los escritores estaban muy distantes como para darnos un testimonio de confianza en cuanto a las cosas que ellos escribieron u obviamente distorsionadas y falsas. Eusebio, que con razón fue llamado "el Padre de la Historia Eclesiástica" nos informa que Santiago fue designado como "El Justo" por causa de sus admirables virtudes y así dando evidencia al hecho de que sus contemporáneos tenían una alta estima de él.

siervo de Dios y del Señor Jesucristo.— Es especialmente digno de observarse que el escritor, aunque un hermano de Cristo en la carne, no hace mención de ese hecho en la Epístola, escogiendo mejor identificarse simplemente como *siervo* de Dios y de Cristo. Vea la introducción para otras razones probables que movieron a esta omisión. Es significativo que de todas las Epístolas del Nuevo Testamento, sólo las que fueron escritas por los hermanos de Cristo (Santiago y Judas) no tienen otras identificaciones de los escritores más que (a) sus nombres; (b) su designación como *siervo*. Pablo usó ocasionalmente el término, pero asoció la palabra *apóstol* con él (Tito 1:1; Romanos 1:1); y Pedro se describió a sí mismo como siervo y apóstol (2 Pedro 1:1). La palabra *siervo* es del griego *doulos*, un término que no se traduce con facilidad, significa uno que "se da a sí mismo totalmente a la voluntad de otro", sirviendo sin pensar en los propios intereses egoístas.

Nuestra palabra *serviente* debilita la idea a uno que sirve por pago y así cae corto de la idea de sujeción gozosa y voluntaria a la voluntad de otro, que es inherente en la palabra original. Nuestra palabra *esclavo* llega más cerca a la idea, con la *excepción* del servicio involuntario indicado. Si al contemplar en el significado del término, podemos eliminar de la palabra *esclavo* la sugerencia de falta de voluntad, tenemos el significado exactamente de la palabra *doulos*.

El *doulos* (siervo) fiel, lejos de ser un mero asalariado, e interesado sólo en el salario que se le dará por sus servicios es atado a su amo por toda una vida en una relación de sujeción feliz y gozosa en donde sus intereses y los de su amo están tan indisolublemente unidos que la indolencia, infidelidad, y falta de atención al deber resultan no sólo en pérdida para el amo ¡sino que para él mismo! A través de las edades los grandes hombres de Dios han usado esta designación de fiel obediencia con gusto, así como su indudable humildad y su constante lealtad. Entre los personajes así

descritos en el Antiguo Testamento son Jeremías (7:25), Amós 3:7, Isaías (20:3), Abraham, Isaac y Jacobo (Dt. 9:7), Josué y Caleb (Josué 1:2; Números 14:24) y Moisés (1 Reyes 8:53), Pablo (Fil. 1:1), Pedro (2 Pedro 1:1) y todos los creyentes fieles (1 Pedro 2:16), se regocijaron en ser "siervos" de Dios y de Cristo en la edad apostólica. Puesto que los cristianos son "comprados con precio" (la sangre preciosa de nuestro Señor 1 Cor. 6:20; 7:23; Hechos 20:28; 1 Pedro 1:18), es propio que los seguidores de Cristo sean así designados, y deben de considerar que todos sus intereses están totalmente sumergidos en los intereses de Cristo.

Santiago se declaró a sí mismo como "siervo de Dios y del Señor Jesucristo". Dios aquí se refiere al Padre, y ha de distinguirse de Su Hijo, "el Señor Jesucristo", así mostrando claramente el hecho de son *dos* personas en refutación a la teoría que alega de que hay sólo una persona. Servimos a Dios, el Padre, sólo cuando servimos a Cristo también, no habiendo otra manera de acercarse al Padre: Jesús le dijo: "Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por medio de mí" (Juan 14:6). Todos son siervos de Dios por la creación y la providencia; pero los cristianos son siervos de Cristo por la virtud de la redención. "Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Corintios 6:19, 20). Así privilegiados para servir a nuestro Creador y a Su Hijo deberíamos siempre buscar cómo servirle de la más sublime y mejor manera que seamos capaces. *Doulos*, traducido siervo en nuestro texto, es derivado del verbo *deo*, atar. Estamos atados en la relación más íntima con Dios, el Padre y Cristo; y deberíamos, por lo tanto, tener mucho cuidado en no profanar por medio de nuestra conducta impropia al Padre y al Hijo. Además, hay mucho significado en el hecho de que El Espíritu escogió la palabra *doulos* (uno nacido como esclavo) en vez de *andrapodon* (uno hecho esclavo) para indicar la relación de los cristianos a Cristo y a Dios, Padre. Es una relación con la que se inicia el nuevo nacimiento en que tenemos el privilegio de mantener a través de nuestra vida. Y, hay gran consuelo al entender que un *esclavo* es libre de preocupación concerniente a comida, vivienda y vestimenta lo cual todo es provisto. Jesús dijo: "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Porque todas estas cosas las buscan con afán los gentiles; pues vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:31-33).

a las doce tribus que están en la dispersión,— Ésta es la dirección de la Epístola. Habiéndose ya identificado y habiendo indicado su relación con Dios, el Padre y Cristo, el escritor señala aquí a las personas que escribe. Éstas son "las doce tribus" y se da descripción adicional al decir "que están en la dispersión". La palabra "dispersión" del griego *diaspora* significa esparcido. La frase "las doce tribus" es muy familiar a los

estudiantes de la Biblia, y cuando es literalmente construida tiene referencia al pueblo de las doce tribus que descendían de Jacobo (Israel). Aquí, como se indica por la frase limitadora, son los "que están en la dispersión". ¿Quiénes son?

El patriarca Abrahán, un emigrante de Ur de los Caldeos, recibió de Dios la promesa original de una vasta posteridad y de gran bendición (Génesis 17:1-8); por lo tanto, es considerado propiamente como el padre del Pueblo Escogido. Las promesas hechas originalmente fueron repetidas a Isaac, el hijo de Abrahán (Génesis 26:24), y a Jacobo, el hijo de Isaac (Génesis 35:9-15). En Peniel en donde Jacobo luchó con el ángel (Génesis 32:28), su nombre fue cambiado a Israel (yis-raw-alé en hebreo) una palabra que significa, *poder con Dios*. Jacobo (Israel) tuvo doce hijos: "Ahora bien, los hijos de Israel fueron doce: los hijos de Lea: Rubén el primogénito de Jacob; Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. Los hijos de Raquel: José y Benjamín. Los hijos de Bilha, sierva de Raquel: Dan y Nefatalí. Y los hijos de Zilpa, sierva de Lea: Gad y Aser. Estos fueron los hijos de Jacob, que le nacieron en Padán-aram" (Génesis 35:23-26).

Los descendientes de Jacobo formaron una vasta familia descrita en distintas maneras como "la casa de Israel", "las doce tribus", o, simplemente "Israel". La nación fue dividida genealógicamente en *tribus*, las tribus en *familias*, o castas, y éstas en *casas* (Josué 7:14, 16-18). Las doce tribus fueron fundadas por los doce hijos de Jacobo (Israel) quienes, en consecuencia, eran los cabecillas de las tribus de sus grupos respectivos. Hubo una excepción a esto en el caso de los hijos de José, Efraín y Manasés, quienes habiendo sido elevados a la posición de cabecillas de tribus, fueron adoptados por Jacobo como sus hijos (Génesis 48:5). Este arreglo hubiera contado con trece tribus, pero sólo doce fueron contadas, puesto que la tribu de Leví, al dársele la responsabilidad de conducir los asuntos de la adoración, no tenían territorio asignado a ellos, sino que vivían en pueblos esparcidos a través del territorio de las demás tribus y eran sostenidos por los diezmos del pueblo de las demás tribus (Ex. 24:4; Josué 4:2; Josué 13:14, 33). En el censo de las tribus, Efraín y Manasés fueron incluidos juntos como la tribu de José (Josué 17:14, 17; Números 26:28). Las *doce tribus* fueron, por lo tanto, los descendientes de Jacobo, el pueblo de Israel.

¿Por qué aquellos a los cuales se dirige Santiago son llamados "las doce tribus", en vez de la designación común de "los judíos"? El término *judío*, propiamente dicho, puede aplicarse sólo a los descendientes de las tribus de Judá y Benjamín. El término más general para todos los descendientes de Jacobo es *Israel*. Los descendientes de Abrahán son llamados hebreos, un término que incluye a todo el mundo árabe; los descendientes de Jacobo son israelitas; los descendientes de las dos tribus del reino del sur Judá y Benjamín son judíos, del hebreo yeh-oo--dee', un

jehudita, es decir, un descendiente de Judá. Porque esta tribu constituye la porción mayor del pueblo escogido, después de la división del reino en 975 a.C., el término *judío* era usado para denotar a todos los que estaban en una relación de convenio con Dios que, claro, incluía al pueblo de la pequeña tribu de Benjamín.

Además, de ninguna manera todos los de las diez tribus que, bajo la dirección de Jeroboam, fueron inducidos a seguirlo y adoptar un modo de adoración corrupto y finalmente ser tragados en el cautiverio asirio en 721 a.C. y así perdiendo su identidad de tribu, abandonando a Jehová; muchos de éstos se juntaron a sí mismos a Judá y siguieron adorando al Dios de sus padres. Por ejemplo, los levitas rehusaron terminantemente permitir a Jeroboam involucrarlos con la adoración apóstata que él había diseñado; y, en consecuencia, dejaron las ciudades asignadas a ellos en el territorio de Israel, y desde entonces vivían en Judá y en Jerusalén (2 Crónicas 11:13, 14). De hecho, que estaban ellos muy activos en los asuntos del reino del sur y estaban aún muy ocupados en cumplir con sus deberes en relación con la adoración en el templo al principio de la era cristiana (Lucas 10:32).

En el cautiverio asirio no logró sacar al pueblo de un solo golpe dentro de un período breve, sino que consistió de una serie de trasplantes que cubrieron un período de unos 150 años. Tiglat-pileser III, en el reinado de Peca, rey de Israel (alrededor de 740 a.C.), se llevó a las tribus transjordanias (Rubén, Gad, y la media tribu de Manasés), y el pueblo de Galilea (1 Crónicas 5:26; 2 Reyes 15:29). Salamanasar, rey de Asiria, en el reinado de Oseas, rey de Israel, en dos ocasiones invadió el territorio, puso sitio a Samaria, y se llevó el pueblo a Asiria. Aunque las diez tribus dejaron de existir para 721 a.C., como subdivisiones políticas distintas de Israel, no todo el pueblo sufrió de manera que sus distinciones nacionales fueran borradas. Alguna de la gente de las diez tribus retornaron a Judá y se mezclaron con los judíos (Lucas 2:36; Fil. 3:5); a otros, se les permitió permanecer en Samaria, en donde se juntaron con los samaritanos y llegaron a ser enemigos inveterados de los judíos. Otros estaban contentos con vivir en Asiria, pero continuaron acertando sus características israelitas (Hechos 2:9; 26:7). Éstas, claro, fueron las excepciones; la mayor parte del pueblo adoptó las prácticas idolátricas de los pueblos entre los cuales estaban esparcidos, se casaron con ellos y perdieron su identidad.

La Epístola de Santiago es dirigida a las doce tribus "que están en la dispersión". No para toda la gente; no para todos de las doce tribus, sino que sólo para aquella porción de las doce tribus incluida en la frase descriptiva, "la dispersión". Hemos visto que la palabra significa los *esparcidos*, *los desparramados*; y designa a los descendientes de Jacob que vivieron fuera de Palestina (entonces la tierra del Pueblo Escogido). Entonces, como lo es ahora, sólo un pequeño porcentaje de los judíos vivía en la tierra de Israel; millones de otros estaban esparcidos a través del

mundo gentil. Strabo, el geógrafo griego escribió: "Es difícil encontrar un lugar en todo el mundo que no esté ocupado y dominado por los judíos."

A veces estas migraciones fueron voluntarias, el inquieto espíritu pionero de un pueblo valiente se daba un sentido de urgencia para ir hacia adelante a nuevas fronteras; pero, con más frecuencia estos trasplantes fueron compulsorios. La historia del pueblo israelita está repleta de casos de grandes masas de su pueblo siendo a la fuerza expulsados de las tierras en las cuales habían vivido. Entre las más prominentes de éstas fue el cautiverio de las diez tribus por Asiria a la cual ya hemos aludido (2 Reyes 17:23; 1 Crónicas 5:26). Otro fue el cautiverio babilónico que involucró a los judíos de Judá y Benjamín, ocurriendo en 587 a.C. y resultando de la maldad y la rebelión del pueblo. Este cautiverio envolvió un período de setenta años, un período proféticamente designado por Jeremías (Jeremías 29:10; 2 Crónicas 36:17-21), pero contado primeramente desde el principio con la opresión de Babilonia. Una porción de este período fue gastado bajo el gobierno de títere en su propia tierra. No todo el pueblo fue llevado a Babilonia; algunos fueron dejados en la tierra de Palestina, y un gobernador fue puesto sobre ellos por los babilonios (2 Reyes 25:22). Ni tampoco escogieron todos los judíos regresar a Palestina al final del cautiverio. Hemos visto que el pueblo del cautiverio asirio fue absorbido por el pueblo que los capturó, así saliendo de la historia un pueblo que se distinguía de los demás. Los judíos en Babilonia, no obstante, resistieron vigorosamente todo esfuerzo para asimilarlos y mantuvieron su distinción nacional en donde con el tiempo tuvieron un tremendo poder político, así como cultural y social. De hecho que los historiadores afirman que los judíos en Babilonia alcanzaron tal eminencia y tuvieron tan grandes poderes que un tiempo Mesopotamia estaba bajo el gobierno judío. Babilonia proveyó una atmósfera muy adecuada para que el judío aprendiera conocimiento y letras, y fue allí en donde el monumental Talmud babilónico, una exposición de las leyes de los judíos fue producido en sesenta volúmenes. Cuando Josefo, el historiador judío escribió sus *Guerras de los Judíos*, la primera edición fue producida en arameo, en vez del griego, y fue circulado entre los judíos educados en Babilonia. (Debe observarse que la referencia es a la tierra de Babilonia, y no a la gran ciudad que llevó ese nombre, pero que sufrió destrucción bajo un decreto divino (Daniel 5:1-30). Muchos judíos fueron movidos a la tierra de Egipto en los días de Nabucodonosor (2 Reyes 25:26).

Cuando Jerusalén cayó a los romanos en 63 a.C., muchos judíos fueron llevados como esclavos a Roma y, porque persistían en llevar a cabo su ritual religioso, hicieron esclavos malos y fueron, como consecuencia, libertados. Por un tiempo eran segregados en lugares más allá del río Tíber, pero poco a poco se esparcieron por toda la ciudad y se sentía con frecuencia su influencia. Por esta razón estaban con frecuencia en conflicto

con sus gobernantes y sufrían destierros con frecuencia. Pero siempre regresaban.

Además, los requisitos del negocio y el comercio dieron ocasión para una gran difusión de los judíos y en donde había negocios en trámite, allí estaban ellos. En el memorable día de Pentecostés del establecimiento de la iglesia (Hechos 2), había judíos presentes en Jerusalén para la fiesta desde Partia, Media, Elam, Mesopotamia, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, y parte de Libia y Cirene, Roma, Creta, y Arabia. Los que discutían con Esteban eran libertos de Roma, de Cirene, Alejandría, Sicilia y Asia (Hechos 6:9). En dondequiera que la gente iba a vivir en los siglos que precedían inmediatamente a la era cristiana, allí estaban los judíos. Escritores antiguos los mencionan en Egipto, Fenicia, Siria, Europa, Tesalia, Boeotia, Macedonia, Aetolia, Atica, Argos, Corinto en las tierras más allá del Eufrates; en realidad, por todo el mundo. Gentiles con frecuencia se circuncidaban y adoptaban el modo judío de adoración y de allí y en adelante se conocían como judíos. Entre los que estaban presentes cuando Pedro predicó el primer sermón del evangelio en el nombre del Señor resucitado estaban los de esta clasificación (Hechos 2:9-11). Éstos eran considerados como parte de la dispersión. Esta gran difusión de los judíos por toda la tierra habitable fue el factor de mayor importancia en la dispersión rápida del evangelio al ser predicado bajo la Gran Comisión (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15, 16). En cada comunidad en donde vivían los judíos, aunque la gente alrededor de ellos era pagana, tenían un testimonio claro y consistente de la doctrina de un Verdadero Dios; sus sinagogas dieron lugar para la predicación de parte de los predicadores apostólicos (Hechos 14:1), y una congregación de adoradores devotos para escuchar a la presentación del evangelio. Los apóstoles siempre recurrieron a tales personas en sus viajes misioneros (Hechos 13:13-46; 14:1-17; 17:1-9). Sólo cuando fueron echados de tales lugares es que buscaron otros lugares y otras gentes. Por lo tanto, había más judíos dispersos a través del mundo que los que vivían en Jerusalén. Santiago dirigió su Epístola para los que "están en la dispersión". ¿Quiénes eran? Hay tres posibles hipótesis:

(1) Hemos visto quiénes eran las "doce tribus" y hemos dado el significado de la *frase literal*, "que están en la dispersión". ¿Hemos de concluir, pues, por la declaración "que están en la dispersión" era por el escritor de Santiago la intención abarcar a *todos* los judíos (buenos y malos, creyentes e incrédulos) que vivían en otros lugares fuera de Palestina? Podemos, sin detenernos, rechazar esta hipótesis sobre la base de que la misma Epístola muestra que esto es falso. El documento es dirigido a los que Santiago llama sus "hermanos" (1:2); sus lectores tienen el privilegio de pedir a Dios por sabiduría con la seguridad de que se les será dada (1:5); tienen asambleas regulares para actividad religiosa (2:1-4);

y son llamados por el nombre honroso de Cristo que los incrédulos blasfemaban (2:7). Estas consideraciones parecen eliminar la posibilidad de que la Epístola fue dirigida a los judíos, como tales, en dispersión por las diferentes comunidades del mundo. Si a esto se levanta la objeción de que el escritor ocasionalmente se dirigió a los que eran ricos, quienes oprimían a otros quienes, por ejemplo, se dice que engordaban sus corazones "como en día de matanza" (Santiago 5:5); "aparte" de esto, una figura conocida como "apóstrofe", en que el escritor suspende el discurso a quienes se dirige para dirigirse a otro grupo, no es algo fuera de lo común en las Escrituras. Véanse las notas sobre Santiago 5:1-5. Para un ejemplo de un apóstrofe véase Isaías 14:12. Además, no está fuera de las posibilidades que entre los discípulos habían algunos que eran ricos y de tal manera vivían. Aprendemos de Santiago 1:10; 4:3-6. 13-16, que había gente rica entre los discípulos. Por lo tanto, podemos con propiedad concluir que la carta fue principalmente para cristianos, no incrédulos.

(2) ¿Fue la Epístola para todos los cristianos judíos que vivían fuera de Jerusalén y de la tierra de Palestina? De hecho, hemos visto que los descendientes de Jacobo (Israel) fueron esparcidos por todo el mundo conocido de entonces. Si la frase, "las doce tribus" ha de ser construida literalmente tal sería el significado de la declaración por el hecho de que es muy evidente para cristianos y es dirigida a "las doce tribus que están en la dispersión".

(3) Hay otra hipótesis, y más probable. Es considerar la frase, "las doce tribus" figurativamente y, por lo tanto, abarcar a todos los discípulos del Señor de cualquier raza o nacionalidad. En vista de la disposición de los escritores sagrados de ignorar distinciones de la carne, y enfatizar el hecho de que con Dios no hay acepción de personas; y que en Cristo no hay judío ni griego, esclavo ni libre (Gálatas 3:26-29), tal sería la hipótesis más probable.

Esta conclusión es apoyada por las siguientes premisas: (a) *El verdadero judío hoy es el cristiano*: "Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza de la cual no viene de los hombres, sino de Dios" (Romanos 2:28, 29). (b) *Descendencia de Abraham, el padre de los fieles, es contada en base de obediencia y no genealogía*: "Y recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso; para que fuese padre de todos los que también a ellos les fuese imputada la justicia; y padre de la circuncisión, para los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado" (Romanos 4:11, 12). "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno

en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, y herederos según la promesa" (Gálatas 3:28, 29). (c) *El Verdadero Israel de Dios hoy es la iglesia*: "Porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos..." (Romanos 9:6, 7). "Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham" (Gálatas 3:7). "Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sean sobre ellos, y sobre el Israel de Dios" (Gálatas 6:16). En Cristo, todos los derechos dados por distinciones carnales, son eliminados, y todos son considerados con los mismos privilegios ante Dios. "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocemos según la carne, ya no lo conocemos así" (2 Corintios 5:16). Si el Señor no es así considerado, seguramente que el hombre no debe de pensar así.

Concluimos, por lo tanto, que el libro de Santiago fue escrito a cristianos esparcidos por todas partes del mundo (ya de origen judío o gentil), entre los cuales estaban, claro, muchos descendientes de Jacobo, y que la frase las "doce tribus", por causa de su significado obvio de totalidad es una representación figurativa del verdadero Israel de Dios. El Israel carnal fue esparcido por sus varios destierros que sufrió a través de su larga historia; los discípulos del Señor "fueron esparcidos...por todas partes" (Hechos 8:4) por causa de la persecución dirigida principalmente por Saulo de Tarso (Hechos 8:1-3) y, por lo tanto, con propiedad se les denomina "la dispersión".

Saludos.— (*chairein* infinitivo de *chairō*, regocijar). Por medio del significado literal de la palabra regocijar, el infinitivo significa en la forma comprimida que aparece aquí, *jgozo a ti!* La palabra es un anhelo deseado para la felicidad de los que así se saluda y era común en cartas griegas de las cuales varios casos pueden citarse en los siglos anteriores a Cristo. Es asombroso que aparece en varias epístolas de ese tiempo; no obstante, en el Nuevo Testamento sólo aquí y en Hechos 15:23, y 23:26. El caso anterior es en la carta de la iglesia en Jerusalén a los hermanos en Antioquía, Siria y Cilicia que muy bien pudo haber sido escrita por Santiago (con la concurrencia de "los apóstoles, los ancianos y los hermanos") quienes parecen haber sido muy prominentes en la iglesia en aquella ciudad de ese tiempo. Pablo y Pedro, con alguna variación, usan el saludo más familiar, "Gracia y paz a vosotros, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (Romanos 1:7; 1 Corintios 1:2; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; 1 Pedro 1:2; 2 Pedro 1:2). El hecho de que esta forma particular de saludo es usado sólo por escritores *cristianos* en Hechos 15:23, (en donde Santiago es mencionado como figura de alto relieve), y aquí (Santiago 1:1), da evidencia fuerte presuntiva que el escritor de la Epístola de Santiago es el mismo Jacobo allí mencionado. La palabra griega de saludo, que aparece en nuestro texto, ha sido adoptada en muchas lenguas, y se ha usado por

multitudes de gente por más de dos mil años. Nuestro "¡Alégrate!" es derivado de la misma raíz y refleja el significado básico de la palabra.

SECCIÓN 2

1:2-18

VALOR DE LAS PRUEBAS

1:2-4

2 Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas,— Habiendo expresado el deseo de gozo para sus lectores, Santiago procede al mostrar cómo se puede lograr eso aun en una situación en que la mayor parte de la gente pensaría imposible de lograr, en un estado de diversas (muchas y variadas) pruebas. Si algunos de sus lectores estaban dispuestos a pensar que *dar el parabién* a un pueblo que estaba sufriendo la persecución más severa por su fidelidad a Cristo era un gesto vacío, el escritor les hace ver que estas mismas pruebas darían la ocasión para la felicidad que les había deseado. "Tened" (*jegesasthe*, aoristo de *jgeomai*) significa considerar, contar, pensar; por lo tanto, considerarla como una ocasión de gozo cuando vengan diversas pruebas; no meramente algún gozo, sino que ¡*sumo gozo!* Gozo completo, entero, sin la mezcla de pesar o cualquier tristeza.

Tal disposición los habría de caracterizar cuando se "hallaran" en diversas pruebas. Hallar (*peripipto*, de *peri*, alrededor, y *pipto*, caer, "caer de modo que se encuentra uno rodeado" Thayer), enfatiza (a) el carácter externo de la tentación; (b) lo repentino con que puede atrapar; y (c) la falta de habilidad de poder escapar. Estas tentaciones eran "diversas" (*poikilois*); por lo tanto, de muchas clases (Mateo 4:24; 2 Timoteo 3:6; Hebreos 2:4; 1 Pedro 1:6). Las pruebas de cristianos son muy diferentes en su carácter y aparecen en diversas formas. Por lo tanto, uno debe de mantener el cuidado contra las tales en cada dirección.

"Pruebas" (*peirasmōis*) tanto en griego como en español puede significar (a) tentación interna; (b) prueba externa. Aquí, es la última prueba externa a la que se refiere. Mientras que la prueba interna es una forma de prueba, es aparente por el contexto que es una prueba por medio de la cual mucho sufrimiento es experimentado pero el que sufre no tiene la culpa moral de lo que aquí se contempla. Santiago no desearía gozo a los hermanos cuando están sujetos a las seducciones del pecado, de Satanás y el mundo. De esto, y muchas otras declaraciones semejantes en la Epístola, es evidente que los que recibieron la Epístola estaban pasando por dificultades y una prueba severa en sus esfuerzos para vivir la vida cristiana. A los que escribió sencillamente les llama "hermanos", (*adelphoi*), la palabra denota otros creyentes, unidos por el amor, y formando una sola familia con Dios como su Padre. Ha de observarse que todos los escritores inspirados evitaban el uso de términos y designaciones que establecerían distinciones de clases entre los discípulos. Los términos usados, tales como

discípulo, creyente, hermano, santo, colaborador, amado hermano, etc. denotan características, relaciones, disposiciones, actividades, etc.; y, todos los títulos distintivos y apelativos honorarios eran evitados. Aquí, a los que Santiago escribe, eran sus "hermanos", sus "amados hermanos", (1:19); y todos eran considerados al mismo nivel (Santiago 2:1, 5, 14; 3:1, 10; 4:11; 5:7, 12, 19). El escritor de Hebreos se refiere a "nuestro hermano Timoteo" (Hebreos 13:23); para Pablo, Tíquico era "el amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor" (Col. 4:7); Epafras era "un siervo de Cristo" (Col. 4:12); y Lucas era "el médico amado" (Col. 4:14). En la ocasión del ambicioso pedido de la madre de los hijos de Zebedeo que uno se sentara a la diestra y el otro a la izquierda en Su reino el Señor denunció este tipo de egoísmo y vana ambición para con sus discípulos y les enseñó que la grandeza consiste de servicio útil: "Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y potentados las oprimen con su autoridad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para dar su vida en rescate por muchos"(Mateo 20:20-28). De esa manera lo hizo claro que *el camino hacia arriba es primeramente hacia abajo* y el que quiera ser verdaderamente grande debe de hacer el mayor servicio posible a la humanidad.

3 sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.— Esta era la razón por la cual los lectores de Santiago habrían de considerar como ocasión de gozo las diversas pruebas de la vida. Claro que no hay mérito en la mera sumisión de uno mismo a las dificultades; multitudes han sufrido mucho en la vida por sus errores, y sin alguna ganancia de ellos. "Porque ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1 Pedro 4:15, 16). Es por causa de la bendición que resultó de la perseverancia paciente bajo prueba de los cristianos fieles que hay ocasión para gozo ante tal caso.

Los hijos de Dios han de *saber* que la prueba de su fe produce paciencia. "Sabiendo" es de *ginosko*, aprender a conocer, entender; conocimiento obtenido a través de observación y experiencia personal. La forma de la palabra que está en nuestro texto es un participio del presente activo que aquí significa, "Vosotros seguís aprendiendo y llegando a saber..." Es, por lo tanto, conocimiento progresivo que aquí se contempla. Los cristianos han de reconocer el propósito de la prueba, y aprender una lección de cada conflicto que pasan. Es en realidad este hecho que habilita a uno permanecer pacientemente.

"Prueba" (*dokimion*, de *dokimos*, el crisol por medio del cual el mineral es hecho pasar para que el calor separe el mineral genuino de lo demás, y posiblemente aquí el *resultado* del proceso de fundir), indica **la**

prueba a la cual la fe debe ser sometida y de la cual aparece totalmente vindicada. Las pruebas llegan a ser un horno por medio del cual el cristiano pasa y así demuestra la realidad de su fe.

Esta prueba de fe y la seguridad de su calidad genuina “produce” paciencia. “Produce” es de *katergazetai*, presente indicativo medio, y significa más que meramente producir. Da la idea de procurar (cf. Filipenses 2:12), lograr, hacer salir, y así asegura el éxito de la prueba de fe mencionada anteriormente. Lo que es producido exitosamente es la paciencia.

“Paciencia” (*jupomone*) resultando de la prueba de fe surgiendo de una prueba difícil es mucho más que un mero sometimiento. La palabra griega así traducida tiene un significado mucho más activo que nuestra palabra paciencia sugiere en nuestro idioma. Significa no sólo la voluntad de afirmarse bajo las multiformes cargas de la vida, sino que también indica la habilidad de usar estas cargas como instrumentos para el bien y mayor gloria. Esto, la etimología de la palabra, claramente sugiere. Viene de la preposición *jupo*, bajo, y *meno*, permanecer, morar; y, por lo tanto, estar de pie sin fluctuar; sin ceder a cualquier presión de afuera. Denota la habilidad de exhibir permanencia y constancia ante la dificultad más formidable. Es esta característica que, al encontrarse en el seguidor del Señor, la habilita no sólo para aguantar las pruebas de la vida valientemente, sino para encararlas y vencerlas. Fue éste el significado de nuestro Señor al decir, "Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas" (Lucas 21:19).

Se observará, por medio de una lectura cuidadosa del texto inspirado, que este examen que las pruebas dan, en este caso, para el *beneficio de aquel* cuya fe es así probada, y no como una evidencia para Dios. ¿Por qué necesita el hombre probar (examinar, establecer como genuina) su propia fe?

La fe es la base de nuestra esperanza en Dios, aquello sobre lo cual descansan nuestras convicciones (Hebreos 11:1). Sin ella, estaríamos sin la seguridad, y por lo tanto, sin una razón (o motivo) para permanecer o por la paciencia ante la prueba. De esa manera, cuando las dificultades nos asaltan, tenemos primero que estar seguros de la sinceridad de nuestra fe y para tener la seguridad de que ha agarrado bien y no cederá sus metas para el futuro. Obviamente, uno que no cree que vale la pena fielmente aguantar las aflicciones de la vida relacionadas con el cristianismo, no peleará la buena batalla de la fe (1 Timoteo 6:12). El hombre debe primeramente asegurarse a sí mismo de la sinceridad y de la dignidad de la confianza de su propia fe si éste es el terreno en el cual debe resistir. Esto puede ser logrado sólo por medio de un método como el que es seguido cuando el mineral del oro es hecho pasar por medio del fuego para saber si el metal es genuino al ser separado de lo demás, *e identificado* oro puro. Así enseña

Santiago que las aflicciones de la vida llegan a ser las pruebas de la fe, el horno de fuego por medio del cual la persona es hecha pasar, y en tal experiencia es habilitado para determinar si su fe es suficientemente fuerte para garantizar su sinceridad y si es digna de confianza.

La “fe” (*pis´ tis*) que las pruebas examinan, es en el Nuevo Testamento, “la convicción o creencia concerniente a la relación del hombre a Dios y las cosas divinas, generalmente que la idea incluida de confianza y fervor santo de fe juntamente unidos” (Thayer). Sigue y exhibe las mismas características de la fe que el pecador ejercita y que lo lleva a la salvación, “una convicción llena de confianza feliz, que Jesús es el Mesías—el divinamente señalado autor de la salvación en el reino de Dios, *juntamente con la obediencia a Cristo*” (Ibid.). Así la fe involucra (a) una aceptación incondicional de la verdad revelada concerniente a Cristo y Dios; (b) una cabal obediencia, sin reservas, a Sus mandamientos; y (c) una confianza incondicional en Sus promesas (Hebreos 11:6; Santiago 2:20-26).

Las pruebas examinan la fe al habilitar al creyente para determinar hasta que punto y el grado de su voluntad para permanecer y para ser obediente a Cristo.

4 Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.— Hemos visto arriba que la paciencia de este pasaje es permanencia, constancia sin fluctuar ante la multiforme prueba severa. Esta paciencia hemos de permitir tener “su obra completa” (*teleion*), cumplir su propósito, lograr su fin. Esta palabra traducida “perfecta” en este pasaje no denota sin pecado, sino un estado completo, totalidad, madurez. Es un término que, en el griego clásico, se usaba de los animales que habían llegado a su crecimiento total; de los eruditos al pasar del período elemental de sus estudios y por lo tanto estudiantes maduros; de hombres maduros. En el Nuevo Testamento, se usa de aquellos que han alcanzado una hombría espiritual en Cristo, a madurez completa y entendimiento en asuntos espirituales, y así ya no son niños y personas inmaduras en Cristo . Se dice de nuestro Señor que fue hecho “perfecto” (*teleios*) “por medio de padecimientos” (Hebreos 2:10), donde, claro, no puede significar que fue hecho sin pecado por medio del sufrimiento como si tal estado no existiera antes. Allí, la palabra tiene su significado usual de perfección; nuestro Señor logró Su misión por medio del sufrimiento, y así perfeccionó (trajo a madurez) el plan por el cual vino al mundo. Esta paciencia debe de ser permitida tener su efecto completo para que los que la poseen sean “perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna”.

En la frase, “perfectos y cabales”, el griego es *teleioi kai holokleroi*, significando aquello que es completo y sin mancha. Las palabras *perfecto* y

cabales aquí no son usadas como sinónimos. Hemos visto que la primera que es usada aquí denota madurez, totalidad, completo. Describe lo que ha logrado su propósito, logrado su fin; como, por ejemplo, un cirujano cuya escuela e internado han quedado totalmente en el pasado y por lo tanto, ha alcanzado la madurez por su preparación. La segunda, *cabales* (del griego *jolokleros*), significa que la cosa a la cual se aplica tiene todo lo que le pertenece, como, por ejemplo, nace un niño con todas sus partes, y es en todo aspecto normal. Se usaba en tiempos antiguos de un sacrificio sin mancha; de un heredero que había recibido toda su porción de su herencia; del cojo que es sanado (Hechos 3:16). Por lo tanto, aquellos cuya fe es suficientemente fuerte para habilitarlos para aguantar la prueba desarrollan una paciencia que, cuando se le permite llegar a su madurez, los prepara totalmente, dejándolos "sin que os falte cosa alguna".

Estas palabras "sin que os falte cosa alguna", (*en medeni leipomenoi, participio del presente pasivo de leipo, dejar*), significan "no ser dejado atrás por otro", en ningún sentido quedándose atrás, o ser inferior a otros. Básicamente, es un término de carreras y señala al hecho de que los que se desarrollan en cristianos maduros no son dejados atrás por otros. Esto enfatiza el hecho de que los hijos de Dios más avanzados no pueden dejarse estar en sus esfuerzos, sino que deben siempre recordar que están involucrados en una carrera que es ganada sólo cuando se cubre la distancia en su totalidad. No hay ningún lugar en la vida en donde uno puede suspender el esfuerzo y ya no esforzarse por los laureles del vencedor. La disciplina severa de la vida al ser bien usada nos prepara para un progreso continuo en los logros cristianos; y, terminar el esfuerzo antes de alcanzar la meta es perder la corona. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos ciertamente corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis" (1 Corintios 9:24). "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan gran nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él soportó la cruz, menospreciando el oprobio, y está sentado a la diestra del trono de Dios" (Hebreos 12:1, 2).

SABIDURÍA Y FE

1:5-8

5 Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría,— El lector cuidadoso observará que con frecuencia en Santiago que la primera palabra de la cláusula anterior llega a ser el punto principal con el cual el siguiente versículo inicia. Ésta es una figura que los que se especializan en gramática designan como *anadiplosis*, definido por Webster como "La repetición de una palabra, especialmente la última palabra de una cláusula, al principio

de la próxima". El *saludo* del verso 1 ("gozo a vosotros"), es seguido por "tened por sumo gozo", del verso 2; "*pruebas*" (tentaciones) siguen a "pruebas" en el verso 3; *paciencia*, en el verso 3, a "paciencia" en el verso 4; *sin que os falte cosa alguna*, en el verso 4 a "si alguno de vosotros tiene falta..." del verso 5; *si alguno de vosotros tiene falta*, es seguido por "que la pida a Dios, el cual da a todos"; *el cual da a todos* de verso 5, mueve la declaración, *pidá con fe, no dudando nada* que, en torno, resulta en "porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento.." y así sigue con frecuencia en la Epístola.

Santiago había urgido a sus lectores a reconocer en sus variadas pruebas los medios por los cuales, por medio de la paciencia, desarrollar una completa madurez espiritual en fe y en la vida. Parecería, que a este punto, habría anticipado la siguiente pregunta: "¿Cómo puedo ver en mis dificultades una bendición? Seguramente, que la habilidad para hacer esto requiere una sabiduría mayor que la que tengo". Y, como si Santiago hubiese contestado: "¡Así es! Pero, no se desesperen; hay disponible un inagotable abasto de sabiduría que no puede fallar".

que la pida a Dios,— La habilidad de poder ver grandes bendiciones en una prueba difícil no es una que es inherente, y debe, por lo tanto, ser obtenida. Es muy significativo de que Santiago no dijo, "Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, *que estudie filosofía, o que medite, o que consulte con los sabios*". La sabiduría que necesitamos, y debemos tener, para convertir las pruebas en triunfos es disponible sólo de Dios. Pero, ¿qué es esta "sabiduría" que sólo Dios puede dar? "Sabiduría", según dice Webster, es la "habilidad para juzgar con fundamento y tratar sagazmente con los datos, especialmente así como se relacionan con la vida y la conducta; discernimiento y juicio; discreción; sagacidad". El *conocimiento*, al ser contemplado aparte de la *sabiduría* es una "amistad con los datos; por lo tanto, esfera de información". Por lo tanto, conocimiento es la posesión de hechos; sabiduría, la habilidad de juzgar acertadamente y correctamente considerando los datos. El conocimiento es obtenido sólo por medio del estudio, la sabiduría es un don de Dios. Uno que tenga el deseo de aprender principios matemáticos no recurre a la oración sino que a los libros que tratan con ello; uno que desea la sabiduría divina debe de ponerse de rodillas. Datos que han de ser guardados en la cabeza han de ser obtenidos sólo por medio del esfuerzo mental; la sabiduría que tiene su hogar en las profundidades del alma sólo Dios la puede dar. Este escritor no trata de la *manera* en la cual Dios da esta sabiduría; es un hecho que aquí se afirma.

el cual da a todos abundantemente y sin reproche,— Por lo tanto, si nos falta sabiduría (y a todos nos falta), pidamos "a Dios, el cual da..." Las palabras "Dios, el cual da" están, en el orden griego, *tau didontos Theou*, literalmente ¡EL DIOS DADOR! Esta declaración enfatiza el hecho de esa

característica de Él; nos es revelado en el carácter de un Dador. Dar es parte de Su naturaleza. Además, Él da a *todos*; no hay los pocos favorecidos entre los discípulos fieles; cada uno es considerado por Él con el mismo favor y asimismo Sus bondades son repartidas. Fuimos liberales a una falta, nuestros medios limitados hacen de tal dádiva general imposible. Pero aun esto no agota Su generosidad. Él da a todos *abundantemente*, *haplos*, una palabra que significa o generosamente, o sin hacer tratos; cualquiera de estos dos significados son posibles aquí y ambos se combinan en nuestra palabra *abundantemente*, sencillamente, sin reservas, sin esperar retribución material. Así aprendemos que (1) Dios da; (2) da a todos; (3) da abundantemente; y (4) “sin reproche” (*me oneidizontos*, participio del presente activo de *oneidizo*, echar a los dientes de uno, reprochar) por nuestras peticiones. Frecuentemente, cuando damos, lo hacemos renuientemente, de mala gana, y con reproches. ¿Sabemos que esto ha pasado? Es necesario que hagamos una petición, y luego, después la repetimos, sólo para ser confrontados con la objeción: “Estabas pidiendo por esto apenas ayer, o la semana pasada; siempre estás pidiendo por algo; ¿nunca estás satisfecho?” Dios (que Su nombre siempre sea alabado por este hecho) nunca da reproche, ¡o echa nuestras peticiones a nuestros dientes! Ni nos reprende por el mal uso de Sus graciosas bondades ya recibidas. No dice cuando le hacemos peticiones, “¿Qué hiciste con las cosas que ya te he dado? Haz mejor uso de ellas antes de que vengas a pedirme más”. En verdad, *nosotros* deberíamos reprendernos a nosotros mismos por el mal uso de los ricos dones y la pobreza que caracteriza nuestros esfuerzos en sus usos.

y le será dada.— Esto nos recuerda de la maravillosa promesa de nuestro Señor en Mateo 7:7: “Pedid, y se os dará” (Véase también, Lucas 11:9). Aquí está una oración que podemos tener la seguridad que el Padre contestará. *Y le será dada.* La respuesta de algunas oraciones es condicional. En algunos casos, debemos reconocer la contingencia de la oración en la petición: “Si te agrada, concede la petición”. Por ejemplo, fue necesario de que nuestro Señor retornara al cielo. Y, a pesar del hecho de que los discípulos sinceramente oraron, y con fervor anhelaban que Él permaneciera con ellos en la tierra, Él se fue. Fue necesario que Él se fuera (Juan 16:7). Claro que, como siempre es el caso cuando la petición de los hijos fieles de Dios no es concedida afirmativamente, los tristes seguidores del Señor finalmente llegan a poseer una bendición mucha más rica que la que podrían haber tenido si Él hubiese permanecido en la tierra. *En realidad que, no hay tal cosa como una oración no contestada dicha por los hijos fieles de Dios. ¡Él contesta toda oración dicha por Sus hijos!* Ciertamente que no siempre dice, “Sí”. Con frecuencia dice, “No”. Pero el “No” es tanto una respuesta como “Sí”, y surge del mismo motivo. Cuando, por ejemplo, un hijo, por causa de su falta de madurez, hace una petición de sus padres que, por el bien del hijo, no deben conceder, rehusar conceder la

petición específica no es ignorar la petición del hijo; *es una respuesta*, y una respuesta basada en las consideraciones del bienestar del hijo. De manera similar, cuando nosotros hacemos peticiones a Dios que no son para nuestro bien; o, porque tiene la intención de darnos mejores bendiciones después, y detiene la petición específica, no es ignorar nuestra oración, es una respuesta a ella--una respuesta para el bien nuestro. Así es, y así debiéramos considerarlo, y siempre estar contentos con la sabiduría divina siempre mostrada en tales casos.

6 Pero pida con fe, no dudando nada;— Nuestras peticiones al Padre deben, claro, ser hechas “con fe”, puesto que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). Como hemos visto en nuestros estudios de Santiago 1:3, la fe es mucho más que una mera afirmación intelectual a la veracidad de la proposición--la creencia que una declaración es verdadera--es una confianza firme en el Señor, una confianza inmóvil en Su palabra, juntamente con la disposición de obedecer con plenitud Sus mandamientos. Aprendemos aquí que, para obtener sabiduría (a) debemos pedir; (b) debemos pedir a Dios; (c) debemos pedir a Dios con fe; y (d) la petición debe ser hecha “dudando nada”. La sabiduría que debemos elevar a un nivel más alto de utilidad, al usar las dificultades de la vida como piedras sobre las cuales pisamos para subir a elevaciones mayores, debe venir sólo de Dios; sólo Él la puede *dar*. Pero, nosotros debemos *recibirla*; y para recibirla, debemos creer que sólo Él la puede dar. ¡Claro que es vano esperar que Dios nos dé sabiduría si no confiamos en Él! "Dudando", (de *diakrinomenos*), de la cual la idea principal, según usada por nuestro texto, es debate interno; y presenta el retrato de una persona dividida por nociones conflictivas, ahora dispuesta a sentirse de esa manera. Es, como comenta Thayer, "estar en desavenencia con uno mismo", demorar, dudar; y, aunque no denota una completa ausencia de fe, describe la disposición de una persona que, en un momento, siente que Dios va a cumplir Su promesa, y, en otro momento, que no lo va a hacer. El propósito de Dios en dar sabiduría sobre Sus hijos es de crear una mejor relación entre Él y ellos; y, si Sus hijos mantienen ideas de la verdad y confianza en Sus promesas, la atmósfera es una de sospecha y no de fe.

porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a la otra.— El que duda está con nociones contradictorias. El escritor inspirado lo compara con las violentas olas incesantes que surgen del mar que, en un momento, se mueven hacia la playa, y en otro momento, en la dirección contraria, pero siempre sin dirección y sin una meta inteligente. Uno dividido por tal conflicto interno jamás puede confiar en Dios y en Sus promesas. En tal persona, falta totalmente ese sentido de seguridad que lo habilitaría acercarse a Dios con una fe firme y una esperanza robusta, confiando que el que prometió es fiel (1 Corintios 1:9), y por lo tanto, capaz de guardar lo

que hemos entregado a Él para aquel día (2 Timoteo 1:12). Debemos siempre esforzarnos para tener un equilibrio espiritual que habilita a uno para sobrepasar los vientos de la prueba, la tentación y toda dificultad terrenal y para exhibir una estabilidad inmóvil de corazón y de mente.

7 No piense, pues, ese hombre, que recibirá cosa alguna del Señor.— La segunda cláusula del verso 6 describe la inquietud del hombre que duda; la primera cláusula del verso 7 muestra que tal persona se elimina a sí misma de todos los favores especiales de Dios. Un estado de mente variando entre esperanza en un momento, a la desesperación por medio de la duda en el próximo, no conduce a la felicidad; y una persona así posesionada está sin reclamo de Dios (Parece haber algo de desdén expresado por Santiago en la frase, *ese hombre*, en este pasaje. Una persona posesionada de tal naturaleza no puede de ninguna manera ser feliz en la vida, y tal persona no da contribución alguna de sustancia para el tiempo en el cual vive. Jacob dijo de uno de sus hijos, "Presuroso como las aguas, no serás el principal..." (Génesis 49:4). No sólo no se le promete a tal persona bendiciones especiales de sabiduría en respuesta a la oración, no ha de esperarlas. No piense, pues, ese hombre, que recibirá cosa alguna del Señor. "El Señor", como en 4:15, y 5:10, 11, es el Padre, si es que Santiago tenía en mente cualquier distinción. Es muy probable que usó el término meramente para designar deidad sin el diseño de distinguir entre los miembros de la deidad.

8 El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos.— "Doble ánimo" en el texto original es *dipsuchos*, uno con dos mentes o almas. La palabra no aparece en ningún otro libro del Nuevo Testamento, y en Santiago sólo aquí y en 4:8. Puesto que no hay ningún ejemplo de su uso antes de que la Epístola de Santiago fuese escrita esto ha llevado a la conclusión que Santiago la *inventó*. Después de su uso en Santiago, fue adoptada por varios escritores posteriores, tales como Hermas, Clemente, Bernabé, etc. Una persona que duda es una persona de doble ánimo y está en la posición de hacer el intento de dar homenaje a dos amos (Mateo 6:24). Por lo tanto, es "inconstante", (*akatastatos*, inseguro, movedizo, en disposiciones y actitud). Tal persona es inquieta, confusa en sus acciones y en todos sus caminos. Un hombre de doble ánimo está en conflicto consigo mismo; esta situación lo hace *inestable*, una palabra usada para describir a un borracho incapaz de andar rectamente, tambaleando en una dirección y luego en otra, sin una dirección definida en su curso, y por lo tanto, sin poder ir a ningún lado. Tal persona es "inestable en todos sus caminos", y no meramente o sólo en referencia con sus peticiones por la sabiduría. Un inconstante en la fe exhibirá inestabilidad en cada departamento de su actividad religiosa. Incidentalmente, ésta es la condición que caracteriza a una persona involucrada en la duda religiosa. Mientras que el mundo filosófico considera tal disposición con favor, Santiago, el escritor

inspirado, toma la posición opuesta. Para él, la duda no era evidencia de conocimiento superior o logro intelectual fuera de lo común; en vez, era una marca de inestabilidad mental, evidencia de un proceso intelectual confuso.

INSTRUCCIÓN AL RICO Y AL POBRE

1:9-11

9 El hermano que es de humilde condición, gloriése en su exaltación;— De la consideración de las pruebas generales (versos 2-8), el escritor, en esta sección, procede a la exposición de aquellos problemas específicos que resultan en un cambio substancial en la condición económica de una persona; de pobreza a riquezas y de riquezas a pobreza. El cristianismo está tan bien adaptado a *todas* las necesidades del hombre, que capacita al hijo fiel de Dios a tener suficiente fuerza para enfrentar los problemas de la vida, por más variedad que tengan. Las circunstancias de la vida son muy cambiables; uno puede ser rico hoy y pobre mañana; y el pobre puede pasar por un cambio semejante en la situación económica, surgiendo a una posición acaudalada de la noche a la mañana.

Tales alteraciones radicales en el modo de vivir de la persona que resultan de tales cambios produce problemas serios y con frecuencia llevan a mucha tentación. El cristiano fiel no permitirá que su relación a Dios sea afectada por sus fluctuaciones financieras, sino que, en estos mismos cambios, encontrará ocasión de regocijo.

El que pasa por estos cambios en su situación económica es un *hermano*. Contemplado es "el hermano que es de humilde condición", y también "el rico" (se sobrentiende, *hermano*). Ambos son de la gran hermandad de la cual Dios es el Padre común y Cristo el hermano mayor. Todos son hermanos en Cristo. Por más grande que sea la diferencia de la posición financiera, se unen en un nivel común en el Señor. *No hay sistemas de clases en Cristo*. La disposición de elevar a algunos a posiciones de eminencia en la iglesia y de relegar al campo de oscuridad al "hermano que es de humilde condición", es totalmente opuesto al espíritu del cristianismo y muy vil en los ojos de Dios (Santiago 2:1 y siguientes versículos). Algunas de las obras más efectivas que se hacen hoy es por los humildes, siervos del Señor con un espíritu de sacrificio que trabajan en Su causa de puro amor por El, y sin el deseo de recibir algún reconocimiento público. Estos, aunque no tengan la gran emoción de la notoriedad característico de los hermanos más destacados, brillarán, no obstante, sobre el esplendor de las estrellas en la eternidad (Daniel 12:3).

El hermano "de humilde condición" ha de gloriarse "en su exaltación". La frase, "de humilde condición", es de *tapeinos*, significando uno de posición humilde, uno que, por causa de circunstancias externas, ha sido traído abajo. Mientras que un hermano en tal situación sentiría alguna humillación, el énfasis no es tanto en su actitud *interna*, como con referencia a su posición *externa*. Siendo pobre, él es *bajo*, en contraste con el rico, quien ocupa una posición *alta* en el mundo. La distinción que el

escritor inspirado a este punto enfatiza es la posición financiera que hay entre el rico y el pobre.

Cuando el hermano de humilde condición es repentinamente echado en una posición de un hombre rico, él ha de gloriarse “en su exaltación”. No sencillamente o sólo porque es rico ahora, *no* porque ahora es libre de los problemas temibles que siempre afectan al pobre en la vida, *no* porque su situación acaudalada lo capacitará para hacer más en el servicio del Salvador, *sino porque ha pasado exitosamente la prueba de la fe que las riquezas repentinas da, y ahora sabe que su fe es verdadera*. En nuestro estudio de este pasaje, no debemos ignorar la fuerza del contexto en que estas palabras aparecen. El tema general es *pruebas* (Santiago 1:2-18). Las pruebas llevan a la paciencia, y la perseverancia paciente da la prueba por medio de la cual la sinceridad de la fe es determinada. La fe de la persona nunca es probada con mayor severidad de que cuando el que la posee de repente llega a ser rico y acaudalado. Un hermano que ha pasado por esta transición puede de hecho “gloriarse” (*kauchastho*, alborozarse) en su cambio exitoso en la condición económica puesto que su fe es aún intacta. Muchos discípulos, que sufren gran pobreza y necesidad, aguantan mucha persecución y permanecen fieles a la voluntad del Señor, al llegar a ser ricos y prósperos, encuentran que las tentaciones que vienen como el resultado de las riquezas son tan halagüeñas y seductivas que se rinden a Satanás. Claro que hay muchas buenas bendiciones que vienen de la prosperidad. La pobreza es una bendición mixta, ni las riquezas son un mal sin adulteración. Hay hombres pobres que son muy corruptos, así como hombres ricos que son muy buenos. Tanto la pobreza como las riquezas involucran una gran tentación; cada una tiene sus peligros peculiares, pero ninguna de las dos obliga a la desobediencia a Dios. Quizás el camino más seguro para los cristianos está en la moderación. Agur, el hijo de Jaqué, “el oráculo”, hizo este pedido de Jehová antes de su muerte:

“Dos cosas te pido;
No me las niegues antes que muera:
Aparta de mí falsedad y mentira;
No me des pobreza ni riquezas;
Concédeme mi diaria ración de pan;
No sea que me sacie, y te niegue, y diga:
¿Quién es Jehová?
O que siendo pobre, hurte,
Y profane el nombre de mi Dios.”

(Proverbios 30:7-9)

No es la cantidad de dinero lo que determina si uno es rico en el sentido objetivo; es la actitud que uno exhibe en ello. El que “confía” en sus riquezas es condenado porque espera que sus riquezas logren para él lo que Dios no puede (Marcos 10:24). Juan, en su corta misiva a Gayo, nos

informa lo rico que podemos estar con seguridad: “Amado, ruego en oración que seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2). ¡El hermano que es de humilde condición puede realmente regocijarse porque su fe ha pasado la prueba tanto de la pobreza como el de las riquezas! Ahora que tiene almacenado una buena cantidad de los bienes de este mundo, sus horizontes se han levantado, su potencial para hacer el bien ha sido aumentado y su responsabilidad ha sido incrementada. Mientras que no puede realmente hacer más *bien* para el Salvador en su posición acaudalada, está equipado para obrar en campos que anteriormente le estaban cerrados. Por lo tanto, puede muy bien ahora “gloriarse” (alborozarse) “en su exaltación”.

10 pero el que es rico, en su humillación;— El "rico" (el hermano) igualmente debe "gloriarse" (regocijarse, estar feliz) que ha sido humillado. No parece ser una duda seria de que el rico contemplado en este pasaje *es un hermano*. Obviamente que el escritor inspirado no dirigiría tal edicto al rico del mundo, ni se esperaría razonablemente de los de esa clase poner atención a su admonición ni, mucho menos, considerar la pérdida de riquezas una ocasión para regocijarse. El hombre del mundo considera la pérdida de riquezas una catástrofe mayor. Cuando se rompió la bolsa mundial en el desafortunado golpe financiero de 1929, muchos, al perder totalmente sus fortunas dentro de una hora, perdieron la razón y saltaron a su muerte en la ciudad de Nueva York. Sin la abundancia anterior, la vida ya no era deseable. Sólo un hermano (un hijo de Dios) puede ver bendición de un desastre financiero. Humillado por sus pérdidas, está no obstante, en posición (como fiel discípulo de Cristo) para ver el engaño de las riquezas (Mateo 13:22) al ver su naturaleza evanescente, y al reconocer su impotencia para traer felicidad al corazón humano. La *prueba* del hermano humillado es sin duda más difícil para llevar de la que es característica del hermano de humilde condición que ha sido elevado a prosperidad financiera. Éste, de hecho, puede encontrar en sus mejoradas circunstancias ocasión para regocijar; pero, es muy difícil para uno cuyas riquezas han volado, ¡sentir que en su desaparición ha pasado una mayor bendición! Pero, puesto que todas las cosas obran a bien para los que aman al Señor y los que son llamados según Su propósito (Romanos 8:28), en la sabiduría que Dios le dará (v. 5), podrá ver que puesto que esto ha pasado debe de ser para su bien, y puede en ello regocijarse.

Tal persona puede de aquí y en adelante razonar que (1) la pérdida de riquezas es, en este caso, providencial y por lo tanto, para su bien; (2) por lo tanto, su asociación con el mundo y con los hombres del mundo, debe ser menos íntima; (3) las cargas pesadas llevadas por los hombres del mundo comercial, que con frecuencia operan para acortar la vida, han sido levantadas y, por tanto, se espera que su vida sea alargada; y (4) está en posición, de ahora y en adelante, fijar una atención más completa en las

cosas duraderas. Al hacer esto, puede ahora apreciar mucho más la afirmación de Pablo de las verdaderas riquezas no son las tangibles que se pueden ver: "No poniendo nosotros la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:18). Una de las lecciones para aprender más vitales en la vida es que "la vida del hombre no consiste en la abundancia que tenga a causa de sus posesiones" (Lucas 12:15).

porque él pasará como la flor de la hierba.— No sólo tienen las riquezas la disposición de desaparecer, sino que no hacen del que las posee más duradero; como la tierna flor de la hierba aparece sólo para ser aplastada o para desvanecerse, así "pasará" el hombre rico. El verbo, *pareleusetai*, en el tiempo futuro, compuesto de *para*, por, además, y *erchomai*, venir, o ir, denota, de manera impresionante, la debilidad de la naturaleza humana, y la rapidez con que los hombres, por más ricos que sean, pasan de esta vida. Como la hoja delicada y finita del pasto se seca y desaparece, así pasa el rico y ya no es más. Tal persona no debe de pensar que la pérdida de las riquezas es algo fatal; él, también, no estará por mucho tiempo en la tierra y, por lo tanto, no puede esperar razonablemente retener y gozar de sus riquezas para siempre. Puesto que la vida aquí es sólo "por un momento", que reconozca que, sea cual sea su circunstancia terrenal, sus riquezas no son esencial para su felicidad o bienestar aquí, ni pueden su pérdida, de manera alguna, derrotarlo en sus esfuerzos para ir al cielo y a la vida eterna. Las cosas de esta vida son tan pasajeras en su naturaleza que es de poca consecuencia si estamos en abundancia o en necesidad, si es que ponemos "prioridad a las cosas de importancia", y entronamos al Señor Jesucristo en nuestros corazones y vidas.

(NOTA: Otras interpretaciones propuestas para este pasaje son, (1) el hermano de "condición humilde" ha, puesto que es un hermano, gloriarse en su exaltación; i.e., porque es un cristiano, debe encontrar en este hecho la ocasión para el gozo sea lo que sea su circunstancia externa. El hermano rico semejantemente ha de gloriarse (gozarse) porque, como cristiano ha aceptado un estado de humillación que obrará finalmente para su bien capacitándolo para su salvación a pesar de sus riquezas. *Objeción:* todos los hermanos en Cristo están al mismo nivel; no hay acepción de personas con Dios (Gálatas 3:28, 29; Romanos 2:11). A través de toda la Epístola de Santiago es deplorable la disposición de crear distinciones entre los hermanos. (2) El rico no es un hermano sino uno que porque es rico, se goza en un abandono de la vida (al ceder a las seducciones del mundo) que sus riquezas hacen posible. *Objeción:* Ambas clases son dirigidas de la misma manera como si tuvieran la misma relación con el escritor. El rico no ve ocasión para regocijarse en la pérdida de posesiones, ni estaría dispuesto a poner atención a los mandatos dados. El contexto está en contra de estas dos interpretaciones. Deja duda de que en otras partes de la

Epístola el escritor condena al rico. Que el rico malo es condenado en otras partes, no requiere necesariamente que Santiago lo haga aquí; claro, sólo que uno suscribe al concepto que el mero hecho de ser rico significa que uno es malo; obviamente, ¡una conclusión absurda!

Por lo tanto, concluimos, que tanto el pobre como el rico, bajo contemplación en nuestro texto, son hijos de Dios; y, que era el diseño de Santiago mostrar que por más cambiables que sean las circunstancias externas de la vida, los que son fieles al Señor pueden encontrar ocasión para regocijarse y ser felices. Así aprendemos que ambos, el rico y el pobre, tienen sus pruebas; y, aunque no sean las mismas pruebas, el camino al cielo no es fácil para ninguno de los dos. No obstante, cada uno puede, a pesar de sus tentaciones peculiares, puede encontrar satisfacción en su servicio a su Salvador, y finalmente recibir felicidad eterna.

11 Porque cuando sale el sol con calor abrasador, la hierba se seca, su flor se cae, y perece su hermosa apariencia; así también se marchitará el rico en todas sus empresas.— Los orientales estarán más familiarizados con esta ilustración tomada de la naturaleza. Un viento abrasador, llamado *simoon*, usualmente comienza con la salida del sol; y el calor que trae es frecuentemente tan intenso que la verde vegetación se seca y finalmente muere. La "hierba" del pasaje (*choroton*) es de un término comprensivo para vegetación; y, "la flor de la hierba" (*anthos*) no se refiere al florecimiento sino que a las flores silvestres que con frecuencia crecen en el medio del pasto en Palestina. Los lirios fueron llamados por nuestro Señor "los lirios del campo" en Su Sermón del Monte (Mateo 6:28, 30).

La ráfaga de aire caliente, llamado "calor abrasador" en el texto, viene de los desiertos al este del Valle Jordán, y de las arenas abrasadoras de Egipto. El carácter destructivo de "el viento solano" es mencionado con frecuencia en las Escrituras. "Y he aquí que está plantada; ¿será prosperada? ¿No se secará del todo cuando el viento solano la toque? En los surcos donde creció se secará"(Ezequiel 17:10). "Y aconteció que al salir el sol, preparó Dios un recio viento solano, y el sol hirió a Jonás en la cabeza, y se desmayaba, y pedía para sí la muerte, diciendo: mejor sería para mí la muerte que la vida"(Jonás 4:8). Toda esta sección en Santiago parece estar basada sobre una afirmación semejante del profeta Isaías: "Una voz decía: ¡Grita! Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra de nuestro Dios permanece para siempre" (Isaías 40:6-8).

Por causa de la naturaleza extremadamente árida de la tierra en Palestina, la escasez de agua y los vientos abrasadores, la hierba en ese país

permanece verde por muy poco tiempo. Su carácter frágil y su corta vida da una excelente ilustración de la brevedad de la existencia del hombre sobre la tierra, y la rapidez con la cual los hombres son cortados y ya no existen más. Así como la tierna hierba se seca y perece en las ráfagas abrasadoras del viento solano, “así también se marchitará el rico en todas sus empresas”. La figura es muy común: “El hombre nacido de mujer, vive por pocos días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado...” (Job 14:1, 2). “El hombre, como la hierba son sus días; florece como la flor del campo, que pasó el viento por ella, y pereció, y su lugar no la conocerá más” (Salmo 103:15, 16).

Anteriormente (versos 2-4) Santiago ha mostrado, que la pérdida de las riquezas no ha de considerarse como una catástrofe; al contrario, uno que vive por esto ha de regocijarse en ello, siempre y cuando su fe sea lo suficiente fuerte como para permitirle aguantar la prueba que tal experiencia trae. Aquí, el enfatiza el hecho de que el rico morirá así como los otros hombres tan seguro como la hierba del campo se seca y se desvanece. Él también se “marchitará” (*maranthesetai*, futuro pasivo indicativo de *maraino*, extinguir una luz, apagar una llama), como una luz que parpadea y se apaga, una figura viva de la oratoria por la precipitación con la cual la vida se desvanece. El hombre es como una vela que, por el momento, se ve, y luego es apagada y ya no es más. Tal persona se marchitará "en todas sus empresas", al andar en sus tareas, como hacen los más pobres, morirá; no hay diferencia entre el rico y el pobre en este aspecto. Como la flor del campo, hoy viva y hermosa, pero mañana marchita, como una luz con llamas brillantes en un momento, y apagadas en el siguiente, así el rico muere en medio de “todas sus empresas”, y ya no se ve más.

LA CORONA DE LA VIDA

1:12

12 Dichoso el varón que soporta la tentación;— El verso 12 vuelve al tema de la *tentación* primeramente introducido en el verso 2, en donde se afirma que la tentación suple una ocasión para gozo puesto que prueba nuestra fe y nos lleva a la paciencia y así a la madurez espiritual. Se recordará, de los comentarios allí hechos, que la tentación contemplada no es una sollicitación para hacer el mal, sino una *prueba externa*, un hecho que es evidente por el contexto. La tentación bajo consideración capacita a uno para ser "aprobado" (*probado*, según algunas versiones), cuando uno es sujeto a ella y la resiste con propiedad, y produce para tal persona una corona de vida. Es por esta razón que el que es llamado para resistir la tentación (prueba, dureza, dificultad) es considerado "dichoso".

“Dichoso” (*makarios*) es la palabra con la cual las "bienaventuranzas" inician (Mateo 5:2-11). En realidad que hay muchos puntos de semejanza entre la Epístola de Santiago y el Sermón del Monte y a esto después dirigiremos la atención. La palabra *makarios*, traducida "dichoso" en el texto, describe a uno que está en un estado de bendición, a veces declarado como uno que es *feliz*. No obstante, nuestra palabra "feliz" es un término inadecuado para denotar el estado de bendición que viene de un estado de paz interna; mientras que la felicidad depende de circunstancias externas. El término anterior describe lo que está en el corazón y que no es sujeto a interferencia de, o los caprichos, de otros; el último, involucra asuntos sobre los cuales no siempre se puede mantener control. La felicidad es con más frecuencia producida por asuntos materiales; la bendición es mucho más espiritual, y por lo tanto, una característica mucho más duradera. La felicidad, que es íntimamente asociada con el mundo, no siempre se puede disfrutar; la bienaventuranza, que no depende de asuntos materiales, puede siempre ser una posesión apreciada por los fieles, por más pobres que puedan ser en los bienes mundanos. La bienaventuranza es una característica de Dios mismo (1 Timoteo 1:11). Por lo tanto, entre más llegamos a ser como Dios, lo más bienaventurados que somos (Mateo 5:8).

Hemos visto que (a) las dificultades de la vida son los medios por los cuales se prueba la fe; (b) produce madurez en el carácter cristiano; y (c) capacita a uno para poseer una paz interna duradera que describe al que la posee como *dichoso*. No obstante, el mero hecho de que uno es sujeto a prueba no quiere decir que resulta siempre este estado de bendición. "Soporta", (*jupomenei*, presente activo indicativo de *jupomeno*, paciencia), es derivada de la misma fuente como la palabra traducida "paciencia" en el verso 3. Así, el que soporta es uno que pacientemente se somete a las tentaciones de la vida, sabiendo que son el horno de fuego que prueba (examina) la fe y fortalece al carácter. Etimológicamente, la palabra *jupomeno* (paciencia) significa *permanecer bajo*, y, de esa forma, denota la determinación de su poseedor soportar bajo cualquiera y todas las dificultades de la vida que el deba soportar. Describe vivazmente esa calidad de permanencia que distingue al discípulo fiel del que es superficial (Lucas 8:13).

La palabra traducida “soporta” (*jupomenei*) no contiene una parte compulsiva; es más bien un tipo de constancia sostenida o uno que considera las tentaciones de la vida como necesarias para la paciencia y para la madurez de carácter y, por lo tanto, pronto las aceptan como un medio para alcanzar bendición futura. Debe, claro, tomarse continuamente en mente que el escritor inspirado, en este verso, no trata con sollicitaciones internas del mal, sino a pruebas externas que, porque somos humanos, son inevitablemente una porción de nuestra herencia. La anterior debe siempre ser firmemente repelida y no meramente sufrida. Se afirma aquí el hecho

de que las tentaciones son (a) comunes a todos nosotros; (b) deben ser soportadas; (c) al ser exitosamente soportadas produce en uno un estado de bendición.

porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida,— "Haya resistido la prueba", es literalmente, "habiendo llegado a ser aprobado", (*dokimos genomenos*); un hecho logrado que la prueba externa hace posible al haber pasado la prueba de la fe y de la fidelidad a Dios. Bajo la figura de crisol (un horno de fuego) en que el mineral es derretido y se elimina lo que no sirve, el discípulo fiel es, por medio de las pruebas, capacitado para eliminar lo que no sirve de su carácter de vida, y así llega a ser un privilegiado al aparecer ante Dios aprobado. Evidencia de que haya exitosamente pasado la prueba ha de verse en el hecho de que ha, por su paciencia en la aflicción, soportado. Como el metal que ha pasado por el horno de fuego, ha sido limpiado de toda impureza, y posee ahora un carácter totalmente desligado, y, por lo tanto, puro. Algunos sufren, pero no soportan, y por lo tanto, reprobaban (1 Pedro 4:15). Sólo los fieles ante la prueba dan evidencia de ser verdaderos hijos: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si estáis sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (Hebreos 5-8)

De verdad, sólo los que soportan fielmente tienen la promesa de salvación (1 Corintios 11:19), una salvación dada sólo por la evidencia de una constancia inmóvil: "Amados, no os sorprendáis de la hoguera que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os aconteciese alguna cosa extraña, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría" (1 Pedro 4:12, 13). Sólo para éstos es reservado el símbolo del éxito, logrado con constancia paciente.

que el Señor ha prometido a los que le aman.— El que recibirá "la corona de la vida" es el que ha pasado el examen inherente en la prueba. Él *lo recibirá* (tiempo futuro), al final del examen, y no a su principio, como algunos lo afirman. "Jesús dijo: En verdad os digo, no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por causa de mí y por causa del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y en la era venidera, vida eterna" (Marcos 29, 30). La "corona de la vida" *ton stefanon tes zoes*, genitivo de aposición, literalmente, la corona de vida, por lo tanto, la vida misma, es la corona prometida. "Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna" (1 Juan 2:25). "A base de la esperanza en la vida eterna, la cual Dios, que no

mente, prometió desde antes de los tiempos eternos" (Tito 1:2). Véase Apocalipsis 2:10, el único otro caso en que aparece la frase. Sin embargo, compare la referencia de Pablo a la "corona de justicia" (2 Timoteo 4:8), y la alusión de Pedro a la "corona de gloria" (1 Pedro 5:4). En todos estos casos, es claro que la recepción de la *corona* es bajo la condición de constancia fiel y paciente. Literalmente, la corona (*stefanos*) significaba la guirnalda de victoria al ganador en los juegos antiguos (1 Corintios 9:25); también era un ornamento para mostrar la otorgación del honor (Prov. 1:9), y una señal de dignidad (2 Samuel 12:30). Así como los de los tiempos antiguos eran calificados para recibir la corona sólo cuando habían cumplido con las reglas, así ahora sólo los que se conforman a las condiciones que el Señor mismo formuló tendrán el privilegio de recibir la corona de la vida en el día final (1 Timoteo 2:5). "Palabra fiel es esta: Que si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él..." (2 Timoteo 2:11).

El Señor ha prometido esta corona de vida "a los que le aman", (*tois agaposin auton*), literalmente, a los que le están amando; no los que le amaron una vez, pero a los que *ahora* le aman. Fue prometido o en (a) una declaración no preservada para nosotros en la Escritura, sino que conocida para los de la edad apostólica (cf. Hechos 20:35), o, lo que es más probable (b) abrazada, en principio, vez tras vez en Su enseñanza (Mateo 19:28). Se observará que, además de la condición de la constancia paciente expuesta con detalle por Santiago en los versículos anteriores, agregó aquí, *amor para Cristo* como una condición que precede a la corona de vida. Realmente, los dos están íntimamente relacionados y no se pueden separar. "Pues éste es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos" (1 Juan 5:3). La Biblia abunda con promesas para los que aman a Dios, porque los que en verdad le aman, le obedecen y permanecen fielmente hasta el final; las condiciones esenciales para recibir la corona (Véase también, Ex. 20:6; Dt. 7:7-11; 1 Cor. 2:9). Los que pretenden conocerle, pero rehúsan obedecerle, son llamados mentirosos por Juan (1 Juan 2:4).

Por lo tanto, podemos regocijarnos que (a) si permanecemos, somos por El considerados como fieles; (b) si fieles, somos asegurados de la corona de la vida al final de la jornada de la vida; (c) en vista de esto, podemos regocijarnos aun en medio de la prueba más dura. "En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, seáis afligidos en diversas tentaciones, para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual perece, aunque se prueba con fuego, se halle que resulta en alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el objetivo de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas" (1 Pedro 1:6-

9). El *amor* bajo consideración aquí no es un sentimiento vago o una emoción pasajera; es un afecto robusto que mueve al que lo posee ser obediente a todos los mandamientos del Señor. Es vano profesar devoción para Cristo mientras que se rehúsa hacer Su voluntad. La obediencia fiel es la *prueba* del amor. "Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto yo os mando" (Juan 14:14).

LA TENTACIÓN Y EL PECADO 1:13-15

13 Que nadie diga cuando es tentado: Estoy siendo tentado de parte de Dios;— Hasta ahora en su tratamiento de la *tentación*, Santiago ha tratado con el punto de vista de prueba externa (Santiago 1:2-12). *Aquí ocurre un cambio significativo*. Ya no usa la forma del sustantivo para la tentación; de aquí y en adelante, usa la forma del verbo (*Peirazomenos*, participio del presente pasivo de *peirazo*, solicitar para hacer el mal); un ejemplo del cual se puede ver en la sollicitación de Satanás para hacer mal en la ocasión de la tentación de nuestro Señor en el monte (Mateo 4:1 y siguientes versículos). El cambio es natural y había de esperarlo. De la contemplación de esas pruebas externas que inevitablemente vienen sobre el hombre en la vida, es una transición fácil a los conflictos internos que no son obstáculos menos serios a la fidelidad y a la piedad de parte de los discípulos del Señor. En realidad, hay la disposición de parte de algunos tener a Dios responsable por las adversidades que nos asaltan, y de acusarlo de producir las circunstancias que resultan en dificultad y prueba. Adán lo hizo en el Edén cuando buscó poner la culpa sobre Dios por su mala acción al decir, "La mujer *que me diste* por compañera me dio del árbol, y yo comí" (Génesis 3:12), y su posteridad ha seguido este patrón desde entonces.

Cada acto malo es por algunos justificado en base de que Dios creó nuestros cuerpos y ¡puso en ellos los deseos que no tendría que haber hecho si es que va a considerar sus gratificaciones como pecado! Claro que los que hacen tal razonamiento por conveniencia olvidan que hay una diferencia fundamental entre el *uso* apropiado y el *abuso* de privilegio; y es una gran falsedad. El opio, por ejemplo, tiene usos terapéuticos, y es una bendición para la humanidad; tomado con impropiedad en el cuerpo de uno llega a ser un veneno destructivo y mortal. El esfuerzo de pasar esta responsabilidad de las dificultades humanas a Dios es conveniente y común; es un método conveniente por medio del cual el hombre se absuelve de toda responsabilidad moral por sus acciones. No es de sorprenderse de que la teoría tiene una aplicación teológica y hay los que abogan por el concepto de que Dios es el autor de todo acto del hombre y que el tal ya ha sido predestinado desde la eternidad. La doctrina de la

predestinación y reprobación, señalada en algunos credos antiguos, es un ejemplo de este concepto. Una versión más moderna de la doctrina, desnudada de implicación teológica, y de un sabor filosófico, afirma que el hombre es una criatura de su origen y ambiente (herencia y ambiente), ninguno de los cuales tuvo el privilegio de escoger, y que de cualquier mal que puede residir en él es el producto de la fuerzas de las cuales no tiene control alguno, y por eso no debe de ser tomado como responsable. Esta evasión de responsabilidad personal es persistente y encuentra expresión no sólo en la Teología y Filosofía sino que también en la Literatura, el Drama y la Poesía. Por ejemplo, Roberto Burns, el poeta arador de Escocia, escribió:

“Que me has formado Tú lo sabes
Con pasiones salvajes y fuertes;
Y al escuchar su embrujada voz
Con frecuencia hago lo atroz.”

Este concepto peligroso y mortal Santiago desecha con una sola afirmación en esta sección (versículos 13-15).

Nadie puede decir con propiedad, “Estoy siendo tentado de parte de Dios” (*apo tou Theou perazomai*); i.e., de Dios soy tentado. Es interesante y de mucho significado que la frase, *de Dios*, es en el Testamento griego, *apo theou*, en vez de *jupo theou*. El uso de *apo* (*ablativo*) indica origen, no agencia; si la frase leyera, *jupo tou Theou periazomai*, el significado sería que Dios es directamente la causa de la tentación; como está, insinúa que (aunque no mandó directamente nuestra tentación), Él es responsable en algún sentido remoto. Claro que debemos recordar que Santiago aquí no afirma *ninguna* de las dos posiciones; en vez, él está negando la acusación que algunos hacían en ese tiempo (como sigue hoy en día) que Dios por lo menos es remotamente responsable por nuestros pecados. El significado es, *Que ningún hombre diga que Dios nos tienta para hacer el mal en ningún sentido, ni remoto ni de otra manera*. Tentación (solicitud para hacer el mal) no es de (*apo*), ni es por (*jupo*) el Padre.

porque Dios no puede ser tentado por el mal,— Dios está más allá de la esfera de la tentación, Él no puede ser tentado. La palabra así traducida no aparece en ninguna otra parte de las Escrituras, sino que una parecida (*aperiatos*), es común en los escritos griegos antiguos. Un término compuesto, se compone de "a" (no) y *perao*, uno de los significados siendo "estar familiarizado con", "tener experiencia en". Por lo tanto, parecería que, cuando se afirma que Dios no puede ser tentado, significa que no tiene experiencia en ninguna cosa mala, no puede haber en Él ningún deseo de lo malo, y así sin base para la tentación. Uno que es totalmente removido del mal, jamás podría tener el deseo de verlo o causar que aparezca en otros. Dios ni tienta, ni es tentado.

ni él tienta a nadie;— No sólo no es Dios mismo susceptible al mal por medio de la tentación, Él no tienta a nadie. Él mismo no puede ser tentado, a causa de su bondad inherente y Su abstinencia eterna de toda cosa mala, Él no obliga en las vidas de otros lo que es totalmente ajeno a Sí mismo. Sería totalmente inconsistente con Su carácter, Su bondad y su amor para el hombre; Él quiere que éste le imite y, por lo tanto, no haría nada que lo alejaría de Sí mismo. Algunos levantan la objeción debido a la traducción de algunas versiones de Génesis 22:1, dicen que "Dios tentó a Abraham"; debe recordarse que la palabra *tentar* significa (a) pruebas; (b) malas sugerencias; (c) malas sollicitaciones. Versos 2-12 de Santiago 1, involucra el primero de estos significados; versos 13-15, el segundo y el tercero. Santiago afirma que Dios prueba al hombre con el propósito de conocer la sinceridad de su fe, pero niega que lo hace con el propósito de seducir al hombre al pecado. Dios probó, y examinó a Abraham (Génesis 22:1). Dios nos prueba, i.e., examina nuestra fe; y esto es para nuestro bien; pero, nunca nos lleva al pecado. El autor de todo lo bueno no puede ser la fuente del pecado en nosotros.

14 sino que cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia.— Aquí, el escritor declara la verdadera fuente de la tentación. Uno es tentado cuando (a) es atraído (b) es seducido (c) por su propia concupiscencia. Uno es "atraído" (*exelkomenos*, de *ek*, fuera de, y *jelkomai*, atraer), "por" (*jupo*, el agente involucrado) "propia concupiscencia" (*epithumia*, deseo), "y seducido", (*deleazomenos*, participio del presente pasivo de *deleazo*, literalmente, poner carnada, figurativamente, como aquí es usado, atrapar por deleites seductivos). El deseo, que busca la satisfacción, promueve a pecar; y la persona es agarrada, atrapada, entrampada, o como se dice a veces, *jenganchada!* El placer prohibido, por más grande que sea el deseo, debe de ser rígidamente excluido de nuestras vidas, por si acaso podamos ser agarrados por la trampa de Satanás. La ilustración que Santiago usa para seducir es la de la ramera con sus engaños; y los medios usados, aquellos que son comunes para los pescadores y cazadores. Como el pescador usa la carnada más atractiva para inducir al pez para morder, así Satanás nos tienta por los medios que parecen ser los mas deseables.

Es bueno para nosotros, en esta conexión, observar que el deseo debe primeramente ser atraído, antes de que haya seducción. Es la función de la carnada artificial del pescador inducir al pez dejar su lugar de seguridad en las rocas o las yerbas, y de salir dentro del alcance del gancho escondido en la carnada seductora. Los cristianos no deben ir a ningún lugar en donde haya la posibilidad de ser tentado para hacer el mal. Deben abstenerse de toda asociación con aquellos que están dispuestos a ejercer la influencia equivocada sobre ellos. No debemos sólo evitar esos lugares y prácticas

que *sabemos* que están mal; sino que ¡debemos hacer a un lado *todo aquello de lo cual no estamos seguros que está bien!*

La influencia de Satanás es universal. Nadie que tenga la posibilidad de pecar es quitado de su área de atracción. “Cada uno”, (*jekastos*, cada uno) es tentado; tentado al ser atraído por un mal deseo inducido por una carnada deseable que el diablo cuelga ante los desapercibidos. Es de vital importancia observar que el primer paso para pecar consiste en ser *atraído*, atraídos de nuestro lugar de seguridad. Los otros pasos no seguirían si no fuera por esto. Aquí, de hecho, está la entrada que Satanás debe primeramente invadir. Debe llamarnos desde nuestra morada de seguridad antes de que pueda seducirnos a pecar. El corrompedor de morales no hace el intento de lograr sus propósitos dentro de *la iglesia*, en la compañía de lo bueno, o en donde se juntan los de corazón puro. Su primera meta es de atraernos de nuestras defensas espirituales, inducirnos ir a donde no debemos ir, y donde somos inútiles para resistir sus avances.

En verdad, que triste es ser *atraídos fuera* de Dios, atraídos de todo lo que es bueno, atraídos fuera de la iglesia, atraídos fuera de la Biblia, atraídos fuera del camino al cielo. Por más malo que sea esto de ser atraídos fuera de lo que es bueno, éste es sólo el primer paso en los diseños pecaminosos de Satanás, el preludeo a acciones más serias. No se satisface con sólo atraernos fuera de lo que es bueno, luego nos lanza sobre un curso positivamente malo. Pocos son los que son atraídos fuera de lo que es bueno que allí terminan con todo; pronto avanzan a un mal activo. Esto es lo que el escritor luego afirma.

15 Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz al pecado;— La “concupiscencia” es deseo malo (*epithumia*). Este deseo concibe. La figura es común. La persona desventurada, sus defensas abandonadas al ser sacada de ellas, y enganchada por sus malos deseos, descubre que de la unión del mal deseo y su dispuesta voluntad, que una concepción ha ocurrido. La voluntad cede a la concupiscencia y “después que ha concebido”, (*sullaabousa*, participio del segundo aoristo activo de *sullambano*, concebir), el prole monstruo es nacido. Así la concupiscencia (mal deseo) llega a ser la madre del pecado porque la voluntad se rindió al deseo, y sufrió la seducción. Debe observarse que Santiago no afirma que el pecado saltó a la vida en el momento que fue sentido el deseo. Es imposible purgar nuestras mentes de deseos pasajeros, pensamientos impropios, e ideas dudosas. Éstas aparecen sin invitación y sin previo aviso. Debemos, cuando éstas ocurren, excluirlas con rigidez y nunca abrugarlas y entretenerlas. Es bueno saber que su aparición no en sí constituye pecado. La aparición del pecado es descrito por el escritor inspirado bajo la figura de una concepción y un nacimiento. Y, así como se requiere a dos personas antes de que haya una concepción normal, así como un nacimiento; de la misma manera, debe haber la acción y la

conurrencia de dos partidos operando en la persona antes de que la concepción y el nacimiento del pecado pueda ocurrir. El deseo es uno, la influencia de Satanás sobre la voluntad es el otro. Cuando la voluntad se entrega, por el impulso del mal deseo, y Satanás se mueve al corazón, la concepción toma lugar. El fruto inevitable y natural es el pecado. Mientras que estemos en la carne es imposible evitar *todo* pecado. Juan dijo, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros ... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1 Juan 1:8, 10). Uno simplemente añade pecado al pecado al negar el pecado; *¡es pecado decir que uno no peca!* Hay (¡qué Dios sea alabado por ello!) un remedio provisto: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad" (1 Juan 1:9). Claro que estas palabras son aplicables *sólo* a aquellos que han obedecido el evangelio, y que han caído en el pecado después de haber llegado a ser cristianos. Los pecadores que jamás han llegado a ser hijos de Dios, deben, para llegar a ser salvos de sus pecados pasados, *creer en el evangelio* (Marcos 16:15, 16); *arrepentirse de sus pecados* (Lucas 13:3; Hechos 2:38); *confesar su fe en el Señor* (Romanos 10:9); y *ser sepultados con Él en el bautismo en el cuerpo de Cristo* (Romanos 6:3, 4)). Luego, el remedio señalado en 1 Juan 1:7 les llega a estar disponible.

Los hijos de Dios siempre deben recordar que el diablo, "como león rugiente", anda buscando a quien devorar, y deben estar siempre cuidándose de sus malas artimañas (1 Pedro 4:8; 2 Corintios 2:11). Debe de haber dolor en los corazones de los cristianos cuando pecan, y debe estimularlos a grandes esfuerzos en el futuro para evitar semejantes caídas. Con verdad se ha dicho que, "El que cae en el pecado es un hombre, el que siente dolor por el pecado es un santo, pero el que se jacta de su pecado es un demonio".

Hemos visto que la prole del mal deseo y la voluntad cedida a Satanás es pecado. Santiago nos dice que la concupiscencia cuando ha concebido "da a luz el pecado". Ésa es su mala prole. "Da a luz" es de *tiktei*, presente indicativo activo de *tikto*, la palabra común para traer a uno al mundo por medio del parto. Tal nacimiento es el resultado de la concepción antes ocurrida. Y, así como lo que es concebido *debe* eventualmente nacer, así no es posible esconder el mal deseo por mucho tiempo en el corazón, debe finalmente surgir a la vida en el nacimiento consumado.

y cuando el pecado es consumado, produce la muerte.— El pecado, cuando así nace, procede a la madurez, "es consumado". Lejos de permanecer en un estado rudimentario, va adelante a su desarrollo completo. Aquí, también, Santiago continúa con la figura del nacimiento para ilustrar el *principio, el progreso, y la madurez completa* del pecado. La palabra traducida "consumado", es *apotelestheisa*, participio del primer

aoristo pasivo de *apoteleo*, lo que es completo, desarrollo cabal. Hay todavía otro acto en este drama de la concepción, nacimiento y crecimiento del pecado. Cuando es consumado, produce muerte. "Produce", en el texto, es de *apokuei*, de *apo*, de, y *kuo*, estar preñada. Éste es un término usado con frecuencia en la literatura griega de nacimientos raros y monstruosos. Aquí, en la consumación del nacimiento, el niño está muerto. El nacimiento necesariamente resulta en muerte. La "muerte" aquí (*thanatos*) es la separación de Dios y de todo aquello que es bueno. El significado básico de la muerte es *separación*. La muerte física resulta de la separación del cuerpo y el espíritu (Santiago 2:26); una muerte *en* pecado es una separación de lo que es bueno (1 Timoteo 5:6); y una muerte "al" pecado es una separación de la práctica del pecado (Romanos 6:1-4). El pecado, cuando tiene su desarrollo completo produce la muerte en la persona que lo abriga.

En esta sección, tenemos uno de los cuadros más extraordinarios del pecado en las *Escrituras*. Deseo impropio ha seducido la voluntad y la tienta para someterse a un contacto impuro. De esta unión malvada el pecado es concebido, y finalmente nacido. Desde su infancia se desarrolla en un hombre vigoroso que mata eternamente al que lo abriga. Cada uno debe contemplar esta genealogía pasmosa antes de lanzarse a una vida de pecado. Lejos de culpar a Dios con el resultado del pecado, ¡el que peca debe de reconocer el hecho de que es el progenitor de su propio pecado, y el antepasado de su propia muerte!

Los pasos del pecado son los siguientes: (1) la tentación se inicia cuando uno es atraído del camino del bien y de la rectitud; (2) lo que promueve a uno irse de su posición de seguridad y a un área en donde existe el peligro y la seducción (carnada) que Satanás cuelga; (3) la concupiscencia que lleva a uno a concebir en la unión entre el deseo malo y la sujeción de la voluntad a Satanás; (4) nace el pecado; (5) el pecado crece a su estatura completa; (6) su consumación es la muerte espiritual. Así, el mal deseo lleva al nacimiento del pecado; y el pecado, en torno, da el nacimiento a la muerte. Tal es la extraordinaria descripción del pecado bosquejada impresionantemente por Santiago en esta sección. La muerte, la consecuencia natural del pecado, es con frecuencia comentada por los escritores sagrados. "Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto a la justicia. ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte" (Romanos 6:20, 21). También, véase Romanos 6:22, 23; 8:6; Efesios 2:1 y siguientes versos; Romanos 5:12.

De estas afirmaciones de Santiago aprendemos que nunca debemos de jugar con la tentación ni entretener el deseo impropio. El que mora sobre el mal, lo cultiva en su corazón y le permite que se acomode en una habitación permanente, con el tiempo cederá a sus deseos y los va a

traducir a la acción. El pecado no se inicia con un deseo normal. Es cuando este deseo se sale de su lugar, clama por satisfacción, y lleva a su poseedor a un curso de acción cuyo diseño es de obtener tal satisfacción que la prole mala del pecado es fecundada. Eva es una excelente ilustración de la verdad enseñada por Santiago. Ella miró anhelosamente sobre el fruto del árbol de la muerte; pero, mientras que miró, y no comió, permaneció en las sombras. Sin poder resistir la carnada que Satanás colgó ante sus ojos, comió; Adán fue inducido a hacer lo mismo y la raza humana fue echada abajo a miseria execrable. Acán, a pesar del mandato específico concerniente a los despojos de Jericó, no pudo resistir el deseo por el muy buen manto babilónico y el lingote de oro. Dijo, “Pues ví entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé. . .” (Josué 7:21).
Vea Josué 6:15-21; Génesis 3:1-8.

DIOS LA FUENTE DE TODA BONDAD

1:16, 17

16 Amados hermanos míos, no erréis.— Las palabras en este verso están íntimamente relacionadas en pensamiento, y deben ser consideradas con la sección anterior. Aquellos a los que Santiago escribió, identificados aquí como “amados hermanos”, no deben permitirse ser engañados en pensar que Dios origina la tentación y el pecado en ellos y que así los separa de Él. Suscribir a tal punto de vista es ser engañado, (*planasthe*, literalmente, divagar, apartarse del curso correcto). En este caso usado figurativamente, es un mandato diseñado para evitar que los hermanos permitan que sus mentes sean dirigidas en dirección contraria de la verdad y ¡en un campo en que se culpa a Dios por su conducta! Las palabras “no erréis”, aparecen con frecuencia en el Nuevo Testamento (1 Corintios 6:9; 15:33; Gálatas 6:7). Satanás trabaja con diligencia para engañar a los santos sobre el pecado, y busca lograr su propósito al inducirlos a abandonar los principios estables de la Palabra de Verdad anclados en sus mentes, para que divaguen de ellos (2 Cor. 4:4; Ro. 1:27; Ef. 4:4; Col. 3:5). Satanás con éxito seduce a la gente cuando los induce a dejar los principios del cristianismo por las filosofías de los hombres; y, muchas almas incautas han sido perdidas a la causa de Cristo bajo el pretexto de una búsqueda de la verdad. Claro que debemos estar listos para aceptar la *verdad* en dondequiera que la encontremos; pero no debemos olvidar nunca que cualquier filosofía que se opone a la enseñanza de las Escrituras es viciosa y falsa; y, si aceptada, zambulle a sus dolos a la destrucción y a la perdición. Pablo declaró que todos los “tesoros de la sabiduría y el conocimiento” están escondidos en Cristo, y nos advierte de no ser embaucados con “razonamientos capciosos” que tienen su origen en la sabiduría, filosofía y tradición de los hombres (Col. 2:1-9).

La advertencia dada por Santiago es para sus “amados hermanos”. El mero hecho de que uno está en Cristo no crea inmunidad al engaño y a la fantasía. Si Satanás pudiese convencer a los santos que Dios es el autor del pecado en ellos, su obra entonces sería fácil y multitudes caerían sin sospecha en esta trampa. *Hay más de dos mil quinientas advertencias* a los santos de la posibilidad de la apostasía en las Escrituras. Uno apenas puede abrir las páginas de la Biblia sin tener los ojos caer sobre algún mandato como el siguiente: "Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que dura este Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado" (Hebreos 3:12, 13). Satanás engañó y embaucó a Eva por medio de su sutileza, y así echó abajo a la miseria execrable a toda la familia humana (2 Co. 11:3); y, a través de las edades, él ha continuado este método para atrapar a los santos (2 Co. 2:11).

Santiago consideraba aquellos a los cuales escribió como “amados hermanos”, (*adelphoi*, de “a” copulativa, “*delfos*”, del mismo vientre). Aquí el término denota creyentes de la misma causa unidos a otros por un vínculo de amor, de cristianos que constituyen una misma familia (Thayer). De su significado literal de miembros varones de la misma familia y con el parentesco común, ha llegado a significar, metafóricamente, aquellos que tienen el mismo linaje espiritual, y así, describe a todos los que están con nosotros en Cristo, cualesquiera que sea su origen nacional o racial. Es un término de afecto, que denota una relación íntima que hay entre aquellos de la misma familia. Con Dios como nuestro Padre, y Cristo como nuestro Hermano mayor, todos los que han obedecido el evangelio sostienen esta relación. Siendo hermanos, así debemos conducirnos, llevando las cargas unos de los otros y así cumpliendo la ley de Cristo (Gálatas 6:2). Totalmente contraria a esta relación es la disposición de mente y de corazón que impulsa a los hermanos a morderse y a devorarse unos a los otros (Gálatas 5:13-15). “Si vivimos por el Espíritu, avancemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros” (Gálatas 5:25, 26). “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama su hermano, permanece en la muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:14, 15).

17 Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba;— Se observará que el sustantivo *don* (incluyendo la forma femenina “*dádiva*”) aparece dos veces en esta cláusula; y aunque ambas palabras griegas son así traducidas vienen del mismo verbo original (*didomi*, dar), difieren en forma, en la manera que se deletrea, y en significado. En la frase, “todo don perfecto”, la palabra es *dosis*, significando el *acto* de dar; en la frase, “toda

buena dádiva", la palabra es *dorema*, incluyendo el *resultado* del acto de dar, es decir, *el don* mismo. La palabra "buena", modifica la dádiva, en la primera parte de la cláusula, es predicativa en su naturaleza, y señala al hecho de que todo lo que se da es bueno; y el adjetivo "perfecto" que modifica don en el segundo caso, (todo don perfecto), enfatiza lo pleno, lo cabal de aquello que es dado. Claro que las dos ideas están íntimamente asociadas. El don es completo por la bondad del dador. El motivo que impulsa la liberalidad, de parte de los hombres, puede ser bueno, pero debe haber falta en comparación con lo que Dios da; en la naturaleza del caso, lo íntegro, lo completo y lo cabal.

Tal dádiva de dones como los que se han descrito, vienen "de arriba", es decir, del cielo (Santiago 3:15, Juan 3:31, 19:11). Lo que significa es que el motivo que impulsa tal forma de dar, así como los dones mismos, se originan, no con los hombres, que jamás pueden alcanzar los altos ideales en las dádivas, sino de Dios que está en el cielo. La palabra griega traducida "de arriba", en nuestro texto, es el mismo que aparece en Juan 3:3, donde Jesús dijo a Nicodemo que debe nacer "de nuevo", (*anóthen*, "de arriba"). Todo lo que es bueno es derivado de Dios, la fuente inagotable de toda bendición. Por este hecho debemos siempre estar agradecidos; y debemos expresar y mostrar nuestra gratitud en palabra y hecho cotidianamente. Muchos nunca hacen una pausa para expresar gracias por las bondades que con regularidad reciben de la mano de Dios. Como puercos, comen su comida, ¡jamás levantando sus ojos al Árbol de donde viene el fruto! Un padre, en presencia de su familia, se jactaba de ofrecer gracias por su comida en cada día de Navidad. Deben sentirse afortunados ¡qué Dios no sólo les da de comer en *ese* "día de Navidad"!

Las palabras, "toda buena dádiva y todo don perfecto", de nuestro texto, traduce una frase que, en griego, forma una línea que se compone de hexámetros con una sílaba corta alargada, y ésta ha llevado a la suposición que esta cita breve es de algún poema o canto antiguo. Citas breves de tales fuentes son conocidas en el Nuevo Testamento (Tito 1:2; 1 Cor. 15:33; Hechos 17:28). Ninguna cita original puede citarse por la línea que aquí aparece, y puede ser simplemente accidental que aparece esta particular cadencia. No es importante si la cita viene de alguna fuente antigua desconocida a nosotros, o si es por accidente una línea métrica. En el caso que sea, el Espíritu Santo seleccionó las *palabras* (1 Cor. 2:14), al escribirlas Santiago, y así forman parte del inspirado depósito de la verdad, sea lo que haya sido su uso anterior.

desciende de parte del Padre de las luces,— Esta declaración ha de ser construida con la palabra *antóthen* (viene de arriba), que la explica y agranda. Buenas dádivas y buenos dones que son completos y perfectos son de arriba; y *descienden* a nosotros de su fuente divina. Se da énfasis de nuevo al hecho de que las cosas verdaderamente valiosas disponibles al

hombre no están en la tierra; no tienen su origen sobre la tierra, sino que desciende (*katabaino*) de Aquel que está en el cielo. Puesto que todas las cosas buenas *descienden* de Él, ¡seguro que sugiere que por lo menos por gratitud *elevemos* nuestro voto de gracias!

Aquel de donde vienen es descrito como “Padre de las luces”. “Luces” en el texto, es en referencia a los cuerpos celestiales--el sol, la luna y las estrellas--que proveen luces para nosotros. Dios es señalado como el Padre de estos cuerpos celestiales porque Él es la fuente final para todos ellos. La palabra “padre”, en el sentido de *creador*, es muy conocida en las escrituras sagradas (Job 38:24; 2 Corintios 1:3; Ef. 1:17). Aunque parece que la mejor exégesis considera esta declaración (el Padre de las luces) como literal. La lección tiene la intención de ir más allá de la referencia a las luces literales en los cielos y abarca toda luz, tanto la figurativa como la literal. Claro que Dios es el creador de las luces y la luz. Así como produjo los cuerpos celestiales por un movimiento de su mano omnipotente, así Él origina y da gratuitamente sobre sus hijos cada don perfecto. De cualquier fuente que pueda aparecer la bendición, debe al fin de todo ser trazada a Él.

“Detrás del pan está la harina color de nieve
Y detrás de la harina está el molino;
Y detrás del molino está el trigo y cuando llueve,
Y el sol y la voluntad del Padre divino.”

Dios es luz y en Él, “no hay ningunas tinieblas” (1 Juan 1:5). Porque Dios, a quien el hombre no puede ver, hizo *las luces* y el hombre las puede ver, algunos ceden a la tentación de olvidarse de Dios y reverenciar a la creación en vez de al Creador. A través de los siglos el hombre ha dado homenaje a la obra de Dios en los cielos en vez de dárselo a Él. Han adorado a la naturaleza en vez de al Creador de la naturaleza. Esto es pecaminoso hasta el grado mayor. “No poniendo nosotros la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 Co. 4:18). Las cosas que permanecen no son las cosas materiales de la tierra que se pueden ver con el ojo natural; tales cosas perecen con el uso, y deben eventualmente sufrir la disolución que espera a todas las cosas mundanas. Otros intereses deben ser centrados en las cosas que son inmóviles y que permanecerán intactas en medio del choque de los mundos que se disolverán en el último día.

en el cual no hay fases ni períodos de sombra.— Continuando con su ilustración sobre las “luces” de las cuales Dios es Padre (creador), Santiago afirma que (1) no hay variación ni (2) no hay fases ni períodos de sombra, como parece ser característico de estas “luces” (cuerpos celestiales). De esta manera, Dios difiere mucho con ellos. Con él, no hay “variación” (*parallage*, una palabra significando el cambio, en posición, de hora en hora, por la cual el sol *parece* pasar en su relación con la tierra). Dios no

refleja tales variaciones en Sus tratos con nosotros. Aunque los cuerpos celestiales cambian su relación a la tierra, y los cambios aparecen de día en día y de sazón a sazón, nada de eso se observa en Dios; Él siempre es constante y sin variación en su actitud hacia nosotros, y en Su dádiva de dones para con nosotros. "Porque yo Jehová no cambio . . ." (Mal. 3:6).

Ni hay "fases ni períodos de sombra" con él. La palabra traducida "períodos" aquí se usa en el Antiguo Testamento griego (versión Septuaginta), en Job 38:33 y Deut. 33:14, por los cambios que aparecen en las posiciones relativas de los cuerpos celestiales. Es como si Santiago dijese: *Los fenómenos de la naturaleza son por necesidad, cambiables; el fenómeno de Dios es inmutable. Todas las cosas materiales son mutables; Dios es inmutable. Aunque las luces celestiales con las horas y las sazones, él que las creó no cambia. Debe concluirse que sólo lo que es bueno puede originarse con él, y él nunca puede ser la ocasión de poner la tentación y el pecado en el camino de sus criaturas* (versos 13-15)

Así se afirman dos maravillosas verdades de Dios en esta sección: (1) No hay ninguna mezcla de lo malo en lo bueno que él da; (2) ningún período de sombra jamás cae sobre él, que esconda su bondad. Él siempre está en su cenit; él ocupa la posición del sol al mediodía en la luz firme e invariable con la cual él brilla tan bondadosamente sobre la raza. Por lo tanto, está más allá de lo que se puede creer que uno así descrito pueda guiar a la perdición a los que son hechos a su imagen.

NACIDOS POR LA PALABRA

1:18

18 Él, por designio de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de la verdad,— La frase, "por designio de su voluntad", es de participio, y significa: "queriendo, nos hizo nacer", y ha de ser construida íntimamente con los versos anteriores. El pensamiento corre así: en vez de considerar a Dios como una fuente de tentación (y el pecado consecuente), es el que quiso darnos vida por medio de la verdad. El prole de l mal es la muerte. Dios, bajo la misma figura (concepción y nacimiento) es un Padre también. Pero, ¡qué distinta es su progenitura! Lo que nace de él tiene vida. Esto demuestra el hecho que el proceso de conversión no es accidental ni por casualidad; envuelve el ejercicio de la voluntad divina, y de acuerdo al previo plan adoptado. "Vino a lo que era suyo, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no han sido engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Juan 1:11-13).

Esto no quiere decir que la selección es arbitraria o que Dios salvará sólo a un número predeterminado; al contrario, es su deseo que todos sean

salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). La provisión ha sido hecha para todos (Juan 3:16); la invitación se ha extendido a todos (Mateo 11:28; Apocalipsis 22:17); y, el evangelio es aplicable a todos (Mateo 28:18-20; Marcos 16:15, 16). De que hay algunos que no son salvos no es un asunto involucrando la voluntad de Dios contra ellos, sino de la oposición de sus propias voluntades contra Dios: "Y *no queréis* venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:40). La razón por la cual algunos no vienen al Señor, aunque el evangelio es predicado a ellos, y la amable invitación del Señor extendida a ellos es así explicada: "Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos, para no ver nada con sus ojos, y no oír con sus oídos, y no entender con el corazón, y convertirse, y que yo los sane" (Mateo 13:15).

Que nuestra salvación resulta de una libre determinación de la voluntad de Dios no obliga la obligación que su voluntad es ejercida arbitrariamente, o que la voluntad es hecha independientemente de agencia y responsabilidad humanas. El Señor llama; pero llama por medio del evangelio (2 Tesalonicenses 2:14); y el evangelio ha de ser predicado a todos, y debe ser obedecido por todos (Marcos 16:15, 16). Los salvos han sido escogidos; pero esta selección no fue caprichosa ni arbitraria; requiere la creencia de la verdad: "Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo" (2 Tesalonicenses 2:13, 14). Dios *quiere* la salvación de *todos* que creen su palabra y obedecen su voluntad (Hebreos 5:8, 9).

"Nos hizo nacer", es "nos engendró", en algunas traducciones, y, en el texto griego, *apekuesen*, primer aoristo activo indicativo de *apokueo*, la palabra aparece en Santiago 1:15; sugiere la idea que la acción del nacimiento no era lo común, natural (de una madre), siendo, en este caso, afirmado de Dios (una personalidad masculina). Que el verbo es *aoristo* señala a un acto específico del pasado que es una referencia al tiempo cuando ellos nacieron de nuevo. El "nosotros" del pasaje incluye a todos los cristianos a los cuales escribió Santiago.

El instrumento por el cual Dios efectúa el "nuevo nacimiento" es declarado ser "la palabra de verdad" (*logoi aletheias*, genitivo), una palabra que tiene origen en la verdad. Claro que ésta es el evangelio: "Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para un amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; habiendo nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por medio de la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. . . Y ésta es la palabra que por el

evangelio os ha sido anunciada" (1 Pedro 1:22, 23, 25). Por lo tanto, resulta que las palabras, "Nos hizo nacer por la palabra de verdad", describe esa parte del proceso de conversión en que la palabra de verdad (el evangelio) es envuelta. Bajo la figura del nacimiento, somos engendrados y nacidos, y así llegamos a ser hijos de Dios. Somos engendrados cuando creemos; y el proceso del nacimiento es completado cuando hemos sido bautizados en agua. "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios" (1 Juan 5:1). "En Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio" (1 Corintios 4:15). "Que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:5).

para que fuésemos como primicias de sus criaturas.— Las palabras, "para que fuésemos", (*eis to einai*, cláusula de propósito con el verbo) indica la meta de la voluntad de Dios ejercida como descrita en la porción anterior del verso. La figura es la de una gavilla de los primeros frutos de la cosecha que es ofrecida en la celebración de la pascua (Levítico 23:10; Deuteronomio 26:2). Los "primeros frutos" fueron una señal y fianza de la cosecha más completa que vendría; y, como la gavilla de la ofrenda de las primicias presentada al Señor era una sombra de la cosecha abundante que habría de seguir, así los primeros discípulos a los cuales Santiago escribió eran entre los primeros de una compañía mayor que habría de seguirlos. Además, la ofrenda no era sólo una señal (parte del pago) de lo que habría de seguir, era la consagración de toda la cosecha. La figura es común en el Nuevo Testamento. Pablo declaró que la casa de Estéfanos "es las primicias de Acaya" (1 Corintios 16:15); y Juan en Apocalipsis, hace mención de aquellos que son "primicias para Dios y para el Cordero" (Apocalipsis 14:4). Nuestro Señor, al triunfar sobre el sepulcro y el Hades, es por Pablo afirmado ser "primicias de los que durmieron es hecho" (1 Corintios 15:20).

Es probable que en este versículo, Santiago tenía especialmente en mente a los cristianos *judíos*, en este verso, quienes fueron primero en nuestro Señor Jesucristo. A los judíos se les confiaron los oráculos de Dios (Romanos 3:1), y se había ordenado en el lejano pasado que de Judá el legislador habría de venir (Génesis 49:10). Cuando el plan de Dios había plenamente madurado, y vino el Salvador al mundo, era propio que aquellos que habían llevado la bandera de Jehová a través de los siglos en medio de un mundo pagano gozarían la distinción de tener el evangelio predicado primeramente a ellos, de llegar a ser los primeros cristianos, y así ser una "especie de primeros frutos" del pueblo del Señor. A los judíos en Antioquía de Pisidia, Pablo y Bernabé dijeron, "Era necesario que la palabra de Dios os fuera anunciada primero a vosotros" (Hechos 13:46). Esta alusión a los "primeros frutos" sería muy significativa a los judíos, no sólo por su familiaridad con el ritual hebreo participado regularmente en la fiesta de la pascua, sino del hecho adicional que Israel mismo había sido

referido por los profetas antiguos como "primicias de sus nuevos frutos" (Jeremías 2:3).

La palabra "criaturas", de *ktismaton*, el término más comprensible posible, es usado para indicar la relación de estos primeros cristianos a todos los demás seres. Como tales, su posición era única entre el resto de la creación, incluyendo no sólo a los hombres, sino a todos los otros seres creados. Toda la creación de Dios participa en las bendiciones de la redención, y pacientemente espera para su consumación (Romanos 8:19-22).

Aprendemos que: (1) Era la voluntad de Dios que aquellos a los cuales Santiago escribió llegaran a ser sus hijos; (2) éstos llegaron a ser sus hijos al ser nacidos por la palabra de verdad -- el evangelio; (3) los que así hicieron llegaron a ser los "primeros frutos" en señal de una cosecha mayor.

Puesto que es por la palabra *de verdad* que somos nacidos a una vida espiritual, es de vital importancia que la verdad sea predicada, creída, y obedecida. Jesús dijo, "Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Juan 8:32). La verdad es el medio para la libertad espiritual; y, por lo tanto debe de ser predicada y enseñada en su pureza primitiva y sin la mezcla de opinión humana o las doctrinas y los mandamientos de los hombres. El evangelio es la esperanza del mundo; es la panacea de las enfermedades de la humanidad, lo específico para los males de los hombres. Es un comentario triste sobre la naturaleza humana que mucha gente hoy prefiere escuchar a mentiras agradables en vez de lo que para ellos es una verdad desagradable. Y, puesto que siempre habrá aquellos que desean el error en vez de la verdad, así se encontrarán aquellos que, por un precio, suplirán la predicación deseada. Pablo amonestó a Timoteo a predicar la palabra, porque vendría el tiempo "cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, acumularán para sí maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (2 Timoteo 4:1-4).

¡Qué glorioso parentesco es el nuestro por ser privilegiados de que Dios "nos hizo nacer" (nacidos de Dios)! Puesto que Dios es nuestro Padre, participamos de su naturaleza, la divina naturaleza; y, en consecuencia, se espera de nosotros guardar nuestra herencia. "Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor durante todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual os fue transmitida por vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 Pedro 1:17-19).

SECCIÓN 3

1:19-27

LA IRA DEL HOMBRE, LA JUSTICIA DE DIOS

1:19, 20

19 Por esto, mis amados hermanos,— Aquí, de nuevo, se dirige a los “amados hermanos”, una frase que aparece con frecuencia en las epístolas. Indica: (a) El mismo parentesco; (b) la relación más íntima; (c) afecto profundo y duradero.

Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse;— Aquí, el verbo “sea” (*esto*) es imperativo. Santiago así *manda* a cada uno a quien escribe a que (a) sea pronto para oír, (b) tardo para hablar, (c) tardo para airarse. La palabra “pronto” es del griego *tachus*, que sólo aparece aquí en el Nuevo Testamento, y significa lo que es rápido (liviano, apresurado) con el pie; e introduce una frase notable que da urgencia a una mente atenta y rápida, *tachus eis to akousai*, una disposición lista para escuchar. La segunda frase, “tardo para hablar”, es de construcción semejante, cuyo significado es, *tardo para comenzar a hablar*; ¡es claro que no significa tardo al hablar! “Hablar”, es *lalesai*, aoristo ingresivo del infinitivo activo. “Tardo para airarse”, sigue los mandatos de ser pronto para oír y tardo para hablar. “Airarse” (*orgen*) es una emoción violenta que resulta de una ira incontrolable e indignación impropia y hace que uno así posesionado sea incapaz de recibir la palabra de verdad sin la cual nadie puede ser salvo. Los hombres no sólo no pueden sino que no escucharán debidamente a Dios cuando mantienen amargura en sus corazones hacia sus semejantes. Mientras que es probable que estas palabras de Santiago principalmente se refieren a la palabra de Dios, en un sentido secundario son aplicables también al escuchar a otros.

La disposición de hablar con tosquedad, sin pensar y no siempre pesando las palabras es un pecado acosador de muchas razas y especialmente era característico del pueblo judío del tiempo en que escribió Santiago. Hay, por lo tanto, mucha enseñanza en las Escrituras concerniente al uso correcto de la lengua (Prov. 3:3; 14:29; 17:27; Ec. 5:2); y a este tema Santiago mismo dedicó considerable espacio (1:26; 3:1-18; 4:11, 12; 5:9). Con frecuencia se ha observado que el escritor, en este pasaje, da su versión del dicho: “El habla es plata; el silencio es oro”. Escritores antiguos, tanto sagrados como profanos, han tratado sobre la importancia de la vigilancia constante del habla, y muchos dichos interesantes han llegado a nosotros para expresar los sentimientos semejantes de Santiago: “Los hombres tienen dos orejas, pero sólo una lengua para que escuchen más de lo que hablan”. Las orejas están siempre

abiertas, siempre listas para recibir instrucción; pero la lengua está rodeada de una fila doble de dientes, para cercarla y para guardarla dentro de los límites apropiados". "¡Cuán noble fue la respuesta de Xenócrates! Cuando enfrentó los reproches de otros con un profundo silencio, alguien le preguntó por qué sólo él guardaba silencio. Dijo 'Porque he tenido la ocasión de tener pesar por haber hablado, nunca por haber guardado silencio...' " Hablar poco, y trabajar mucho.

Vino a Sócrates, el gran filósofo y educador griego, un joven quien pidió al antiguo sabio que le enseñara oratoria. El joven parlotó por largo tiempo; y cuando, al fin, pudo hablar el filósofo, le informó al joven voluble que tendría que cobrarle el doble. "¿Por qué una cuota doble?" Contestó el famoso maestro, "Debo enseñarte dos ciencias; primero, cómo guardar tu lengua, y segundo, cómo usarla".

Salomón dijo, "En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente" (Prov. 10:19). "El que guarda su boca, guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad" (Prov. 13:3). "¿Has visto a un hombre ligero en sus palabras? Más esperanza hay del necio que de él" (Prov. 29:20).

El grado al cual uno se adhiere al precepto "pronto para oír, y tardo para hablar", en gran manera revela la estabilidad del carácter de la persona. El respeto que la gente está a dar a nuestras opiniones mucho depende en cuánto pensamos en lo que decimos al dar estas opiniones--¡y no la rapidez con la cual las expresamos! Y, los que son impacientes de los conceptos de otros, y que apenas se pueden aguantar para expresar los suyos propios, pronto serán considerados como inconsiderados y no caritativos, y poseídos de mucho orgullo e inmodestia.

20 porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.— Ésta es la razón por la cual el Espíritu Santo manda porque la persona ha de ser "pronto para oír y tardo para hablar". Los que están llenos de ira (agitación mental violenta, resultando en enojo descontrolado), están totalmente incapacitados para escuchar a la presentación de la verdad; o, en ese caso, hacer cualquier cosa que esté bien. Una de las máximas de conducta más famosas del Antiguo Testamento es expresada por Miqueas: "Oh hombre, te ha sido declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y caminar humildemente ante tu Dios". Uno que es un campo de guerra de pasión violenta encuentra imposible conformarse a esta regla del bien; y el conflicto que surge de tal persona lo hace mucho más difícil para los que le rodean para servir a Dios aceptablemente. La "ira del hombre", (según la frase griega), es puesta en contraste con la "justicia de Dios". La *ira* aquí descrita difiere de la "indignación justa" que es, en algunas ocasiones, propia; lo que aquí se condena es ira personal que, cuando hierve, lo hace imposible para los que

así están posesionados obrar "la justicia de Dios", es decir, la justicia que Dios requiere.

¿Qué es "la justicia de Dios" (*dikaiosunen Theou*)? En una declaración excelente Thayer dice que, *justicia*, "denota el estado aceptable de Dios que llega a posesionar el pecador por medio de la fe por medio de la cual la gracia de Dios ofrecida a él por medio de la muerte expiatoria de Jesucristo, es abrazada. Por medio de la *fe*, este lexicógrafo quiere decir "una convicción, llena de confianza feliz, de que Jesús es el Mesías--el divinamente seleccionado autor de salvación eterna en el reino de Dios, *juntamente con la obediencia a Cristo*". Esta misma autoridad dice que *justicia* (*dikaioisune*) en "el sentido amplio", es el estado de uno "quien es lo que debe ser...la condición aceptable ante Dios". Es, entonces, simplemente un estado de justificación establecido sobre la base del sacrificio de Cristo y la aceptación del hombre por medio de las condiciones requeridas.

Esta definición léxica es completa y ampliamente confirmada por las afirmaciones de los escritores sagrados. "Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación, el que le teme y practica lo que es justo, le es acepto" (Hechos 10:34, 35). Así pues, *justicia* es aquel estado o condición en donde se encuentra uno en una relación *correcta* con Dios. Nuestra palabra "justicia" se deriva de la palabra "justo", que en torno sugiere literalmente lo que es recto (por ejemplo, una línea recta), y así designa nuestra relación con Dios, la cual el aprueba. Un "hombre justo" es, por lo tanto, uno que es *recto*, ¡alineado correctamente con Dios (Salmos 119:172; 1 Juan 2:29)!

Una simple definición breve de *justicia* es, por lo tanto, *haciendo el bien*; para ser justo hay que hacer el bien. "El que practica la justicia es justo, como él es justo" (1 Juan 3:7). De un cierto tipo de carácter se afirma que es justo. ¿Cuál es? El que *hace* justicia. Ningún otro lo es. El que hace justicia es justo; pero el que es justo hace el bien; por lo tanto, el que hace el bien es justo. Por lo contrario, una persona injusta es una persona perversa; una persona perversa es uno que está en una relación torcida (lo contrario a recto) con Dios. Por lo tanto, es claro que la justicia es un estado o condición en donde uno es aprobado por Dios; pero, Dios sólo aprueba al que hace el bien (guardan Sus mandamientos); por lo tanto, para tener la aprobación de Dios y la justicia que El requiere uno debe hacer el bien, al guardar Sus mandamientos.

Aquí está la indudable evidencia de la falsedad de la doctrina sectaria de la *justicia transferible*. Algunos afirman que en el proceso de la conversión Cristo transfiere al pecador la justicia que él posee, y de allí en adelante ¡el pecador es revestido de la justicia que Cristo mismo exhibe! Uno sólo puede con tristeza imaginarse lo que el futuro tiene para nosotros

al tener más y más escritores entre nosotros, seguir la dirección de teólogos sectarios, adoptar el concepto de la imputación de la justicia sobre esta base, una idea repugnante tanto para la razón como para la Escritura. Es absurdo asumir que una persona es buena *porque* otra lo es. Ciertamente, por medio de los méritos de la sangre de Cristo derramada por nosotros, nuestra culpa es cancelada y por medio de nuestra obediencia a Su voluntad tenemos el privilegio de ser libertados; pero esto es lejos de la declaración de que llegamos a ser positivamente buenos en la ausencia de buenas obras. Hay una gran diferencia entre (a) *no* imputando culpa (esto, lo hace el Señor por nosotros) y (b) dar mérito (esto *no* lo hace el Señor) en el proceso de la salvación. El significado principal de la palabra traducida justicia indica un cambio en posición y en la relación a Dios, y *no, sólo sobre esa base*, una vida de pureza personal. Un criminal perdonado ya no se le considera como culpable de los crímenes que lo llevaron a su arresto y convicción, sino que de allí en adelante no es un ciudadano de valor con un largo registro de bien hacer civil simplemente porque fue perdonado. La justicia es hacer el bien. *Para ser justo, uno debe de hacer el bien.*

Pero, ¿no le fue la fe de Abraham imputada (contada, reconocida) por justicia? Sí. En la ausencia de deberes adicionales por el momento Dios aceptó la fe de Abraham como en una relación recta con El (Santiago 2:20-22). No habló David de la “bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:6). Las obras aquí contempladas (como lo demuestra claramente el texto) eran las obras de la ley. El hombre a quien el Señor imputa justicia es aquel cuyas “iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos” (Salmos 32:1, 2; Romanos 4:8). Tal persona activamente cumple con el plan de Dios para sus pecados, y así es declarado justo (justificado). *Debemos distinguir entre una justicia entre la justicia imputada a (acreditada a) el hombre porque tiene una relación recta para con Dios por medio de la obediencia a Su voluntad, y una justicia que Cristo (por medio de Su propia sumisión a la voluntad del Padre), es supuestamente transferida al pecador. La primera es enseñada por el Nuevo Testamento; la última es calvinismo.*

¿Acaso no fue hecho Cristo “justo” por nosotros (1 Corintios 1:30)? El Señor llegó a ser *los medios* de la justicia para nosotros; i.e., es por medio de Él que somos privilegiados para recibir “el don de la justicia” (Romanos 5:17); pero esto se logra por medio del sometimiento a Su voluntad, y en obediencia a Sus mandamientos, y no por medio de la dádiva misteriosa del mérito. Debemos siempre recordar que la justificación no elimina el hecho del pecado; simplemente suelta al pecador de su culpa. La historia del hecho debe de permanecer para siempre. Pablo, aunque consciente de la gran gracia que él había experimentado, jamás estuvo inconsciente del hecho de que había perseguido a la iglesia de Dios y la había castigado. Perdonado, salvo, justificado, absuelto, ya no más bajo culpa, ahora le

quedaba, por medio de adherencia fiel a la voluntad del Señor mostrar justicia personal, "estar bien" con Dios. Y, así con todos nosotros. La maravillosa bendición de la salvación es disponible por medio de Cristo. Él es el medio de la justicia, por medio de Él recibimos el don de la justicia, y en Él participamos de la justicia de Dios; i.e., la justicia que Dios hace disponible para nosotros, por medio de una lealtad firme a Su voluntad. La ley de Moisés no tenía poder para dar justificación. Daba una norma perfecta que el hombre en pecado jamás podría medir. La taza medidora indicará la cantidad de sustancia que contiene, pero no la aumentará; una cinta medidora revelará la longitud del cordón, pero no lo puede hacer más largo. Por lo tanto, fue necesario que la justificación "aparte de la ley" fuera provista para el hombre. Nos regocijamos en decir que esto fue logrado en Cristo.

HACEDORES DE LA PALABRA

1:21-25

21 Por lo cual,— Es decir, por las razones ya asignadas. Para que nuestros corazones puedan estar propiamente preparados para la palabra, la cual sólo puede suplirnos con el conocimiento de la salvación, eliminemos todo lo que estorbaría o derrotaría su operación. Una disposición terca es totalmente extraña al espíritu dócil que siempre deberá caracterizarnos si hemos de beneficiarnos por la palabra en nuestros corazones y el que quiere ser bendecido por Dios debe exhibir ese espíritu que siempre dice, "Habla, Señor, tú siervo escucha; ordena, y obedeceré". Sólo aquellos que así obran, califican como amigos de Cristo (Juan 15:4); y los que pretenden conocerlo mientras que rehúsan obedecer sus mandamientos son, en las palabras de Juan "mentirosos" (1 Juan 2:4). Jesús reservó una de sus reprobaciones más severas para los que le daban servicio de labios, pero que rehusaban hacer lo que él dice: "¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?" (Lucas 6:46)

desechando toda inmundicia y abundancia de malicia,— "Inmundicia", (*ruparian*, lo que es sucio), aparece sólo aquí en el Nuevo Testamento, pero una forma de la palabra aparece en la Traducción Septuaginta del Antiguo Testamento en Zacarías 3:3, 4, en donde la referencia es a ropa sucia. En la palabra hay una sugerencia de *asquerosidad*, y parece probable que en su uso de este término era el diseño del autor crear en sus lectores en sentido profundo de aborrecimiento al pecado, todo pecado, cualquier pecado. Tal es la actitud de Dios hacia ello, y ésa debería ser nuestra actitud hacia todo esto. Dios considera todo pecado como un trapo sucio, con una asquerosidad que enferma, y así nosotros. Aquí hay evidencia indisputable del hecho de que (con frecuencia se enseña en las Escrituras) el pecado contamina el alma, la

hace impura, y crea una condición en una persona totalmente lo contrario a lo que es la Persona a la cual pretendemos servir: "Muy limpio eres de ojos para ver el mal, y no puedes contemplar inactivo el agravio" (Habacuc 1:13).

Debemos estar impresionados con el hecho de que Santiago no buscó suavizar el carácter del pecado o de obscurecer la firme oposición de Dios a él. Hay la oposición hoy de jugar con el pecado, de excusarlo, de acudir a eufemismos en referencia a él, de hablar de "inhibiciones", debilidades psicológicas, reversiones, influencias de ambiente, factores hereditarios, etc., el diseño siendo para hacerlo ver menos censurable en la persona, y ¡para hacer ver que el pecado es menos pecaminoso! Los escritores del Nuevo Testamento nunca hicieron el intento de presentar el asunto diferente a lo que realmente es--inmundicia y abundancia de malicia.

"Abundancia de malicia", (*perisseian kakias*, superabundancia de maldad), denota ese estado en que el corazón está lleno de maldad, y que se manifiesta en la vida impía. El retrato es que de tanta maldad, el corazón burbujea y rebosa en sus malas manifestaciones. Algunos creen, y con razón, que la primera de estas manifestaciones, "inmundicia", describe los pecados de la carne; la segunda, "abundancia de malicia" los pecados del corazón. Es obvio, que al amparar la malicia en el corazón, o al permitir al pecado controlar nuestros miembros, somos totalmente ineptos para recibir la palabra de verdad en nuestros corazones y vidas. Por lo tanto, hay que desechar todas esas cosas.

"Desechando", (*apothemenoi*, participio aoristo medio de *apotithemi*, quitar, como se quita uno la ropa), indica (a) en el significado de la palabra de quitarse uno completamente de todo mal pensamiento y hecho; (b) el tiempo (aoristo), señala a un acto hecho una vez y por todas antes de que la palabra pueda lograr su obra cabal en el corazón; y (c) la voz media enfatiza que el *desechar* es algo que hacemos por nosotros mismos, puesto que Dios *no lo hará*, y otros *no lo pueden hacer*, por nosotros.

recibid con mansedumbre la palabra implantada,— Así, la palabra (a) debe ser *recibida*; (b) la palabra debe ser recibida *con mansedumbre*. La palabra, en las Escrituras, es con frecuencia comparada a la simiente (Lucas 8:11); y la simiente, para germinar, debe entrar a la tierra. La tierra para la palabra de verdad es el corazón humano; y en el corazón debe de caer; no puede salir a la vida de otra manera. Aquellos con corazones comparables a los del camino, no la reciben; o si la reciben, en la tierra rocosa y vacía en la cual cae la simiente, pronto se desvanece y muere; o, si es recibida y germina, los espinos (los cuidados del mundo, lo engañoso de las riquezas y los placeres de esta vida), eventualmente la ahogan (Mateo 13:1-9, 16-23). Sólo los que reciben la palabra "con corazón bueno y recto"

llevan fruto (Lucas 8:15). Sería bueno para que lector de estas notas se pregunte a sí mismo: “¿Me beneficio de la palabra plantada en mi corazón?, o, ¿he permitido que mi corazón sea un camino para la palabra de manera que la simiente (que es la palabra de Dios) no pueda entrar? O, si entra, ¿será la tierra tan vacía que pronto se desvanece y muere?, o, si entra y crece, ¿está en peligro de ser echada fuera por los asuntos mundanos?”

El orden de las palabras, en el texto griego, sugiere una declaración más enfática que nuestra traducción, “Recibid en mansedumbre . . .” (*En prauteti*, de una manera dócil, en contraste con la *ira* aludida anteriormente, con frecuencia característica del hombre). Uno debe de ser manso así como puro para que la palabra tenga su efecto completo en el corazón. Los que vienen a estudiar las Escrituras con arrogancia podrán descubrir los "textos para probar" que ellos buscan (así como el abogado busca precedentes para sostener su caso de decisiones previas de la corte), pero los tales jamás podrán beber el espíritu que prevalece en las santas páginas. Uno que estudia la Biblia debe de hacerlo con el propósito de descubrir la voluntad de Dios, para primero poder practicarla en su propia vida, y *luego* enseñarla a otros. Nuestro acercamiento debe ser con la disposición de la característica dócil de los niños". De hecho, esto es precisamente lo que nuestro Señor enseñó: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como los niños, de ningún modo entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe" (Mateo 18:3-5).

Ninguna recepción parcial y superficial de la palabra será suficiente. "Recibid", es de *dexasthe*, aoristo imperativo, una acción, una vez y por todas, positiva. Además, es la *palabra* que ha de ser recibida. Santiago no simpatizaría de ninguna manera con los que darían poca importancia a la *palabra escrita*, y los que buscan relegarle un lugar de relativamente poca importancia. La "palabra" es el cuerpo de la verdad contenido en las Escrituras--la palabra que constituye las Escrituras--y por medio de la cual somos salvos (Santiago 1:21); nacidos de nuevo (1 Pedro 1:22-25; 1 Corintios 4:15); que nos dirige a través de nuestras vidas (Salmo 119:105); y nos fortalece (1 Pedro 2:1; Hebreos 5:12-14); el evangelio, revelado a nosotros en su palabra, es el poder de Dios para salvar (Romanos 1:16), y *agrada* a Dios lograr la salvación de esta manera (1 Corintios 1:21).

Además, es la "palabra implantada" (*ton emfuton logon*); i.e., enraizada, fijada, crecida con fuerza, así enfatizando la necesidad de una recepción completa de la palabra en el corazón antes de que pueda lograr su propósito. Otras definiciones de la palabra traducen la palabra "implantada" son de nacimiento, innato, injertada. La palabra, depositada superficialmente en el corazón, nunca puede la simiente con propiedad

crecer para ser una planta saludable y fuerte. Aquí de nuevo está la prueba positiva de la necesidad absoluta de predicar y enseñar la verdad completa, firmemente y con claridad, para que pueda ser entendida, recibida sin reservación, y así se le permite tener la influencia completa en el corazón. Cuando la tierra (que es el corazón) es bien preparada, la semilla (que es la palabra de Dios) con fuerza súbita resalta a una vida espiritual, y da su rico fruto en la actividad cristiana. Tiene mucho significado la referencia de Pablo a las actividades de la vida cristiana como *fruto*, el resultado feliz de la siembra, y de la cosecha (Gálatas 5:22).

la cual puede salvar vuestras almas.— La palabra de Dios *puede*; es poderosa, dinámica en su operación, de *dunamenon*, de *dunamis*, de donde vienen nuestras palabras dinámico, dínamo, y dinamita. Hay poder, sin límite, poder inexhausto, en la palabra; y este poder es soltado al ser recibida en un corazón honesto y bueno. Éste es conflicto irreconciliable con el punto de vista de que la palabra de Dios es una letra muerta, y sin poder inherente. Al ser usada por nuestro Señor, para detener los mares tempestuosos, para dar de comer a multitudes hambrientas, para restaurar y sanar cuerpos rotos, y para levantar a los muertos. Por lo tanto, puede *salvar* el alma.

“Salvar”, de *sosai*, infinitivo aoristo activo, significa mucho más que (aunque también lo incluye) el perdón de los pecados del pasado. Santiago se dirigía a un pueblo que ya había recibido el perdón de sus pecados; por lo tanto, la salvación aquí se refiere principalmente de en rescate que sigue al perdón. El verbo griego significa *guardar seguro*, *preservar*; y esto es precisamente lo que la palabra implantada hace por nosotros,— nos preserva de una vida habitual de pecado, y nos guarda puros y santos. Dijo David, "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Salmo 119:11). Tenemos el privilegio de ver en esta sección, un principio repetidas veces enseñado en los escritos sagrados: *la necesidad de la concurrencia de ambas voluntades, la divina y la humana, para poder obtener la salvación del hombre*. La palabra *puede* salvar; pero salva sólo a los que la *reciben*. Dios quiere que todos los hombres se salven; pero los hombres deben de tener la voluntad de ser salvos ellos mismos para que la palabra pueda obrar efectivamente en sus corazones (1 Timoteo 2:4, Juan 5:40).

Lo que la palabra implantada salva es el *alma*. La palabra "alma" es del griego, *psuche*, un término genérico, cuyo significado debe ser determinado del texto en que aparece. Se usa en diferentes maneras en las Escrituras para denotar a la persona entera (Hechos 2:4), la vida que termina con la muerte (Salmos 78:50), y el espíritu--la naturaleza inmortal-- del hombre (Hechos 2:27). Aquí, la explicación más sencilla parece ser que Santiago se refiere a la naturaleza inmortal-- el espíritu del hombre-- que es salvada de la separación eterna de Dios por medio de la palabra

recibida en el corazón, y traducida a obediencia fiel a su voluntad, en la vida.

Por lo tanto, nosotros hemos de deshacernos de nuestra contaminación pecaminosa y con mucha gentileza tomar de una vez por todas la palabra en forma de simiente que puede plenamente lograr la salvación del alma. Hemos visto que Santiago establece, como una condición precedente a la recepción de la palabra, el deshecho de “toda inmundicia”. La palabra “inmundicia” es de *ruparian*, de *rupos*, lo que es manchado, sucio, inmundo. Otro caso de sabiduría maravillosa de las Escrituras, y del análisis penetrante siempre característico del Espíritu Santo en las palabras que son seleccionadas para dar el mensaje de la Biblia (1 Corintios 2:13), ha de verse aquí en el hecho que en el griego clásico la palabra *rupos* al ser usada en el campo médico, ¡tiene referencia a *cera en el oído!* Es con diseño que el Espíritu escogió esta palabra particular, (de muchas que podrían haber sido seleccionadas para dar la idea de suciedad o mugre), para indicar a nosotros que el pecado en el alma es comparable a la cera en el oído—hace imposible la recepción de la palabra en el corazón. Así como la cera en el oído previene que entren los impulsos del sonido al cese, así el pecado en la vida efectivamente bloquea el oír la palabra y su recepción en el corazón. Jesús dijo de algunos en esta condición: “Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos, para no ver nada con sus ojos, y no oír con sus oídos, y no entender con el corazón, y convertirse, y que yo los sane” (Mateo 13:15).

22 Pero sed hacedores de la palabra,— “Sed”, (*ginesthe*, presente medio imperativo), significa mucho más que simplemente *ser*, significa “exhibirse a sí mismos como hacedores de la palabra”. Además, el tiempo del verbo, que denota acción continua, significa, “*sigan demostrándose como hacedores de la palabra*”. Anteriormente en el capítulo, Santiago había enfatizado que la palabra debe de ser recibida en el corazón (implantada allí) para que pueda surgir a una vida espiritual; aquí, dirige la atención al hecho de que no es suficiente oír y recibirla, uno debe de ser obediente a ella. Es significativo que Dios nunca bendijo a alguien en ninguna edad o dispensación a causa de su fe hasta que se haya demostrado en obediencia a su voluntad. Uno no debe sólo seguir oyendo la palabra, o aun recibéndola; se debe de expresar a sí misma en la vida por medio de la acción para poder bendecir y salvar. Además, la voz media del verbo enfatiza el hecho de que la acción requerida es la que uno hace por sí mismo. Otros nos pueden enseñar; pero nosotros debemos, cada uno por sí mismo, asegurar que la palabra enseñada brote a la vida.

La palabra “hacedores”, (*poietai*), derivada de *poieo*, un término que denota acción creativa. Si Santiago hubiera tenido la intención de meramente indicar que hemos de ser activos, la palabra *prasso*, hacer, obrar, hubiera sido suficiente. No obstante, debe de haber más que una

mera acción mecánica para desempeñar las obligaciones inherentes en la palabra; denota un tipo de acción ejercida en el corazón y en donde la motivación surge de tal participación. Es digno de observarse que de la palabra traducida "hacedores" (*poietai*) viene nuestra palabra *poeta*. La poesía es considerada como uno de los campos más creativos en toda la literatura. Un cristiano fiel *poetiza*; su vida es un poema perpetuo, mostrando en ello la belleza y la simetría de una vida armoniosa, y demostrando siempre y en todas partes la acción creativa de una vida productiva.

y no tan solamente oidores— La palabra traducida "oidores" (*akroatai*) se usaba en siglos remotos para señalar a los que oían las conferencias, pero nunca llegaban a ser verdaderos discípulos. Hay de éstos en cada congregación, quienes van a todos los servicios con regularidad, y que se sientan pasivamente en donde la verdad es predicada, pero que nunca se benefician de la palabra predicada, ni traducen las cosas oídas en la vida en sí. Muchos consideran suficiente oír la palabra y no sienten obligación adicional. Nuestro Señor con frecuencia refutó esta asunción. "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos . . . Todo aquel, pues, que me oye estas palabras, y las pone por obra, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; y no cayó, porque había sido cimentada sobre la roca. Pero todo el que me oye estas palabras y no las pone por obra, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y se cayó, y fue grande su ruina" (Mateo 7:21-27). Pablo dijo, "Porque no son los oidores (*akroatai*) de la ley los justos ante Dios, sino los cumplidores de la ley serán justificados" (Romanos 2:13). Nuestro Señor pronunció una bendición sobre aquellos que "oyen la palabra de Dios, y la guardan" (Lucas 11:28).

Haríamos bien en observar el hecho de que los "solamente oidores" que Santiago menciona no son personas que sólo escuchan con poco o sin interés; por lo contrario, la palabra (*akroatai*) señala a aquellos que escuchan con gran interés las cosas presentadas, pero piensan que la bendición es derivada del escuchar y no hacen esfuerzo alguno para expresar en la vida las cosas escuchadas. Uno que va a un curso de la universidad sólo como oyente podrá recibir beneficios momentáneos de las cosas oídas, ¡pero no pasará por el escenario cuando los diplomas sean repartidos! En forma semejante, es posible para una persona recibir mucho conocimiento de las Escrituras al escuchar atentamente a su presentación; pero, los que no hacen esfuerzo para inculcar en vida los principios aprendidos, quedará sin Diploma en aquel Gran Día de Examen.

engañándoos a vosotros mismos.— Los que oyen, pero no hacen, no sólo no están sin promesa para el futuro, están bajo un engaño. La palabra "engañándoos" viene de *paralogizomenoi*, participio presente medio, de *paralogizomai*, de *para*, "al lado de", y *logizomai*, "calcular", literalmente, calcular de costado, y luego engañar, embaucar. Así, una persona que asume que puede sacar suficiente beneficio por meramente oír la palabra, simplemente se embauca y engaña a sí mismo. La palabra aparece sólo aquí y en Colosenses 2:4, y en donde el significado parece ser: "Extraviados por argumentos sin fundamento". El que piensa que es suficiente escuchar la palabra semana tras semana está acudiendo a razonamiento falso; está usando argumentos que son ilógicos; y, al hacerlo, se está embaucando y engañándose a sí mismo. Esto no pone en poco la importancia de aprender la verdad. Esto, de hecho, es el primer paso a un servicio fiel. Pero ¿de qué sirve poder citar todo versículo del Nuevo Testamento, si uno no practica ninguno de ellos? ¿De qué sirve tener la habilidad de poder callar a todo oponente con un así ha dicho el Señor, si uno mismo rehúsa poner atención a las admoniciones? El que así obra aumenta su propia culpabilidad: "Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado" (2 Pedro 2:21). El mero hecho de poder citar la Gran Comisión no asegura la salvación; hay que creerla y obedecerla par que produzca una vida espiritual. Juan dijo, "El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él" (1 Juan 2:4).

Debe observarse que este verso bajo consideración nos anima no sólo a *hacer*, sino a *ser hacedores*. El sustantivo es más fuerte que el verbo; hay en la construcción la sugerencia de persistencia y continuación. "Que sea éste tu curso persistente", es el significado de ello. En esto hay que continuar como si fuera nuestro principio principal en la vida, como en realidad, debe ser. Los que escuchan, pero no hacen, se engañan a sí mismos, al asumir que van a recibir la bendición por el mero hecho de oír, cuando en realidad, la bendición sólo se promete a los que obedecen (1 Pedro 4:7; 2 Tes. 1:7-9). *Recordemos que Santiago aquí no se dirige principalmente a los incrédulos. ¡Estas palabras son dirigidas a los cristianos!* Uno que sólo escucha al médico, pero nunca toma su curso en el tratamiento, no tiene necesidad de esperar beneficiarse de ello; y un discípulo de nuestro Señor es considerado por él como sincero sólo cuando permanece en su palabra; i.e., se conforma completamente a ella (Juan 8:31, 32).

23 Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella,— Literalmente, la primera cláusula dice "si alguno es un oidor de la palabra, y uno que no hace", así haciendo contraste entre el que oye y hace con los que oyen y no hacen. Es interesante la construcción -- una

condición de la primera clase con la declaración que se asume ser cierta, y por lo tanto con la conclusión que le sigue. El que oye y no hace es como el hombre a quien Santiago después describe en el verso. Porque lo que oímos, y no le permitimos que tome raíz en nuestros corazones, pronto se olvida y nunca puede ser una bendición; es muy importante que cada discípulo tome duros esfuerzos para asegurar que a la verdad también se le ponga atención. De otra manera, llega a ser un mero oidor y no un hacedor.

éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural.— "Su rostro natural", es, literalmente, el rostro de su nacimiento (*prosonon tes genesceos, autou*). El "espejo", al cual el escritor alude, no era hecho de vidrio, sino que de alguna clase de metal pulido, usualmente cobre o estaño, y a veces plata, y muy bruñida para dar reflejo. Uno que escucha y no hace es como *un hombre* (¡Y qué raro, no una mujer!) quien ve el rostro en el espejo. Uno supondría, de la naturaleza de la ilustración, que Santiago tendría la intención de indicar que el hombre ocioso y que con descuido dio *un vistazo* a su rostro en el espejo y que el esfuerzo era tan momentáneo y breve que no había suficiente tiempo para que se hiciera una impresión. Al contrario, la palabra "considera" es de *katanoeo*, fijar su mente definitivamente sobre, considerar con atención, observara cuidadosamente. Veremos que no es una mirada defectiva que lo lleva a ser olvidadizo, ¡sino el hecho de que dio vuelta del espejo para ver otras cosas!

24 Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.— El tiempo de los verbos en esta ilustración gráfica es muy significativa. El se considera (aoristo) a sí mismo, y se va (perfecto activo), e inmediatamente olvida (aoristo medio indicativo) como era. Así, aun los verbos del pasaje proveen una representación viva del hombre que oye y no hace. El hombre vio pero no se demora; se fue, y el estado de abandono parece permanecer; y, por lo tanto olvidó la impresión recibida cuando miró. Lecciones que sólo se escuchan, y no se les permite penetrar con profundidad en el corazón, se olvidan pronto y ya no tienen influencia en la vida más que el vistazo rápido. Los paralelos son importantes y no deben perderse sobre nosotros. El vistazo en el espejo representa al oidor que escucha la palabra; al irse es la divagación de la mente de lo que ha oído; y, el resultado, en cada caso, es ser olvidadizo. El esfuerzo de algunos para ver en esta ilustración el efecto del pecado en la vida, tales como las marcas de la disipación en el rostro, es de fantasía; era simplemente el propósito de Santiago comparar la mirada rápida y la igualmente rápida manera en la cual quita la impresión así recibida con la pérdida sostenida por los oyentes superficiales quienes escuchan la palabra pero pronto la olvidan.

Somos enseñados en la palabra de poner atención de *cómo* oímos así como el tener cuidado lo *que* oímos. Esta enseñanza dio nuestro Señor en la parábola del sembrador, una de las parábolas más impresionantes del

Nuevo Testamento (Mateo 13:1-9, 19-23; Lucas 8:4-15). El oyente tiene una tremenda responsabilidad para traducir a la vida las lecciones que aprende; y debe responder en el juicio por sus aumentadas responsabilidades (Mateo 11:21-24; 2 Pedro 2:20-22). Ni tampoco están los que enseñan y predicán sin esa gran responsabilidad (Santiago 3:1). Es la obligación de todos los que así trabajan que presenten la verdad de una manera interesante y simple para los que oigan puedan con rapidez entenderla. El desaseo, ya en el púlpito o en la banca, no tiene excusa, a lo cual Dios se opone en gran manera, y es un impedimento serio a la extensión del evangelio.

25 Mas el que mira atentamente a la ley perfecta,— Aquí se inicia la aplicación de la ilustración del hombre que mira pero olvida su reflexión en el espejo, presentada en los versos 23, 24. Es presentada como contraste, como es demostrada por la palabra "mas" con la cual comienza el verso. Realmente, la ilustración del espejo es mezclada con la lección y la figura es abandonada. El hombre se mira en su espejo y por un momento ve su reflexión, pero sigue de largo, olvidando lo que vio. Tal es la característica de uno que oye la palabra de verdad, pero pronto la olvida, y así queda totalmente sin la influencia de ella. El oír sincero tiene mucho más interés. El verbo "mira" claramente indica esto. Viene de *parakupas*, participio aoristo activo, inclinarse y mirar, ver con resolución. Es el término usado para describir las acciones de Pedro y María al ver en la tumba vacía de Cristo en la mañana de su resurrección (Juan 20:5, 11). Describe, con detalle vivo, uno que se inclina, para acercarse lo más posible para ver; y, como es usado en nuestro texto, hacer ver a uno que tiene mucho interés en la palabra de verdad. Es un término más fuerte, e indica una mirada mucho más minuciosa, que la que se sugiere por "considera" en el verso 24. Revela (a) un interés continuo de parte del que mira; (b) un reconocimiento que hay algo vital para ver. Es ésta la disposición que caracteriza al oyente interesado.

Lo que uno mira atentamente es "la ley perfecta". Es bueno observar primeramente que es una *ley* lo que uno debe mirar. Santiago no tendría nada de simpatía para los de esa escuela de pensamiento que supone que el Antiguo Testamento consistía totalmente de ley, pero sin gracia; ¡el Nuevo Testamento totalmente de gracia, pero sin ley! La *ley* es "una regla de acción"; insistir que no hay ley en el nuevo convenio es insistir de que no hay regla por medio de la cual hemos de conducirnos hoy. En contraste cabal con tal punto de vista, hay una "ley de Cristo" (Gá. 6:2; 1 Cor. 9:21); una "ley del Espíritu de vida" (Ro. 8:2); una "ley de libertad" (Santiago 1:25; 2:12); la "ley del amor" (Ro. 13:10); e, insistir que no hay *ley* en el Nuevo Testamento está (a) en conflicto con estas afirmaciones claras de inspiración; (b) implica que estamos sin un nivel de conducta que se pueda ejecutar; e (c) ignora el significado de la palabra *ley*.

Pero ¿acaso no declaró Pablo que los hijos de Dios no están bajo ley, sino bajo la gracia? (Romanos 6:14) La declaración, “No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”, o es (a) limitada por el contexto; o (b) no lo es. Si *no lo es*, los cristianos son gente sin ley. Aquellos que no están bajo una ley, están sin ley. Es absurdo afirmar, en un resuello, que los hijos de Dios no están abajo ley, ninguna ley, ley de ninguna clase, y luego conceder que están en restricción bajo la ley. Cuando no hay ley no hay restricción. Además, los que están sin ley, están sin pecado. El pecado es la transgresión de la ley. "Donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Romanos 4:15). Donde no hay ley, no hay nada para transgredir; donde no hay nada para transgredir, no hay pecado. Por lo tanto, donde no hay ley, no hay pecado. Esta conclusión es irresistible. ¿Qué es pecado? Es ilegalidad (1 Juan 3:4).

¿Qué es ilegalidad? Ilegalidad es una ofensa contra la ley. Pero, donde no hay ley, no puede haber ofensa contra ella. Los que son incapaces de ofender o son (a) perfectos, por lo tanto *sobre* la ley; o (b) están totalmente *sin* ley. ¿Cómo puede uno transgredir lo que no existe? Estamos bajo una ley; o no lo estamos. Si no lo estamos, entonces es imposible pecar; si estamos bajo alguna clase de ley, entonces los que afirman de otra manera están en un grave error.

Que Pablo, en el pasaje aludido, (Romanos 6:14), no tuvo la intención afirmar que los hijos de Dios están totalmente sin ley *de cualquier clase* es evidente (a) que él mismo dijo que estamos bajo la ley de Cristo y de Dios (1 Co. 9:21); y (b) del contexto en que aparece la declaración. La *tesis* de Romanos es que la justificación es por medio del sistema de la fe que se originó con Cristo, y no por los medios de la ley de Moisés (Romanos 1:16, 17). En mucho detalle, y con muchos contrastes, persigue este argumento de Romanos 1:13-8:25. La ley que los gentiles no tuvieron (2:12-16) era la ley de Moisés. Aquello en lo cual el judío confiaba, en lo que encontró instrucción, en lo que se gloriaba, y con frecuencia transgredió (2:17-24), era la ley de Moisés. Las ordenanzas de la ley (2:25-28) eran de la ley de Moisés. Las obras de la ley (3:19, 20), que no podían justificar, eran las obras de la ley de Moisés. La justificación, en Cristo, aparte de la ley (2:21-26), es aquello que es aparte de la ley de Moisés. La ley de las obras, contrastada con la ley de la fe (Romanos 3:27, 28), era la ley de Moisés. La bendición pronunciada sobre Abraham, a causa de su fe (citada por el Apóstol al sostener el concepto que la justificación no era por la ley de Moisés), que fue ejercida antes de que la ley fuera dada (4:9-14), fue declarada haber sido aparte de, y antes de la ley de Moisés. La ley a la cual los judíos habían muerto, para estar con propiedad unidos a Cristo (Ro. 7:1-6), era la ley de Moisés. El mandamiento, al cual Pablo encontró ser muerte para él (Ro. 7:7-25), era la ley de Moisés. La ley que era débil, por medio de la carne (Ro. 8:2), era la ley de Moisés. Por lo tanto, es un

exégesis muy descuidado y confuso que tomaría de tal contexto una declaración que dice, "Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" y negar que la ley referida es *la ley de Moisés!* Aquí, el contraste intencionado es exactamente el mismo que el de Juan 1:17: "Pues la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo". La conclusión es irresistible que la declaración (Ro. 6:14: "Pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia"), es limitada al significado contextual del término; y, que Pablo, al continuar con su tesis que los cristianos no están bajo la ley de Moisés, pero están, en esta dispensación, totalmente sujetos a Cristo, quiso decir por la declaración, *No están bajo la ley de Moisés; son sujetos a Cristo por medio del sistema de la gracia que se origina con él.* No obstante, esto está lejos de afirmar que, en consecuencia, los cristianos no están bajo *ninguna* ley hoy en día (Gá. 6:2; Santiago 2:12; 1 Co. 9:21).

Los hijos de Dios han sido, por la sangre preciosa de Cristo, redimidos de la *maldición* de la ley (de Moisés), y privilegiados, en Cristo, compartir en las bendiciones de salvación disponibles por medio de la conformidad a "la ley del Espíritu de vida" (Romanos 8:2). Por medio de la libertad de la ley de Moisés que los hijos de Dios hoy gozan, pueden seguir sus obligaciones bajo la ley del amor, entendiendo que la ley por medio de la cual serán juzgados (Santiago 2:12) no es una de esclavitud, sino de libertad. Por esta regla (de ley) andemos siempre (Gálatas 6:16). La *ley*, la cual los cristianos deben mirar atentamente, es *perfecta*. "Perfecta", en este pasaje, es de *teleion*, de *telos*, (fin, así indicando, lo completo, lo cabal, lo acabado). La ley de Cristo es plena, completa, incorporando todo lo que es necesario para lograr su propósito.

la de la libertad,— Esta declaración es una explicación adicional porque la ley es designada como perfecta en la declaración anterior. Es *ley*, es una ley *perfecta*, es una ley de *libertad*. Es ley porque es "una regla de acción" cuyo diseño es gobernar nuestras vidas; es una ley perfecta, porque es (a) sin defecto; (b) es suficiente en todo para lograr el propósito por el cual fue diseñada. Es una ley de libertad, porque su obediencia liberta a uno de la esclavitud del pecado y Satanás, y de la muerte espiritual.

El concepto de algunos es que *ley* y *libertad* son términos contradictorios. El Espíritu santo por medio de Santiago, no vio tal dificultad. Para él es perfectamente consistente hablar de ley y libertad en el mismo resuello y de unirlos en la misma frase. De hecho, puede haber verdadera libertad sólo cuando hay ley; la ley es restricción; en donde no hay restricción se encuentra la más desesperanzada y vil esclavitud. Por ejemplo, un drogadicto desafía a la ley, y así opera sin restricción, y por ello sufre la esclavitud más rigurosa. Los teólogos sectarios, obrando bajo las preposiciones de sus credos, buscan eliminar toda ley del plan de Dios hoy, y de esta manera hacen el intento de evitar la necesidad del bautismo,

y otros actos de obediencia, como condiciones precedentes al perdón de los pecados.

Por éstos se alega que la ley excluye la gracia; y que al insistir en la adherencia a la ley, como una condición de salvación, hace del plan de redención un sistema de obras en vez de fe. Es raro que los que así razonan (y quienes ponen tanta confianza en la eficacia de la fe, aparte de las obras) no observan que en esta hipótesis, ¡la fe misma es excluida! “Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Juan 6:28, 29). La misma es así declarada ser una obra de Dios. Por lo tanto, es una presunción altanera por un lado, y una negación de las afirmaciones claras de la Escritura por otro lado, insistir que hay eficacia en una obra de Dios (la fe), pero no en otra (el bautismo) para ser salvo. La verdad es, que ninguna de las dos es eficaz en *conseguir* la salvación para nosotros; somos salvos por los méritos de la sangre de Cristo derramada por nosotros, pero apropiada al cumplir con las condiciones que el Señor mismo dio. Éstas son la fe en su deidad (Marcos 16:15, 16), arrepentimiento de todo pecado (Lucas 13:3), confesarlo ante los hombres (Romanos 10:9, 10), y el bautismo en agua (Hechos 2:38). El Señor nos salva; ¡pero nos salva sólo cuando creemos, nos arrepentimos, confesamos y somos bautizados en agua para la remisión de nuestros pecados! Alegar que eso es legalismo es de echar la acusación contra el Señor mismo que es el autor del plan de salvación aplicable hoy a nosotros.

Levantar objeción a esto en base que involucra un *plan* es absurdo; un “plan” es “un propuesto proceder o método de acción” (Webster); el Señor requiere de nosotros el siguiente “proceder o método de acción” para obtener la salvación. La acusación de que el énfasis sobre el *Plan* es disminuir al *Hombre* se opone al sentido común; agrandamos al Hombre en la proporción exacta al respeto que mostramos por su Plan. La confianza que tenemos en nuestro médico es indicada por el grado de fe que caracteriza nuestra adherencia a sus instrucciones. Mostramos nuestro respeto por Cristo en el cuidado que ejercemos al hacer lo que Él dijo. *¡Honramos al Hombre al respetar y obedecer el Plan!* El esfuerzo para quitar la atención del plan con el argumento que la misma debe de ser enfocada sobre el Hombre usualmente tiene la meta de quitar énfasis de los mandamientos de Cristo, particularmente del bautismo. Imploramos a nuestros lectores a evitar y a repudiar esta peligrosa y dañosa herejía. Si es legalismo insistir que todo mandamiento de Cristo ha de ser respetado igualmente y obedecido con fidelidad, ¡entonces seamos todos legalistas! ¡Mucho mejor esto que negar las afirmaciones claras de su palabra y así, en efecto, llegar a ser infieles!

y persevera en ella,— No es suficiente meramente mirar, o mirar atentamente en la "ley perfecta de libertad"; uno debe de perseverar en ella.

"Perseverar" es de *parameinias*, un participio aoristo activo, que significa "permanecer cerca". Ha de ser íntimamente construido con *parakupsas*, "averiguar", en la cláusula anterior del verso. La "ley de libertad" es establecida en el Nuevo Testamento; y, uno que tenga la actitud correcta hacia ella permanecerá cerca a ella; i.e., nunca está lejos de la contemplación de ella, y regresa vez tras vez a aquello de lo cual recibe su mayor deleite. En armonía con la observación del salmista: "Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche". Es psicológicamente verdad que olvidamos más en las *primeras ocho horas* después del estudio de una lección, que lo que hacemos en las *tres semanas* siguientes; y, por lo tanto, es de importancia primordial que estudiemos con regularidad y repasemos con frecuencia los asuntos estudiados. Es interesante notar la relación que hay entre lo que Santiago menciona y la acción resultante: El buen oidor (1) mira con profundidad y con mucho pensamiento en las Escrituras; (2) permanece con ellas, no permitiendo que los asuntos del mundo lo distraigan de su estudio, ni de quitarle lo que ha aprendido.

no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra— "Un oidor que olvida" es uno cuya disposición es de oír y olvidar; tal, es su característica; y, eso hace siempre. *Simplemente es un oidor olvidadizo*. Muchos están en esta clase hoy. Se sientan callados y con cortesía bajo el sonido de la predicación del evangelio, pero sus pensamientos están muy lejos y sobre asuntos materiales, y la palabra de verdad no encuentra lugar para asentarse y quedarse en corazones ya llenos de asuntos mundanos. El "hacedor de la obra", (*alla poetes ergon*, genitivo de descripción), es literalmente un "hacedor de la obra", uno cuya característica es trabajar. Así, gente de disposiciones totalmente opuestas es puesta en contraste: (a) el oidor que olvida; (b) el oidor que pone en práctica las cosas oídas. Sólo este último tiene promesa de bendición.

éste será dichoso en lo que hace.— El estado de bendición pertenece sólo a aquellos que son obedientes a la voluntad del Señor. Jesús dijo, "Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las ponéis en práctica" (Juan 13:17). No hay promesa en la palabra de verdad para los ociosos y los indiferentes. Por ambos, precepto y ejemplo, nuestro Señor enfatizó la necesidad de una obediencia fiel a su voluntad como un requisito que se necesita con anticipación para la bendición.

Impresionémonos con dos cosas en esta sección de Santiago: (1) Hay una ley de *libertad* a la cual hoy todos nosotros tenemos que dar cuenta; (2) esta ley de libertad es *perfecta*. Es una ley de libertad porque capacita a los que son obedientes a gozar de verdadera libertad. Lejos de esclavizar a los hombres, la ley de Dios los libera, capacitándolos para ser verdaderamente libres. Los griegos antiguos estaban de acuerdo con esta premisa y con frecuencia así se expresaban. "Obedecer a Dios es libertad", dijo el erudito

Séneca. Los estoicos declararon que "Sólo el hombre sabio es libre, y todo hombre necio es un esclavo". El que es dominado por sus deseos es un esclavo a ellos; el que ha rendido su vida a Cristo, *¡ha sido libertado*, por medio de la conformidad a la ley del Señor, de ellos mismos! Además, la ley de la libertad es una ley *perfecta*, porque viene de una fuente perfecta; nunca puede ser cambiada, mejorada ni trascendida; puede lograr completamente todo lo que fue designada a hacer, y es así completamente adecuada para toda necesidad del hombre.

RELIGIÓN PURA

1:26, 27

26 Si alguno se cree religioso entre vosotros,— Versos 20-25 son un comentario inspirado sobre Santiago 1:19. Estos versos aquí mencionados tratan en particular con ser "prontos para oír". El verso 26 inicia con la consideración de otra porción del verso 19, "tardo para hablar". "Si alguno se cree" es una condición de la primera clase. "Cree", de *dokei*, o "parece ser", ambos tienen sentido. El último se referiría a la impresión que uno hace sobre otros; el anterior, la impresión que uno tiene de sí mismo, que parece ser el significado más probable. El contexto sugiere que la referencia es a la actitud del hombre hacia sí mismo, en vez de cómo es que aparece ante otras personas. Es muy posible para uno considerarse religioso cuando está muy lejos de ello. Veremos después con mayor detalle que la razón de esta decepción es que tal persona no ejerce control como debiera sobre su conversación, haciendo así nulo su reclamo a religión efectiva.

"Religioso", de *threskos*, derivado de *threskeia*, designa piedad al mostrarse de manera externa--devoción externa. Incluye tales actividades como la oración pública, la observancia de la cena del Señor, asistencia a los servicios de la iglesia, y cosas semejantes. Hay en la palabra alguna sugerencia de escrúpulos, la disposición de estar particularmente preocupado con los detalles minuciosos; y, es muy posible que uno sea demasiado cuidadoso en tales actividades y en otras ocasiones involucrase en conversación desenfrenada que es muy desagradable a Dios. En estas cosas uno se puede envolver muy libremente, sin embargo inaceptables, y bajo la ilusión en cuanto a la verdadera condición de uno. Uno puede pensar que está uno totalmente agradable a Dios, en esas cosas, no obstante fracasar en otras, y así estar fuera de armonía con el Creador. Así aprendemos que por más escrupuloso que uno pueda ser en la observancia de las formas externas de la actividad religiosa, si uno no controla su lengua, uno se engaña y no agrada a Dios. Es el diseño del cristianismo traer todo nuestro ser en armonía con Jehová, y, si la lengua permanece sin restricción, ésta es suficiente evidencia de que en tal persona, la influencia que el cristianismo normalmente ejerce algo le falta, y la religión de ese hombre es vana.

y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana.— "Refrena" (*chalinagogo*, de *chalin*, un freno, y *ago*, guiar) gráficamente pinta a un hombre poniendo un freno en su propia boca, y no en otro. El que no refrena (ejerce control completo de) su lengua es, en consecuencia, engañado, y tiene una religión que es vana. "Engaña" aquí es de *apaton*, participio presente activo de *apatao*, engañar, truco. No sólo él es engañado; se sigue haciendo trucos bajo el engaño de que él es una persona religiosa aceptable. "Religión", de *threskeia*, es la devoción en manifestación externa; y es traducida "afectando humildad y culto" en Col. 2:18. Esto enfatiza que la palabra significa devoción externa, acciones religiosas externas.

Tal religión es "vana", *mataios*, vacío, sin valor, sin beneficio para el hombre, e inaceptable a Dios. La palabra así traducida indica lo que falla en producir el resultado deseado y a Dios inaceptable. Por lo tanto, resulta que por más puntual que uno sea en la ejecución de los deberes externos del cristianismo, si la lengua no es controlada con rigidez, la religión del tal es vana y sin provecho. Esta lección hace mucha falta. Hay la disposición de sentir que es suficiente conformarse a los rituales y a las ceremonias del cristianismo, y muy poca importancia, en las mentes de muchos; le da a la condición del corazón característica de los que participan. Algunas religiones, en realidad, son fundadas sobre la premisa que la mera profesión es suficiente, y que la bendición de Dios cae sobre aquellos que se envuelven en un número prescrito de devociones sin tomar en consideración la condición del corazón de los que se involucran. Este concepto persistente Jesús refutó repetidas veces. Entre las advertencias finales dadas en el Sermón del Monte, él dijo, "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de iniquidad" (Mateo 7:21, 22). De otros que fueron influidos en forma semejante, se dijo, "Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí. Mas en vano me rinden culto, enseñando doctrinas que son preceptos de hombres" (Mateo 15:8, 9).

Se verá que la razón por la cual tal religión es vana es que no *agrada* a Dios. Aunque agrada mucho al adorador, si Dios no es agradado, no vendrá bendición de ello. Es el fin y la meta de la religión satisfacer los requisitos de Jehová; y cuando el hombre sigue el curso cuyo diseño es *agradarle*, bajo la asunción que eso es suficiente para agradar a Dios, está bajo un engaño. Tenemos la seguridad de agradar a Dios sólo cuando hacemos exactamente lo que él dijo en su palabra y eso sin añadir, sin quitar, y sin modificar.

27 La religión pura e incontaminada delante de nuestro Dios y Padre es esta:— Los adjetivos “pura”, e “incontaminada”, describen una clase de religión aprobada, que ahora ha de ser puesta en contraste por Santiago, con la religión “vana” característica de una persona con una lengua sin freno y un corazón engañado. “Puro”, de *kathara*, denota lo que es limpio; “incontaminada”, de *amiantos*, lo que es sin contaminación. Las dos palabras aparecen juntas con frecuencia; y muestran el hecho de que la religión que agrada a Dios está en gran contraste con las devociones que dependen, por su eficacia, en lo ritual y lo ceremonial, y no tienen consideración por la pureza del corazón y la sinceridad del alma que por todo el Nuevo Testamento se manda. Es en vano esperar que Dios sea agradado con los actos externos de la religión cuando el corazón no es puro (Mateo 5:8). La persistente y terca disposición de sentir que meras actuaciones mecánicas son suficientes, es con frecuencia opuesta por los escritores de ambos Testamentos. Contra esta asunción sin base Miqueas con fuerza clamó en uno de los pasajes más impresionantes del Antiguo Testamento: “¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi prevaricación, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, te ha sido declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y caminar humildemente ante tu Dios” (Miqueas 6:7, 8). Las denuncias más severas de nuestro Señor fueron reservadas para hombres religiosos que hicieron largas oraciones, ¡pero que devoraban las casas de las viudas (Mateo 23:25, 26)!

La religión aquí contemplada es “delante de nuestro Dios y Padre”. “Delante” es de *para*, al lado de, i.e., la regla de medida que Dios guarda, como si fuera, a *su* lado, para determinarlo. Lo que los hombres puedan afirmar concerniente a los atributos y características de religión, este pasaje es la regla de Dios; y, claro la única correcta. Él es “nuestro” Dios y es identificado más adelante en el pasaje como “Padre”; es muy significativo en vista del precepto concerniente a los huérfanos y a las viudas en necesidad: “JAH es su nombre; alegraos delante de él. Padre de huérfanos y defensor de viudas es Dios en su santa morada. Dios hace habitar en familia a los desamparados. . . (Salmos 68:4, 5). “Jehová protege a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene, y trastorna el camino de los impíos” (Salmos 146:9).

Ya hemos observado que la palabra traducida religión (*threskia*) denota acciones por fuera, devociones externas. Esto, entonces enfatiza el hecho que la benevolencia es por nuestro Señor.

Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.— “Visitar” es de *episkeptesthai*, presente medio infinitivo de *episkeptomai*, ver, inspeccionar, con la mira de ayudar. Se usa aquí figurativamente para designar la asistencia que la

religión pura e incontaminada requiere del pueblo del Señor concerniente a "los huérfanos y las viudas". Obviamente no se limita a una visita social; ¡un huérfano o niño abandonado tendría poco consuelo en ello! Dios "visitó" a su pueblo al enviar a su Hijo al mundo para bendecirlo y salvarlo (Lucas 1:68); los "huérfanos" y "las viudas" son "visitadas" cuando hacemos lo que podemos para confortarlos y sostenerlos. El infinitivo "visitar", está en el tiempo presente, así indicando una acción continua y habitual, "*Sigan visitando a los huérfanos y a las viudas*". Jesús dijo, "Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros" (Marcos 14:7). La obligación permanece hasta que persista la necesidad; y, puesto que la necesidad siempre existe, la obligación continúa.

Los "huérfanos", (*orfanous*) son aquellos "despojados de los padres", ya sea por la muerte, enfermedad, divorcio, abandono o delincuencia; hijos sin padres, hijos cuyos padres o no pueden o, no proveen por ellos, caen dentro de la esfera de esta palabra. Las "viudas" (*cheras*) son mujeres que han perdido a sus maridos (ya por la muerte o por deserción), y están sin los medios del sostenimiento. Es interesante observar que la palabra tiene un significado metafórico de abandono; i.e., uno que ha sido abandonado (Cf. Apocalipsis 18:7). La frase, "en sus tribulaciones", describe el estado tanto del huérfano como el de las viudas, y los que necesitan de la "visitación". Claro que Santiago no implica aquí que se ha de proveer financieramente para los huérfanos con un fondo en depósito apartado para su sostén, ni para las viudas ricas hay que proveer financieramente. Los que han de ser "visitados" (sostenidos y sustentados) son los hijos sin padres que los sostengan y viudas destituidas.

Hay aquellos que se han opuesto a los orfanatos entre nosotros en base de que hay niños en ellos con, por lo menos, uno de los padres que aún viven; y, que tales niños no son huérfanos. Esta objeción no tiene mérito alguno en que (a) ignora el significado de la palabra *huérfanos*, (vea arriba); (b) tales niños a veces son de los de mayor pobreza y necesidad. Todos reconocen las necesidades de un niño que sufre la pérdida de ambos padres al morir, y brazos amorosos con frecuencia son extendidos para recibirlo; no obstante, el niño verdaderamente destituido es aquel cuyos padres o no lo hacen, o no pueden proveer, sino porque viven; otros, no pueden tomar a esos niños en sus casas y sustentarlos. Aquí, especialmente los hogares *legales* (hogares como el Tennessee Orphan Home, establecido en conformidad a la ley del estado, y operado de acuerdo a ella, llenan una necesidad que los hogares *privados* sencillamente no pueden llenar. Un niño con padres inútiles, al llegar a estar en el cuidado del Estado, rara vez se puede poner en un hogar privado; los hijos de nuestros hogares "huérfanos", si no tuviéramos estos orfanatos, irían a instituciones católicas u otras sectas.

Se supone que este pasaje es exclusivamente individual; i.e., los deberes aquí mandados son obligatorios sobre personas *solamente*, y que la iglesia no puede bíblicamente participar en tales cosas. La objeción es inválida porque (a) no hay nada en este pasaje o en su contexto que justifique tal conclusión; si se incita que Santiago tiene en mente sólo a la persona por su uso en la última frase del verso de "uno mismo" (sobreentendido en el verbo "guardarse"), debe de notarse que el contexto trata con la "asamblea de la iglesia" (Santiago 2:1 y siguientes) en los versos siguientes que, Santiago al escribir la declaración, estaba sin la división de capítulos y versículos; (b) tal conclusión significaría que a la iglesia se le prohíbe practicar la religión pura y sin contaminación; (c) eso requeriría que cada persona, miembro de la iglesia, si pudiese, tomase por lo menos a *dos* huérfanos y por lo menos a *dos* viudas (las palabras son plurales), a su propia casa y sostenerlos, para que puedan participar en la religión pura y sin contaminación; (d) si se supone que Santiago designa por el "uno mismo" (sobreentendido en el verbo) en la última cláusula del verso un deber que sólo una persona puede hacer, y que no tiene relación alguna a los deberes de la *iglesia*, la siguiente declaración de Pablo, ¿excluiría a la iglesia?: "Por tanto, examínese cada uno a sí mismo, y coma entonces del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su propio juicio" (1 Corintios 11:28, 29). Si el "uno mismo" en Santiago 1:27, excluye a la iglesia de toda participación en los asuntos mencionados, con el mismo modo de razonamiento, ¿por qué no eliminaría esto a la Cena del Señor de la actividad de la *iglesia*? ¿Es la Cena del Señor exclusivamente acción individual, y algo de lo cual la iglesia debe de abstenerse? Si no, ¿por qué "uno mismo" lo elimina, y "a sí mismo" lo incluye? ¡Es obviamente un fracaso el esfuerzo de excluir a la iglesia de tal participación!

La verdad es, que no era el diseño de Santiago indicar *quien* en el pasaje bajo consideración, sino el *qué*. Sin duda que él asumía que aquellos a quienes escribió entenderían que estos mandatos eran obligatorios para todos, colectivamente e individualmente. No obstante, por más pobre que uno sea, uno que pertenece a una congregación, que apoya a los huérfanos y a las viudas, participa en ello, puesto que todos somos miembros del mismo cuerpo (1 Corintios 12:1 y sig.). Pablo designa *quién* en 1 Timoteo 5:16, cuando el cargó a la *iglesia* con la responsabilidad de proveer para las "que en verdad" son viudas. Puesto que hay que proveer para las viudas y los huérfanos de alguna manera, y puesto que Pablo designa a la iglesia con esta responsabilidad, la iglesia con propiedad puede proveer fondos para sostener a los pobres. Así enseñó Pablo en Gálatas 6:10: "Así que, según tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y *mayormente* a nuestros familiares en la fe". El esfuerzo para hacer de este pasaje individual exclusivamente es absurdo; requiere la conclusión que Pablo, en una carta

específicamente dirigida a "las iglesias de Galacia" (Gálatas 1:2), les dio instrucción en que *¡sería pecado para estas congregaciones seguir!* Es claramente la responsabilidad de la iglesia proveer para los pobres (Santiago 1:27; Gálatas 6:10; 1 Timoteo 5:16).

Ya sea que la iglesia apoye a los necesitados en un hogar *legal* (uno con una licencia del Estado para el propósito de proveer para los necesitados), operando en armonía con la ley del Estado, como es el caso de los huérfanos y los ancianos, operado por fieles hombres y mujeres cristianos y con el apoyo de las iglesias de Cristo, o en un hogar *natural* (el suyo propio o el de otros), el principio es precisamente el mismo. Una gran necesidad (aunque temporal) se levantó en la iglesia de Jerusalén, poco después del día de Pentecostés, que los discípulos de esa congregación con sacrificio llenaron al vender sus posesiones y poniendo las ganancias de las mismas en las manos de los apóstoles para distribuir las a los pobres entre ellos según se presentase la necesidad (Hechos 6:1-6). Los pobres ayudados siguieron ejerciendo la autonomía de sus familias; el mero hecho que eran sostenidos no significaba que la iglesia tomó a estos hogares en sus congregaciones en donde los ancianos ejercían vigilancia de la estructura familiar a la manera en la cual ellos pasaban inspección sobre la operación de la escuela bíblica. La *iglesia* y el *hogar* son dos instituciones distintas; cada una tiene sus distintos deberes peculiares; y, en esta área la iglesia no puede usurpar las funciones del hogar con propiedad. Al *hogar*, Dios asignó los deberes y responsabilidades del cuidado de los niños; la iglesia no fue organizada con ese propósito. *El hogar no puede bíblicamente funcionar como iglesia; ni tampoco puede la iglesia funcionar como hogar.* Cuando el hogar cae en una necesidad, es el deber de la iglesia ayudar; pero, al hacerlo, no disuelve al hogar, y asume sus funciones. Así como la iglesia no debe operar al *Estado*, ¡tampoco puede operar un hogar! La doctrina de la unión entre la iglesia y el estado es catolicismo; la teoría que la iglesia puede tomar el hogar y operarlo *como parte de la iglesia*, es para algunos como un objeto o empeño predilecto ("hobby; hobby-horse" en inglés).

Los "orfanatos" (Realmente el término es una designación inaplicable; los niños recibidos ya no son más huérfanos; i.e., sin el cuidado de padres, sino que son ahora, atendidos por manos cristianas, con ternura y amor y con el apoyo de las iglesias de Cristo), no están en conflicto con la iglesia, porque estas instituciones no están haciendo la obra *de la iglesia*, están ejerciendo las funciones *del hogar*; no están en conflicto con el *hogar*, porque el hogar, que reponen para el niño, ya no está allí. ¿Qué es un "orfanato"? Es el hogar que el niño tuvo, pero que se perdió, que ahora ha sido restaurado. Es la voluntad de Dios que "la solidaridad" sea puesta "en las familias" (Salmo 68:6), y esto es precisamente lo que es hecho para ellos cuando son puestos en estos hogares y se provee para ellos. Resulta,

por lo tanto, que estos hogares, cada uno de ellos hoy apoyados por las iglesias de Cristo, son bíblicos, y merecedores de nuestro apoyo financiero liberal, nuestras oraciones y nuestro estímulo. ¡Qué el Dios "de los huérfanos y el juez de las viudas" bendiga a cada uno de ellos!

y guardarse sin mancha del mundo.— Éste es el segundo aspecto de la religión (devoción externa) que es pura e incontaminada. "Guardarse", (*terein*, infinitivo presente activo), significa *¡seguir* guardándose sin mancha del mundo! Los hijos de Dios son miembros de la iglesia (*ecclesia*, de *ek*, fuera de, y *kaleo*, llamar); y han sido llamados fuera del mundo; por lo tanto, no han de amarlo (1 Juan 2:15), ni tener amistad con él (Santiago 4:4), sino que han de separarse de él. El "mundo" (*kosmos*) denota aquello que es peculiar a esta existencia, en contraste con el dominio del espíritu; el dominio de Satanás, aquello sobre lo cual él gobierna, y en que su espíritu es el factor dominante. Es el mundo de los incrédulos, los corruptos de corazón y vida; y los cristianos no han de tener concurrencia con los que son de él, por si acaso sufran contaminación. Uno se guarda "sin mancha" del mundo al no permitir que las manchas del mundo sean transferidas a él. Uno no puede entrar en contacto con la tierra sin ensuciarse; de la misma manera, es imposible participar con las cosas del mundo, sin hacerse mundano. Pablo solemnemente amonestó: "Y no participéis (tener compañerismo con, participación junta) en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien redargüidlas (descubrir las, exponer las)" (Efesios 5:11). La admonición de Pablo a Timoteo, "Consérvate puro" (1 Timoteo 5:22) es tan aplicable hoy para nosotros, como para aquellos a quienes se escribió originalmente. Sólo los que así hacen, verán a Dios (Mateo 5:8). "Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Corintios 7:1). "Sino que así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; pues escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 Pedro 1:15, 16).

SECCIÓN 4

2:1-13

ACEPCIÓN DE PERSONAS

2:1-4

Hermanos míos,— Con esta calurosa y amistosa frase, característica de Santiago, inicia un nuevo tema. Esta dirección hermanable era la forma en la cual el escritor con frecuencia comienza un tema fresco (Santiago 1:19; 2:5, 4; 3:1; 5:7). Puesto que era su intención reprender a los hermanos a quienes escribió por serias infracciones repetidas de la ley del amor, era propio que esta subdivisión así iniciara. Para el significado de la palabra "hermanos", las implicaciones involucradas en su uso, vea los comentarios en Santiago 1:2.

que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas.— La "fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo", (ten pistin tou kuriou jemon Iesou Christou) no es, evidentemente, la fe que tenía Cristo; es el todo de la religión cristiana, representada bajo la frase, "la fe", en donde una parte vital de ella es hecha representar el todo de ella. Santiago está diciendo aquí, "Mis hermanos, no tengan el cristianismo y a la misma vez muestren parcialidad y cuidado especial para aquellos que son ricos o altamente favorecidos en el mundo". En efecto dice: *¡No traten de ser un cristiano y un hipócrita a la vez!* La disposición que impulsa a un discípulo del Señor tener y mostrar favoritismo para otro, en bases externas, y a causa de consideraciones mundanas, es totalmente ajeno al espíritu del cristianismo, y una perversión violenta de la religión genuina. Cristo es identificado en el pasaje como el "glorioso Señor Jesucristo", no sin mucho significado en la conexión en que aparece. Su significado es muy parecido al "Señor de gloria", que sin duda fue introducido para mostrar que a pesar de la pobreza y extrema humillación a la cual Él fue sujeto en la tierra, la posición de Él ahora es de gran gloria, una gloria que Él ofrece a sus *humildes* discípulos, y apoyado en carácter cristiano, no en la fama o de posesiones mundanas.

Esta "fe" de los cristianos debe *ser* "sin acepción de personas". "Sea sin", es *me echete*, presente activo imperativo de *echo*, con el negativo i.e., *dejen de tener el hábito* de tener la fe de tal manera. Se observará que aquí, y con frecuencia en otras partes de la Epístola que el escritor con frecuencia vuelve a su tema que es imposible para que uno se acerque a Dios en adoración si el corazón no está bien, o si la conducta es corrompida. Aunque Santiago está lleno de mandatos con el diseño de impresionar a sus lectores con la necesidad de religión *práctica*, siempre

enfaticó el hecho de que eso resultará en una bendición sólo cuando la pureza del corazón y la vida caractericen al adorador.

“Acepción de personas”, es de *en prosopolepsiais*, compuesto de los nombres *proson* (que significa cara, semblante), y *lempsia*, derivado de *lambano*, recibir; así, literalmente, ¡recibir la cara! Como aquí es usado, significa mostrar consideración a las circunstancias de otro, y de mostrar favoritismo en base de rango, riqueza, posición social, logro mundano y fama. Es esta disposición que Santiago condena, y la cual nuestro Señor fuertemente reprendió mientras estaba en la tierra (Lucas 20:21). Parcialmente, basado en consideraciones mundanas o materiales, está muy lejos del verdadero espíritu de Cristo que cualquiera de sus discípulos muestre tan violenta perversión de la religión cristiana. Para otros ejemplos de la palabra, vea Romanos 2:11; Efesios 6:9 y Colosenses 3:25. Dios no muestra acepción de personas, ni tampoco deberíamos hacerlo nosotros. Fue esto lo que impresionó a Pedro en el incidente del gran lienzo: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación, el que le teme y practica lo que es justo, le es acepto" (Hechos 10:34, 35).

Habiendo visto que todos son *iguales* ante Dios, y que es pecaminoso mostrar acepción de personas por consideraciones mundanas, puesto que cada discípulo tiene el derecho de los mismos privilegios en Cristo (Gálatas 3:26-29), es una extensión de esto más allá de los límites apropiados implicar que no hay diferencias entre los hombres. Somos enseñados en el Nuevo Testamento a "honrar al rey" (1 Pedro 2:13), y orar por los que están en eminencia (1 Timoteo 2:2).

Ancianos, diáconos, hombres de edad y mujeres, dignatarios, hombres de gran fe y valor, con frecuencia son señalados, en las Escrituras, y declarados ser dignos de galardón especial por sus obras de fe, sus obras de amor, y paciencia en la esperanza que exhiben (1 Timoteo 5:17; 3:13; 1 Timoteo 5:1-3; Hebreos 11:1 sq.; 2 Pedro 2:10, 11). Lo que se enseña es que no hay lugar en el cristianismo para el aplauso mundano, y que toda reverencia semejante en la adoración pública es indecorosa y pecaminosa. Puesto que Dios no hace acepción de personas, tampoco nosotros debemos de hacerlo.

Porque si en vuestra congregación entra— “Congregación”, (*sunagogen*), de *sun* (con), y *ago* (juntar); por lo tanto, literalmente, juntarse con, era el significado de la edad apostólica, (a) una congregación reunida; (b) el lugar en donde la asamblea tomó lugar. Parece muy obvio, por el contexto, que es la primera de estas reuniones — una congregación reunida—a lo que aquí se refiere. Si nos parece hoy raro que un escritor cristiano dirigiéndose a cristianos concerniente a la conducta que deberán tener en una conducta cristiana refiriéndose a un evento bajo una apelación

judía, recordemos que el fondo religioso del escritor y la gente a quien él escribió eran totalmente judíos. Estas impresiones duraron por mucho tiempo y la influencia judía era fuertemente sentida. Se exhibió a través de la edad apostólica; y, por necesidad términos eran usados que darían en la forma más completa posible a la gente judía la mente y el mensaje del Espíritu por medio de Santiago. [NOTA DEL TRADUCTOR: Esta explicación es especialmente apropiada para aquellas versiones que en vez de la palabra “congregación” traducen literalmente la palabra del griego a “sinagoga”.]

entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida,— Ocasionalmente visitaba un hombre de recursos las asambleas de los santos y como siempre ha sido la característica de mucha gente la disposición de darle trato especial, y mostrarle honor especial, era una tentación a la cual los hombres de todas las edades han sido sujetos, y a la cual a veces cedían. La frase, "un hombre con anillo de oro", es en el griego del Nuevo Testamento, *aner chrusodaktulios*, (literalmente, *¡un hombre de anillo de oro!*). Esto indica que tal persona tendría muchos anillos, y los usaría de manera ostentosa. Un escritor antiguo menciona a un hombre que usaba seis anillos en cada dedo, día y noche, y que no se los quitaba cuando se bañaba. Los historiadores registran que Aníbal, después de una gran batalla en que sus fuerzas fueron exitosas, envió tres fanegas de anillos de oro de los dedos de caballeros romanos matados en conflicto como un trofeo a Cartago. Además, el hombre que el escritor tiene en mente, además de una gran exhibición de anillos que usaba, vestía “con ropa espléndida”, (*en estheti lampria*, ropas alegremente coloridas), que atraía la atención de los menos pudientes.

y también entra un pobre con vestido andrajoso,— Este pobre hombre, en la ilustración, estaba en peor condición que lo que comúnmente significamos hoy por el adjetivo *pobre*. La palabra es *ptochos*, un mendigo (Mateo 19:21), uno que depende de la caridad de otros para su existencia. No simplemente uno que tiene poco de los bienes de este mundo; y, que no obstante, tiene suficiente como para seguir viviendo. Su vestimenta, en gran contraste con la del hombre aseado con moda caudalosa, es descrita como "vestido andrajoso", (*en ruparai estheta*, desaliñado, barato, quizás sucio). Aunque su estado económico es tan distinto como del día a la noche, y aunque, en rango social, están separados como los polos, ambos están en la iglesia, y allí están de igual valor ante Dios quien no hace acepción de personas entre los hombres.

3 y prestáis especial atención al que trae la ropa espléndida,— ¡Qué tan característico de los hombres es hacer esto, y cuán común es esta debilidad humana aquí demostrada! "Prestáis especial atención", es (*epiblesete de epi*, aoristo activo subjuntivo de *epibelpo*), ver con favor, y así ser impresionado, como en este caso, con los deslumbrantes ornamentos

de oro, y con la brillante exhibición de ropa usada por el hombre acaudalado.

y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar;— (*su dathou jode kalos*), "Siéntate *tú* (enfático) aquí en buen lugar"; i.e., un lugar de honor y prestigio. El lugar más codiciable en una sinagoga para un judío era hacia el final del edificio enfrentando a Jerusalén, y en donde estaba el arca en que estaba guardado el rollo sagrado de la ley. En la ilustración que usa Santiago, claro que esto era basado en una observación real, el visitante es acompañado al lugar más favorecido en el edificio y sentado con gran deferencia.

y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado;— Hay un desdén con un velo finito en las palabras al hombre pobre, y sin consideración por su comodidad. No se le invita sentarse en los lugares comunes, sino fríamente instruido a buscarlo él mismo; y, con una señal de desdén con la mano, el acomodador le dice en efecto, "Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado". Era una falta de cortesía al extremo requerir al visitante estar de pie mientras que los que venían con regularidad se sentaran; era poco mejor ser permitido sentarse, aunque con reservas, en el estrado en donde la gente ponía sus pies. Era la intención de Santiago mostrar, con este asombroso contraste, la diferencia que la gente tiene la disposición de hacer entre el rico y el pobre, y para condenar tal cosa. En vista de esto, ¿qué debe pensar nuestro Señor de esa actitud en la mente y en el corazón que con frecuencia induce a la gente, ellos mismos supuestamente ante el trono de la gracia y con mucha necesidad de gracia, vestirse con los vestidos más ostentosos posible y hacer desfile bajo los pasillos de los edificios de la iglesia del Nuevo Testamento con sus plumas arregladas y compuestas como los pavos reales para la admiración de algunos y la envidia de otros?

4 ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos,— Las frases "no hacéis distinciones", y "entre vosotros" tienen diferencias algunos traductores en cuanto a su significado. Para algunos "¿no hacéis distinciones?" podría ser traducido como "¿no estáis divididos?"; y, "entre vosotros mismos" como "en vuestra mente". De la otra manera, el pasaje diría, "¿No estáis divididos en vuestra mente?" El verbo, "hacéis distinciones", (es en el texto griego, *diekrithete*, primer aoristo pasivo indicativo de *diakrino*, separar), y la construcción de la oración es tal que una respuesta afirmativa se esperaba de la pregunta. El verbo es traducido "dudando", en Santiago 1:6, y en forma semejante en Hechos 10:20, y Romanos 14:23.

Por lo tanto, hay dos interpretaciones posibles, dependiendo en cuál traducción se siga. Si la primera, el significado es, "¿No reconocen que las diferencias entre vosotros están basadas en consideraciones materiales?"

¿No es cierto que lisonjean a los ricos al entrar en sus asambleas, y tratan con desdén al pobre?” Si la segunda, el significado es, “Al mostrar parcialidad en base a la situación económica o consideraciones materiales y mundanas, ¿no están mostrando duda (incredulidad) en la enseñanza de nuestro Señor que estrictamente prohibió todo esto en su enseñanza?” En vista del hecho de que la palabra traducida “distinciones” es usada uniformemente para expresar duda en el Nuevo Testamento, parecería que la segunda de estas interpretaciones es la más probable. La frase que sigue, “y venís a ser jueces con malos pensamientos”, apoya este punto de vista. La conducta de aquellos a quienes escribió Santiago (el verbo indica que estaban practicando lo que él condena aquí) era tal que estaban vacilando entre lo que el Señor enseñó concerniente a la fama, las riquezas, estación social y cosas parecidas, y la tentación de mostrar favores especiales a los de buenas circunstancias. Para usar una de las frases de Santiago, eran hombres de *dos mentes*; i.e., "dos mentes" (Santiago 1:8).

y venís a ser jueces con malos pensamientos?— Esta gente había, por su exhibición de favoritismo hacia los ricos (resultado de su titubeo de su fe), llegado a ser "jueces con malos pensamientos". La palabra "jueces" es de *dialogismon*, de *dialogismos*, razonamiento. La palabra es un término legal; y, como es usada aquí, describe la litigación que resultó de los conceptos conflictivos que ellos sentían, produciendo la duda mencionada antes. El conflicto que existía en sus mentes, entre lo que ellos sabían que el Señor enseñaba concerniente a los ricos y las riquezas, y su deseo de mostrar preferencia hacia ellos, ¡los hizo una corte en conflicto! Estos conflictos fueron tan pronunciados como lo serían los conceptos contrarios de abogados argumentando un caso en la corte.

De esta sección aprendemos que era evidentemente muy raro para un rico visitar una asamblea de los santos. La aparición de tal hombre era tan excepcional que cuando pasaba había mucho incitamiento, impulsando a los hermanos a comportarse indebidamente al asignarle el asiento más honorable posible. Tal disposición era muy desagradable a Dios en quien no hay acepción de personas. En su vista, todos los hombres son de igual privilegio y promesas; y, con Él un alma es tan preciosa como la otra. Es malo mostrar honor a cualquier hombre simplemente porque tiene mejor ropa, vive en una casa de mayor pretensión, o tiene una cuenta en el banco más grande. ¿Qué impulsa a la gente mostrar consideración especial para con los ricos? Usualmente el motivo es egoísta. Hay pensamientos en el fondo de la mente con la idea de que algún día quizás sea necesario pedir favores de los ricos; y, por lo tanto, es conveniente agasajarlos. ¿Para qué molestarse con los pobres? De todos modos, nunca podrán hacer algo por nosotros. ¡Cuántos pecados brotan simplemente por el egoísmo!

LA CONSIDERACIÓN DE DIOS POR LOS POBRES

2:5

Hermanos míos amados, oíd:— Compare declaraciones que comienzan en forma semejante en Santiago 1:2, 19; 2:1, 14; 3:1, 10; 4:11; 5:7, 12, 19. "Oíd", es oír con atención. Santiago quiere que sus lectores den atención especial a lo que está por escribir en vista de las prácticas que él estaba reprendiendo. Inmediatamente antes de esto está una fuerte reprensión; es seguida por esta dirección fraternal y tierna, respirando el mero espíritu de amor, interés y cuidado por aquellos a quien escribió. Estos contrastes aparecen regularmente en la Epístola. Todos nosotros debemos de dar atención cuidadosa a estos asuntos. Son tan importantes para nosotros como lo fueron para aquellos a quienes originalmente se dirigió. Los pecados que condena el escritor sagrado no son menos comunes hoy.

¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe,— Esta pregunta es hecha de manera que requiere una respuesta afirmativa. Que Dios ha verdaderamente escogido a "los pobres de este mundo", es evidente por el hecho de que muchos más pobres que ricos le sirven. El Señor ha ordenado que los pobres serán los poseedores de las bendiciones de su reino; y, de este hecho, hizo mención con frecuencia (Lucas 6:20; cf. 1 Corintios 1:26-30). Claro que esto no quiere decir que la selección fue arbitraria y sin consideración del carácter de los escogidos; de hecho, el pasaje declara que los escogidos son "ricos en fe", una frase que pone en contraste sus dotes espirituales con la anterior, "pobres de este mundo". La manera en la cual Dios *escoge* a la gente es claramente indicada en 2 Tesalonicenses 2:13, 14, en donde se afirma que el llamado divino es por medio del evangelio (que es para todos los hombres, Marcos 16:15, 16), y que la fe en la verdad, (un hecho del hombre) es esencial para ello. Los pobres tienen mayor número que los ricos entre los que Dios así ha escogido simplemente *porque los pobres con más probabilidad obedecen a Dios que los ricos*. El pasaje no mantiene que el Señor escoge a la gente *porque* son pobres; la pobreza, en sí sola, no es una bendición; ni, es la mera posesión de riquezas un pecado. Hay hombres ricos que son muy buenos, y pobres que son muy malos. El significado es que es mucho más probable que los pobres lleguen a ser "ricos en fe", que los ricos (quienes tienen muchas más tentaciones), y puesto que Dios favorece a los pobres por esta razón, no hemos de poner el orden en reversa y favorecer a los ricos sobre los pobres. La selección debe de ser en base de riqueza en fe en vez de sobre la base de las posesiones mundanas y materiales. Es mucho mejor ser "pobres de este mundo", y "ricos en fe", con las bendiciones que vienen con ello, que tener todo el oro de Ofir y ganado sobre mil colinas y ser pobres en la fe.

y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?— Una segunda característica de los que son "pobres de este mundo", pero "ricos en fe", es que son "herederos del reino", (*kleronomous tes basileias*, herederos del reino, los que algún día recibirán las bendiciones de él por derecho de descendencia). Ser un *heredero*, en el uso del Nuevo Testamento, es de estar emparentado con Dios de tal manera como para recibir con propiedad lo que desciende de una relación de padre a hijo (Pedro 3:9). Esta relación comienza con el nuevo nacimiento (Juan 3:3-5; cf. Col. 3:24; Efesios 1:18; Mateo 5:5), y tales expresiones como "vida eterna", (Mateo 19:29), "una herencia incorruptible", (1 Pedro 1:4), y la "herencia eterna", (Hebreos 9:15), son basadas en esta relación, y continúa y extiende la figura así usada. Ser un heredero del reino es, por lo tanto, estar en esa línea de descendencia de Dios como para tener el derecho con propiedad de heredar lo que le pertenece, y lo que él tiene para sus hijos.

Es importante tomar nota de este hecho que el reino contemplado aquí *no es* el reino establecido en el primer Pentecostés después de la resurrección de nuestro Señor, sino el reino eterno que resultará de la abdicación de Cristo al final de esta era cristiana (1 Corintios 15:20-28). Que el reino aquí referido es el aspecto celestial del reino de Cristo es evidente del hecho que los que le aman, quienes son ricos en fe, y han sido escogidos, ya están en el reino que tuvo su principio en aquel gran día de Pentecostés (Hechos 2:1-47). Vea Mateo 16:18-20; Marcos 9:1; Colosenses 1:13, 14; Hebreos 12:28; Apocalipsis 1:9. Se entra al reino, ahora en existencia, cuando uno llega a ser un sujeto de Cristo; el aspecto del reino mencionado en nuestro texto es aquello al cual los cristianos tendrán el privilegio de entrar en aquel día final, si es que han añadido a su fe las virtudes que adornan el carácter cristiano (2 Pedro 1:5-11).

Es este reino que Dios ha *prometido* a los pobres que son ricos en fe, aunque pobres de este mundo. Es a los tales que el reino de los cielos pertenece, un hecho con frecuencia sostenido y enfatizado en las Escrituras (Mateo 5:3; Lucas 6:20; 12:32). No obstante, el aspecto futuro del reino, y las bendiciones asociadas con él, existen sólo en promesa, y es una perversión de las Escrituras insistir que lo que es sólo una promesa, sea ya gozado en realidad. La vida *eterna* que comienza con la realización de la promesa será gozada sólo al entrar al reino futuro (Marcos 10:30; Tito 1:2; 1 Juan 2:25). Aquellos pasajes que mantienen que los hijos de Dios están en posesión de la vida eterna ahora (Juan 3:16), deben, en armonía con los siguientes pensamientos ser considerados al enseñar que tal vida es gozada *en prospecto* — no en la actualidad. La vida que es eterna nunca termina. Si los cristianos ya la poseen hoy, es imposible que la pierdan, y así caer de la gracia. Es absurdo afirmar hoy que uno ya está en la posesión literal de la vida eterna, pero conceder la posibilidad de la apostasía. *¿Cómo puede lo que es eterno dejar de ser?* Hay más de dos mil quinientas advertencias

a los santos en las Escrituras concerniente a la posibilidad de la apostasía. En cada página se encuentra uno con las tales; no es posible abrir las Escrituras sin ver ya directa o indirectamente esto enseñado. Por ejemplo, "De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído" (Gálatas 5:4). "Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón entero y con ánimo generoso; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscas, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre" (1 Crónicas 28:9).

Por lo tanto, podemos de las premisas precedentes concluir que (a) la relación de padre e hijo comienza con el nuevo nacimiento; (b) los que han nacido de nuevo entran al reino de Cristo en la tierra sobre el cual hoy reina el Señor, y en el cual el Espíritu mora; (c) aquellos que están en la posición de *herederos* y, consecuentemente, herederos de las bendiciones del reino futuro; (d) para ellos esa herencia eterna espera; (e) mientras que están en la tierra y antes de la consumación de todas las cosas que van a ocurrir cuando regrese el Señor están en posesión de la promesa de estas bendiciones futuras que, en resumen, consiste de la vida eterna; (f) la realización real será cuando sean otorgados amplia entrada a "el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Pedro 1:5-11).

Aunque estas bendiciones están *en promesa* hoy, del cumplimiento final de ello, podemos tener sin duda, *si es que* somos fieles y perseveramos hasta el fin (Ap. 2:10). La promesa de Dios es segura, y en ella podemos confiar (2 Pedro 3:9). Dios es fiel que prometió; y, Él no nos fallará, ¡si nosotros no le fallamos! "Mira, pues, la benignidad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la benignidad para contigo, si permaneces en esa benignidad; pues de otra manera, tú también serás cortado" (Romanos 11:22).

La promesa es para aquellos que le *aman*. Aquí, realmente está la verdadera prueba; pues es el amor *para* con Él que impulsa a una fiel obediencia a Él: "El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; en esto conocemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:4, 5). La frase "a los que le aman", es literalmente, *a aquellos que le aman*, (*tois agaposin auton*); i.e., a aquellos que siguen amándole, y que muestran este amor por una obediencia fiel a Su voluntad.

OPRESIÓN POR LOS RICOS

2:6, 7

6 Pero vosotros habéis afrentado al pobre.— Estos a los cuales Santiago había escrito habían hecho esto al dar consideración de preferencia al rico, y al tratar al pobre con desdén. No importando el hecho de que los pobres eran mucho más probables para obedecer al Señor que al rico, había aquellos entre los lectores de Santiago que exhibían favoritismo para con *los ricos porque eran ricos*, y mostraban desdén para con el pobre *porque eran pobres*. Al hacerlo, ellos habían "afrentado" al pobre. La palabra traducido "afrentado", (*etimasate*, aoristo activo indicativo de *atimazo*, degradar), significa mucho más que meramente ignorar. No hacer, caso como es aquí usada, significa poner al pobre en un estado de degradación y de detener de ellos el respeto que ellos merecían. La actitud era algo más que algo pasiva; estos a los cuales así fueron reprendidos *mostraban* desprecio para con el pobre, y así envolvían una falta de respeto activo. Esto era dar vuelta a la actitud de Dios en tales asuntos. "Por tu bondad, oh Dios, has provisto para el pobre" (Salmos 68:10). "Porque Jehová oye a los menesterosos" (69:33). "Yo sé que Jehová tomará a su cargo la causa del afligido, y el derecho de los necesitados" (140:12). Vea también, Job 5:15, 16; 36:15; Salmo 9:18; 72:12, 13; 109:31; Jeremías 10:13.

La declaración, "Pero vosotros habéis afrentado al pobre", es vivaz e impresionante en el texto original. "Pero", (en contraste con la manera en la cual Dios siente en tales casos), "Tú" ("entendido" en la formación del verbo, con énfasis), "de vuestra parte, lejos de mostrar la misma consideración alta que Dios tiene para con los pobres, lo habéis tratado con la peor falta de respeto y desdén". Sus acciones, en el caso, eran malas, porque diferían de la voluntad de Dios y con su forma de ser; y, como muestra el próximo verso, faltaban en buen juicio. Dishonar a los pobres es un pecado serio, porque era entremeterse oficiosamente con el plan de Dios. Si Dios da a los pobres una posición de honor, ¿cómo se atreve un mero hombre a ignorarla, y establecer otra norma personal? Salomón dijo, "Peca el que menosprecia a su prójimo; mas el que tiene misericordia de los pobres es dichoso" (Proverbios 14:21). Las distinciones entre los hombres, de la naturaleza que sean, menos las de un carácter cristiano, eran especialmente odiosas para Santiago, y condenadas frecuentemente en la Epístola.

¿No os oprimen los ricos,— Además de una falta de caridad cristiana mostrada al halagar con favoritismo que algunos estaban manifestando hacia el rico, ¡la actitud era absurda, y le faltaba buen sentido! Los ricos, a quienes favorecían sobre los pobres, eran los que agregaban a su miseria por medio de mucha persecución y opresión. La palabra por "opresión" en

el texto es significativo, siendo *katadunasteuousin*, compuesta de *kata*, bajo y *dunastes*, gobernador, potentado; y revela que ya los primeros cristianos sufrían de la tiranía de las manos de los judíos ricos en posiciones de autoridad e influencia. Una traducción libre del griego es, "¿No se enseñorean de vosotros los ricos?" Entre los saduceos de ese período había muchos judíos poderosos que eran privilegiados por el gobierno romano a ejercer considerable autoridad en las cortes locales de los judíos. Hay muchos casos de tal persecución de esta fuente en la inspirada historia sobre la iglesia de Lucas (Hechos 4:1-3; 13:50; 19:19).

y no son ellos mismos los que os arrastran a los tribunales?— No sólo oprimían (aplastar fuerte sobre) estos judíos ricos a los pobres de la época, con frecuencia "arrastraban" (una expresión vivaz que sigue siendo usada hasta el día de hoy de personas traídas a corte en contra de sus voluntades), donde, bajo la pretensión de legalidad, se les quitaba lo poco que ellos tenían. Los "tribunales" ante los cuales eran "arrastrados" probablemente eran cortes de la sinagoga. Aunque la gente judía estaba bajo la sujeción del gobierno romano (que mantenían en ese tiempo un ejército de ocupación en Palestina), eran permitidos el privilegio de conducir tanto cortes civiles como religiosas en que oían asuntos de litigación que envolvían los asuntos religiosos y comerciales del pueblo judío. A estas cortes los judíos ricos con frecuencia traían a los pobres y por su fuerza e influencia tenían acciones decididas a su favor y contra del pobre, por más justa que la causa de estos últimos haya sido. Debe observarse que éstos no eran hombres ricos cristianos, sino judíos incrédulos que oprimían y trataban mal a los judíos cristianos entre los primeros discípulos. Esta situación es citada por Santiago para mostrar lo absurdo de la práctica que prevalecía entre algunos cristianos de la época al mostrar consideración inmerecida para los ricos sólo porque eran ricos, y despreciar a los pobres sólo porque eran pobres.

Es digno de observarse que el único otro caso en que aparece la palabra traducida "oprimir" en el texto, es en Hechos 10:38, en donde se dice que Cristo sanó a todos los que "eran oprimidos" del diablo. Las acciones de la gente rica descorazonada del período eran comparables a las del diablo mismo. ¡Qué falta de buen sentido era mostrar servidumbre a tales personas sólo en base de ser ricos!

¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?— El antecedente de "ellos" son los ricos (verso 5). Además de la opresión y extracciones características de esta gente, ellos blasfemaban el buen nombre por el cual los primeros discípulos eran llamados. "Blasfeman", es de *blasfemousin*, presente activo indicativo de *blasfemeo*, derivado de *blasfemos*, hablar mal. Calumniaban el nombre que los discípulos usaban; y el hablar mal no era del momento u ocasional, lo hacían vez tras vez según indica el tiempo del verbo. Habitualmente

blasfemaban el nombre. Este nombre es descrito como “buen”, de *kalos*, bueno, noble, excelente. La frase, “que fue invocada sobre vosotros”, es *to epiklethen eph’ jumas*, literalmente, *que es llamado sobre vosotros*. El verbo *invocado* es de *epikaleo*, participio aoristo pasivo, y significa asignar un nombre a, poner un nombre sobre. Este nombre más que seguro era el de *Cristo*, pronunciado sobre nosotros en el bautismo (Mateo 28:19, 20; Hechos 2:38), y que los cristianos usaban gustosos porque fue dado por autoridad divina (Hechos 11:26; 26:28, 1 Pedro 4:14, 16). Es una indicación adicional del hecho de que Santiago, quien era sobresaliente en la iglesia en Jerusalén, es el escritor del libro que lleva su nombre, que una expresión semejante a las palabras *to epiklethen eph’ jumas*, “que fue invocada sobre vosotros”, ocurre de su boca en Hechos 15:17, siendo una cita de la Septuaginta (la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego) en Amos 9:12.

LA LEY REAL 2:8-13

8 Si— Esta palabra, del griego *mentoi*, indica la conexión entre lo que sigue, y lo que precede, en el texto. Parece ser usado adversamente, y para implicar que los lectores de Santiago estaban haciendo el intento de justificar su conducta hacia los ricos en base de que ellos estaban simplemente obedeciendo la ley real del amor que requiere que uno ame a su prójimo como a uno mismo. En este caso, la declaración ha de entenderse a la luz de los siguientes hechos: El escritor había condenado toda consideración indebida para con los hombres simplemente porque eran ricos. Los discípulos podrían contestar: “Nuestra consideración por ellos no es más que lo que se espera de nosotros mostrar, en vista del hecho de que la ley nos requiere amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos”. El Apóstol responde: Es bueno guardar la ley; no obstante, puesto que nuestros prójimos incluyen a los ricos y a los pobres, ¿por qué han honrado a los que son ricos, y han despreciado al pobre? Hacen bien al apelar a la ley en justificación por vuestros hechos, pero “Si hacen acepción de personas, pecan, siendo condenados por la ley como transgresores. Así, la misma ley que ofrecen como justificación de vuestro acto os condena porque prohíbe el hacer acepción de personas, y así os condena de ser transgresores de la ley”.

Menos probable es el concepto que la declaración es designada meramente para confirmar lo que anteriormente se había escrito. Favoritismo y parcialidad hacia los ricos, y una falta de consideración correspondiente para el pobre, por los cristianos, es una perversión violenta de la ley del amor, y por lo tanto, es pecaminosa. En este caso, el significado sería: “Si en verdad cumplís la ley real, que requiere que améis

a vuestro vecino como a vosotros mismos, es bueno; pero, si siguen mostrando acepción de personas, como lo han estado haciendo al favorecer a los ricos y afrentando al pobre, cometéis pecado, y hacéis transgresión de la ley de Dios vosotros mismos”. La ley, que ellos decían observar, positivamente prohibía todas tales distinciones: “No tuerzas el derecho; no hagas acepción de personas, ni tomes soborno; porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las palabras de los justos. La justicia, la justicia seguirás, para que vivas y heredes la tierra que Jehová tu Dios te da” (Deuteronomio 16:19, 20). Es muy inconsistente citar la ley en justificación de las acciones de uno de una manera, e ignorar y violar la ley de otra manera.

en verdad cumplís la ley regia, conforme a la Escritura: — "Cumplís", (*teleite*, presente activo indicativo de *teleo*, traer al cumplimiento, perfecto, *llenar lleno*), designa la obligación de sostener toda la ley. Es nuestra responsabilidad permitirle que logre en nosotros su propósito completo, y asegurar que sus requisitos sean cumplidos lo más completo posible que podamos. "Si en verdad cumplís", es una condición de la primera clase, y así la conclusión que sigue se asume ser verdad; i.e., si la ley es cumplida, "hacéis bien". Siempre es bueno hacer lo correcto. Uno que cumple la ley hace bien. Los lectores de Santiago podrían con propiedad sentirse seguros en cualquier curso que involucraba el cumplimiento de la ley. Al hacer acepción de personas, no obstante, no estaban cumpliendo la ley; en vez, estaban desobedeciendo lo que prohibía todas esas distinciones.

Lo que los cristianos han de cumplir es la “ley regia”, (*noinon basilikon*), una ley de reyes. ¿Por qué se le designa así? Hay muchas razones porque se le describe así. (1) Es la ley del reino de Cristo; y, en resumen, involucra todo el deber del hombre hacia aquellos que le rodean; (2) es una ley que se origina con el Rey del universo; (3) está a la cabeza de todas las otras leyes concerniente a la obligación del hombre concerniente a sus semejantes; (4) sobrepasa en nobleza a todas las otras obligaciones, y lleva al cumplimiento de todas las demás (Gálatas 6:2). De esa manera, ya sea que Santiago significó que es una ley propia aun para que los reyes la sigan; o, que es el rey sobre todas las otras leyes, su propósito es muy obvio, siendo el diseño para indicar la posición suprema que esta ley debe tener en los corazones y en las vidas de todos. A pesar de su grandeza, debe de ser obedecida; y, cualquier acción que viole su espíritu, tal como el favoritismo hacia los ricos, porque son ricos, es una violación de ella.

Amarás a tu prójimo a ti mismo,— Ésta es una porción (de ninguna manera toda) de la “ley regia”, y esa porción especialmente involucrada en el asunto bajo discusión — acepción de personas. Esta ley en su naturaleza no tiene tiempo, siendo incorporada en la ley de Moisés (Lev. 19:18), y confirmada, sancionada y hecha parte del Nuevo Convenio por nuestro

Señor (Lucas 10:28). Jesús, de hecho, enseñó que el amor está a la base de cada deber, ya sea a Dios o al hombre. En respuesta a la pregunta del abogado, “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” Jesús respondió, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y gran mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas” (Mateo 22:35-40). Imaginemos a un clavo en la pared, y un cordón envuelto sobre él, las dos puntas colgando hacia abajo. Que una de éstas representase el mandamiento del amor supremo a Dios; el otro, nuestro prójimo como a nosotros mismos. Jesús nos dice que de estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas. La ley, que se componía de los cinco libros de Moisés, constituía una gran parte del Antiguo Testamento; y, cuando se agrega a esto los profetas, los mayores y los menores, la cantidad es agrandada bastante; pero, el Señor declara que estos dos abarcan toda la ley y los profetas. El significado es que estos dos deberes son tan comprensivos que hacen un resumen de, e incluyen, todo lo demás. El que ama supremamente a Dios va a desempeñar completamente su deber a Dios; el que ama a su prójimo como a sí mismo, en forma semejante, cumplirá con toda obligación que le debe a su prójimo. Un gentil, que deseaba burlarse de la tremenda cantidad de material juntado por los judíos en sus tradiciones, dijo una vez a un rabino, “Rabí, enséñame la ley, ¡con la condición que lo puedas hacer al estar parado sobre un pie!” (¡El gentil sentía que el erudito eminente no podría hablar por mucho tiempo en esta posición!) El rabí le contestó, “Amarás a Dios con todo tu corazón, mente, fuerza y alma; y tu prójimo como a ti mismo; esa es toda la ley; el resto es mero comentario”.

La primera aparición de la declaración, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” está en el Antiguo Testamento (Lev. 19:18), pero Jesús citó, confirmó y la ratificó, y la hizo una parte de la “ley de la libertad” aplicable a nosotros hoy (Mateo 18:19; 22:34-40; Lucas 10:26-28; Marcos 12:28-34). Es significativo que Jesús designó, como la fundación de toda la religión verdadera, estos principios básicos envolviendo el amor para Dios y al hombre que, cuando observados correctamente, llevan a la ejecución de cada deber en ambas esferas, y ninguna de las cuales era una parte del decálogo (los diez mandamientos). Es de notar que Jesús dijo, “Amarás a tu prójimo *como* a ti mismo”, - ¡no *en vez* de a ti mismo! No es malo que uno tenga una consideración apropiada de sí mismo; de hecho, éste llega a ser la norma por la cual hemos de medir nuestras acciones hacia otros. Es la aplicación de la Regla de Oro a la vida; que, al ser seguida fielmente, impulsará al cumplimiento de todo deber debido. “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Lucas 6:31).

bien hacéis;— Vuestras acciones son aprobadas y están más allá de la reprensión. Lejos de ser sujetos de reprensión, como en el caso involucrando una actitud indecorosa hacia el rico; si obedecéis la ley regia que os pide amar a vuestro prójimo como a vosotros mismos, gozaréis de la aprobación tanto de Dios como de los hombres. Amar a otros menos de lo que nos amamos a nosotros mismos es fallar en la medida según la norma dada; y, el que falla en hacerlo, está en desobediencia a aquel que dio la norma, i.e., Dios mismo. Por lo tanto, caer corto de este requisito es ser deficiente en el cumplimiento del deber a Dios y al hombre. De otro modo, el que cumple debidamente su obligación en esta área, será bendecido por el hecho que al cumplir su deber para con su prójimo, también está obedeciendo a Dios (1 Pedro 2:20). Compare también, Filipenses 4:14; 1 Corintios 7:37; y Hechos 10:33. Cualquier acción, que tiene, como su diseño, el cumplimiento de la ley de Dios es excelente; Santiago no tenía palabra de condenación para quien así obrara; era la violación a la ley del amor (como demostrado en el favoritismo para los ricos y el desdén por los pobres) siendo practicado por aquellos a quienes él escribió que ocasionó el tratamiento del asunto. Uno no obedece una porción de la ley de Dios al desobedecer otra parte; y, es muy inconsistente citar una ley en el esfuerzo para justificar la violación de otra ley. Balaam, quien quería ver qué más tenía el Señor que decir, ha tenido imitadores en cada edad y dispensación (Números 22:1-41).

9 pero si hacéis acepción de personas,— (*ei de prosopolepteite*, condición de la primera clase, y así asumido que era verdad lo que hacían), el verbo del cual es de la misma raíz como el sustantivo en Santiago 2:1. Significa juzgar a la gente en base de la apariencia externa, en vez de la condición del corazón. El verbo griego es un término compuesto, no ocurriendo en alguna otra parte del Nuevo Testamento, y significando, literalmente *acceptando cara*. Aquellos a los cuales escribió Santiago, estaban haciendo esto, en las actitudes de contraste que exhibían hacia los ricos y los pobres. Ésta no es una actitud rara de parte de la gente del mundo. Muchos tienen mucho más interés en lo que la gente aparenta, que en lo que realmente son. Las circunstancias accidentales de la vida, incluyendo la riqueza, la fama, la posición social, y cosas parecidas, son para mucha gente de mayor valor que las cualidades duraderas del alma y del corazón. Honrar a una persona más que a otra sólo porque una tiene bienes materiales, y la otra no los tiene, es de ser "aceptadores de cara", y esto es pecaminoso.

cometéis pecado,— (*jamartian ergazesthe*), literalmente, "obráis pecado", participáis habitualmente en él. No era un lapso ocasional en la mera debilidad humana, de la cual Santiago trata; era un curso deliberado y calculado de acción que estos discípulos seguían al halagar a los ricos y al mostrar desdén y falta de consideración para con los pobres. Además, no

era simple o meramente una "falta", en la cual estaban ocupándose; es por Santiago designada como *pecado*. La palabra "pecado", al no tener el artículo en el texto griego, significa estar en el abstracto; no sólo estaban cometiendo *actos* de pecado (descritos anteriormente), estaban *en pecado*, en la práctica tan severamente condenada por el escritor.

y quedáis convictos por la ley como transgresores.— La ley que los mandaba amar a su prójimo como a sí mismos les condenaba en su práctica, puesto que condenaba toda acepción de personas (Lv. 19:15). Por lo tanto, no era posible para ellos apelar con propiedad a la ley en apoyo de su conducta, puesto que la ley a la cual habían apelado, les condenaba. *Transgredir*, es cruzar sobre; i.e., violar; pecado es la transgresión de la ley (1 Juan 3:4). Así, cuando éstos a los cuales Santiago escribió violaban tales leyes como establecidas en Lv. 19:15 (prohibiendo hacer acepción de personas), se demostraban a sí mismos ser pecadores. No obstante, por más que se hayan apegado a la ley *en otros asuntos*, en esta manera estaban condenados por ella. Las condiciones de uno que así obra es claramente indicado en el siguiente verso.

10 Porque cualquiera que guarda toda la ley,— "Porque", (*gar*), introduce la razón por la conclusión sacada en el verso anterior. "Porque cualquiera que guarda . . ." es una cláusula indefinida relativa, el verbo de la cual ("guarda", aoristo activo subjuntivo de *tereo*, guardar) significa guardar cuidadosamente con la mira de tenazmente adherirse a lo que es guardado; "la ley", es la ley regia mencionada anteriormente, y sumada, como se relaciona a los deberes por los hombres a los hombres, en el edicto, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". El argumento de Santiago aquí parece ser éste: "Apeláis, para el apoyo de vuestra práctica (al mostrar especial consideración a la gente rica), a la ley que reclamáis estar observando. Pero, si habéis de justificar vuestra acción por la ley, hay que guardar la ley perfectamente. Es muy inconsistente para vosotros reclamar justificación para vuestros actos al citar la ley, cuando vuestras acciones son violaciones notorias de esta misma ley que decís seguir, con referencia al mostrar acepción de personas (Lv. 19:18).

pero ofende en un punto,— "Ofende", (*ptaisei*, primer aoristo activo subjuntivo de *ptaio*, tropezar), denota un lapso de lo que está bien (Santiago 3:2; Romanos 11:11). Se observará que la palabra "punto", en algunos textos está en bastardillas, indicando así que no hay una palabra correspondiente para ella en el texto griego. "Tropezar, además, en uno", es la traducción literal de la frase; no obstante, el contexto claramente muestra que alguna palabra aquí hace falta para completar el sentido. Uno podría traducir con propiedad, "Tropezar en un precepto".

se hace culpable de todos.— "El" (sobreentendido en el verbo); i.e., el que reclama estar guardando toda la ley, y no obstante, está violando uno

de sus preceptos. El tal ha llegado a estar culpable (*gegonen*, segundo perfecto indicativo de *ginomai*, queda culpable) de todos. Es decir, la posición que ocupa es la de uno culpable de todos. ¿Todos de qué? Seguramente que no es culpable de haber *transgredido* cada mandamiento específico de la ley. Obviamente, uno que roba no es, por ese acto único, un homicida; uno que miente, al hacerlo, no se hace un borracho. ¿Cómo es que uno llega a ser culpable de "todos", al violar un precepto de la ley? El significado es que queda condenado por toda la ley cuando viola cualquier porción de ella. Este principio es universalmente aceptado. Algunos miembros de nuestra sociedad son señalados como criminales. Éstos son los que violan la ley de la tierra. ¿Qué los hace criminales? Sus infracciones de la ley. ¿Cuánto de la ley? *Cualquier porción de ella*. Un homicida no es menos criminal porque sólo cometió el pecado de homicidio. No hace falta que añada más violaciones de la ley para adquirir esta clasificación. Un quebrantador de la ley es uno que quebranta la ley. Pueda que, y sin duda con frecuencia lo es, sólo hay una ley involucrada; no obstante, tal persona es considerada con propiedad como uno que quebrantó la ley. ¿Qué es la relación de tal persona a la ley? Es un violador de la ley. Mientras que uno debe de guardar toda la ley para estar bien; uno necesita sólo quebrantar un precepto de ella para ser un violador de la ley. Así, uno puede guardar con gran consistencia buena parte de la ley, pero violar una porción de ella, y quedar condenado como un quebrantador de ella. Para ilustrar: Un rebaño de ovejas en el campo rodeada por un cerco está *en* el campo. Claro que no es necesario que salten sobre cada sección del cerco alrededor del campo para estar afuera. Un salto las pone afuera. Semejantemente, una violación de la ley, sin perdonar, pone a uno en la posición de estar condenado por ella como un violador; la desobediencia a un precepto pone a la persona que así obra en un área fuera de lo que es característico para los que la guardan.

La lección importante enseñada aquí es que *toda* la ley de Dios es pertinente para nosotros, y que no debemos sentir la libertad de jugar con ninguna parte de ella. El que busca pasar juicio en la validez de las leyes de Dios, y considerar como esenciales a unas y a otras como innecesarias, es muy presuntuoso, y ha oficialmente invadido el área de Dios. Uno no justifica la violación de una ley, al citar otra que es observada. No es una defensa válida contra el cargo de robo que uno no se emborrachó, calumnió, ni cometió homicidio. Obediencia a la ley de Dios envuelve sumisión a toda su voluntad. Los que guardan sólo aquellas leyes que aprueban, o en las cuales encuentran satisfacción, han repudiado la voluntad de Dios, y han substituido la suya propia. Tal disposición es presunción del tipo más reprochable. No es nuestra prerrogativa y privilegio pasar juicio con la propiedad de cualquier ley de Dios. El hecho de que son suyas es suficiente razón para obedecerlas sin ponerlas en duda. La voluntad de Dios debe ser obedecida, no porque se recomienda a sí

misma a nuestro sentido de lo que es correcto y propio, *¡sino porque es la voluntad de Dios!* Ninguna otra razón hay que asignarle. Aquí, de hecho, está la prueba de fe. Aquí, también, muchos tropiezan y caen, porque los tales andan por vista y no por fe. Sólo los que pueden decir con verdad, "Habla, Señor, tu siervo escucha; manda, y él obedecerá", puede llegar al cielo.

11 Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No cometerás homicidio.— Estos dos mandamientos, de la segunda tabla de la ley (el deber del hombre al hombre), son citados para mostrar que la ley es *una*, porque se originó de *una* fuente. Puesto que toda vino del mismo Dios, cualquier porción que uno viole es transgresión de la voluntad del *único* Dios. Por lo tanto, es absurdo asumir que una porción de la ley, viniendo de tal legislador, es válida y vital, mientras que, otra de la misma fuente divina, puede ser ignorada con impunidad. La ley de Jehová es una; es la única expresión de la voluntad divina. Debe ser considerada como una unidad, y respetada sobre esta base.

El orden en que estos mandamientos aparecen no es significativo; aquí el séptimo viene antes del sexto (el arreglo en que aparecen originalmente en el decálogo), pero el orden seguido aquí es el de la versión griega del Antiguo Testamento. Jesús los citó en este orden en Lucas 18:20, como lo hizo Pablo en Romanos 13:9.

Ahora bien, si no cometes adulterio, pero cometes homicidio, ya te has hecho transgresor de la ley.— El significado es, "Aunque meticulosamente habéis observado el primero de estos mandamientos, pero has ignorado y desobedecido el segundo, eres un transgresor de la ley, porque la ley que prohíbe el adulterio, *también* prohíbe el tomar la vida humana ilícitamente. Es toda la misma ley; y se originó en el mismo legislador. No es defensa contra la acusación de borrachera, que uno no es un ladrón, ni un homicida, tampoco un estafador, etc.; la ley que prohíbe *éstas*, prohibió *aquello*, también. En el análisis final, la ley existe como una medida disciplinaria para el bien del hombre. En un sentido importante, todos los mandamientos son, en principio, incluidos en cada uno, puesto que cada uno es una expresión de autoridad del legislador; y, violar a uno pone al violador en conflicto con la voluntad de que originó a todos ellos.

Sería la extensión del principio aquí enseñado más allá del que fue intencionado y más allá del que está bien asumir de esto que uno que viola sólo un precepto de Jehová es tan *culpable*, como el que viola mil de estos preceptos; o, que hay sólo un nivel de depravación, y que uno allí llega en la ocasión del primer pecado. Eso no se enseña, en ningún sentido aquí. Lo que se enseña es que cualquier pecado, por más insignificante que pueda aparecer al pecador, o para aquellos que le rodean, es tanto una violación de la voluntad de Dios (que es una expresión de su autoridad y soberanía),

como lo sería cualquier otro. Es obvio que Santiago tiene en mente aquí las acciones presuntuosas en las que se involucran aquellos que han pasado juicio sobre las leyes de Dios, y que han decidido que *algunas* de ellas son importantes, mientras que otras no. Estas consideraciones no podrían aplicar a gente buena quien sinceramente está deseosa de hacer toda la voluntad de Dios, y que diariamente busca hacer justamente esto; pero, que por debilidad, inadvertencia, e ignorancia, sin pensar quebrantan su voluntad. Para éstas, la provisión ha sido hecha por medio de una limpieza continua por la sangre de Cristo para aquellos que *continúan andando* en la luz (1 Juan 1:7-9; 2:1-4). El escritor tiene en mente aquí a los que guardan la ley en esos casos en que *aprueban* lo que Dios ha dicho, y que se detienen en violarla en aquellos casos en que *desaprueban*, o que ellos consideran como de poca consecuencia. David dijo, "Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera" (Salmos 112:1). "Me complazco en el camino de tus testimonios más que en todas las riquezas. En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos. Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras" (Salmo 119:14-16). ¡Qué siempre busquemos imitar al Salmista en esto!

12 Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad.— Los verbos "hablad" y "haced", son presente indicativo imperativo, y así designan una actividad habitual. "Siempre hablad y siempre haced como hombres que han de ser juzgados."

Viene un día del juicio (Dn. 12:2; Romanos 14:12; 2 Corintios 5:10). Por lo tanto, es de vital importancia que sigamos hablando y sigamos haciendo de una manera que es dictada por la realización que un día de éstos debemos de dar cuenta por lo que hemos hablado y lo que hemos hecho ante el Juez de toda la tierra. *Hablad y decid* suma todo lo que debemos hacer y decir. Aquí, como con frecuencia en otras partes de la Epístola, el escritor enfatiza la importancia de la manera correcta de hablar y de hacer; y, así repite los principios que el Señor mismo enseñó: "Y os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mateo 12:36, 37).

Aquello por lo cual todos los hombres serán juzgados es "la ley de la libertad". Por lo tanto, es (a) una ley (regla de acción); (b) una ley de libertad en que lleva a la libertad a aquellos que antes fueron esclavizados por el pecado. Para el significado de la palabra *ley*, vea los comentarios en Santiago 1:25. La "ley de libertad" es lo mismo que el evangelio, "la palabra implantada" (Santiago 1:21), y la "palabra de buenas nuevas" (1 Pedro 1:25). Aquellos que humildemente se someten a Cristo, y que llegan a ser obedientes a los principios contenidos en la ley de Dios, no se esclavizan a sí mismos; al contrario, llegan a tener la verdadera libertad,

que no se obtiene de ninguna otra manera. Esta libertad no es licencia; las ideas son mutuamente exclusivas; la libertad así gozada necesita refrenamientos sin los cuales el hombre no puede sobrevivir en un estado de sociedad, ni ser feliz. "Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a libertad; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por medio del amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple. Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gálatas 5:13, 14). Hemos de vivir por la ley de la libertad, y por ella hemos de ser juzgados. De hecho, que somos afortunados que no es por la ley de Moisés, puesto que nadie la puede guardar perfectamente hoy (Hechos 15:10), y, puesto que cualquier violación de ella nos pone bajo de condenación de toda la ley. De hecho que podemos regocijarnos que en Cristo hemos sido rescatados de la ley de Moisés y tenemos el privilegio de acercarnos a Dios por medio del gran sacrificio que fue hecho por nosotros. "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, [los que no están andando conforme a la carne, sino conforme al Espíritu]. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8:1, 2).

13 Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no haga misericordia;— Habrá misericordia en el juicio para aquellos que han servido fielmente al Señor, y cuyos lapsos fueron involuntariamente y absueltos en la sangre de Cristo; pero, los que no han mostrado misericordia no pueden esperar misericordia ellos mismos cuando estén ante el juicio de Cristo (Hechos 17:30; 1 Corintios 5:10). La palabra traducida "misericordia", *eleos*, significa lástima para los que están en apuros. La conexión íntima entre esta declaración y la que aparece en Santiago 2:2, debe observarse. En vez de mostrar compasión para con los pobres, como tendrían que haber hecho, los lectores de Santiago los habían tratado con desdén, y había puesto su atención en los ricos simplemente porque eran ricos. No habían mostrado lástima para con los pobres; si seguían en su curso, ¡ninguna lástima sería mostrada a ellos en el juicio! Es notable que nuestro Señor, en su descripción del Juicio, afirma precisamente este mismo principio: "Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te asistimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de éstos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis" (Mateo 25:41-45). Son los *misericordiosos* los que recibirán *misericordia* (Mateo 5:7); los que no han mostrado misericordia no deben esperarla cuando más la necesiten. Para ser perdonados, debemos perdonar

a otros; para evitar condenación, no debemos de ejercer juicios adversos contra otras personas (Mateo 6:15; 7:1). El deudor, perdonado por su gran deuda que estaba sin esperanza, no debe esperar que Dios, en ese último día, levante su tremenda obligación, si no olvidará alguna deuda insignificante (de pecado) debida a él por uno de sus hermanos (Mateo 18:23-25). El texto enseña con gran claridad este principio. De hecho, que el griego es aún más enfático que la traducción castellana, significando, "Pues el juicio será sin misericordia para aquel que no obró la misericordia". Aquí, otra vez, hay una referencia obvia a la enseñanza del Señor en la instrucción de la montaña (Mateo 5, 6, 7), a la cual Santiago vuelve con frecuencia.

Y la misericordia triunfa sobre el juicio.— Para "triunfa", algunas traducciones tienen "se gloria", "se regocija" y expresiones semejantes, las cuales señalan el hecho que en donde se expresa la misericordia, siempre sobrepuja el juicio. La misericordia cancela el juicio (condenación); los que han sido misericordiosos, pueden con propiedad regocijarse en la misericordia que han de recibir en el juicio. Nadie de nosotros tiene la esperanza de estar ante Dios bajo sus propios méritos; todos estamos en necesidad de la misericordia divina. Pero, para disfrutarlo nosotros mismos, debemos de mostrarla a otros. Falta de misericordia en nosotros hacia otros, sean ricos o pobres, efectivamente cerrará la puerta de misericordia para nosotros cuando más la necesitamos. Ahora mismo memoricemos las siguientes palabras, y hagámoslas parte de nuestras devociones diarias: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mateo 5:7).

SECCIÓN 5

2:14-26

LA FE, SIN OBRAS, ES MUERTA

2:14-17

14 Hermanos míos, ¿de qué sirve,— Hemos tenido la ocasión de observar muy frecuente en estas observaciones que era el diseño de Santiago enfatizar los aspectos prácticos del cristianismo en su Epístola, y de enseñar a sus lectores que es el *hacedor* y no el *que sólo oye* que goza de la aprobación de Dios. Es por el eminentemente carácter práctico de la Epístola que se le ha descrito como "El Evangelio del Sentido Común". En los versos inmediatamente que preceden fue mostrado que uno que ama a su prójimo como a sí mismo mostrará misericordia a su prójimo aunque sea pobre y no rico; y, aquí se demuestra que uno que es indiferente a las necesidades de aquellos alrededor de él es una prueba clara de la ausencia de una verdadera fe de parte del que demuestra la indiferencia.

Por siglos Santiago 2:14-26, ha sido ocasión para mucha controversia; y, fue el pasaje que impulsó a Martín Lutero a considerar a la Epístola de Santiago con mucho desdén, y describirla como "una de mucha paja". Otros, quienes no tiene duda en cuando a la inspiración del libro y del pasaje, no obstante, ¡se han envuelto en mucha especulación vana e inútil en un esfuerzo para *armonizar un supuesto conflicto de enseñanza entre Santiago y Pablo!* Hay los que creen que Pablo, en Romanos 4:1-6, enseña que la justificación es por la fe *sin* las obras de clase alguna; y, puesto que Santiago, en este pasaje (2:14-26), afirma obviamente que no hay justificación *aparte* de las obras, posa un gran problema para los defensores de la doctrina de la salvación por fe sola. Además, Pablo, en Efesios 2:8, 9, escribió: "Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe; y esto no proviene de vosotros, pues es don de Dios; no basándose en obras, para que nadie se glorié". Pero, Santiago afirmó: "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? Ya ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó en virtud de las obras" (Santiago 2:21, 22).

Debe ser aparente al lector más casual que Pablo y Santiago están hablando de *dos diferentes clases de obras en estos pasajes*. Pablo se refiere a las obras que son *excluidas* del plan de Dios para salvar; Santiago habla de las obras que son *incluidas* en él. Cada escritor da las características de las obras bajo consideración. Aquellas *excluidas*, tratadas por Pablo, son obras en que uno puede gloriarse (regocijarse sobremanera, jactarse de); las obras *incluidas* (mencionadas por Santiago), son aquellas que *perfeccionan* la fe. De la primera categoría, las obras de las cuales un hombre se puede jactar, son obras meritorias humanas, obras de

acontecimiento humano, obras con el diseño de ganar la salvación. Si fuera posible que un hombre divisara un plan por el cual se podría salvar, haría a un lado la gracia y lograría su propio rescate del pecado y gloria en la presencia de Dios. Tal curso, es absolutamente imposible. Todas esas obras son *excluidas*. Las obras incluidas y mencionadas por Santiago, son los *mandamientos* del Señor, obediencia a los cuales es absolutamente esenciales para la salvación 1 Juan 2:4; 2 Tesalonicenses 1:7-9). Sumisión humilde a la voluntad de Dios como expresada en sus mandamientos, lejos de envolver el tipo de obras *excluidas*, demuestran una completa dependencia en Dios, y no sobre uno mismo. ¡Sólo los que buscan excluir toda obra, aun los mandamientos del Señor, tales como el bautismo en agua para la remisión de los pecados (Marcos 16:15, 16; Hechos 2:38), tienen dificultad en armonizar a Pablo y a Santiago! Pablo enseñó la necesidad de la obediencia a los mandamientos de Cristo tan clara, positiva y enfáticamente como lo hizo Santiago (Romanos 6:3, 4).

Las supuestas dificultades en esta sección no son hechas por el escritor inspirado, sino que brotan del erróneo concepto que la salvación es por la fe *sola*, antes y sin otros actos de obediencia. Porque Santiago enseña que la fe, aparte de los obras, es muerta, el pasaje pone un gran problema para aquellos que enseñan que "la doctrina de la fe, y la fe sola, es una doctrina muy sana, y llena de consuelo" (Disciplina Metodista, Art. 9). Tendremos ocasión, en estas notas, observar algunos de los esfuerzos introducidos por muchos teólogos sectarios para evitar la obvia dificultad que aquí encaran.

que alguien diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá esa fe salvarle?— Surgen dos preguntas: (1) ¿De qué sirve que alguien diga que tiene fe, si no tiene obras? (2) ¿Acaso podrá esa fe salvarle? "Sirve", es de *ofelos*, aumento; y, como usado aquí, denota ventaja, bendición, bien, etc. ¿Qué bien es derivado por el hombre que tiene fe y no tiene obras? ¿Puede *esa* fe salvarle? Debe ser observado cuidadosamente que Santiago no minimiza la importancia de fe? La doctrina de la salvación por la fe es clara y repetidas veces enseñada en el Nuevo Testamento (Romanos 5:1; 1 Juan 5:1; Juan 3:16; 3:36). En ninguno de estos pasajes, ni en otra parte del Testamento, se enseña la doctrina de la salvación por la fe *sola*. Puesto que la fe es el gran principio de salvación en base de que su poseedor es llevado a hacer la voluntad de Dios, con frecuencia representa a todas las demás condiciones de salvación, — en realidad por todo el sistema cristiano (Gálatas 3:23-29). La fe que salva es del tipo que se expresa en la obediencia a los mandamientos del Señor; y produce una bendición sólo cuando lo logra,- una proposición que Santiago procede a probar.

Un hombre dice, "Tengo fe, pero no obras". Santiago pregunta, "¿Puede *esa* fe salvarle?" La declaración es retórica; es puesta en forma de pregunta por énfasis. La oración griega es *me dunatai je pistis sosai auton*, y es construida de tal manera (con *me*) que se espera una respuesta

negativa. El significado es, ¡Esa fe no lo puede salvar! Nótese que Santiago no niega la eficacia de la fe. Bajo consideración es una clase especial de fe. ¿Qué clase es? La que está *sin* obras. Santiago escoge esa clase en particular que no puede salvar. Nótese el uso del demostrativo *esa*. ¿Esa qué? ¡Esa fe! ¿Qué clase de fe es *esa*? La clase de fe que está sin obras. ¿Qué se afirma de ella? No puede salvar. ¿Qué no puede salvar? La fe sin obras. ¿Qué obras? ¡Los mandamientos del Señor! Esto es decisivo en el asunto. Hace claro el hecho que la fe, sin y aparte de las obras, es sin provecho, vacía, vana, y muerta, todo lo cual Santiago después afirma (versos 17, 20, 26).

Es de notarse que los verbos en la declaración, “Si alguno dice que tiene fe y no tiene obras”, son presente activo subjuntivos, así, “Si uno sigue diciendo que tiene fe, y sigue no teniendo obras. . .” Mera profesión, sin la obediencia a los mandamientos de Dios, es sin valor. El capítulo once, de Hebreos, es El Salón Inspirado de Fama. Allí los maravillosos dignatarios del pasado brillante son hechos aparecer en demostración de la fe tremenda y la obediencia humilde que siempre los caracterizó al esforzarse en su día en el desempeño de la voluntad de Dios. Se observará que al mencionar su fe es seguida por *un verbo de acción*, mostrando el hecho de que la fe bendice sólo cuando es llevado el que la tiene a la obediencia. Dios nunca ha bendecido a nadie, en cualquier edad o dispensación, *a causa de la fe*, hasta que esa fe se haya mostrado en acción. La fe salva; pero sólo cuando impulsa a los fieles a una obediencia sin condiciones a la voluntad de Dios. La prueba de esto Santiago demuestra en los versos siguientes.

15 Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del sustento diario,— En vista del hecho que aquellos a los cuales Santiago escribió tenían la tendencia de tratar con desdén a los pobres entre ellos, y para mostrar favoritismo servil para con los ricos, bien pueda ser que el escritor, en este caso, trae un incidente real. En cualquier caso, es una demostración práctica del principio que está enfatizando en estos versos; generalmente, que la fe, aparte de las obras (de obediencia) es sin provecho, vacía, vana, y muerta. Santiago, para ilustrar su principio que la fe, aparte de la obra, no bendice, introduce un caso de la clase más inexcusable. Un "hermano", o "hermana", están (a) "desnudos", y (b) "tienen necesidad del sustento diario". "Desnudo" aquí no significa absolutamente sin ropa, pero casi así; i.e., sin ropa suficiente (Mateo 25:36; Juan 21:7; Hechos 19:16). En "necesidad del sustento diario", indica que la persona bajo consideración está en la más grande destitución posible, en una condición de necesidad que tocaría a todos los corazones, menos los más duros. Bajo contemplación está "un hermano, o "una hermana". Mientras que estas palabras no *requieren* la conclusión que son miembros del cuerpo de Cristo (Vea Hechos 9:17), donde Ananías se dirigió a Saulo

de Tarso, antes de que obedeciera el evangelio, como "Hermano Saulo" porque era un hermano israelita, y compare Mateo 5:23, Hechos 2:29; 3:17; es probable que eran cristianos, aunque nuestra obligación para ayudar al necesitado y destituido no se limita a los que son miembros de la iglesia. Pablo escribió a las *iglesias de Galacia*, y los instruyó "hagamos bien a todos, y mayormente a nuestros familiares en la fe" (Gálatas 1:1 y sig.; 6:10), en dicho caso es absurdo asumir que es malo para las iglesias de Cristo hacer lo que Pablo *mandó* hacer a las iglesias en Galacia.

16 y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, — Los verbos de las dos primeras cláusulas son muy significantes, y hacen más vivaz la lección designada. En la primera, (*eipei de tis autois ex jumon*), el verbo es un aoristo activo subjuntivo, en efecto, "Acabemos con este asunto *enseguida*"; en la segunda, (*jupagete en eirenei*), es un presente activo imperativo, "¡*sigan yendo en paz!*" Esta frase traducida, "Id en paz", era la expresión usual de despedida (Lucas 7:50; 8:48; Hechos 16:36; 1 Samuel 1:17; 20:42). En la tercera cláusula, "Calentaos y saciaos", (*thermainesthe kai chortazesthe*), los verbos pueden ser o medio o pasivo; si medio, el significado es "Calentaos vosotros mismos y saciaos"; si pasivo, "Calentaos y saciaos vosotros mismos". La voz media es más probable en vista del contexto. Era el diseño de Santiago mostrar la disposición de una falta de simpatía y piedad que manda a una hermana o hermano por su camino, y mirar por sí mismo; y la media más cerca se conforma a este diseño. Lejos de asistir al pobre en su miseria, palabras vacías eran substituidas por buenas obras. Los que tenían ropa insuficiente son mandados a "¡Calentaos!". Los que necesitaban alimentos, "¡Saciaos!" Y, con una señal de la mano y una despedida de toda responsabilidad, a los pobres se les dice "¡Adiós! Vayan por su camino. Buenos augurios. Aliméntense y saciaos vosotros mismos".

pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, — Las "cosas que son necesarias para el cuerpo", incluyen los alimentos y la ropa implicados en la declaración anterior. Las "cosas" mencionadas no se limitarían a esto, sino que incluye lo que sea esencial para llenar las necesidades de las personas bajo contemplación, cosas como medicinas, atención profesional, cuidado de enfermeras, y cosas semejantes. Las palabras, "Id en paz, calentaos y saciaos", son vacías, gestos sin significado; palabras calurosas, resultando de un rechazo frío de deber y responsabilidad.

¿de qué sirve? — Puesta en forma de pregunta para dar énfasis, el significado es, "No hay provecho en tal acción". Uno no se calienta con buenos augurios; uno no puede llenar su estómago vacío con saludos. La aplicación sigue en el siguiente verso.

17 Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma. —

Aquí el escritor vuelve al tema del verso 14 (¿De qué sirve que alguien diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá esa fe salvarle?) Los versos que intervienen son diseñados para ilustrar el hecho que no hay provecho en la fe sin obras. "Así también", significa *en forma semejante*; es decir, así como no hay beneficio alguno en buenas palabras, cuando no son atendidas por obras, tampoco hay provecho en fe, si "no tiene obras". La frase "no tiene obras", (*ean me erga echei*), es una condición de la tercera clase, el verbo siendo un presente activo subjuntivo; i.e., "si siguen no teniendo obras". No hay provecho en la fe que no tiene obras.

Es evidente que las "obras" de las cuales Santiago escribe son los mandamientos del Señor (Santiago 2:20-22). En realidad, son tales "obras" las que demuestran la fe. Nuestra confianza (fe) en nuestro médico es demostrada por nuestra voluntad de *hacer* lo que él *dice*. De la misma manera, el que dice creer en el Señor, pero rehúsa hacer lo que el Señor manda, o al hacerlo, lo hace en otras bases, demuestra que su fe es vana, sin provecho, muerta. Santiago afirma que la "fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma". "En sí misma", es *kath' heauten*, de sí misma, por la completa ausencia de "obras". Porque le falta en lo que muestra vida en la fe (obras), está muerta, siendo incompleta, parcial, fragmentaria; no con más vida que el cuerpo del cual el espíritu a volado. Como un cuerpo muerto es deficiente en lo que le da vida (el espíritu), así la fe, sin obras, está muerta, faltándole lo que le da vida a la fe. Está muerta, no sólo en referencia a las señales externas de la vida, está muerta *en sí misma*. Un rosal, en el frío, los días de tinieblas de invierno no exhibe señales de vida, sino que está muerto en sí mismo; cuando el calor de los hermosos días de primavera caen sobre él, brotan los pimpollos y las flores surgen a la vida y a la belleza. La fe, *sin obras*, no tiene invierno, y en consecuencia, no tiene primavera floreciente.

La lección es obvia. Así como uno que está en necesidad y con hambre, no puede tener provecho de palabras amables y hermosos discursos, tampoco hay bendición alguna en fe que no impulsa a los fieles a la obediencia de los mandamientos del Señor. Probamos que nuestros buenos deseos otros son genuinos cuando los traducimos a obras doradas de misericordia y buena voluntad; y probamos nuestra fe cuando somos obedientes a la voluntad de aquel cuya palabra impulsa a la fe. Debemos tener una profunda impresión con la lección que Santiago enseña aquí que la fe, no atendida por una obediencia incondicional a la voluntad del Señor es tan inútil y vana como la expresión de deseos vacíos para con los necesitados sin hacer un esfuerzo para aliviar su condición afligida. No hay ayuda para una familia enferma y con hambre en perogrulladas piadosas, sin el acompañamiento de asistencia; y no hay bendición prometida o salvación disponible para gente en base de fe sin obras. Hemos observado

anteriormente que las obras bajo consideración no son las obras de la ley de Moisés, o de mérito humano; sino, los mandamientos del Señor. Pedro dijo, “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación, el que le teme y *practica lo que es justo*, le es acepto” (Hechos 10:34, 35). La justicia es el cumplimiento de los mandamientos de Dios (Salmo 119:172).

LAS OBRAS PRUEBAN LA FE

2:18-20

18 Pero alguno dirá:— Santiago, para darle más énfasis a su tesis que la fe, aparte de las obras es muerta, y para probar que las obras demuestran la fe, se imagina a un impugnador aparecer con un argumento diseñado para probar que el razonamiento del escritor está equivocado. Santiago está dispuesto a oír el razonamiento porque su posición es segura. Le permite con más plenitud establecer su contención de que no hay valor alguno en la fe que no se demuestra en obras. ¿Qué tiene que decir el impugnador?

Tú tienes fe, y yo tengo obras.— Si el Nuevo Testamento siguiere los métodos modernos de puntuación, estas palabras estaría en bastardillas, así indicando que son las palabras del impugnador a la posición de Santiago. Es en vano especular si "Tú" significa a Santiago específicamente; y "yo" el impugnador; más que probable el significado es, "Una persona tiene fe, y otra, obras; uno enfatiza la fe que tiene; el otro, las obras que tiene; cada una es tan buena y efectiva; ni una debe de ser despreciada", argumenta el impugnador. Es como si Santiago dijera, "Supongamos que uno viene con la objeción que la piedad de uno y la devoción a Dios no siempre se exhiben de la misma manera; uno puede mostrar su lealtad a Dios por la fe, otro por las obras; pero, ambos son igualmente piadosos y devotos ante la vista de Dios". Puesto que este desafío del impugnador al razonamiento de Santiago es en base de fe que puede existir aparte de las obras, ¡el escritor sagrado contesta con un desafío propio!

Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.— La fe, real y literalmente, no se puede ver; su existencia se muestra sólo por medio de las obras que produce. Por lo tanto, Santiago demanda a su impugnador que él *demuestre* su fe (si piensa que puede existir de esa manera) aparte de las obras. Claro, que esto es imposible; y, de esa manera constituía evidencia adicional a la verdad de la tesis, que fe, sin obras, está muerta. La fe y las obras, en el campo religioso, están relacionadas, que una no puede existir sin la otra. Una brota de la otra, y cada una depende, para su efectividad, en la otra. La fe, sin obras, está muerta; las obras, sin fe, tampoco pueden bendecir. Así que la objeción es inválida, en que es basada en una asunción errónea que la fe puede existir aparte de las obras, — una premisa incierta. Las obras se pueden ver; éstas

se pueden ofrecer en evidencia de la fe que no se puede ver. La fe, no obstante, no se puede ver; una sin obras no se puede ofrecer como prueba de la fe que se dice tener. Resulta, por lo tanto, que uno que rebaja a las obras *¡debe acudir a ellas para probar que él tiene fe alguna!*

No parece posible enfatizar demasiado estas cosas en nuestro día. Debemos de aprenderlas bien para nuestro propio bien; y, que podamos también enseñarlas efectivamente a otros. En vista del hecho que el sistema sectario supone que la salvación es por la fe sin obras y a esto multitudes alrededor de nosotros subscriben, es importante que cada miembro del cuerpo de Cristo pueda explicar claramente la clase de obras *incluidas* en el plan de salvación (los mandamientos del Señor), y la clase de obras *excluidas* (las que involucran mérito, la ley de Moisés, y otras semejantes). Es en vano esperar la salvación sin una obediencia completa a la voluntad de Dios (Mateo 7:21; 1 Juan 2:4; Hebreos 5:9). Es también de vital importancia recordar que estas palabras no se limitan al pecador incrédulo; la fe, aparte de las obras, la tenga uno fuera o dentro de la iglesia, no tiene poder para bendecir. Como cristianos, debemos "procurad" nuestra salvación con temor y temblor (Filipenses 2:12), y los que finalmente tengan el privilegio para gozar de la felicidad en la ciudad eterna son aquellos que han guardado sus mandamientos (Apocalipsis 22:13, 14).

19 Tu crees que Dios es uno;— La dirección aquí es al impugnador al cual Santiago dijo en el verso 18: "Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras". Esto es decir, en efecto, "Tú alegas que fe, aparte de las obras — la mera aprobación intelectual de la mente — es suficiente para salvar. Vamos a probar tu tesis. Una de las cosas básicas en las cuales uno debe creer para ser salvo es que 'Dios es uno. . .' Esto tú crees. Es bueno que tú lo hagas. Pero, ¿es suficiente esto? Recuerda que los demonios creen y tiemblan. Tú no alegas que los demonios son salvos. Por lo tanto, resulta que uno puede creer, y, no obstante, no ser salvo. La creencia, no atendida por buenas obras, no es más efectiva en salvar al pecador (o un cristiano) que los demonios que la ejercen".

Es claro que el verbo "crees", aquí no significa más que una aprobación intelectual a la verdad de la proposición — en este caso, que *Dios es uno*. En este caso, es contemplada aparte del amor, la obediencia, la confianza, la sumisión — siendo sólo una acción de la mente. Y, mientras que la aceptación de la doctrina del Un Solo Dios es la premisa fundamental de toda religión genuina, mero servicio de labio no es suficiente. Santiago selecciona esto como una ilustración de lo que la mera creencia — si ella de por sí pudiese producir una bendición — podría hacer al salvar el alma. Si el sencillo ejercicio de la fe es suficiente, seguramente que los que subscriben a esta premisa básica de toda religión digna del

nombre deberá ser salva por ella. Apresuradamente, el escritor agrega, "No es suficiente; aun los demonios creen y tiemblan al destino que les espera".

Que "Dios es uno", es enseñado repetidas veces en las Escrituras, Antiguo y Nuevo Testamentos. El *Shema* de Israel (Deuteronomio 6:4), dicho mañana y tarde por cada judío devoto, y recitada sin fin en las sinagogas, mantenía esta verdad fundamental de toda religión verdadera constantemente en las mentes de los adoradores. Tan importante se consideraba en la religión de Israel que los rabinos enseñaban que ¡aquellos que prolongaban la palabra "uno" en la recitación de ello sus días y años serían prolongados sobre la tierra!

"Dios", (griego *theos*), denota deidad (Thayer). Es el nombre griego de la naturaleza divina. Hay sólo una naturaleza divina. Por lo tanto, hay sólo un Dios. No obstante, hay tres Personas que tienen esta naturaleza divina — el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo — Dios. Por lo tanto, todos son Dios. Puesto que hay sólo una naturaleza divina, y esta naturaleza es nombrada Dios, hay sólo un Dios. Esto es demostrado (a) en los pronombres plurales usados para designar la actividad de Dios: "Entonces dijo Dios: *Hagamos* al hombre en *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza . . ." (Génesis 1:26). (b) En la designación de Cristo como Dios: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios . . . Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:1, 14). (c) En la forma plural de la palabra hebrea *Elojeem* (Dios) que aparece en Génesis 1:1: "En el principio Dios (*Elojeem*, forma plural de *El*, Dios), creo los cielos y la tierra". (d) En la referencia al Padre como Dios: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo . . ." (1 Pedro 1:3). (e) En la referencia al Espíritu Santo como Dios: "Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo . . . No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos 5:3, 4). Creer que Dios es *uno* es una doctrina básica de la Biblia (Éxodo 34:14; Salmo 90:1; Jeremías 43:3, 10-13; Juan 4:24; 1 Juan 4:6).

haces bien.— El escritor tiene cuidado en aclarar que la aceptación de la premisa que Dios es uno no está bajo crítica. Es absolutamente necesario que uno crea que Dios es uno para poder ser salvo. Santiago no menosprecia la importancia de la doctrina de Un Dios Verdadero. El sencillamente está mostrando que eso no es suficiente para poder ser salvo. "Haces bien", es en el griego, *kalos poieis*. Es un bien muy hermoso que hagas esto. La palabra por "bien", (*kalos*), significa un tipo o tipo de bien que halaga, atrae, y corteja; uno que cree en el Un Dios ha de ser recomendado por ello si uno no descansa allí; es bueno hacer esto y está bien. Pero, no es suficiente.

También los demonios lo creen, y tiemblan.— Creer que Dios es uno no es simplemente suficiente porque los demonios del área no vista — diablillos de Satanás — hacen lo mismo; creen tanto en Dios que tiemblan de miedo en su contemplación del terrible destino que les espera. La palabra “tiemblan”, (*frissousin*, presente activo indicativo de *frisso*, erizarse,) indica la clase de terror que hace al cabello de pararse de punta (Job 4:14, 15), así enfatizando que tan fuerte los demonios suscriben a la doctrina de Un Dios. Debe de observarse que la clase de fe que los demonios tienen es exactamente la que Santiago declara ser sin provecho — la fe que no se expresa en la obediencia humilde a los mandamientos del Señor. Los demonios creen, pero no obedecen; los que ejercen la fe, sin las obras, así exhiben la misma clase de fe inútil que los demonios tienen. *Ellos* saben que están perdidos; y tiemblan por su inevitable destrucción. No hay más esperanza para los que sólo dependen en su fe como base de la salvación que hay para los demonios.

¿Quiénes eran los demonios de quien Santiago escribe? La pregunta no es fácil de contestar; y el tema de la demonología está llena de muchas dificultades. La palabra *demonio*, del griego *daimon*, y su derivativo *daimonion*, es usada en una variedad de sentidos en el Nuevo Testamento: (a) de ídolos (Hechos 17:18); (b) ángeles que no guardaron su primer estado (Mateo 25:41; Apocalipsis 12:7, 8); (c) ministros de Satanás (Lucas 4:35; Juan 10:21); (d) Satanás, el príncipe de los demonios (Mateo 9:34; Marcos 3:22; Lucas 11:15).

Los demonios, en el primer siglo, podían entrar en personas y vejarlas (Lucas 8:30, 32); interferir con su pensamiento y razonamiento (Lucas 7:33; Juan 7:20), y causar a los hombres hacer y pensar el mal (Mateo 8:31; Marcos 3:11).

Varios esfuerzos se han hecho para explicar su existencia tal como (1) el argumento que la posesión de demonios era una superstición sin base de la realidad pero a lo que Jesús pasó por alto sabiendo mejor él mismo, así aparentemente aceptando un error común que, en realidad, él no creyó. (a) Tal teoría refleja seriamente en la integridad de Cristo y le imputa engaño, hipocresía y falsedad. (b) Además, está en conflicto con verdades bien establecidas. Jesús acusó, reprendió, mandó, y echó fuera demonios; reconocieron su deidad y obedecieron sus mandamientos (Marcos 5:9-12; Mateo 8:29-32; Marcos 1:25; Lucas 4:34; Mateo 12:23-37; Lucas 11:17-23). (c) A los apóstoles se les dio el poder para echar fuera demonios (Marcos 3:14, 15). Así, Jesús reconoció la realidad de la posesión de demonios y no se le puede dudar sin una reflexión en su credibilidad. (2) Otros han hecho el intento de explicar este asunto raro como una enfermedad mental resultando de mentes y cuerpos enfermos. Esto es demostrado ser falso por el hecho de que se dijo de la gente estar enferma y *de estar posesionada de demonios* (Mateo 8:16; Marcos 1:32,

especialmente el verso 34). (3) Jesús basó un argumento sobre el hecho de la posesión demoníaca en sus contiendas con los judíos, declarando que al echarlos fuera por el Espíritu de Dios probaba su deidad (Mateo 12:23-27; Marcos 9:29). ¿Podemos tener la seguridad que nuestro Señor hubiera descansado el caso sobre su deidad sobre una superstición popular!

Por lo tanto, podemos concluir que (a) los demonios de la edad apostólica eran verdaderos y no fantasías; (b) eran malos espíritus (Hechos 19:13-17); (c) había juicio pendiente sobre ellos; reconocían la justicia de ello, pero insistían que el tiempo aún no había llegado (Mateo 8:29); (d) eran posesionados con conocimiento interior e inteligencia (Lucas 4:41); (e) reconocían la deidad de Cristo; (f) deliberadamente enseñaban doctrinas falsas, y las circulaban entre los primeros discípulos (quizás al tener influencia sobre aquellos que posesionaban, 1 Timoteo 4:1; 1 Juan 4:1).

¿Quiénes eran? ¿De dónde vinieron? ¿Adónde fueron? Son preguntas que no podemos contestar del todo hoy. Es muy obvio, de la descripción del Nuevo Testamento de ellos y de sus actividades, que no están activos *de la misma manera* en el mundo de hoy. Los esfuerzos para explicar su existencia han sido muchos, ni uno de los cuales contestan la pregunta satisfactoriamente. Entre los conceptos avanzados sobre ello son, (1) los demonios eran ángeles malos que no guardaron su primer estado y de alguna manera no conocida se les permitió salir del lugar en donde estaban detenidos para venir a vejar a los seres humanos (Judas 6; 2 Pedro 2:4). (2) Los demonios eran espíritus separados de sus cuerpos de hombres malos que, después de la muerte y su descenso al Hades, habían escapado el área del Hades, regresado a la tierra, y se habían apoderado de las mentes y de los cuerpos de gente viva. Josefo, el historiador judío, avanzó este concepto. También compare a Thayer, bajo *daimonion*. Si cualquier concepto es correcto, el segundo parecería ser más probable.

Tan interesante como sean estas preguntas, y por más que tengamos el deseo de tener respuestas correctas de ella, no son pertinentes a nuestro estudio del texto de Santiago. El significado del escritor sagrado es claro: *os demonios creen en la doctrina del Un Dios Verdadero, y tiemblan al pensar de su destrucción inminente. Su fe no se expresa en obediencia; y, por lo tanto, es muerta. Pero, ¡ésta es precisamente la clase de fe que el impugnador (que suscribe a la doctrina de la fe sola) supone ser suficiente!* (Verso 18.) Por lo tanto, la conclusión del verso 20 es obvia.

20 ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?— "Mas quieres saber . . ." es *theleis de gnomai*; infinitivo ingresivo activo aoristo de *ginosko*, llegar a conocer, y aquí en el sentido de realizar, de reconocer la verdad que es afirmada. La conclusión que el escritor está por sacar es tan obvia que pide al impugnador a reconocer la verdad de su proposición que, hasta ahora, no lo ha hecho; y,

consecuentemente es “un hombre vano”, (literalmente, un hombre con una cabeza vacía) que no ha considerado con propiedad el asunto bajo consideración. El que hace el intento de razonar que la fe, aparte de las obras, está vacío en la cabeza, sin aquellas cualidades que son esenciales para un razonamiento apropiado. La fe, aparte de las obras, *es fe solamente*. Tal fe es “vacía”, (*erge*, no productiva), porque está muerta. Lo que está muerto, no puede producir; y, es así, infértil. Anteriormente, y en mucho detalle, Santiago muestra que la fe, sin obras, está muerta; aquí, él indica que está sin una evidencia *externa* de vida (productividad) que demuestra que la vida existe (Santiago 2:17, 20). La clase de fe aquí descrita — fe aparte de las obras, — es la clase que el mundo sectario impulsa que es la que salva. Por lo contrario, las Escrituras, establecen el hecho de que las manos de la persona ejerciendo tal fe, ¡no tiene fruto alguno!

LA VERDADERA FE ILUSTRADA

2:21-26

(a) *En El Caso de Abraham*

21 ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, —

Para establecer su tesis que la fe, aparte de las obras, es inútil y vana, Santiago va al padre de la raza hebrea (Abraham), y lo ofrece como un ejemplo del hecho que las obras son vitales en el plan de Dios. Éstos a quienes Jacobo escribió incluían a mucha gente judía; y los que no eran, como cristianos, estaban interesados en, y pronto obtendrían un conocimiento de, uno que ocupó un lugar muy importante en la historia del pueblo del Señor en dispensaciones anteriores; y su ejemplo, por lo tanto, sería de gran impresión. Además, Abraham es el antepasado espiritual de todos “los que andan en los pasos” de su fe hoy (Romanos 4:1.25); y todos los que son de Cristo, son de la “descendencia de Abraham, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). El principio involucrado en la justificación de Abraham es, por lo tanto, una ilustración de la manera en la cual los hombres hoy son justificados. El caso del padre ilustre de la gente judía es citado con frecuencia, con este propósito en las Escrituras tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Génesis 12:1-3; 15:1-20; 17:1-8; Hebreos 11:8-18; Gálatas 3:15-29); y la referencia de Santiago a ello no era ni novedoso ni raro. Sólo era un caso que daría la mayor impresión a la gente a quien escribió.

(1) Abraham fue “justificado”, (*edikaiothe*, primer aoristo pasivo indicativo de *dikaio*, para pronunciar o declarar a uno como justo); i.e., fue contado, considerado, pronunciado, declarado estar en *una relación correcta con Dios*. El significado básico de la palabra traducida “justificado”, es de absolución; uno justificado no es considerado como un

enemigo de Dios; de allí en adelante ningún estado de enajenamiento existe entre tal hombre y Dios. Por lo tanto, ser justificado es ser absuelto — después de esto estar en una relación con Dios que él aprueba. "Porque por tus palabras serás *justificado*, y por tus palabras serás condenado" (Mateo 12:37). "Y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser *justificados*, en él es justificado todo aquel que cree" (Hechos 13:39). Por lo tanto, resulta que uno que es justificado es por el Señor considerado (contado, reconocido, declarado ser) inocente de cualquier acusación hecha anteriormente. El *veredicto* ha sido dado; uno que es justificado es *declarado* no culpable.

(2) Abraham fue justificado "por obras". Las palabras, "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre. . ." traducen la frase griega, *Abraam jo pater jemon ouk ex ergon edikαιοthe*, el negativo *ouk* indicando que se espera una respuesta afirmativa. Así, aun el impugnador — que suponía que fe, sin obras, produce una bendición, — debe conceder que, en el caso de Abraham, la justificación fue por obras. La preposición "por" (griego, *ex*, fuera de), señala a la fuente de la justificación de Abraham; fue *por las obras* que él fue justificado, no por *medio* de las obras. Las obras, como tales, no son edificantes; es Dios el que declara a uno justo; pero es Dios que lo hace *de las obras* — es decir, da el veredicto cuando las obras aparecen. *Sólo* Dios puede justificar; pero Dios justifica sólo cuando las obras, que Él prescribe aparecen. El veredicto de la justificación resulta de las obras. Por lo tanto, no hay obras, ¿no hay justificación! Hubo un tiempo definitivo y lugar en que Abraham fue justificado. ¿Cuándo fue?

cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?— Puesto que el verbo es *aoristo* (que indica una acción contemporánea con, o antes de la acción del verbo principal), el significado aquí es que la declaración de Abraham, y su ofrecimiento de Isaac fueron actos simultáneos; i.e., fuera de (*ek*) el uno - el sacrificio — el otro — justificación — ocurrieron. Para la historia de Abraham y el sacrificio de su hijo Isaac, vea Génesis 22:1-19, y compare Hebreos 11:17-19.

22 Ya ves que la fe actuó juntamente con sus obras,— Santiago señala a su impugnador la verdad de lo que acaba de escribir. Era fácil para ver, en este caso histórico, que la fe de Abraham actuó (formándose sobre sí misma) juntamente con sus obras al ofrecer a su hijo Isaac. "Actuó juntamente con" es de *sunergei*, imperfecto activo de *sunergeo*, cooperar con; por lo tanto, la fe y las obras *siguieron cooperando una con la otra* para producir el resultado — la justificación de Abraham.

y que la fe se perfeccionó en virtud de las obras.— Fue "por" (griego *ek* fuera de) obras que la fe, en el caso de Abraham, "se perfeccionó". La frase "se perfeccionó", es de *eteleiothe*, aoristo pasivo indicativo de *teleio*,

consumar, completar, terminar. Los tiempos en este verso son de mucho significado. La fe estaba continuamente formándose (tiempo imperfecto) con obras (el mandamiento de ofrecer a Isaac sobre el altar), y de estas obras la fe se perfeccionó *inmediatamente* (tiempo aoristo). Ni obras, ni la fe operan solas pueden justificar; cada una en cooperación con la otra produce el estado en que Dios justifica.

23 Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado para justicia,— La escritura a la cual aquí se alude se encuentra en Génesis 15:6: "Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia". Esto fue afirmado de Abraham después de que el ilustre patriarca fue aceptado, sin pregunta, y a pesar de estar sin hijos, y de edades avanzadas de sí mismo y de su esposa Sara, la promesa de Dios de una gran posteridad. No sabiendo en ese tiempo cómo sería; no obstante, él *creyó* que así sería y no tropezó en incredulidad en la promesa de Dios. Este pasaje (Génesis 15:6), es declarado haber sido cumplido cuando la fe de Abraham fue perfeccionada. Es de vital importancia observar *cuando* la escritura referida fue cumplida. Aunque *anteriormente* (Génesis 15:6) Abraham fue reconocido como un creyente, y su fe "contada" por justicia, no fue hasta *después* (Génesis 22:1-19), que su fe fue consumada (hecha perfecta) en el acto de la obediencia envolviendo a Isaac. Abraham creyó a Dios, antes de este acto de obediencia; i.e., él aceptó completamente la palabra de Dios, y confió implícitamente en las promesas que contenía; y, como un resultado, "le fue contado por justicia. . ." "Contado", (*elogisthe*) es considerar, estimar, contar; por lo tanto, Dios estimó, consideró, contó la fe de Abraham como justicia (haciendo lo justo). Así, *la fe misma llegó a ser un acto de obediencia que, en su ejercicio, y cuando, en el momento, no había deberes adicionales transmitidos sobre Abraham, Dios aceptó como prueba la devoción de Abraham.* Uno no debe de esto asumir que el ejercicio de la fe dio a Abraham las bendiciones aparte de e independiente de cualquier obediencia; aunque se saca esta conclusión con frecuencia, es una que es errónea y dañina. En la naturaleza del caso, la promesa de gran posteridad involucró asuntos que requerirían mucho tiempo para su desarrollo; por lo tanto, no había nada más, por el momento, para que Abraham hiciera mas que aceptar, sin demora, las seguridades de esas cosas de parte de Dios. Esto hizo; y su aceptación de ello, llegó a ser *un acto de justicia* que Dios, a su turno, aceptó y lo puso a la cuenta de Abraham como justicia (obrar lo justo). Es una perversión violenta de este pasaje y caso histórico, asumir que porque la fe de Abraham fue aceptada como un acto de justicia cuando *nada más fue requerido* de él *en ese tiempo* que en nuestro caso, la fe será suficiente *sin* la ejecución de aquellas condiciones que *son requeridas* de nosotros *hoy*. Aun en el caso de Abraham, como demuestra Santiago claramente, la fe del patriarca no llegó a su consumación, su cumplimiento, hasta que se había traducido a sí misma en la acción en el ofrecimiento de Isaac.

y fue llamado amigo de Dios.— Es decir, Abraham fue y *fue llamado* "amigo de Dios"; i.e., el amigo de Dios. La frase "de Dios", no es un objetivo genitivo, "amigo de Dios", significando que Abraham consideraba a *su amigo* (aunque sin duda, lo hizo), pero un subjuntivo genitivo, ¡él era uno a quien Dios consideraba su amigo! "Dios nuestro, "no echaste tú los moradores de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham tu amigo para siempre?" (2 Crónicas 20:7). Dios consideraba a Abraham su amigo porque siempre fue fiel a Dios, y siempre se sometió a la voluntad de Dios. Jesús dijo, "Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto yo os mando" (Juan 15:14).

24 Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.— Ésta es la conclusión irresistible que ha de ser sacada de las premisas precedentes. Cualquier persona razonable debe, bajo una cuidadosa consideración con oración, de las afirmaciones anteriores del escritor sagrado, ver con facilidad que la fe bendice cuando lleva a la persona ejerciéndola a un cumplimiento fiel de los mandamientos de Dios. La conclusión de Santiago es establecida (1) por analogía (versos 14, 15); (2) por demostración (versos 17, 18); (3) por ejemplo (a) en el caso de los demonios (verso 19); (b) en el caso de Abraham (versos 21-23); (4) por inspirada afirmación (versos 14-26); (5) por una apelación al sentido común (verso 24). "Veis", (por el cuerpo colectivo de evidencia presentada) que es "por obras", (obediencia a los mandamientos del Señor, Hechos 10:34, 35), que "un hombre es justificado" (declarado inocente), "y no solamente por la fe", (no por la fe sola). La inferencia es obvia. No hay asunto más importante enseñado en el Nuevo Testamento.

¡La justificación *no es por la fe solamente!* "No es por obras que un hombre es justificado, y no solamente por la fe". El argumento que Pablo enseñó la justificación por la fe solamente, y que está en conflicto con Santiago es totalmente falso; hay una gran diferencia entre la doctrina de la justificación por la fe (que ambos Pablo y Santiago enseñaron, Romanos 5:1; Santiago 2:20-22), y la doctrina de la justificación por la fe sólo, que ninguno de los dos enseñó. Hemos visto anteriormente que la fe que salva es la que se expresa a sí mismo en la obediencia a los mandamientos de Dios. La fe, aparte de las obras, está muerta, vacía, vana (Santiago 2:17, 20, 26). La justificación es por la fe (Romanos 3:28; 5:1). Esta fe que justifica o es *con*, o *sin*, obras. Si es *con* obras, no es solamente por la fe solamente; y bendice sólo cuando es acompañada por las obras que la perfecciona. Si es *sin* obras, la salvación resulta de una fe que está muerta. Pero, una fe que está muerta es estéril (absolutamente no productiva de vida). No hay salvación en base de una fe muerta. Una fe que salva no es ni estéril ni muerta. Pero, la fe, sin obras, es tanto estéril como muerta. Resulta, por lo tanto, que la salvación no es por la fe solamente.

Aquellos cuya doctrina es que la salvación es al punto y momento de fe, y sin actos adicionales de obediencia, han encontrado a este pasaje muy difícil para reconciliar *con su punto de vista* que Pablo enseñó la justificación por la fe solamente. Muchos han sido sus métodos y sus esfuerzos para lograr este fin han sido variados y novedosos.

(1) Lutero, la luz dirigente del Movimiento de Reformación, negó por un tiempo por lo menos, que la Epístola de Santiago es digna de un lugar en el canon sagrado de la *Escritura*, con el argumento que en la sección que hemos estado considerando, (Santiago 2:14-26), su enseñanza tiene conflicto con Pablo, cuyas palabras en Romanos 3:28 leen: "Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley", pero que el Reformador fogoso cambió para que leyera, ". . . un hombre es justificado por la fe *sola*, . . ." una incierta traducción injustificable sin apoyo del léxico. Se refirió a Santiago como "una epístola pajosa", dijo que no tenía "un carácter evangélico en ella", y agregó "No la tendré en mi Biblia en el número propio de libros principales". Admitió que "hay muchos dichos buenos en ella", pero que no podía armonizar su doctrina de justificación por fe sola en ella. De veras que sus conceptos son irreconciliables; y, el terco Lutero era lo suficientemente honesto como para no intentarlo. Teólogos más recientes, al mantener el mismo punto de vista de justificación que Lutero, han hecho el intento de reconciliar la diferencia en las siguientes maneras:

(2) "Pablo se refiere a la justificación del pecador; mientras que Santiago considera el asunto del punto de vista de la justificación del cristiano". Esta respuesta es tanto de fantasía como falsa; no hay tal distinción entre los dos escritores del Nuevo Testamento como aquí es afirmado; ambos se refieren al *mismo* pasaje de Escritura para establecer la justificación de Abraham. Pablo en Romanos 4:1-5, se refiere a Génesis 15:6, *para probar que Abraham no fue justificado por las obras*. Santiago (2:20-22), se refiere a Génesis 15:6, *¡para probar que Abraham fue justificado por las obras!* Abraham *fue* justificado por obras, afirma Santiago. Abraham *no fue* justificado por obras, declara Pablo. ¿Por cuál escritura prueban sus contenciones? La *misma* escritura, Génesis 15:6. Es muy obvio que Pablo y Santiago tienen bajo consideración *dos diferentes clases* de obras. Pablo, en Romanos 3:28, nos dice que "un hombre" es justificado "aparte de las obras de la ley". ¿Cuál ley? La Ley de Moisés, claro. Santiago nos informa que Abraham fue justificado por las obras que perfeccionaron su fe. ¿A qué obra en particular aludió? El ofrecimiento del sacrificio de Isaac. Pero, éste fue un mandamiento de Dios. Por lo tanto, resulta que las obras que son *excluidas* (por Pablo) del plan de salvación son las obras de la ley de Moisés, y las obras que son *incluidas* (por Santiago) son los mandamientos de Cristo y de Dios.

(3) "La justificación de la cual escribe Santiago es ante los hombres ('Veis. . .' verso 24), y no ante Dios. El acto de Abraham lo justificó en los ojos de lo hombres, no Dios". Este esfuerzo es tanto completamente absurdo y obviamente falso. ¿Quién, entre los hombres, *vio* el ofrecimiento de Isaac? No fueron los hombres jóvenes quienes acompañaron a Abraham y a Isaac al lugar del sacrificio; ellos fueron despedidos (Génesis 22:3, 5). No estaban presentes para *ver* la justificación de Abraham en el acto. Nadie más estaba presente mas que el patriarca y su hijo. Si se argumenta que la justificación vino *después* del evento, ¡entonces tampoco fue al punto de fe *u* obras!

(4) "Pablo escribe de verdadera fe que justifica; mientras que Santiago trata con la fe que es falsa y fingida". Si es así, ¡Abraham fue justificado por una falsa fe espuria! Para mantener por un momento tal punto de vista, debe la persona realmente estar desesperada. La fe de la cual Santiago escribe es inválida sólo cuando es separada de las obras. Pablo no escribió nada que estuviese en conflicto con este punto de vista; al contrario, él hizo la obediencia a los mandamientos de Dios esenciales para la salvación (Romanos 6:1-7; Gálatas 3:26, 27; 2 Tesalonicenses 1:7-9). Puesto que tanto Santiago como Pablo fueron escritores inspirados, ninguno de los dos escribió alguna línea que estuviera en conflicto con el otro. Toda la verdad se armoniza. Pablo, en Romanos 3 y 4, demuestra que la salvación es por medio de la fe en Cristo y aparte de las obras de la ley de Moisés; Santiago muestra que la salvación es por una fe que se expresa en una humilde obediencia sin condiciones a la voluntad del Señor (Santiago 2:14-26).

Es extraño en realidad que los hombres insistan, a la luz de esta sección de Escritura, que la salvación es por la fe solamente; pero así lo hacen todos los cuerpos sectarios, quienes niegan la necesidad del bautismo en agua. Aun más extraño que hombres quienes son miembros del cuerpo de Cristo y quienes aceptan el punto de vista que el bautismo sostiene alguna relación al plan de salvación, ¡que digan que hay *un sentido* en que la salvación es por la fe sola! La salvación no es por la fe solamente; la salvación tampoco es por las obras solamente; el punto de vista anterior es la de las denominaciones protestantes más grandes; ¡el último punto de vista es el de la Iglesia Católica Romana! Como ilustrado en el caso de Abraham (Santiago 2:20-22), la verdad es que la fe actúa juntamente con sus obras, y en las obras es perfeccionada: "Ya ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó en virtud de las obras". ¿Grita alguno que es legalismo esto? Entonces que la acusación sea hecha a Santiago, quien *escribió* estas palabras, y ¡no a aquellos que las *creen*! Por más piedad que muestren que los defensores pretendan, cualquier esfuerzo así es muy sospechoso, cuyo diseño es poner como poca cosa *cualquiera* de los mandamientos de Cristo. El mismo Señor que mandó la fe requiere el bautismo en agua (Mateo 28:18-20); es

entremeterse con la voluntad de Dios cuando uno magnifica un mandamiento y minimiza a otro. ¡Los que así hacen, son descendientes espirituales de los fariseos que habían desarrollado esta práctica en una profesión (Mateo 23:1 sq.)!

(b) *En el Caso de Rahab*

25 Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras,— "Asimismo", significa, en este caso, *en la misma manera*. Rahab da otro ejemplo de que Santiago, en esta sección de su Epístola, afirma — que la justificación no es por la fe sola, sino que es también dependiente de los actos de obediencia a la voluntad de Dios. No es improbable que Santiago deliberadamente seleccionó a dos casos de la historia del Antiguo Testamento — Abraham y Rahab — el anterior de los rangos más altos de los más ilustres; el segundo, de uno de los rangos más bajos de la escalera social, para mostrar que en ninguno de estos casos fue la salvación por la fe solamente, y que en cada caso perfeccionó la fe ejercitada en las obras. Rahab fue un habitante de Jericó, pagana antes del contacto con los mensajeros, y es posible que su caso fue citado, además del caso de Abraham, para el diseño adicional de mostrar que el principio de la justificación es el mismo ya sea aplicado a los de la familia especialmente favorecidos por Dios o para aquellos que estaban fuera de la familia. Claro que no hemos de asumir que Rahab era una ramera *al tiempo* que fue justificada por las obras; anteriormente una pagana, había vivido como viven los paganos, una vida suelta en actividad disoluta; y aunque había dejado es forma de vida, le quedó la frase identificable por la cual antes había sido conocida. Para los detalles sobre su vida vea Josué 2:1-24.

cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? — Esta mujer del antiguo pasado, una ramera (una prostituta, una mujer que vendió su cuerpo para propósitos inmorales), estaba viviendo en Jericó, en el valle Jordán, durante la conquista de Canaán por los israelitas. Cuando Josué envió a los espías a la ciudad para obtener información sobre la base de la cual la ciudad después habría de ser sitiada y tomada, recibió en su casa, les dio la bienvenida, los escondió, los protegió y luego los hizo escapar con seguridad, habiendo obtenido de ellos una promesa de rescate para sus seres queridos, cuando los israelitas habrían tomado la ciudad (Josué 2:1-14). En estas acciones, ella mostró su fe, una fe que se expresó en las acciones arriba bosquejadas. La fe de ella no fue vana y vacía; se ocupó en tomar aquellas acciones que la validaron. Centenares de años después, el escritor de Hebreos, al detallar los actos heroicos de fe en la historia de Israel, pasó por alto este incidente impresionante, sino que lo citó como un ejemplo de fe genuina y de gran valor: "Por la fe, Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz" (Hebreos 11:31).

Los verbos de acción, en el verso 25 son significativos. Rahab “recibió” (*jupodexamene*, participio aoristo medio, dar la bienvenida) a los mensajeros y “los envió” (*exbalousa*, participio aoristo activo, irse apurado) por otro camino. El servicio de ella fue de mucho valor que ello hizo feliz y efectivamente. De esa manera, ella, como Abraham, dio a Santiago otro ejemplo excelente de verdadera fe justificadora (fe que se expresa a sí misma en obras). Rahab es puesta en la lista de la genealogía de nuestro Señor, habiéndose casado con Salmón (Mateo 1:5).

26 Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto,— El cuerpo (*soma*) es la armadura animal del hombre que el espíritu (de naturaleza inmortal) usa como casa - y que es temporal, frágil, sujeta a deterioro y podredumbre. Se disuelve en la muerte (2 Corintios 5:1); es un “tabernáculo” que ha de ser deshecho (2 Pedro 1:13, 14); es hecho del polvo de la tierra (Génesis 2:7), al cual volverá en la muerte (Eclesiastés 12:7). La palabra *soma*, traducida “cuerpo” en nuestro texto, no denota la sustancia *material* (éste es el *sarx*, la carne, y sus sustancias relacionadas), como la composición de la carne en un organismo que, al ser unido con el espíritu, constituye la *vida*. El “espíritu” (*pneuma*) es el “principio vital por el cual el cuerpo es animado” (Thayer); y, en este caso, se refiere a la naturaleza inmortal del hombre. El *alma*, no mencionada aquí, pero con frecuencia en otras partes de los escritos sagrados; es un término *genérico*, determinando su significado el contexto, en cualquier caso dado. Es usado (a) para designar la persona entera (Hechos 2:41; 1 Pedro 3:20); (b) la vida animal que el hombre posee, y que termina con la muerte (Salmo 78:50); (c) en distinción al espíritu, la naturaleza intelectual (1 Corintios 2:14, griego; Hebreos 4:12; 1 Tesalonicenses 5:21); y (d) el *espíritu*, la naturaleza inmortal (Hechos 2:31).

El cuerpo es temporal, frágil y eventualmente va al sepulcro; el espíritu (y *alma*, cuando es usada como sinónimo del espíritu), es eterno y, por lo tanto, no sujeto a la disolución o al deterioro. Nuestros cuerpos fueron recibidos de nuestros padres terrenales; nuestros espíritus son infundidos en nosotros, y engendrados para nosotros, por Dios mismo (Hebreos 12:9). En vista de este hecho, si fuera posible (que *no lo es*), probar que hay alguna mancha hereditaria transmitida de padres a hijos (que los teólogos llaman pecado original, la naturaleza adámica, etc.), la doctrina de la depravación total aún no estaría establecida, porque nuestros espíritus vienen a nosotros directamente de Dios, y no de nuestros padres. Puesto que “lo parecido engendra a lo parecido” (Génesis 1:9-25, cada cosa engendra según su clase), y puesto que Dios engendra a nuestros espíritus, son, al nacer, tan puros como la fuente de donde han salido, y llegan a ser pecaminosos sólo por medio de la transgresión personal.

El cuerpo, “aparte del espíritu”, está muerto. “Muerto”, (*nekron*) significa que la vida de uno es extinta, “uno que ha respirado lo último, sin

vida" (Thayer). Por lo tanto, uno que está muerto es destituido de la vida. Incidentalmente, aquí está la mejor breve definición práctica que puede ser formulada de la muerte (y, por implicación, *la vida*). *¿Qué es la vida?* Es el estado o condición que existe mientras que el cuerpo y el espíritu están juntos. *¿Qué es la muerte?* Es la condición resultante cuando el espíritu ya no está en el cuerpo. Simplemente, la muerte es entonces, la separación del cuerpo y el espíritu. El cuerpo, la armazón externa del hombre, sin el espíritu que lo anima, está muerto, sin vida, de aquí en adelante inactivo.

así también la fe sin obras está muerta.— Esta es la conclusión, que la inspiración saca de las premisas anteriores. La fe, sin obras, está tanto sin vida como el cuerpo sin el espíritu. Se comparan aquí dos cosas, *ambas* muertas. Una está muerta espiritualmente, la otra muerta físicamente. La fe, sin obras, está tan destituida de vida como un cuerpo carnal sin el espíritu. Al separar a la fe de las obras, que la fe tanto sin vida como un cuerpo cuyo espíritu se ha ido. *¿Cuáles son las obras que deben ser juntadas a la fe para hacerla que viva?* Los mandamientos del Señor (Hechos 10:34, 35). Estos mandamientos son justos (Salmos 119:172). Sólo aquellos que obran justicia son aceptados por él. "Todo aquel que no practica justicia, no es de Dios. . ." (1 Juan 3:10).

Mientras que los principios aquí enseñados por Santiago son claramente aplicados a los pecadores — aquellos que nunca han obedecido al evangelio — no debemos de asumir que son limitados a ellos. Realmente, estas palabras fueron escritas especialmente para cristianos; y son diseñadas para impresionar a creyentes con el hecho de que su fe debe mostrarse en acción para que pueda ser una bendición para ellos. Los miembros de la iglesia cuya fe no los impulsa a una fidelidad a la obra del Señor, y a la actividad cristiana regular como a una consistente asistencia a los servicios de la iglesia, al dar con liberalidad, y al trabajo personal, son cadáveres espirituales, con una fe que está destituida de toda vida.

SECCIÓN 6

3:1-12

LA RESPONSABILIDAD DE LOS MAESTROS

3:1

1 No os hagáis maestros muchos de vosotros,-- El verbo “no os hagáis” (*me . . . ginesthe*), un presente medio imperativo, con el negativo, significa "dejen de hacerse muchos maestros". Esta prohibición ha de ser íntimamente construida con el tema que caracteriza la Epístola a través de la mayor parte de los capítulos dos y tres. Las palabras sin acciones no tienen valor; la fe sin las obras es muerta; las bendiciones se han de dar sobre aquellos que oyen y hacen, y no sobre los que oyen y no hacen. Aun aquellos cuyo *trabajo* es el de usar *palabras* han de recordar siempre que hay una responsabilidad pesada atada a ello, y no han de apurarse al oficio de la enseñanza sin una preparación adecuada y una consideración debida a la importancia del trabajo en que se han de involucrar.

Parecería que había una disposición de parte de muchos de los primeros convertidos a la Palabra, desear la atención y la influencia que venía con su enseñanza; y éstos, sin la preparación suficiente, tenían la disposición de intentar lo que no estaban calificados para hacer. La influencia que los maestros ejercen sobre sus discípulos con frecuencia no tiene medida; y, las impresiones que ellos hacen sobre las mentes impresionables de sus estudiantes, ya para el bien o para mal, son de una naturaleza duradera. Por lo tanto, es de vital importancia para los que así hacen estar bien conscientes de la importancia de la obra a la cual aspiran, y hacer la debida preparación de ello. En cuanto sea posible para todos los fieles discípulos del Señor, hay que enseñar su palabra cuándo y dónde la oportunidad se presente; no era el diseño de Santiago desanimar a nadie que tuviera esta capacidad de enseñar, entonces o ahora; es la obligación de todos nosotros utilizar nuestros talentos en esto, y en otras áreas de la obra de la iglesia según nuestra habilidad; pero, debemos asegurarnos de tener cuidado que tenemos la habilidad correcta para instruir y edificar. En los días de los dones espirituales, algunos tenían la tendencia de levantarse en la asamblea y de hacer el intento de hablar, estuvieran calificados o no (1 Corintios 14:1-33), y esto creaba confusión y discordia. Si guardamos en mente que Santiago no condena a los maestros *capacitados* para enseñar, y que está advirtiendo a aquellos cuyo único afán es notoriedad, tenemos su enseñanza exacta. Esta disposición de desear el lugar de un maestro, y el reconocimiento que viene con ello parece haber sido demasiado común en la iglesia primitiva. Pablo, en su primera Epístola de Timoteo 1:5-7, escribió: "El objetivo de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas

desviándose algunos, han venido a caer en una vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman categóricamente." La ambición de enseñar es muy digna, y habría que animarla, siempre y cuando la persona que tiene esta aspiración esté dispuesta a hacer la preparación para lograr este fin. No hacerlo sujeta uno a la indignación del Señor. El escritor de los Hebreos tuvo palabras muy severas para aquellos que eran negligentes en tal preparación: "Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, otra vez tenéis necesidad de que se os enseñe cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a tener necesidad de leche, y no de alimento sólido. Pues todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es un niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado la madurez, para los que, por razón de la costumbre, tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (Hebreos 5:12-14).

No todos los discípulos pueden ser maestros públicos de la palabra (1 Corintios 12:28 y siguientes versículos; 14:26), y no todos deben aspirar a serlo. "Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?" (1 Corintios 12:17). Hay otros deberes y actividades en la iglesia que son igualmente vitales; y, aquellos sin una habilidad especial en un campo pueden poseer talentos sobresalientes en otros campos. Lo que aquí se condena son maestros escogidos por sí mismos motivados por deseos que no son dignos de aquellos que enseñan y predicán la palabra de Dios. Jesús positivamente prohibió a cualquiera que sólo buscaba la preeminencia en la enseñanza (Mateo 23:8-10); y un hombre sabio en Israel escribió esta máxima: "Ama la obra pero no te esfuerces en la búsqueda del honor de un maestro". Un "maestro", (*didaskalos*), es un instructor en justicia, y su obra es vital para el cristianismo del Nuevo Testamento. De hecho, que la enseñanza es muy importante para su existencia; y, florece sólo cuando es enseñado con diligencia. La iglesia en sus primeros días dependía en sus maestros para la edificación; estos hombres eran prominentemente mencionados a través de los escritos sagrados (Hechos 13:1; 1 Corintios 12:28). Los maestros fieles de la edad apostólica eran tenidos en alta estima y honrados en forma especial por causa de su obra; y, Santiago (por el uso del pronombre plural "nosotros"--sobrentendido), en la siguiente cláusula, se incluyó a sí mismo en ese número. Es la obra de los maestros *edificar* (1 Corintios 14:26). Por lo tanto, sólo que los que pretenden enseñar puedan edificar (instruir, levantar, fortalecer), su esfuerzo no tendrá éxito. Hay calificaciones especiales que deberán caracterizar a todos los miembros del cuerpo de Cristo, y que *deben* ser poseídas por todos los que enseñarían efectivamente. Pablo escribió a Timoteo, "Entretanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza. . .Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la enseñanza; persiste en ello, pues haciendo

esto, te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen. . . Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, eso encarga a hombres fieles que serán idóneos para enseñar también a otros" (1 Timoteo 4:13-16; 2 Ti. 2:2). Las calificaciones mínimas según aquí indicadas son, (1) *fidelidad*; (2) la habilidad para enseñar a otros. En donde falte cualquiera de los dos quedará muy corto de lo deseado. Por más fiel que sea uno, sin la habilidad de instruir, es imposible edificar; y aunque se tenga una gran habilidad para enseñar, infidelidad de parte del maestro deshace mucho del bien que podría de otra manera hacerse. Nuestro Señor era un *maestro* preeminente, y el verbo "enseñar" es usado en conexión con su obra muchas veces. Por cierto, a Jesús nunca se le llamó "predicador" en los libros del evangelio (Mateo, Marcos, Lucas y Juan), y sólo once veces se dice que "predicó" (*kerusso*) su mensaje. Sólo cinco veces, y éstos en Lucas, se dice que "evangelizó" (*evangelizomai*) o anunció las buenas nuevas. Así, es aparente que ni Jesús, ni los escritores anunciados anteriormente, consideraron su obra como principalmente la predicación, sino que enseñando a los hombres. Cuarenta y cinco veces en los libros del evangelio él es llamado un maestro; seis veces él mismo se refiere a sí mismo de esta manera; veintitrés veces sus discípulos, y los que simpatizaban con su causa así lo señalaban y doce veces sus enemigos, los fariseos, saduceos, herodianos, y otros, le llamaron un maestro.

Hermanos míos,— Esta frase reaparece con gran regularidad en la Epístola de Santiago (1:2, 19, 21; 2:1, 14; 3:1, 10; 5:7, 12, 19). Denota (a) una relación íntima de hermandad que había entre los discípulos; (b) el amor fraternal que debería siempre caracterizarlos; y (c) el nivel común que todos gozan en Cristo. Era el propósito de Santiago a través de la Epístola condenar la disposición que algunos entre sus lectores exhibían regularmente de asignar a alguna gente lugares de preferencia, y de tratar a otros (porque les faltaban los logros mundanos que tenían los que eran honrados) con desdén. *No hay un sistema de clases en Cristo*. Puesto que todos somos hermanos, nos corresponde conducirnos como hermanos, y huir de toda amargura y envidia, y "amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro" (1 Pedro 1:22). Cumplimientos accidentales, tales como riquezas, posición social, y fama, no cuenta para nada en Cristo. "No poniendo nosotros la mira en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:18).

sabiendo que recibiremos un juicio más severo.— Ésta es la razón por la cual no hay que asumir precipitadamente la obra del maestro. Ha de saber que su juicio será más pesado si no logra desempeñar debidamente el cargo. "Juicio más severo", (*meizon krima*) es literalmente, mayor juicio (condenación). La palabra traducida juicio aquí casi siempre significa condenación. La palabra así traducida (*krima*), es de *krino*, separar,

distinguir. De esa manera, en el gran día del juicio, el Señor *va a separar* los que han sido maestros de su palabra, de los que no lo han sido, y pasará sobre ellos un juicio con niveles mucho más estrictos que los que son aplicables a los que no son maestros. Las consecuencias involucradas en la enseñanza de lo que sea falso y fatal; y los que no se han preparado adecuadamente para tal obra, y los que desvían a los que ellos enseñan, deben responder bajo “un juicio más severo”, que los que están así envueltos. “Pero al que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno, y que le hundieran en el fondo del mar. ¡Ay del mundo por los tropezos! Porque es necesario que vengan tropezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!” (Mateo 18:6, 7). La lección para nosotros es que ser un guía implica responsabilidad; y entre mayor sea el área que nos corresponde, mayor la responsabilidad. Por lo tanto, los maestros deben contestar por mucho más que los que están envueltos en otras obras cristianas. Pero, si la responsabilidad mayor, y el juicio más pesado para los que usan mal o no hacen buen uso de la ocasión, la recompensa será mayor para los que enseñan y edifican bien a otros. Pablo describió a los filipenses como “hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía” (Filipenses 4:1). Y Juan dijo, “No tengo mayor gozo que éste, el oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4). Daniel dijo que “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:3).

Maestros, predicadores, ancianos, todos los que tienen la obligación de instruir a otros, han de tomar estas cosas muy en serio, y de tener siempre en mente la pesada responsabilidad que les pertenece en este caso. Todos nosotros, sea lo que sea nuestra estación en la vida, debiéramos estar deseosos de llegar a ser más proficientes en la palabra de verdad, y debemos de trabajar con mucha diligencia para lograr este fin. Una biblioteca bien surtida de buenos libros religiosos, así como revistas, períodos regulares de estudio, y amor para con la verdad, son requisitos principales para este propósito. Debemos responder en el juicio, no sólo por lo que sabemos, sino lo que podríamos haber descubierto con un esfuerzo razonable; y no será suficiente para nosotros, en ese día reclamar ignorancia de la voluntad y el camino de Dios, cuando los medios por los cuales podemos llegar a ser eficientes maestros están bien disponibles.

CONTROL DE LA LENGUA

3:2-8

2 Porque todos ofendemos en muchas cosas.— “En muchas cosas”, (de *polla*, un adverbio acusativo), significa “con referencia a muchas

cosas". Para el significado de la palabra "ofendemos", vea Santiago 2:10, y los comentarios allí. Se observará que el escritor afirma *dos* cosas aquí, y se incluye a sí mismo entre los que ofenden: (1) "Todos ofendemos"; (2) "Todos ofendemos en muchas cosas". "Ofender", es tropezar o caer; y aquí se refiere a los errores que todas hacemos, particularmente en lo que envuelve a la lengua. El hecho de que Santiago se incluye a sí mismo entre los que ofenden de esta manera no es una reflexión sobre la inscripción que protegió a sus escritos de todo error. Debemos siempre recordar de hacer distinción entre lo que un escritor inspirado *escribió* bajo la dirección del Espíritu Santo, y sus actividades personales e individuales como cristianos. Ellos no tenían más protección contra la posibilidad de pecar (como cristianos) que nosotros, por lo menos en el caso de ellos, la doctrina de la imposibilidad de apostasía, sería verdadera. El pueblo de Israel "irritaron" a Moisés en "las aguas de Meribá", y "le fue mal a Moisés por causa de ellos, porque le amargaron el espíritu, y habló inconsideradamente con sus labios" (Salmos 106:32, 33). Pablo resistió a Pedro "en la cara" en Antioquía, cuando él y Bernabé "no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio" (Gálatas 2:11-21).

Porque todos ofenden de esta manera, todos necesitan la provisión por sus pecados; y esto el Señor ha maravillosamente provisto. "Pero si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. . . Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad" (1 Juan 1:7-9). El tiempo del verbo *ptaiomen* (tropezar) denota una acción continua, pero (¡gracias a Dios!) el tiempo del verbo *limpia* significa lo mismo; y cuando, en nuestra debilidad, *seguimos* ofendiendo, ¡la sangre de Jesús *sigue* limpiando! Claro que no debemos suponer que la ofensa aquí es deliberada; no existe tal provisión para los que establecen un curso calculado de pecado. Lo que se representa es un camino difícil rodeado de muchos peligros y que contiene muchas trampas. El discípulo fiel, obligarlo a seguirlo a través de la vida, con frecuencia tropieza sobre las piedras del pecado que con frecuencia se encuentran en su camino. No obstante, él va hacia el cielo; y, obviamente, no tropieza y cae deliberadamente en el camino. Su tropiezo no es voluntario, sino lo que ocasionó por las dificultades del camino que sigue, y la disposición del diablo es de poner en su camino cuantos obstáculos sean posibles.

Si alguno no ofende en palabra,— Aquí Santiago regresa a su tema especial--el uso correcto de la lengua--con el cual será tratado particularmente en este capítulo, y nos enseña que es posible "tropezar" con la lengua en palabra, así como en la vida y en acción. "En palabra", significa en lo que *decimos*. La palabra "ofende" significa lo mismo como

en la primera cláusula del verso, y en Santiago 2:10. "Algún" aquí significa cualquier *persona* (anciano, joven, rico, pobre, sabio, no sabio, todos) así mostrando el hecho de que tenemos aquí un asunto en que todo discípulo debe de poner atención constante. Aunque el verso 1 se dedica exclusivamente a "maestros", el escritor amplía su aplicación, y amonesta a todos en la iglesia a desconfiar de las tentaciones que involucran a la lengua. Los maestros especialmente necesitan la instrucción dada, puesto que el hablar es una indispensable y mayor parte de su actividad; pero la lección no es limitada a ellos y la aplicación es extendida para abarcar a todos.

éste es varón perfecto,— Es decir, el hombre que no tropieza en palabra "es un hombre perfecto", (*teleios aner*), uno que ha alcanzado la madurez cabal en el crecimiento espiritual. El término no denota estar sin pecado, sino que desarrollo completo, crecimiento maduro. El significado es, "Si un hombre no sigue tropezando en la palabra, ha alcanzado un estado en la vida en donde está completamente maduro. La palabra traducida "perfecto" podría muy bien traducirse *meta*. Uno que ha alcanzado un dominio tan completo sobre su lengua ha verdaderamente logrado la meta en una realización espiritual. Esto no quiere decir que está más allá de la posibilidad de pecar; significa que ha alcanzado tal dominio sobre su lengua que puede controlarla. Es como David al decir, "Entonces no sería yo avergonzado, cuando considerase todos tus mandamientos" (Salmos 119:6). Y como Zacarías y Elizabet al andar "rectos delante de Dios, y caminaban irreprochablemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lucas 1:6). Lo mismo se afirma de Noé, Abrahán y Job (Génesis 6:9; Job 1:1). Vea, también, Filipenses 3:12, 13.

Capaz también de refrenar todo el cuerpo.— Tan dispuesto es el hombre para usar mal su lengua, y para decir cosas que no debiera, que el que puede refrenarse en *palabra*, demostraría un dominio notable que podría con propiedad asumirse que puede "refrenar" (guardar bajo rienda) todo su cuerpo. Ejercer dominio sobre ella es mostrar la habilidad para mantener control sobre todos los otros miembros del cuerpo, puesto que requiere un esfuerzo mayor para guardar la lengua bajo control que cualquier otro miembro del cuerpo. No debemos de esto asumir que es más importante hacer esto que ejercer control en cualquier otra área; o, que en este campo sólo dominio significa perfección, sino que es una prueba que determina si se ejerce control sobre el cuerpo. La frase, "todo el cuerpo", es usada aquí para designar la suma de todos los pecados que el hombre puede cometer; es decir, si uno puede controlar su lengua, él habrá logrado el dominio sobre sí mismo que otras tentaciones serán fácilmente rechazadas. La figura del "freno" es impresionante y sugestivo del mismo significado como en Santiago 1:26. Puesto que uno que tiene control del freno que

controla el caballo, así uno que controla su lengua, se puede esperar de él que mantenga control sobre todo el resto del cuerpo.

3 He aquí que ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo.— Esto ilustra lo que Santiago acaba de afirmar: controlar la lengua es, en efecto, ejercer dominio sobre todo el cuerpo. Un caballo, aunque grande, es controlado por una rienda comparativamente pequeña; en realidad, ésta es la razón porque se usa la rienda--para que todo el cuerpo sea fácilmente dirigido y controlado.

4 Mirad también las naves; aunque son tan grandes, e impulsadas por fuertes vientos, son dirigidas con un timón muy pequeño por donde quiere el que las gobierna.— En el primer ejemplo de Santiago, la ilustración de los caballos embridados es usada; aquí, la figura es la de las grandes naves que son gobernadas por un pequeño timón, en armonía con la voluntad del que “gobierna”. Los lectores del escritor estarían muy familiarizados con estas dos figuras, y fácilmente entenderían la intencionada lección. Se usa un animal con mucho espíritu en la primera ilustración; en la segunda, un objeto inanimado, pero uno que, no obstante, es sujeto a las influencias de los vientos y los mares. A pesar de la voluntad de la primera, el caballo, y las fuerzas brutas (los vientos y los mares) operando sobre la segunda, ambas son fácilmente controladas, y eso por un objeto pequeño en el primer caso, un freno; en la segunda, un timón; de acuerdo a la voluntad del hombre en ambas. El significado de ambas ilustraciones es: Podemos controlar los animales grandes y las naves enormes con muy pequeños objetos; ¡cuánto más deberíamos nosotros controlarnos a nosotros mismos! Pues, si podemos ejercer una regla semejante sobre nuestras lenguas, podemos gobernar todo nuestro ser.

5 Así también la lengua es un miembro pequeño,— Ésta es la aplicación de las ilustraciones del freno y del timón. Aunque pequeños, cada uno es muy efectivo, así demostrando el hecho que una cosa puede ser pequeña, pero poderosa y de influencia. La lengua es un objeto pequeño comparado a todo el cuerpo, así como el freno es pequeño en comparación al caballo y el timón a la nave; pero, así como el freno y el timón son capaces de ejercer gran influencia sobre aquello que tienen efecto; así la lengua, no importando su insignificancia en tamaño, tiene gran potencial. El contraste aquí es sacado entre el tamaño pequeño de la lengua y la grandeza del cuerpo y el efecto que la lengua ejerce, a pesar de la gran disparidad en tamaño.

pero se jacta de grandes cosas.— (*megalaauchei*, presente activo indicativo), continuamente se jacta; i.e., es una característica de este *pequeño* miembro del cuerpo *hablar grande*, ser arrogante y jactancioso en su acción. Mientras que hay un sentido muy apropiado en que el honor más

alto posible le corresponde (por los sentimientos ennoblecedores que es capaz de expresar) es más que probable que aquí era el diseño del escritor establecer el punto que las ilustraciones enfatizan: la disparidad en el tamaño de la lengua y las posibilidades de las cuales es capaz. Su poder e influencia son muy grandes. Es capaz del mayor bien, y del mal con mucho alcance. La extensión de su influencia es indicada por la siguiente declaración.

¡Mirad qué gran bosque se incendia con un pequeño fuego!— Aquí está una *tercera* ilustración usada por Santiago para denotar la potencia y el poder de la lengua. La construcción de esta oración es rara e informativa. La misma forma relativa aparece para las dos preguntas indirectas: "¿Qué tamaño de fuego prende qué tamaño de leña?" El punto principal del escritor sigue haciendo una leva: La vasta diferencia en tamaño entre la causa y el efecto; pero, hay aquí una característica adicional inyectada. En la ilustración del caballo y el freno, y la nave y el timón, hay un efecto *controlado*; aquí, el efecto del fuego pequeño y la resultante destrucción tremenda están en *descontrol*.

Una fábrica enorme, un gran bosque, toda una ciudad puede irse en llamas por los efectos de un fósforo pequeño. Hay una leyenda que el incendio de la gran ciudad de Chicago comenzó cuando una vaca, siendo ordeñada, pateó una linterna, y cuando las llamas habían traído su gran y terrible destrucción, y cuando se hubieron finalmente apagado, centenares de cuadras de hogares y grandes áreas de la ciudad ya no existían más. "¿Cuánta leña puede encenderse por un pequeño fuego!" En forma semejante, una declaración incorrecta por la lengua, por más pequeño que sea ese miembro del cuerpo, puede comenzar una llama furiosa que consumirá y destruirá a personas, familias, y congregaciones enteras. Una lengua engañosa es con frecuencia condenada en la Escritura: "Libra mi alma, oh Jehová, de los labios mentirosos, y de la lengua engañosa" (Salmos 120:2). "Como el que encloquece, y echa llamas y saetas y muerte, tal es el hombre que engaña a su amigo, y dice: Ciertamente lo hice por broma. Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda. El carbón para brasas, y la leña para el fuego; y el hombre rencilloso para encender contienda. Las palabras del chismoso son como golosinas, y penetran hasta las entrañas. Como escoria de plata que barniza la loza, son los labios lisonjeros con un corazón malo. El que odia disimula con sus labios; mas en su interior maquina engaño. Aunque hable en tono amable, no le creas; porque siete abominaciones hay en su corazón" (Proverbios 26:18-25).

Difamación con la lengua es uno de los pecados más comunes (Salmo 15:4). Lleva consigo tres ideas inherentes: (1) Vulgaridad; (2) cobardía; (3) brutalidad. Un difamador es una persona vulgar, una persona de categoría baja. Gente culta no encuentra placer en, y por lo tanto, no se abandona al

chisme malicioso. (2) Un difamador es un cobarde, siempre hablando detrás de la espalda de uno, y en la ausencia de uno, lo que habría que decirse a la cara.(3) Un difamador es una persona brutal, siendo totalmente desconsiderado de los sentimientos de otros. "El que no difama con su lengua", está en el texto hebreo, "No pisa su lengua"; i.e., no pone el puntapié como a una pelota, el carácter de una persona ausente. Es virtualmente imposible contrarrestar los efectos de la calumnia y el chisme malicioso; y los culpables de injuriar pueden dejar efectos que pueden extenderse hasta la eternidad. Y, si la gente ha de ser juzgada en base de *los efectos* de sus actividades, éste sin duda ha de ser uno de los pecados más gravosos por los cuales daremos cuenta en el juicio.

6 Y la lengua es un fuego,— Habiendo mostrado los devastadores efectos del fuego, al perder su control, Santiago nos dice que esto es lo que la lengua es, en sus consecuencias incorrectas de su uso. La figura es común en las Escrituras. "El hombre perverso trama el mal, y en sus labios hay como llama de fuego" (Proverbios 16:27). Vea, también Proverbios 26:18-22. Esta declaración, "Y la lengua es un fuego", identifica a la lengua, en sus efectos, con el fuego que inicia una pequeña llama, pero inmediatamente llega a ser un gran incendio, como lo indica el verso anterior. La lengua es *como* un fuego en este sentido. Es un "fuego" (a) por el dolor que inflige; (b) en la destrucción que le atiende; (c) en los efectos que le siguen.

un mundo de iniquidad. La lengua está puesta entre nuestros miembros,— Claro que debemos recordar que es el uso *incorrecto* de la lengua lo que aquí se contempla. Entre los miembros del cuerpo está la lengua, cuando usada incorrectamente, el más malo de todos. La frase, "mundo de iniquidad", es una expresión, cuyo diseño es indicar la *suma* del mal; y la lengua, a causa de sus grandes poderes, llega a ser así por su malvada actividad. Es "un mundo de iniquidad", entre los miembros del cuerpo, por su incalculable mal que produce; es completamente imposible medirlo en esta vida, el mal que nace de la calumnia, la profanidad, la falsedad, la blasfemia y el escándalo del cual es capaz. La historia está repleta de casos de guerras, contiendas, separaciones que resultan de esta obra mala. *Si todos los hombres perdiesen repentinamente la facultad del habla, ¡el número de pecados de los cuales los hombres son continuamente culpables rebajaría enormemente!* En vista de este hecho, ¡cuán importante es que hablemos sólo lo que debemos decir, y lo que digamos que lo consideremos con sobriedad!

y contamina todo el cuerpo,-- "Contamina", es de *spilo*, manchar, teñir. El significado es que el mal uso de la lengua ensucia, mancha, contamina, todo el cuerpo. Un calumniador exhibe eventualmente los efectos de su pecado en su propia personalidad. Su punto de vista se contamina, su confianza en sus compañeros, y su vida espiritual se

empequeñece y muere. Un mecánico puede ser capacitado para hacer un trabajo excelente; pero, si lo tomamos en mentira, inmediatamente consideramos su trabajo como indigno. Es un verdadero dicho antiguo que uno no es mejor que su palabra.

e inflama el curso de la existencia,— Esta cláusula no es fácil para interpretar a causa de la obscuridad de la frase, (*ton trochon geneseos*, la rueda de nacimiento). El nacimiento es lo que nos introduce en la vida; y, "la rueda de nacimiento", muy bien puede significar toda nuestra existencia, comenzando con el nacimiento y terminando con la muerte. Una "rueda" es lo que es redondo, por lo tanto, "lo redondo de la existencia", es decir, el período total de nuestras vidas. Todo es encendido por el mal uso de la lengua, "inflama", es de *flogizousa*, participio presente activo de *flogizo*, encender, de *flox*, una llama. No tendremos dificultad en entender el pasaje si tenemos en mente que era el diseño de Santiago mostrar el largo alcance de los efectos de los abusos de la lengua, y así la necesidad de un freno constante. Tan potentes son sus efectos que puede, y con frecuencia lo hace, influye toda la existencia redonda (período) de su existencia. Un habla inflamada, palabras intolerantes, un falso rumor puede inflamar a una persona, una ciudad, y aun a una nación. Recordamos muy bien los discursos inflamados de Hitler, y la ola abrumadora del espíritu de guerra que barrió por la nación alemana como resultado. Bancos han sido destrozados, instituciones financieras llevadas a la bancarrota por palabras inconsideradas dichas sobre la cerca trasera.

siendo ella misma inflamada por el infierno.— (*Kai flogizomene jupo tes gejennes*, participio presente pasivo de *flogizo*, es continuamente encendida por el infierno). Un fuego que resulta de la lengua es comparable sólo a lo que se levanta en el infierno (griego, *gejenna*). Este término--Gejenna--originalmente era el nombre del valle inmediatamente fuera, y al sureste de la ciudad de Jerusalén, en donde los hijos de Israel practicaban los ritos idolátricos de Moloc, que habían tomado de sus vecinos paganos. Allí, los hijos de Israel sacrificaban a sus propios hijos a Moloc, el dios del fuego. Cuando Josías instituyó reformas, él destruyó los altares, destrozó los lugares altos, y para que el valle pudiera ser completamente impropio para tales prácticas, lo convirtió en un basurero para Jerusalén. La basura de la ciudad era acarreada allá y en suficiente cantidad como para que fuese quemada, y así había un fuego continuo. Cuerpos eran ocasionalmente echados allí y quemados. Así, el lugar sirvió como un símbolo apropiado para un lugar de castigo futuro, y el Señor así lo aplicó centenares de años después cuando vino a la Tierra (1 Reyes 11:7; 2 Reyes 23:13, 14; Mateo 5:22, 29, 30; 10:28; 18:9; 23:15, 33; Marcos 9:43, 45, 47; Lucas 12:5). Es importante distinguir entre el *Hades*, el lugar de morada de los espíritus de los fallecidos entre la muerte y la resurrección, y *Gehenna*, la morada eterna final de los desobedientes. *Seol*, que aparece con frecuencia en el

Antiguo Testamento, es el equivalente de Hades en el Nuevo Testamento. Hades es el estado intermedio de los muertos, entre la muerte y la resurrección, y contiene al bueno y al malo quienes están, no obstante, separados allí; el bueno en un lugar de bendición, el malo en tormento (Lucas 16:23).

Es de interés para nosotros observar el cuidado con el cual Santiago usó al presentar estos símbolos. Una lengua mala contamina toda el cuerpo. Un cuerpo contaminado es apropiado sólo para ser echado en un basurero (como se hacía en los siglos primitivos), y allí eran quemados. (Es verdaderamente un pensamiento sobrio que el fuego (figurativo) que sale de nuestras lenguas al ser mal usadas se origina en el infierno, y nos llevará allí si no aprendemos a extinguirlo. El infierno es verdaderamente un basurero del mundo y ése será el destino de todos los que mueren en desobediencia. Un dicho acertado es que nunca hay que tirar lodo porque uno puede errarle al blanco, y, ¡quedarse uno con las manos sucias!

7 Porque toda naturaleza de bestias, de aves, de serpientes, y de seres del mar, se doma,— "Naturaleza", es de *fusis*, literalmente naturaleza. Toda la naturaleza bruta ha sido traída bajo el dominio del hombre: "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Génesis 1:27, 28). Dios dijo a Noé, "Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados" (Génesis 9:1, 2). Este dominio concedido al hombre tenía que ser ejercido y retenido. Santiago no dice que *toda* cosa salvaje ha sido domada; se afirma que toda *clase* de criatura ha sido traída bajo la sujeción del hombre. Las bestias más feroces, los peces en la profundidad del mar azulado, las aves que vuelan en las alturas, y aun las serpientes pegajosas, han cedido a la superioridad del hombre, y han sido sujetas a él.

Las "bestias", aquí designadas son los cuadrúpedos, animales de cuatro piernas (*therion*). Las "aves", (*petomai*, volar), designan criaturas que pueden volar; "serpientes", (*jerpeton*, arrastrar), serpientes que serpean por la tierra, y "seres del mar", claro, los peces. Se verá que las cuatro clases de seres creadas son muy semejantes a las que son designadas en Génesis 9:2. Hay dos pares de cuatro grupos: (1) bestias y aves; (2) serpientes y seres del mar.

"Se doma", (*damazetai*, presente pasivo indicativo) es, literalmente, "es continuamente domado". El dominio que Adán habría de ejercer sobre

todos los animales no era limitado a él o a su día; habría de ser ejercido por la humanidad a través de todas las edades sucesivas.

y ha sido domada por la naturaleza humana;— (*Dedamastai*, perfecto pasivo indicativo, del verbo traducido "doma" en la cláusula anterior, indicando así un hecho pasado, general en carácter). "Por la naturaleza humana", es *tei fusei tei anthropinei*, caso instrumental, "por la naturaleza del humano". Es decir, cada clase de la naturaleza bruta ha sido sujeta a, y sometida por la naturaleza humana. Era el diseño de Santiago enfatizar el hecho que el proceso de domar ha sido ejercido de esa forma desde el principio de la creación. *¡Aunque fue someter a la creación bruta, el hombre no siempre se puede controlar a sí mismo!* A causa de la caída, y la consecuente debilidad de la moral experimentada, él ha cesado de tener control de sus propios miembros, y en particular, su lengua. Es un triste comentario sobre el hombre, y una exhibición vergonzosa de su degradación espiritual y moral que aunque puede domar el más salvaje de los animales, ¡no puede domar su propia lengua!

8 pero ningún hombre puede domar la lengua,— Aquí, el tiempo del verbo es momentáneo, y no una acción continua. Es imposible que *el hombre* logre domar su propia lengua. Aunque muy poderoso en ejercer dominio sobre la creación bruta, es inútil cuando viene a su propia *pequeña* lengua. ¿Por qué no puede lograr esto? La respuesta es que es una lengua *humana*, y no meramente una lengua de animal. La naturaleza humana puede fácilmente subyugar a la naturaleza animal, pero es impotente para subyugar la naturaleza satánica que se ha instalado a causa de una vida de pecado. Cuando dijo Santiago, "Ningún hombre puede domar la lengua", no quiso decir (a) que el hombre, al no poder controlar su lengua, tiene excusas para los abusos que pueden resultar de su mal uso, ni (b) que Dios asigna una tarea imposible, pero demanda que se haga. El significado es que las aves y las bestias, por más salvajes y feroces que pueda ser en su habitación natural, *al ser domadas*, ya no son peligrosas. ¡Uno no tiene una bestia domada en cadenas! Sin embargo, la lengua nunca puede ser domada. Puede ser refrenda con éxito por cuarenta años, pero en un momento de descuido sale con algo peligroso y dañoso. Esta declaración de Santiago tuvo la intención de enseñarnos que debe siempre ejercer una vigilancia incesante en todas las cosas que pertenecen a la lengua. Debemos todos estar conscientes de este hecho penoso. Cuantas veces hemos dicho algo sin pensar y al momento que se expresó el sentimiento daríamos el mundo para deshacer lo dicho. Es imposible retornar la palabra expresada.

Es un ejercicio revelador y beneficioso en el estudio bíblico, juntar todo, por medio de una concordancia, o libro semejante de palabras, todos los pasajes de la Biblia que tratan con los abusos de la lengua, y los males que resultan de ella. Los términos usados para describir estos pecados

hacen un largo catálogo muy feo. La palabra “diablo”, es traducida del griego *diabolos*, significa calumniador, difamador, acusador, falso testigo. También se le llama un mentiroso y "padre de mentiras". Entre los pecados que se pueden cometer con la lengua están la blasfemia (hablar mal de Dios en asuntos sagrados), sacrilegio (una ofensa contra Dios), perjurio (testimonio falso en el sentido limitado y legal), calumnia, lisonja, difamación, murmuración, sugerencias falsas y, claro, muchos otros.

Hay aquellos cuyo mayor placer en la vida es la acumulación de asuntos maliciosos contra cada persona que conocen, y que se deleitan la recitación de ello en cada ocasión posible. Esas cosas siempre están con nosotros; y debemos de tener cuidado de no llegar a ser sus instrumentos para pasar tales golosinas calumniadoras. Dos preguntas debemos hacer al oír algo de naturaleza injuriosa de otras personas: (1) *¿Es verdad?* Hay un tipo algo común de personas de "almas pequeñas" que parecen pensar que merecidamente se levantan a sí mismos de un estado anónimo al atacar a otros, y que parecen sentir que al manchar y desacreditar a otros se dan crédito a sí mismas. Debemos, por lo tanto, hacer la pregunta, *¿Cómo sé que esto es así?* Sólo que tenga la evidencia suficiente de la validez del reporte, yo debo echar el manto del olvido sobre ello, y relegarlo al campo de las cosas olvidadas. Pero, concediendo que lo dicho sea verdad, debo hacer una pregunta adicional, (2) *¿Hará bien decirlo?* ¿Ayudará a la iglesia, a la comunidad, a la nación? Si no, ¡qué sea olvidado para siempre!

que es un mal que no puede ser refrenado,— (*akatascheton kakon*, un mal siempre turbulento, agitado, inestable, como una bestia salvaje que continuamente se mueve en su jaula, resistiendo cuanto sea posible, todo refrenamiento). ¡Cuán vivaz la descripción de Santiago de la lengua tumultuosa!

(a) Es un mal que puede causar la injuria más grande posible cuando pierde el control. Los que se detienen con horror sobre el pensamiento de lanzar una espada en el corazón de otro, pero consentir en chisme malicioso al hundirlo en el corazón es mucho más doloroso que cualquier otra posible lastimadura física. Muchos casos se citan de esto en la literatura que ilustran en manera vivaz este mal dañino y cómo es que la espada de la lengua duele y corta más dolorosamente que la espada física.

Se dice que el gran teólogo Agustín había escrito sobre su mesa en el comedor el siguiente verso en latín:

*“¡El que desea calumniar a hombres ausentes
Jamás se podrá sentar en esta mesa otra vez!”*

¡Si esta regla fuera seguida hoy sin variación, muchos no volverían a comer sobre la misma mesa dos veces!

(b) La lengua es un mal inquieto, continuamente causando fricción contra cualquier refrenamiento que pueda ser ejercido sobre ella. Lucha contra cualquier esfuerzo para arrinconarla y así sigue siendo una cosa indómita. Es imposible refrenar una lengua calumniadora así como es imposible alcanzar y refrenar la calumnia en sí. Claro que es posible refutar al calumniador y probar falsa su calumnia, pero el que originó la calumnia simplemente se irá a nuevas áreas y reasumirá con su evocación favorita. Además, las consecuencias de las tales tienen mucho alcance e imposible para eliminar; los que oyeron la calumnia, pero no la refutación, tendrán la disposición de asociar el nombre y la calumnia, cuando cualquiera de los dos sea oída, y, de esa forma, la obra mala del calumniador sigue.

llena de veneno mortífero.— (*meste iou thanateforou*, llena de veneno que trae muerte). Los efectos de su mal uso son mortíferos y la razón es que está llena de veneno que en su naturaleza trata con la muerte. Claro que hemos de entender que Santiago aquí está hablando del mal uso de la lengua; y, es por estas figuras retóricas que se indica los efectos extensos de tal uso. Hay aquí una posible referencia a Salmo 140:3: "Aguzaron su lengua como la serpiente, veneno de áspid hay debajo de sus labios". La frase, "llena de", indica que esa es la naturaleza de la lengua bajo consideración. Esta forma de expresión es común en los escritos sagrados. Pedro escribe de los que estaban "llenos de adulterio" (2 Pedro 2:14), y Pablo de algunos que "estaban llenos de envidia" (1 Romanos 1:29). No era el diseño de Santiago, en este caso, describir los efectos de la lengua sobre la persona culpable de estos abusos, sino sobre los que eran víctimas de ello. Los que tenían tales lenguas eran como serpientes arrastradizas llevando la bolsa de veneno virulento que están listas para inyectar en su primera oportunidad. No hay carácter más despreciable, y no es de maravillarse que así representen las Escrituras a las serpientes.

Si aquellos que se gozan en involucrarse en la calumnia son los que se han descrito, ¿qué de la persona que lo escucha, y así anima al calumniador en su mala obra? Si no hubiera oyentes, ¿no habría calumniadores! El que anima a otro en su calumnia es tan culpable como el que la comete. El que recibe las cosas robadas es, bajo la ley, tanto un criminal como el mismo ladrón; ¿por qué no, entonces, el que recibe el falso y malicioso chisme? Si toda esto se eliminase, ¿el mundo mejoraría un cien por ciento de la noche a la mañana! Y muchos, cuyo mayor interés consiste en persistir en las debilidades y faltas de otros, se encontrarían vacíos de ideas útiles y sin una evocación en la vida. Aquellos que hasta ahora han permitido que sus mentes sean como basureros para coleccionar toda cosa sucia pronto se descubrirían a sí mismos a estar en la posición del hombre del cual siete demonios fueron echados--barrido y aderezado.

LAS CONTRADICCIONES DE LA LENGUA

3:9-12

9 Con ella bendecimos a nuestro Señor y Padre,— El verbo "bendecimos", es de *eulougoumen*, presente activo indicativo de *eulogeo*, "hablar bien de". Claro que éste es el uso más noble y más alto de la lengua. Pero, no es de sorprenderse que la lengua es así usada con referencia a Dios. Por lo menos, se espera de los creyentes hablar bien de Dios, si es que van a hablar de él. Este uso común de la lengua por los que creen, no justifica el mal uso con referencia a los hombres, y enfatiza la inconsistencia obvia que con frecuencia caracteriza a los hombres a los cuales alude este verso. No puede ser agradable al Padre ser dirigido por palabras de alabanza por la lengua que, antes y después de la adscripción de alabanza, sea usada para pronunciar maldiciones sobre los hombres. Es una forma rara de lógica que impulsa al hombre a creer que Dios se agrada con alabanzas dirigidas a él por una lengua que regularmente calumnia a otros. El hombre es hecho a la imagen de Dios; y, el que desprecia al hombre, la obra de Dios, desprecia a Dios mismo. Juan dijo, "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de parte de él: el que ama a Dios, ame también a su hermano" (1 Juan 4:20, 21); Mateo 25:45). Es vano que uno espere ser agradable a dios, aunque dispuesto a expresar palabras de devoción, cuando la misma lengua es usada para maldecir a otros, calumniar sus nombres, y destruir sus reputaciones. La palabra "bendecimos", el significado general de la cual significa hablar bien de, es usada más específicamente en otras partes en el Nuevo Testamento por expresar gratitud (Mateo 26:26; 1 Corintios 14:16).

La frase, "Señor y Padre", (*ton kurion kai patara*), significa "El Señor quien es nuestro Padre", ambos términos refiriéndose a la misma persona. Se observará que en la frase griega el artículo aparece ante la palabra Señor solamente, y así la referencia es a Dios. Dios es señalado Padre aquí para enfatizar el hecho que el hombre está en su imagen, un hecho indicado también en la última cláusula del verso.

y con ella maldecimos a los hombres,— ("Y con ella", *kai en aute*). Las dos declaraciones--con y con ocurriendo en la porción precedente del verso--son unidas por el copulativo *kai*, y así están en condición de paralelo. La lengua es usada para decir cosas buenas de Dios, y es la misma lengua que es usada para maldecir a los hombres. "Maldecimos", (*katarometha*, presente medio indicativo de *kataaraomai*), no indica un lapso ocasional a este vicio, sino que una práctica habitual. Los tiempos en las declaraciones así puestas lado al lado son los mismos. Santiago afirma que es una característica de algunos hombres habitualmente alabar a Dios

con una lengua que también es usada *regularmente* para pronunciar maldiciones sobre otros hombres. Tales contradicciones son comunes a los hombres poseídos de corazones malos, y una tentación constante para todos, buenos o malos. El Salmista escribió de algunos que "aman la mentira", quienes "Con su boca bendicen, pero maldicen en su corazón" (Salmos 62:4). Y, Pablo amonesta a los romanos, "Benedicid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis" (Romanos 12:14).

La etimología de la palabra traducida "maldecimos", es interesante y significante. Es compuesta de *kata*, abajo, y *araomai*, maldecir. Uno que tiene la disposición para hacerlo, se considera a sí mismo ocupando una posición más alta que los otros hombres, y privilegiado para tratar así con sus compañeros. Se considera a sí mismo capacitado para ver *arriba* hacia Dios, y bendecirlo; y *abajo* a los hombres para maldecirlos. Es presuntuoso y una disposición arrogante totalmente desagradable a Dios. La palabra de Santiago, *katarometha*, de *kataraoimai*, es compuesta de la preposición *kata*, abajo, y *ara*, una oración. Por lo tanto, es una dirección a Dios en forma de oración que él traiga mal sobre los hombres. El sustantivo *ara* era originalmente usada por los griegos para designar a la diosa de la destrucción. Por lo tanto, es una maldición, ¡una petición a Dios para que destruya a los hombres hechos en su propia imagen! Eso es pecaminoso y está mal. Hemos de distinguir entre tales maldiciones dichas por los hombres contra otros hombres, y las maldiciones legítimas con frecuencia mencionadas en la Escritura. Dios maldijo a la serpiente que había tentado a Eva y que había llegado a ser instrumento del pecado y de la muerte en la familia humana (Génesis 3:14). También pronunció una maldición sobre Caín, quien había asesinado a su hermano Abel (Génesis 4:11). Dios prometió a Abrahán que él maldeciría a aquellos que lo maldijeran (Génesis 15:1-6). Estas maldiciones divinas no eran simples y solamente imprecaciones, ni palabras de malos deseos; llevaban sus efectos con ellas, y eran acompañadas por los sufrimientos que habían predicho. Hay varios casos de maldiciones dadas contra personas y naciones por los siervos de Dios (Génesis 9:25; 49:7; Deuteronomio 27:15; Josué 6:26). Estas maldiciones no se desarrollaron de sentimientos de pasión, venganza, y malicia; eran profecías de calamidades pendientes sobre el pueblo que en gran manera había desobedecido a Dios. La ley de Moisés positivamente prohibía toda maldición sin justificación; y uno que maldecía a su padre o a su madre cometía un crimen capital (Éxodo 21:17).

que están hechos a la semejanza de Dios.— El antecedente de "que" es la palabra *hombres*, a quienes algunos tenían la disposición de maldecir con una lengua que otras veces era usada para bendecir a Dios. Estos hombres así maldecidos eran hechos a la semejanza de Dios, un hecho que señala al crimen grave de hablar contra ellos. La frase es la traducción de *tous kath' omoiosin Theou gemonotas*, el tiempo perfecto--*gemonotas*, de

ginomai--denotando que el hombre *fue* hecho en, y *continua siendo* a la imagen de Dios. Esta imagen no es física sino moral y espiritual; y, aunque muy corrompido en la caída, aún es aparente en el hombre, y es eso lo que lo eleva sobre la creación animal (2 Corintios 3:18). Hay en los hombres, aun en los peores, trazas de su origen divino, y este hecho debe siempre ser guardado en la mente en nuestros tratos unos con otros. Puesto que el hombre es hecho a la semejanza de Dios (Génesis 1:27), y puesto que Dios desea la salvación de todos los hombres (1 Timoteo 2:4), es la responsabilidad de cada hijo de Dios establecer y mantener una relación hacia otros que le permitirá tener influencia sobre ellos para bien.

La imagen de Dios en el hombre siempre ha sido un campo fructífero de controversia, y estudio, y muchas preguntas permanecen sin contestar, debido al hecho de que las Escrituras tienen poco para decir sobre ello. Es vano especular *la manera, la extensión y el carácter presente* de ello. Se dice que el hombre fue hecho en la imagen de, y a la semejanza de Dios (Génesis 1:26; 5:1), y ha sido un ejercicio favorito de los teólogos buscar lo que ellos consideran las distinciones en estos dos términos. De ninguna manera hay seguridad de que hay una diferencia esencial entre *semejanza* e *imagen* en el pasaje citado arriba; y muy bien podría ser que la expresión doble es usada meramente para dar énfasis a la idea de *ser como Dios* en estos pasajes. Los que quieran perseguir el asunto a lo que sea posible de los pocos pasajes disponibles sobre ello considerarán Génesis 9:6; Salmo 8; Santiago 3:9; Efesios 4:24; Colosenses 3:10; 1 Pedro 1:15, 16; 2 Pedro 1:4. El *hecho* de tal semejanza es claramente enseñado, y hay muchas consideraciones basadas sobre ello. Lo sagrado de la vida humana viene de este hecho (Génesis 9:6), y la razón por la cual no hay que levantar la mano vengadora contra nuestros semejantes es por esta razón, así la lengua calumniadora también ha de ser refrenada de causar injuria. Pablo nos informa que “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), un pasaje que parece sugerir que la imagen del hombre, aunque aún perceptible, no es tan glorioso como lo era antes de la caída. Referencias al “nuevo hombre” (Efesios 4:24; Colosenses 3:10); “participantes de la naturaleza divina”, (2 Pedro 1:4), y afirmaciones semejantes, definitivamente indican que el hombre ha perdido mucho de lo que antes tenía en esta manera, pero lo que puede volver a ser recobrado en Cristo.

10 De una misma boca proceden bendición y maldición.— Lo absurdo de tal situación es evidente, y es aludido por la declaración y por la ilustración vez tras vez en esta sección. Es pecaminoso por muchas razones: (1) La boca fue creada para propósitos santos y no para cosas bajas y pecaminosas; (2) es muy inconsistente que la boca dé alabanza a Dios, y luego maldecir a los hombres hechos a la semejanza de Dios; (3) es contrario a la naturaleza (enfaticado en el verso 11), que la boca exprese

sentimientos tan contradictorios. Aunque lo pecaminoso de esa práctica sea aparente para toda persona razonable, el mal aludido es muy universal y las advertencias del escritor sagrado de ninguna manera son superfluas. Si los más sobresalientes entre aquellos primeros discípulos erraban con frecuencia de esta manera, y eran reprendidos por ello, haríamos bien poner la mejor atención a estas cosas para evitarlas en nuestras propias vidas. Pedro, por ejemplo, aseguró al Señor que "Aunque todos se escandalicen (causados a tropezar) de ti, yo nunca me escandalizaré (causado a tropezar)"(Mateo 26:33). Pero, sólo unas cuantas horas cortas después, este mismo apóstol "negó con juramento" que conocía a Jesús, y reforzó sus negaciones con maldiciones (Mateo 26:69-75). Juan, con frecuencia llamado el "apóstol del amor", se enojó tanto en cierta ocasión que pidió al Señor llamar fuego del cielo sobre aquella aldea samaritana que él pensaba había mostrado falta de respeto hacia ellos, pero podía escribir después, "El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1 Juan 4:8). Si los mejores de los hombres eran culpables de lapsos ocasionales en este caso, debemos siempre tener cuidado para no pecar aun peor.

Hermanos míos, esto no debe ser así.— Una conclusión sacada de las premisas anteriores. El verbo indica la llegada a una situación, en vez de una situación en sí, así significando, "Estas cosas no deben comenzar a ser". La palabra traducida "debe", significa que aparte de lo que se considera *correcto* e *incorrecto* (con lo que el escritor ya había tratado), es contrario a lo apropiado de las cosas que bendigamos a Dios y que maldigamos a los hombres con la misma boca. ¡No está en armonía con el buen sentido! La palabra traducida "debe", es de una raíz de la cual otra palabra griega, *chresis*, significando *uso*, viene. Así implicado está, la inutilidad de tales acciones, aparte de su estado pecaminoso. ¿Por qué pronunciar malas maldiciones sobre otro? No le hacen daño; no hay influencia de parte de Dios sobre otro por ello; y, es vano involucrarse en lo que no tiene sentido ni ganancia. Cuando, a esto se añade el hecho de que la acción rebota sobre la cabeza del que da las maldiciones, y lo pone bajo condenación de Dios, se ve que es tanto sin sentido como pecaminoso.

11 ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga?— La ilustración de la fuente a la cual Santiago alude aquí, sería especialmente familiar e impresionante para con sus lectores. En una tierra en donde la lluvia era poca, en donde las norias eran pocas y caras, y en donde la gente era pobre, multitudes de ellos dependían de las fuentes que brotaban de la tierra para su abastecimiento de agua. Para gente así situada, acceso a una abundante fuente de *agua buena* era una de las bendiciones más grandes. "La fuente", (*je pege*) es, literalmente, la fuente, una fuente de agua brotando de la tierra. El verbo (*bruei*), es presente activo indicativo, significando burbujear y brotar. "Una misma abertura", (*opes*) una palabra indicando una hendidura o grieta en la tierra, se traduce

cueva en Hebreos 11:38. "Dulce", (*glukus*), es de la misma raíz como nuestra palabra *glucosa*, y "amarga" es de *pikron*, cuya raíz significa cortar o punzar, indicando el efecto de la cosa designada sobre la lengua y papilas del gusto. La pregunta es retórica, y en una construcción en donde se espera una respuesta negativa. "No; ¡una fuente no echa de la misma abertura agua que es dulce y amarga!"

Muchas fuentes en Palestina son salobres y amargas; y con frecuencia el agua allí y en otras partes sobre la tierra es de tal naturaleza que no sirve para el consumo humano. Los israelitas estaban familiarizados con las aguas amargas de Mará (Ex. 15:23). Caminantes en la Tierra Santa han descubierto que la mayoría de las fuentes en el lado oriental de Judá y Benjamín casi que no sirven para el consumo; y, agua que sabe a azufre o sal se encuentra comúnmente allí. Algunas fuentes son buenas; otras, malas; pero no es característico que de la misma fuente brote agua buena y mala.

Una fuente conocida para suplir agua buena puede dependerse en ella para que siga así. Uno estaría muy sorprendido que después de tomar profundamente de un agua fría, de una refrescante fuente montañés, descubrir que, en una segunda probada, se había vuelto aquella agua salobre y amarga. La naturaleza es consistente en su dádiva de bendiciones. Dios no se burla de nosotros al hacer que el agua buena se convierta en mala, mientras que estamos bebiendo.

12 ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos?— Esto, también, está en una construcción en donde se espera una respuesta negativa. "Una higuera no puede producir aceitunas, mis hermanos, ni la vid higos". Es muy probable que Santiago, al ver fuera de su ventana mientras que, desde donde estaba sentado, escribía estas palabras, podía ver higueras, olivos y viñas, puesto que eran muy comunes en Palestina. Casi cada casa en Palestina había una viña y una higuera, y viñas de varias clases crecían sobre los cerros del alrededor (2 Reyes 18:31). Hay una ley incambiable de la naturaleza que se produce a semejanza; y, a esta ley los escritores sagrados aludieron con frecuencia. Jesús enseñó esta misma lección en principio, cuando dijo, "O haced bueno el árbol, y bueno su fruto; o haced enfermizo el árbol, y su fruto echado a perder, porque por el fruto se conoce el árbol. ¡Engendros de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro del corazón; y el hombre malo saca cosas malas del mal tesoro" (Mateo 12:33-35). En el Sermón del Monte dijo, "Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así también, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el árbol bueno dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos" (Mateo 7:16-18).

Es contrario a la naturaleza que una higuera produzca olivos o una viña higos. Si a esto la objeción se levanta que al injertar un árbol uno puede producir una variedad de fruta distinta a la de la raíz original, debe observarse que la ilustración de Santiago trata con la *naturaleza* de las cosas. Un árbol que al plantarse es una higuera, no producirá después aceitunas, ni la viña higos. Los higos y las aceitunas son deseables, pero cada uno produce según su clase. Hay una ley fija e invariable de la naturaleza en este caso. Por lo tanto, la práctica de la lengua al dar expresión a sentimientos totalmente opuestos, como bendición y maldición, es contrario a toda la naturaleza, una violación de la voluntad de aquel que la creó, y al permitirse operar sin contenerse, eventualmente resultará en la destrucción de aquel que así es culpable. Tal persona demuestra que está fuera de armonía con la ley de Dios en la naturaleza y en la revelación.

Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce.— Una fuente, cuya agua es salada, no puede dar agua dulce, buena para el consumo humano. Si esta declaración parece estar en conflicto con afirmaciones anteriores de Santiago que “bendición” y “maldición” proceden de la misma boca, es importante notar que la “bendición” que brota de tal fuente es en sí una fuente corrompida por la maldición que también brota, y así pierde su carácter de verdadera bendición. La lección es que una cosa puede producir de acuerdo a su propia naturaleza; y, si bendiciones y maldiciones parecen venir de la misma boca, hay algo malo muy serio. Ya la bendición o la maldición es defectiva; no puede, en la naturaleza del caso, ser la maldición; por lo tanto, es la bendición. La oración y la alabanza, del mismo corazón, indica que el que así está envuelto, está obrando hipócritamente; la bendición y la maldición de la misma boca revelan que la bendición es corrompida. Así como una fuente de la que brota agua salada, no da agua dulce, así la boca que maldice no puede con propiedad bendecir. Aunque se puedan intentar las dos, es la maldición lo que revela el verdadero carácter del corazón.

Por lo tanto, es de vital importancia que la lengua sea contenida, y esta lección repite Santiago en su Epístola. Las razones dadas son, (1) la lengua es un miembro pequeño, pero con la capacidad de ejercer efectos de mucho alcance (2) es el miembro más difícil del cuerpo para contener y controlar; (3) es imposible para domar, por eso hay que guardarla siempre; (4) es “un mundo de iniquidad”, por su gran potencia para el mal; (5) sin control, puede contaminar todo el cuerpo, “e inflama el curso de la existencia, . . . ella misma inflamada por el infierno”. Jesús dijo, “Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12:36, 37). “La blanda respuesta calma la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor. La lengua de los sabios adornará la sabiduría; mas la boca de los necios hablará sandeces” (Proverbios 15:1, 2).

SECCIÓN 7

3:13-18

EL SABIO Y EL ENTENDIDO

3:13, 14

13 ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?— Hemos visto que los comentarios de Santiago 3:1 y en adelante fueron dirigidos principalmente a los *maestros*, y tenía el diseño de enfatizar la gran responsabilidad que tenían al influir a otros de esta manera. De la discusión de la responsabilidad y la obra del maestro, que involucraba el uso de la lengua, el escritor sagrado extendió su trato para incluir a todos los discípulos; y Santiago 3:2-12 trata directamente con los abusos de la lengua y los malos efectos que siguen. Es, en realidad, notable la cantidad de espacio que la Epístola dedica a las *palabras* y a las *obras*. Se muestra claramente lo inútil de ser un oidor de palabras, y no un hacedor de las obras (1:19-27); luego, se revela la tan evidente inconsistencia de amar a su prójimo como a uno mismo *si* el vecino es rico, y ser negligente con otro vecino que es pobre (2:1-13); luego, se habla de lo vacío y estéril de la fe sin obras (2:14-26); y en 3:2-12, los abusos de la lengua son tratados con detalle. En toda la Epístola, el escritor aclara que la disposición de evitar los deberes prácticos de la vida cristiana, en base de la religión o fe de uno, es un indicio de maldad y pecado, y no de la manifestación del carácter cristiano. Sin tal devoción práctica, demostrada en obras, tal profesión es inútil y vana. "¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?" (Lucas 6:46)

Aquí, entonces, está el lado contrario del verso 1, "Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos un juicio más severo". Por la razón que Santiago fue movido a escribir estas palabras vea las notas allí. Pero, suponga que algún maestro diga, "Tal consejo es bueno para el que no está calificado para enseñar; no obstante, yo no lo necesito, puesto que yo soy un hombre sabio y entendido". Santiago levanta la pregunta, "¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?" La palabra "sabio" es de *sofos*, un maestro; y "entendido" es de *epistemon*, uno que es hábil. Así, la pregunta es *¿Quién, en verdad, es un maestro hábil?*

No debemos pasar por alto la consideración adicional importante que Santiago, por implicación, designa aquí las calificaciones esenciales de *todos* los maestros, incluyendo a los de nuestros días. Han de ser (a) *sabios*; (b) *entendidos* (Véase Dt. 1:13; 4:6). Ha de observarse que hay una gran diferencia entre *sabiduría* y *conocimiento*. Uno puede, en realidad, ser muy sabio, no obstante, estar sin conocimiento; por otro lado, es posible ser de

mucho conocimiento, y no ser nada sabio. Uno llega a ser de conocimiento por medio de estudio diligente; la sabiduría se obtiene sólo de Dios (Santiago 1:5). Conocimiento es tener la posesión de datos; la sabiduría es la aplicación apropiada de los mismos. Se necesita para levantar a un edificio (a) un contratista; (b) materiales para edificar. Ni uno de los dos tiene valor para el propósito a mano uno sin el otro; no obstante, el contratista (la fuente de la sabiduría) es muy superior al material que compone al edificio. De la misma manera, los sabios necesitan conocimiento para habilitarlos para usar con propiedad la sabiduría que Dios da.

Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre.— Esta es la manera en la cual la posesión de la sabiduría y el entendimiento pueden ser demostrados. Si el maestro reclama estar posesionado de un conocimiento superior por medio del cual puede instruir a otros, ¡que lo demuestre por una vida piadosa, ricamente llena de buenas obras! Ha de verse que Santiago así da dos indicios que dan evidencia de sabiduría y entendimiento: (1) “buenas obras” (2) “sabia mansedumbre”. Incidentalmente, ésta es una prueba que puede ser aplicada en todas las circunstancias, en todo tiempo, y a toda la gente, ¡incluyendo a nosotros mismos! Nuestra sabiduría es evidente, no por argumento o afirmación, sino por una vida piadosa adornada con buenas obras. Es interesante observar aquí, así como con frecuencia en otras partes del Nuevo Testamento, (Mateo 20:20-28), que el nivel y medida del mundo son muy diferentes a la inspiración. Tenemos la disposición de considerar a los hombres sabios según nos impresionan con su entendida oratoria, o chispa; Santiago aclara que no es por *palabras*, sino por *obras* que la verdadera nobleza del carácter se exhibe. Así tenemos una regla por medio de la cual se determina si somos sabios y entendidos. ¿Buscamos constantemente practicar los preceptos prácticos del cristianismo al servir a los que nos rodean? ¿Mostramos mansedumbre en nuestros tratos unos con los otros? Y, ¿evitamos un espíritu arrogante, orgulloso e implacable? Si no, entonces no estamos posesionados de la sabiduría que viene de lo alto. Mientras que estas consideraciones aplican principalmente a los maestros públicos de la palabra, son aplicables, en principio, a todos, y deberán así ser consideradas.

Aprendemos que, (1) la sabiduría puede ser *mostrada* (exhibida, revelada, manifestada) en la vida; (2) es mostrada por medio *de una vida buena* (*kales anastrophes*, una forma de caminar que es atractiva en la naturaleza); (3) ha de hacerse en *sabia mansedumbre* (sabiduría sin toda la arrogancia, orgullo y deseo del aplauso del mundo). Aquí, de nuevo, como lo hecho antes con tanta frecuencia, el escritor reprende, por implicación, la disposición de cualquier discípulo de exhibir sus logros, sean mentales, físicos o materiales. En realidad, uno puede ser manso y no sabio; no

obstante, uno que es en verdad sabio, será manso; y, en donde no hay mansedumbre hay evidencia de que no hay sabiduría. Debemos evitar la conclusión que Santiago enseña que si uno es sabio, *ha* de demostrar sus buenas obras, como si fuese posible ser sabio, y estar sin fruto en la vida; lo que está enseñando es que en donde hay sabiduría *habrá* buenas obras, puesto que éstas son el fruto inevitable de la anterior. En donde no hay obras, no hay sabiduría. ¿Es uno sabio? Él lo demostrará por las obras que seguirán. ¿No hay obras que siguen? Entonces, no hay sabiduría.

La “sabia mansedumbre”, que los que en verdad son sabios exhibirán, es una reflexión de la sabiduría que caracterizó a nuestro Señor, que es “manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29); y que desea ver demostrada en las vidas de todos Sus seguidores. De hecho, un espíritu arrogante y orgulloso es alejado más, en espíritu, de nuestro Señor, que cualquiera otra disposición. En esto, así como en otros asuntos semejantes, Cristo es nuestro ejemplo y nuestro patrón (1 Pedro 2:21); y, en cuanto sea humanamente posible, debemos imitar la mansedumbre que Él siempre mostró en Sus relaciones con Su Padre y con los hombres.

14 Pero si tenéis celos amargos y rivalidad en vuestro corazón,— Gramaticalmente, ésta es una condición de primera clase, y por lo tanto, se asume ser verdad. Esto, en realidad, era característico de algunos de los lectores de Santiago, como lo es, ocasionalmente verdad de algunos de los seguidores del Señor hoy. “Celos amargos” (*zelon pikron*) traduce a dos palabras de importancia. Celos es de *zelos*, una palabra usada en el Nuevo Testamento en ambos sentidos, bueno y malo (Juan 2:17; Hechos 5:17). Cuando se usa en buen sentido, denota, el deseo que uno siente de imitar a otro cuyos acontecimientos son de una orden noble; y, cuando en sentido malo, la envidia y celos que uno siente al contemplar las posesiones de otro, así como sus hazañas. Las dos ideas están relacionadas íntimamente; y con frecuencia hay poca diferencia entre una ambición legítima de ser como otra persona, y envidiar sobre los logros de otro, que uno no tiene pero que quisiera en gran manera tenerlos. Esta disposición es descrita como “amargos” (*pikron*), en que deja al corazón con una sensación desagradable, así como cuando en la boca sentimos una sustancia amarga. El escritor de Hebreos advierte contra el hecho de permitir que se levante “alguna raíz de amargura” (Hebreos 12:15); y Pablo instruyó a los efesios, “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia...” (Efesios 4:31).

“Rivalidad” (*eritheian*) es de la palabra griega *erithos*, un asalariado, que a su vez, es derivada de la palabra *eritheuo*, hilar lana. Esta palabra da una ilustración excelente e interesante de la forma en la cual el uso causa que un término lleve una variedad de significados relacionados a través de los años. Ha llegado a significar (1) uno que hila lana; (2) uno que es ocupado para hilar lana; (3) un asalariado; (4) una persona egoísta

interesada sólo en el salario; (5) un partidario que sólo se interesa en sus propios asuntos; (6) uno que usa de medidas malas para lograr sus propios deseos. La palabra en el texto (*eritheian*) denota el estado o condición en el corazón en donde tal disposición existe. Describe el espíritu partidario, o de egoísmo que existe en el corazón en donde tales deseos motivan al poseedor. Es una condición producida por un celo impropio que tiene la meta de obtener lo que otros tienen. Los celos y la envidia llevan a la rivalidad. Nadie es totalmente exento de los peligros de los cuales Santiago escribe, y debemos todos tener mucho cuidado de guardar nuestro corazón libre de tales disposiciones incorrectas. Esta condición caracterizaba algunos a quienes Santiago dirige su Epístola. Lo que él condena no era una forma abierta de celos, sino que una que vivía en el corazón (*en tei kardiai humon*), cuyo carácter básico es el *egoísmo*. Todas las rivalidades, todo partidismo, y toda envidia vienen del egoísmo, un deseo de avanzarse uno mismo y de ir delante de los demás. No debemos de pasar por alto el hecho de que estas palabras fueron escritas principalmente con los maestros en mente, cuyas actividades dan una ocasión frecuente para las tentaciones contra las cuales él advierte. Los maestros, los predicadores, los escritores y los editores están todos en una posición en donde la humildad es con frecuencia difícil y en donde la ambición egoísta es una tentación constante. Hay una arrogancia de conocimiento que es tan real e incorrecta como el orgullo de la posesión mundana; y ambas disposiciones deben ser rígidamente expulsadas y evitadas por todos los que quieren agradar al Señor. Pero, sean maestros o no, debemos todos tener cuidado por si algún celo inapropiado, que tiene como su meta ambición egoísta, nos lleva a tener el sentimiento hacia otros, dentro y fuera de la iglesia, que es egoísta y pecaminoso. No hay lugar en el cuerpo de Cristo para aquellos que son motivados por un deseo de ser líderes de un partido, o de obtener para sí mismos, y por razones egoístas, un lugar de prominencia en la iglesia de nuestro Señor. Pablo, en 1 Corintios 1:12, 13, demuestra el hecho que el espíritu partidista es una exhibición de *carnalidad*; y así cae en la clase de pecados como la fornicación, el adulterio, la borrachera, y otros pecados semejantes. Es difícil concebir de un pecado más grave que de aquel que resulta en esfuerzos deliberados de un hombre o un grupo de hombres quienes, por causa de ambición egoísta y por ganancia personal, causan división entre el pueblo de Dios. Sería mejor ser el soldado romano que metió la lanza en el costado del cuerpo carnal de Cristo en la cruz, que ser el que clava la espada de división en el cuerpo espiritual--la iglesia (Efesios 1:19-23). El celo y la rivalidad son obras de la carne (Gálatas 5:20); y los que se involucran en tales cosas "no pueden heredar el reino de Dios". Los que, a pesar de las advertencias de las Sagradas Escrituras, persisten en tal curso tienen la seguridad del infierno como si ya estuvieran allí.

no os jactéis, ni mintáis contra la verdad;— “No os jactéis”, *me katakauchasthe*, presente medio imperativo de *katakauchaomai*, significa
130

regocijarse sobremanera. Evidencia adicional de lo incisivo de las palabras que el Espíritu Santo selecciona es vista por el hecho que la frase "no os jactéis", indica no sólo el mero hecho de gloriarse, sino el regocijarse sobremanera sobre otra persona, por la posesión de ventajas, reales o imaginadas. El maestro, predicador, anciano, diácono, instructor de Biblia en alguna escuela, editor, escritor o quienquiera que sea que se gloria (regocijarse sobremanera) con el pensamiento que es superior al algún otro por causa de sus logros en esto, o cualquier otro campo, cae bajo la condenación de este pasaje. El presente medio imperativo significa, "Dejan de gloriarse y mintiendo contra la verdad . . .", mostrando así el hecho de que algunos entre sus lectores eran culpables de orgullo y ambición egoísta resultando de sus acontecimientos. La etimología de la palabra traducida "jactéis" en nuestro texto es interesante y de mucho significado. Es compuesta de *kata*, contra, y, *kauchaomai*, jactarse. De esa manera, realmente significa jactarse de sus asuntos para el daño de otro. Debe ser considerado aquí a la luz del uso de la palabra "facción" en cláusulas precedentes. Uno con el espíritu de facción (división) mantiene el deseo de obtener una meta sin la consideración de, y con frecuencia en violación de toda la ética honorable. Con mucha frecuencia una persona se empuje hacia *arriba* al tirar a otro en dirección contraria--*hacia abajo*; y es esta disposición que Santiago tan estrictamente condena aquí y a través de la Epístola.

Los que mantienen amargura y partidismo en sus corazones, y que se glorían sobre otros, también tienen la disposición de "mentir contra la verdad". La frase "mintáis contra la verdad", (*pseudesthe kata tes aletheias*), significa ser falso a la verdad. Obviamente, el que viola la verdad, en cuanto a la envidia, celos, y facción, no es verdadero a ella, aunque pretenda ser muy devoto a ella en otras áreas. Uno que reclama enseñar la verdad debe con seguridad practicarla, de otra manera, sus esfuerzos son como bronce que resuena y címbalo que retiñe. Uno que se gloria con su lengua porque tiene un genuino conocimiento superior, mientras que tiene celos y envidia en su corazón, ha de ser culpable de falsedad y manifiesta ser contrario a la verdad que los tales dicen creer. Los tales llegan a ser infieles a la mera causa que ellos profesan servir. Defender a un partidismo en la iglesia nunca está bien; y en donde existe tal condición, los responsables están realmente viviendo una mentira, puesto que se oponen a la verdad que pretenden creer y defender.

LA SABIDURIA DE ABAJO

3:15, 16

15 porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto,— "Esta sabiduría", (*jaute je sofia*), es la sabiduría poseída por aquellos que tienen

en sus corazones amargura, celos, envidia y partidismo, que se glorían sobre otros, y quienes mienten contra la verdad que pretenden predicar y enseñar. "Esta" sabiduría no descende de lo alto (*katerchomene anothen*), como es la que se promete en Santiago 1:5, 17, en donde la palabra es la misma. Esta sabiduría, en contraste con la verdadera sabiduría prometida en estos pasajes, *no sigue viniendo hacia abajo*, así implicando que la sabiduría genuina, que es de Dios, sí lo hace. Puesto que no viene de Dios, es, como lo declara el resto del verso, de un origen bajo el cielo y así pecaminosa en su naturaleza. Habiendo visto que exhibe una mala disposición en los hombres, esencialmente viene del diablo. Puesto que los "maestros" (3:1), a quienes Santiago tan severamente reprocha en esta sección mostraban la "sabiduría" que involucraba amargura, envidia, y cosas semejantes, su sabiduría no era de arriba, no de Dios, y por lo tanto, de los hombres, esencialmente de Satanás. En realidad, era una sabiduría espuria, que impulsó a sus poseedores a tener sentimientos, y de ser llevados por motivos, totalmente ajenos a la "sabiduría que viene de lo alto". Una sabiduría que crea facciones y partidismo en la iglesia no puede venir de Dios quien "no es Dios de confusión, sino de paz" (1 Corintios 14:33). Reclamar estar en posesión de una sabiduría superior, cuyos frutos son alejamiento, división, y rompimiento del cuerpo de Cristo, es demostrar que la supuesta sabiduría que tienen no es la sabiduría celestial, no es de arriba; de esa manera, no de Dios.

sino terrenal, natural, diabólica.— Éste es el verdadero carácter de tal sabiduría. Es "terrenal", (*epiggeios*, de la tierra), porque tiene su origen allí, y no en el cielo; es "sensual", (*psuchike*, perteneciendo a los sensual o vida animal), porque incorpora motivos de origen bajos; y es "diabólica", (*daimoniodes*, como demonio), porque participa de la naturaleza y carácter de los demonios, y no de Dios.

La palabra "terrenal", al ser puesta en contraste con lo que es "celestial", como aquí, designa lo que es mundano (Filipenses 3:19), y que, por lo tanto, debe ser evitado (Cf. Col. 3:1, 2). Ni ello, ni las cosas características de ello, han de amarse (1 Juan 2:15), y ser amistoso con ello (Santiago 4:4). De todas éstas, los cristianos deben separarse (2 Cor. 6:16, 17), y de limpiarse a sí mismo de la contaminación que resulta del contacto con las tales (2 Corintios 7:1). La "sabiduría" que Santiago condena es de la tierra, porque pone afecto en las cosas de la tierra y sólo en ellas se encuentra satisfacción. Las motivaciones que las impulsan a la acción son de abajo, y no se detienen para usar las razones más bajas aun en asuntos de naturaleza espiritual. Es por esta razón que no se detienen de afectar el mayor daño en el cuerpo de Cristo, con frecuencia bajo la pretensión de gran lealtad a él.

La "sabiduría" que Santiago condena es también "sensual" (*psuchike*, de *psuche*, el alma). El hombre es un ser *trino*. Tiene (1) un cuerpo; (2) un

alma; (3) un espíritu. Con frecuencia, la palabra *alma* es usada para designar el *espíritu*; pero, cuando uno se distingue del otro, el espíritu (*pneuma*) es la naturaleza inmortal, (aquello que es infundido directamente en nosotros de Dios el Padre); y, el alma (*psuche*) es la vida animal (Salmo 78:50). Puesto que la palabra *alma* es usada así, el adjetivo *psuchike* es literalmente, *perteneciente al alma, natural, o animal*. De esa manera, la palabra (como un adjetivo) describe la condición del hombre cuando es gobernado por los impulsos más bajos de su naturaleza, y no por su espíritu, su ser superior. Pablo usa el mismo término para designar al “hombre natural”, (el hombre que es dominado por la disposición carnal—según una definición de alma), en contraste con el “el hombre espiritual”, (el hombre bajo la influencia de su mejor naturaleza, o la más alta), en 1 Corintios 2:14, y para indicar la diferencia entre los cuerpos naturales y espirituales en 1 Corintios 15:44, 46. En un notable pasaje, (Judas 19), el hermano en la carne de nuestro Señor escribe de “los que causan divisiones; los mundanos, que no tienen el Espíritu”. Era el diseño de Santiago aquí mostrarnos que la sabiduría que no es arriba es, en consecuencia de abajo, que influye la naturaleza más baja del hombre, y por lo tanto no se origina con Dios.

Esta “sabiduría” es también “diabólica”, (*daimoniodes*, como los demonios), en carácter. Para una discusión del tema de *demonios*, vea los comentarios en Santiago 2:19. Es diabólico porque impulsa a los que la tienen actuar como demonios, siendo llenos de malicia, ambición, egoísmo, malignidad y orgullo. Hay una doctrina de demonios (1 Timoteo 4:1 y siguientes), y los que siguen su patrón son como los demonios (diabólica). Hay sólo un diablo; hay muchos demonios. La palabra para “diablo” es *diabolos* (un calumniador); y, cuando es usada para referirse a Satán siempre está en el singular; mientras, la palabra para demonios está, en el griego, generalmente en el plural. La “sabiduría” que Santiago condena es de *abajo*, y no de *arriba*; y es mundana, sensual y demoníaca. Su esfera de actividad está en la naturaleza animal, y sus motivaciones son del tipo más bajo. Busca para la gratificación de la carne, y su característica principal es el orgullo. Acude a cualquier cosa para lograr sus fines deseados, aun a causar división entre la gente del Señor. Puede capacitar al hombre para ser astuto, artificioso, mañoso y para atraer atención de otra gente sabia en lo mundano, pero es totalmente ajeno a ese espíritu que motivó al humilde Nazareno, y que Él desea ver en sus seguidores hoy. Puede guiar a uno *hacia abajo* sólo a la fuente de la cual viene, y nunca *hacia* Dios, que es *hacia arriba*.

El orden de las palabras, “terrenal, sensual, diabólico”, es significativo. En cada una hay un progreso hacia el pecado, un avance a una culpa más profunda y así a una condenación mayor. (1) Los que son terrenales, son de la tierra; (2) los que son sensuales, tienen la influencia de los deseos más

bajos de la carne; (3) los que son diabólicos, son de la naturaleza de los demonios. Este orden designa el curso de cada persona que sigue la dirección y por fin se rinde a Satanás. Primero mundano en disposición, luego fácilmente cede a los deseos de su naturaleza más baja, y finalmente participa de la naturaleza del mal en la cual encuentra su mayor placer.

16 Porque donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa.— "Porque", (*gar*, para introducir la razón), indica porque la "sabiduría" que no es de arriba es terrenal, sensual y diabólica. Su existencia siempre está marcada por "celos", y "rivalidad"; éstos son sus asociados invariables. Para el significado de estas palabras, véase los comentarios en el verso 14, arriba. En donde dominan el celo y la rivalidad, "allí hay perturbación y toda obra perversa". Tal es el fruto amargo del celo y la rivalidad. "Perturbación", (*akatastasika*) es traducida de la palabra sustantivada que ocurre, como un adjetivo, en Santiago 1:8, y 3:8. Designa un estado de desorden y perturbación y conflicto mental que lleva a la confusión y al tumulto en la iglesia. Es claro que tal situación no desarrolla del ejercicio de la verdadera sabiduría, sino que resulta de una "sabiduría" que es "terrenal, sensual y diabólica". Porque Dios "no es Dios de confusión, sino de paz" (1 Corintios 14:33), una "sabiduría" que produce tal estado, no puede ser de él. Además, de tal situación, "toda obra perversa" procede. La palabra "perversa", (*faulon*) denota lo que es de colores chillones y ordinario, originalmente lo que no tiene valor. Con el tiempo llegó a significar algo barato en un mal sentido; y así, cualquier cosa mala; y "obra", es de *pragma*, algo hecho o logrado (cf. Thayer), por lo tanto, una cosa, un asunto, un caso. Donde celos, envidia y un espíritu de rivalidad existen; hay desorden, división y rompimiento de todo lo que sea bueno y correcto. Bajo tales circunstancias, los que así son poseionados pierden todo sentido de valores propios, y acuden a lo que sea necesario para alcanzar sus diseños facciosos. El cuadro del cuerpo de nuestro Señor, dividido y sangrando de las heridas de sus "amigos" ante un mundo burlador, no los conmueve; deben salir con la suya sea lo que sea el precio involucrado. No hay que maravillarse de lo que dice Santiago que "donde hay celos y rivalidad, allí hay perturbación y toda obra perversa".

Un árbol se conoce por su fruto. Lo que resulta en división y desorden no puede originarse con Él quien desea que todo su pueblo sea uno, y que laboró y oró para ese fin (Juan 17:1 y sq.). La "sabiduría" que Santiago condena, lejos de animar la paz, la unidad y la comunión, fomenta la guerra, la división y el alejamiento. Uno puede ser poseionado de una lengua aguda, una mente astuta, y una chispa siempre lista; sus acontecimientos y talentos pueden conseguirle mucho aplauso del mundo; pero, si sus esfuerzos causan problemas entre los hermanos, los divide, y los hace enemigos, su "sabiduría" no es de arriba, sino es "terrenal, sensual, diabólica". Tal persona no sirve a Dios, sino a Satanás, y es un

enemigo a la causa de la verdad. Lo más pronto que tal persona sea reconocida, marcada como tal y evitada (Romanos 16:17, 18), lo mejor va a ser para la causa de Cristo. Los que así son motivados, Pablo hablando de ellos dijo, "Porque tales personas son esclavas, no de nuestro Señor Jesucristo, sino de sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos" (Romanos 16:18). "Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo, sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca, habiéndose condenado a sí mismo" (Tito 3:10, 11).

LA SABIDURÍA DE ARRIBA

3:17, 18

17 Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura,— La sabiduría que es de lo alto es, por Santiago, puesta en contraste con aquella "sabiduría" descrita por él anteriormente como "terrenal, sensual, diabólica" (verso 15), que produce celos y rivalidad y resulta en perturbación y toda obra perversa (verso 16). Esta sabiduría a la cual Santiago ahora ha de dar atención especial es "de arriba", porque se origina con Dios y no con los hombres; y, siendo de arriba es celestial en carácter y no terrenal. Puesto que viene de arriba, es el don de Dios (cf. "el Dios dadivoso", griego de Santiago 1:5), y debe ser buscado de él. Viene de él "en el cual no hay fases ni períodos de sombra" (1:17). Salomón dijo, "Hijo mío, si recibes mis palabras, y guardas mis mandamientos dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinas tu corazón a la prudencia, si clamas a la inteligencia, y a la prudencia das voces; si como a la plata la buscas, y la rebuscas como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios. *Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca nacen el conocimiento y la inteligencia*" (Proverbios 2:1-6).

Esta sabiduría es "primeramente pura, *después* pacífica . . ." Esto se explica a veces para significar que la paz no puede existir hasta que la pureza se ha alcanzado; y así como es aplicada a la iglesia, es nuestra obligación primero obtener la pureza en doctrina y enseñanza, en la ausencia de la cual no puede haber paz entre los hermanos. En base de esto, disturbios en la iglesia, se justifican con la pretensión de alcanzar la pureza. Hay dos errores básicos involucrados en tal razonamiento: (1) La enseñanza de Santiago aquí se aplica a la paz *en el corazón* de la persona, y fue diseñada para enfatizar el hecho que la paz no puede allí reinar hasta que la pureza controle el corazón; por lo tanto, es una exégesis incorrecta aplicarla a la iglesia; (2) la pureza es primeramente por razones lógicas en vez de cronológicas; pues si fuéramos las únicas personas sobre la tierra, y no habría nadie más con quien ser gentiles, nadie que venga a nosotros para

pedir un favor, nadie que necesite misericordia, la sabiduría de arriba *¡aún sería pura!* La palabra "pura", (*jagnos*, de *jagios*) denota lo que no está contaminado, sin falta, completamente bueno. Es una clase de bondad que se encoge de cualquier contaminación posible. Es un estado tal de mente sin el cual nadie puede ver a Dios (Mateo 5:8).

Claro que la pureza de doctrina y práctica de parte de la iglesia es absolutamente esencial y debe ser buscada por todos los que aman al Señor. Debemos siempre contender sinceramente por la fe una vez dada a los santos (Judas 3). Una fe pura y una práctica sin faltas pueden ser gozadas sólo por una vigilancia constante contra cualquier sugerencia y semejanza de error. No obstante, no debemos caer en el error de asumir que porque otros se aferran al error, nosotros no podemos gozar de la paz en Cristo. Una supuesta defensa de la verdad, al costo de un corazón sincero y una disposición pacífica, es ilógica e irracional. ¡Es absurdo hacer el intento de hacer el bien al hacer el mal! Hombres se han hecho homicidas bajo la pretensión de estar haciendo la voluntad de Dios (Mateo 10:17, 21; 24:9, 10). La sabiduría que es de lo alto es pura, libre de toda contaminación.

después pacífica,— (*epeita eirenike*). La sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, "después pacífica", que ama la paz, exhibiendo esa disposición en la persona que produce y mantiene la paz (Hebreos 12:11). Es pacífica porque su característica básica es la pureza. Es imposible que un espíritu faccioso, y una disposición facciosa broten de un corazón puro. Es significativo que Santiago, quien con mucha frecuencia refleja en sus escritos las enseñanzas de nuestro Señor en el Sermón del Monte, sigue el mismo orden designado en las Bienaventuranzas. Aquí, como allá, la pureza precede a la paz: (1) "Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5:8). (2) "Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mateo 5:9). Porque la sabiduría que viene de arriba es "pacífica", no sólo impone paz en los corazones de sus poseedores, también se muestra en las ocupaciones pacíficas de la vida. No hay bendición pronunciada sobre aquellos que causan disensión, y cuyas actividades producen contienda; Dios, quien es el "Señor de Paz" (2 Tesalonicenses 3:16), da paz sólo a los pacificadores. Los hombres añoran la paz; paz en el corazón, paz en la vida, paz "en nuestro tiempo". La antigua bendición era un pronunciamiento de paz: "Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz" (Números 6:24-26). La palabra hebrea del saludo es hasta este día, *¡Shalom!* que significa *paz*. Cuando el escritor de estas notas estaba en Israel algunos meses atrás, oyó esta salutación expresada repetidas veces. Cuándo la gente allí se introduce a uno, dicen, *¡Shalom!* Cuándo se despiden, repiten la salutación. Es una expresión de un deseo de paz para

con los amigos. Jesús prometió a sus discípulos paz: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da" (Juan 14:27). Pablo escribió, "Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos" (Colosenses 3:15). El griego para la palabra "g gobierne", en este pasaje significa "arbitrar". En donde la paz es el árbitro, la serenidad de vida prevalecen y reina el contentamiento. Ésta es la clase de paz que la "sabiduría" que es "de arriba" produce en el corazón.

Condescendiente, benigna,— Estas son la tercera y cuarta características de la "sabiduría que desciende de lo alto". "Condescendiente", (*epiekes*, de *eikos*, lo que es razonable, justo en el trato), denota una actitud de indulgencia, la exhibición de una disposición que no *demand*a sus derechos, sino dispuesta, si necesario, a sufrir el mal por causa del bien. La palabra aparece en Filipenses 4:5 y 1 Timoteo 3:3. Debemos siempre ser justos y razonables en nuestros tratos unos con los otros. Es muy absurdo para uno que tiene la fantasía que toda la verdad está de su lado estar indispuesto para considerar los puntos de vista de aquellos que se le oponen. Uno puede tener lástima por un contrario que mantiene opiniones inconsistentes y contradictorias, pero no debe despreciarlo por ello. Sentimos la preocupación más sincera para un amigo afligido con una enfermedad seria, y deberíamos hacer lo mismo concerniente a uno cuya salud mental y espiritual está deteriorada. Algunos se retiran de la dulzura en base que es debilidad bajo otro nombre; pero, la verdad es, que una disposición suave resulta de fortaleza, y se mantiene por ella. Uno seguro de su posición no siente la necesidad en defenderla con pasión; la tiene por premisas traídas por razón de la revelación y alcanzadas con calma y sobriedad. Algunos asumen que son *fuertes* en argumento sólo si son *violentos* en argumento. Algunos piensan reponer con trueno lo que les falta de relámpago; pero, ¡hay que recordar que es el relámpago el que mata! El que ha establecido una convicción sincera de la verdad en su corazón, tiene una fe genuina en el triunfo final del bien, tendrá desdén para tales esfuerzos, y estará contento en hablar la verdad en amor. La suavidad no es una característica natural; los hombres no nacen con dulzura. Resulta de la sabiduría; la sabiduría es un don de Dios (Santiago 1:5); por lo tanto, la suavidad es un don de Dios. (NOTAS DEL TRADUCTOR--Ideas afines de la suavidad: mansedumbre, suavidad de carácter, conducta caballerosa, urbanidad, nobleza.)

Esta sabiduría también es "benigna", (*eupeithes*, de *eu*, fácil, y *peithomai*, persuadir; por lo tanto, persuasible, dispuesto a considerar). Ésta es una palabra que no aparece en ninguna otra parte de la Escritura. Uno que es persuasible está abierto para el razonamiento, siempre listo para oír a otros en lo que tienen que decir, y dispuesto ceder a lo que es correcto. No ha de interpretarse que uno es susceptible a cualquier impulso vago, o

llevado por doquier por todo viento de doctrina (Efesios 4:14); no hay debilidad o deficiencia de valor inherente en la palabra. Uno con esa influencia escuchará con cuidado a lo que otros tienen que decir y, si parece que el curso que ha adoptado es erróneo, no se detendrá en abandonarlo, y aceptará lo que está correcto. Tal persona no va a persistir en un curso que está mal, simplemente porque es el original que lanzó; libremente cederá a argumento convincente y a lógica sana. Esta disposición se exhibirá tanto interna como en forma externa. Uno que es "benigno", utilizará la misma paciencia suave y persuasiva hacia otros.

llena de misericordia y de buenos frutos,— Las siguientes características de "la sabiduría que es de lo alto", son actitudes y disposiciones del corazón; aquí, el escritor va a una área de *conducta* de parte del cristiano, y designa lo práctico, lo externo, los aspectos visibles de esta sabiduría. El alma suave, pura y persuasiva también es "llena de misericordia", y de "buenos frutos", --es activa en la ejecución de aquellas obras descritas anteriormente como "religión pura e incontaminada delante de nuestro Dios y Padre" (Santiago 1:27). "Misericordia", aquí (*elious*) es compasión, la disposición para tener el deseo de ayudar a los afligidos; y, los "buenos frutos", (*karpon agathon*) resulta de una actitud del corazón. Un hombre con una disposición así es como un árbol siempre en flor, y siempre dando de sus benditos frutos sobre aquellos que lo rodean. En realidad, ésta es la prueba del estado del corazón; uno no siempre puede saber la condición del corazón, pero uno fácilmente puede determinar el carácter del árbol por la naturaleza del fruto. Así como Santiago 1:27 da un ejemplo de la manera en la cual la misericordia se muestra a sí misma, así Santiago 2:15 indica la situación en que esto falta. Debe recordarse que toda esta sección de la Epístola es dirigida por Santiago principalmente a *maestros* que se espera de ellos mostrar en sus vidas los principios allí bosquejados. Si ésta debe de ser la característica de los que enseñan y predicán su palabra, con cuan gran severidad debe el Señor considerar a aquellos que no tan sólo no hacen esas cosas ellos mismos, ¡sino que se esfuerzan en desanimar a otros en cumplir con ellas!

sin incertidumbre,— "Incertidumbre", (*adiakritos*, de *a*, no, y *diakrino*, distinguir), significa detenerse, dudar; y tiene en la lectura marginal, "duda o parcialidad". Así, uno sin variación, no duda, no es desviado por opiniones divididas, y es estable en sus conceptos concernientes a la religión. Su actitud es exactamente contraria a la del hombre de "doble ánimo" mencionado en Santiago 1:8. Compare también, Santiago 1:6, y 2:4, en donde la forma del verbo de la misma palabra aparece.

La sabiduría que es de lo alto capacita a uno para ser firme en sus puntos de vista, y de tener una confianza completa en Dios y en su palabra. Es bueno que tengamos una mente abierta concerniente a todos los asuntos

que no hemos explorado cabalmente, y estar dispuestos a traer nuestros conceptos en armonía con cualquier verdad nueva que podamos adquirir; pero, debemos reconocer que las cosas fundamentales de nuestra fe, que no son ni oscuras ni difíciles, son fácilmente entendidas, y de éstas jamás hay que dejar, ni permitir que alguien nos las quite. El discípulo fiel del Señor tiene convicciones confirmadas; estas convicciones están fundadas en una fe robusta en la palabra de Dios; y dudar de ellas es dudar de la palabra, y esencialmente, del mismo Señor. Una incierta disposición cambiante ni es conducente al crecimiento cristiano, ni para el servicio útil en la viña del Señor; y no se origina en la sabiduría celestial. Debemos todos adquirir y mantener principios por medio de los cuales guiar a nuestras vidas y éstas se pueden obtener sólo de Dios. Los que así son dirigidos siguen un compás que no es desviado por el aplauso mundano ni intereses egoístas, ni por conceptos del momento anunciados por predicadores favoritos. Ellos reconocen que la verdad no cambia, y que el Nuevo Testamento lee exactamente lo mismo como lo fue hace un cuarto de siglo atrás. Son consistentes en la actitud hacia los principios de la verdadera religión porque los obtuvieron en la fuente básica.

ni hipocresía.— (*Anupokritos*, de *a*, no y *juporino*, hipocresía). La palabra *jypokrites* (un hipócrita) originalmente significaba un actor de obra, i.e., uno que juega un papel, y así no muestra su verdadera situación. Por lo tanto, un hipócrita es uno que practica decepción, uno que parece ser otra cosa de lo que en verdad es. La sabiduría que es de lo alto no impulsa a uno a *usar una máscara*, sino a aparecer en su propio personaje verdadero—un personaje basado sobre los principios del verdadero cristianismo. La hipocresía era muy común entre los judíos; y las denunciacines más severas de nuestro Señor fueron dirigidas contra ellos a causa del pecado (Mateo 23:1 sq.). Los que son sin hipocresía, son sinceros, abiertos en sus tratos, y sin pretensión. La hipocresía es deshonestidad; engaña y extravía a otros con fines egoístas, y debe, por lo tanto, ser evitada estrictamente por todos los que desean agradar al Señor. Es posible ser hipócrita no sólo en acción sino que también en actitud. Piedad fingida, y una santidad pretendida, es tan aborrecible ante la vista de Dios como las acciones engañosas. Ninguna de las dos tienen lugar en las vidas de los cristianos.

18 Y el fruto de justicia se siembra en paz,— "Y" (*de*, además), indica algo para ser considerado además de los productos de la "sabiduría que viene de lo alto". Es una referencia a los "buenos frutos", que resultan de tal sabiduría, y aquí son recapitulados en "el fruto de justicia", (*karpos* . . . *dikaiousunes*, fruto brotando de la justicia). "Justicia" es hacer el bien, (Salmo 119:172; Hechos 10:34, 35; vea también los comentarios sobre Santiago 1:20). Así, el "fruto de justicia" es el bien que la justicia impulsa a su poseedor hacer. No es correcto decir que "el fruto de justicia", es la justicia misma. "De justicia", es genitivo de origen, lo que viene de la

justicia, en este caso, fruto producido por la justicia. Todo el bien que hacemos viene de la justicia, que en torno, sale de la justicia que es de lo alto. Todo lo que es malo viene de aquella “sabiduría” que es de abajo, y que es terrenal, sensual, diabólica. Isaías dijo, “Y el resultado de la justicia será la paz; y el producto de la rectitud, tranquilidad y seguridad para siempre” (Isaías 32:17). Así, el fruto es lo que sale del árbol--justicia. Para expresiones comparables, vea “frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3:8), y “el fruto de la luz” (Efesios 5:9), donde, en el caso anterior el fruto ha de ser distinguido del arrepentimiento, y en el último de la luz. El significado es que los benditos resultados de la justicia nunca pueden prosperar excepto en una atmósfera de paz.

El “fruto de justicia” se “siembra en paz”, (*en eirenei speiretai*, sembrado en la esfera de paz). La paz es su habitación correcta y propia; es el área en donde la justicia crece y florece, y donde su fruto--buenas obras--abunda. La justicia es la simiente de donde otro fruto brota. Es la responsabilidad de todos--particularmente maestros y predicadores--cultivar paz por la siembra de buenas obras que son las expresiones de la justicia. El fruto de la justicia es una vida santa. Esta se siembra en paz, no en contienda, conflicto y guerra. La paz conduce al esparcimiento de la verdad, y contribuye a ello; mientras que, la contienda, división, facción y partidismo lo detiene y lo refrena. Aquí, una vez más, observamos la conexión íntima entre la Epístola de Santiago, y el Sermón del Monte:

“Bienaventurados los pacificadores:
Porque ellos serán llamados
hijos de Dios”

(Mateo 5:9)

“*El fruto de justicia se siembra en
paz Para aquellos que hacen la
paz*”

(Santiago 3:18)

Los pacificadores están íntimamente relacionados con Dios; son reconocidos por él como “hijos”; y la cosecha de lo que se siembra en paz es el “fruto de justicia”. David dijo, “La luz está implantada dentro del justo, y la alegría en los rectos de corazón” (Salmos 97:11).

para aquellos que hacen la paz.— (*Tois poiou sin eirenen*, por los que hacen paz). Vea Efesios 2:15, en donde una frase semejante aparece. La paz era, por los escritores antiguos, considerada como una de las formas más deseables de bendición; y, los que tenían esta gracia serían los que sembraban la simiente de ella, y después cosechaban “el fruto de justicia”. De hecho, que la paz es un fruto de justicia; y ella, en torno, llega a ser la esfera en que la justicia y todo lo que salen de ello crece y florece. A esto lleva la verdadera sabiduría, y en ella encuentra los acontecimientos más nobles. Cristo es nuestra paz (Efesios 2:14), y por medio de él somos reconciliados con Dios. La paz que Él da es disponible por medio de la

justicia--el guardar sus mandamientos. En Él tenemos paz; paz con nosotros mismos, paz uno con el otro, paz con Dios. "La misericordia y la verdad se juntaron; la justicia y la paz se besaron". Si la frase debe ser, "para aquellos que hacen paz", o "por los que hacen paz", (la pregunta no se puede definir definitivamente), es evidente que lo que aquí se enseña es que los pacificadores son los que siembran la simiente cuyo fruto es la justicia. Es una acción que encuentra su origen en, se desarrolla por y termina en un estado de paz.

SECCIÓN 8

4:1-10

CAUSA DE LOS CONFLICTOS

4:1

1 ¿De dónde vienen las guerras— Después de su discusión sobre la paz en los últimos versículos del tercer capítulo, el escritor pasa, por medio de una fácil transición, a la *guerra* y *conflicto* en esta porción de la Epístola. En la sección anterior hay un contraste agudo marcado entre las dos clases de sabiduría, cada una de las cuales es trazada a su fuente, y sus características designadas. Aquí, él señala a sus lectores a las consecuencias desastrosas involucradas al seguir los dictados de esa "sabiduría" que no es de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Parece muy seguro de que el escritor sagrado tiene bajo consideración los pleitos, la disensión, y la guerra en la iglesia, y *en* y *entre* personas, y que las palabras, "guerras", y "pleitos", han de ser construidas figurativamente, aunque su análisis de las verdaderas causas de la guerra son aplicables a cualquier clase de pelea, sea figurativa o literal, dentro de la persona o entre personas, o naciones. Sus palabras eran especialmente aplicables a la situación que prevalecía en el día en el cual vivió. Habían muchas contiendas amargas en el mundo del primer siglo; y, los judíos en particular, estaban divididos en numerosos campos guerrilleros, tales como los fariseos, saduceos, herodianos, esenios, zelotes, y otros parecidos, cada uno peleando contra los demás con gran industria y esfuerzo. Y, hay amplia evidencia en el Nuevo Testamento de que los convertidos al cristianismo que vinieron del judaísmo con frecuencia trajeron con ellos su espíritu contencioso e imponían sus conceptos sobre sus hermanos hasta el punto de la división (Cf. Col. 2:20-22). Santiago da clara evidencia aquí, y frecuentemente en otras partes de su Epístola, que tales dificultades no fueron confinadas a aquellas congregaciones compuestas de gente recién salida del paganismo, tales como los corintios, los gálatas, etc., sino que entre los cristianos de la "circuncisión", hubo disensiones, divisiones y grupos facciosos. De esa manera, la iglesia primitiva no fue libre de dificultad; y, mientras que podemos con propiedad deplorar dificultades en la iglesia en cualquier tiempo o lugar, podemos por lo menos concluir que las mismas no son peculiares en nuestro día, y que las congregaciones de la edad apostólica lucharon con este molesto problema. Aquí, Santiago traza estas dificultades hasta su fuente, y designa la verdadera razón por ellas.

"Dónde", (*pothen*), es un adverbio interrogativo, significando, "de qué fuente". Por eso surge la pregunta, "¿cuál es la *fente*, el origen, de la

guerra? La palabra *guerra*, de *polemos* aquí, significa una pelea, una contienda, y denota un estado prevaeciente de lucha en distinción a conflictos específicos designados en la segunda frase de la oración.

y los pleitos entre vosotros?— “Pleitos”, de *mache*, denota conflictos separados, los cuales están todos resumidos en la palabra “guerra” de la frase anterior. La guerra es ese estado o condición que resulta de una serie de confrontaciones; “pleitos”, lo que produce este estado. El horror de la guerra se ha sentido ya por mucho tiempo, y las multitudes con afán y frecuentemente sin esperanza buscan por la solución. Cómo puede la guerra ser eliminada para siempre es una pregunta en los labios de millones a través del mundo moderno. La paz es una de las más grandes bendiciones temporales; la paz con uno mismo, entre los hombres, paz en el mundo. Rara vez existe en cualquiera de estos niveles. Es un comentario trágico en la incapacidad del hombre para vivir en paz con sus semejantes de que ha habido un conflicto armado abierto entre los hombres y las naciones en cada generación desde que nuestro Señor estuvo aquí en la tierra. No obstante, en su esfuerzo para eliminarlo, el hombre rara vez busca las verdaderas razones por ello. Esto, trata de hacer Santiago en la declaración que sigue.

¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?— Con una pregunta retórica, el escritor contesta las indagaciones de la primera parte del pasaje. Las guerras y los pleitos en realidad se originan en las “pasiones” que causan conflictos entre nuestros “miembros”. La palabra “pasiones”, de *hedonon*, una palabra que designa deseo y lujuria (los efectos puestos por la causa), denota la *fente* del conflicto; y “en vuestros miembros”, el *lugar* o *esfera* de ello. Las pasiones, según se usa aquí, significan la satisfacción que el hombre busca de los sentidos y con frecuencia el deseo impulsivo de ello. En este pasaje impresionante, el escritor representa a las pasiones como soldados esparcidos entre los miembros del cuerpo, y usándolos como instrumentos para lograr sus fines. Frecuentemente la persona es el centro de tal conflicto, y se encuentra como una batalla del conflicto. Pedro escribió, “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11). Y, esto ocurre con frecuencia en la iglesia. El deseo por el poder, el deseo por la fama, y el orgullo abrumador de la opinión han impulsado al hombre al estado más vicioso y doloroso de la guerra, deshonrando así la causa de Cristo, desanimando el bien, y proveyendo infidelidad con uno de sus argumentos más efectivos.

El deseo de obtener a todo costo lo que uno no tiene, sino que desea en gran manera, es la raíz de la mayor parte de las dificultades entre las

naciones y los hombres. La prueba amarga de las motivaciones de la vida es así dada. ¿Es nuestra mayor preocupación el placer? Si es así, entonces para obtener y para mantenerlo, inevitablemente surgirán confrontaciones y conflictos y a nada se le permitirá interferir con el esfuerzo. De hecho que algunos llegan a ser esclavos de la lujuria y el placer; y, por todas sus vidas, el campo de guerra del conflicto. Pablo, al describir el estado de uno que está sin el evangelio y sin la seguridad que da, escribió: “Pero veo otra ley en mis miembros, que hace guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:23). El mal deseo llevará inevitablemente al conflicto. El dinero, el prestigio, el deseo por un lugar de prominencia e influencia son todas fuentes de conflicto; y los hombres, con frecuencia, ¡buscan ascender en el mundo sobre los cuerpos de aquellos que han derribado! El tipo de deseo que condena Santiago es responsable por los crímenes más graves, y el hombre no se ha detenido para cometer homicidio para obtener sus fines codiciados. ¿Dónde está entonces la guerra? Está en la persona. ¿Por qué está allí? Por causa de la pasión del hombre para gratificar sus sentidos. ¿Qué impulsa tal deseo? Las pasiones derivadas de tal gratificación. ¿Qué es el resultado? El escritor contesta en el verso siguiente.

LA ORACIÓN NO PEDIDA Y LA NO CONTESTADA 4:2, 3

2 Codiciáis, y no tenéis:— La palabra “codiciáis”, (*epithumeite*, presente activo indicativo de *epithumeo*, de *epi* y *thumos*, tener una gran pasión por), denota la intensidad del sentimiento característico de aquellos a quienes Santiago escribió, y explica por qué las “guerras” y los “pleitos” aludidos en el verso 1 se levantaban con tanta frecuencia entre ellos. Codiciando lo que otro tiene, sea sobre una persona, una nación o al nivel internacional, es la causa básica de la guerra, ya sea que la guerra sea literal o figurativa; así traza Santiago hasta su fuente el mal que resulta de tal deseo ilícito. Esta codicia por lo que uno no tiene ha llevado a los crímenes más graves; ejemplos de los cuales se pueden ver en David, en el caso de Betsabé (2 Samuel 11:1), y Acab, en el caso de la viña de Nabot (1 Reyes 21:2-4). Cuando el deseo de esta naturaleza es entretenido y animado, llega a ser abrumador y la característica dominante en la vida de uno. En tal caso, el deseo es el amo del alma; y la persona así posesionada es esclavizada e incapazmente llevada al mero vórtice del pecado. Aquí, de hecho, está la prueba por medio de la cual todos podemos fácil y acertadamente determinar el principio por medio del cual nuestras vidas son gobernadas. ¿Podemos verdaderamente decir, “Hágase Tu voluntad”; O, “Mis deseos sean satisfechos”? Debe recordarse que el rico de Lucas 16,

no fue acusado de crímenes serios contra el hombre o contra Dios; no se afirma de él que anduvo involucrado en cosas *malas*; se dice de él que tuvo sus buenas cosas aquí; no obstante, fue rechazado porque la gratificación carnal y el amor de las cosas materiales eran los factores dominantes de su vida. *El que ha de entrar al cielo debe de sacrificar las cosas del mundo.* Debemos de escoger si hemos de tener nuestras cosas aquí, o en el más allá; ¡no podemos tener *ambas* cosas aquí y en el más allá!

Estos que particularmente estaban en la mente de Santiago al escribir, a pesar de su deseo ardiente, no obtenían las cosas que codiciaban. Y, ¿por qué no? La respuesta es que no buscaban por las cosas que podrían con propiedad pedir a Dios. Aquí nos encontramos con otra prueba vital en el campo de la religión. Cuando somos confrontados con la necesidad de decidir si un hecho dado está abierto para la participación de un cristiano fiel, uno sólo necesita preguntarse,

¿Aprobaría Dios? Rara vez es difícil encontrar la respuesta a esta pregunta. Y, cuando haya cualquier duda que podría existir, queda de parte de la prudencia para refrenarse. El discípulo devoto no hará el intento de forzar a la Escritura en apoyo de su posición; ¡sólo escudriñará para estar seguro de que su posición está de lado de la Escritura! Éstos a los cuales Santiago escribió, a pesar de sus intensos deseos, y de todos los esfuerzos gastados, estaban sin aquello en lo cual habían puesto sus corazones.

matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar— Esta declaración, en cuanto se refiere al *homicidio* es mejor construirlo como figurativo; es muy improbable que Santiago tenía la intención de acusar en general a la gente a la cual escribía de homicidio. Si la palabra "matáis" ha de interpretarse literalmente, entonces el escritor estaba describiendo la situación que normalmente sigue a los hombres bajo la influencia del mal deseo. Lo que Santiago parece decir aquí es que la motivación que los movía era por naturaleza la de un homicida, y la disposición que lleva a los hombres a matar. Una dificultad adicional que se levanta es la del orden de las palabras aquí que, en la superficie, aparecerían transpuestas, puesto que el matar se le considera un crimen más serio que el arder de envidia. ¿Por qué "matar y arder de envidia", en vez de "arder de envidia y matar"? Una solución sencilla se puede encontrar al volver a arreglar la puntuación del pasaje, haciéndolo leer así,

“Codiciáis, y no tenéis!

Matáis;

Ardéis de envidia, y no podéis alcanzar...”

En dado caso, el matar sea literal o figurativo, es así mostrado ser el resultado de un deseo impropio y el fracaso de obtener lo que así es codiciado; y lo que se evita es la inversión que algunas versiones (sin inspiración, claro) crean.

“Matáis, (*phoneuete*, presente indicativo activo de *phoneuo*, matar), es literalmente, "Os ocupáis continuamente en matar", y así indica que tal era la práctica constante de esta gente. Pero, aun esto no obtenía para ellos lo que tan apasionadamente querían. "Matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar".

combatís y lucháis;— Un estado constante de conflicto prevalecía de sus esfuerzos para satisfacer el deseo; no obstante, esto no logró alcanzar a sus metas. Santiago así describe con vida e impresionantemente los círculos viciosos en que esta gente era atrapada. Ellos apasionadamente deseaban cosas que no debieran desear; para satisfacer su codicia, mantenían un constante estado de pleitos y guerra; pero, esto no obtenía para ellos sus deseos. Así el verso 2 es la íntima conexión con el verso 1, y denota la relación que se obtiene entre el *deseo* y el *conflicto*. El último es el resultado del anterior, y su inevitable fruto. En donde hay un deseo impropio, habrá pleitos. Así se muestra la consecuencia segura de escoger el placer sobre la negligencia de Dios. La Biblia abunda con ilustraciones que indican la consecuencia fatal de tal elección. Entre estas ilustraciones están Caín, Balaam, y los israelitas en el desierto.

pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís— De esta sección aprendemos que hay no sólo oraciones no contestadas, ¡sino que también oraciones *no pedidas!* Es evidente que el deseo propio puede ser experimentado y satisfecho al orar a Dios y sólo Él puede satisfacer la mayor necesidad del alma. Hay algunas cosas que son completamente apropiadas tener; Dios quiere que las tengamos; y Él las da gratuitamente a quien las pida. Algunos buscan conseguir para sí mismos las cosas que quieren y que quizás necesitan por medio de métodos que evitan a Dios; y, por lo tanto, no consiguen tener esas cosas; no porque les son prohibidas, sino que sencillamente por no ir a la fuente correcta por ellas. Claro que debemos, (a) desear las cosas *correctas*; (b) debemos pedir a Dios por las cosas que Él tan abundantemente tiene para nosotros (Santiago 1:5); (c) y debemos de tener confianza de que Él oír y contestará nuestras peticiones (1 Juan 4:14, 15). Dios contestará la oración del penitente (Lucas 18:14), el clamor de los justos (Salmo 34:15), y la de los *que siguen sus peticiones* por sus necesidades (Mateo 7:7). De hecho de que aquí hay evidencia indisputable de la eficacia de la oración. Santiago creía terminantemente en su eficacia y fue, por medio del Espíritu Santo, llevado a escribir una de las declaraciones más fuertes concerniente a ello en las Escrituras: "La oración

eficaz del justo tiene mucha fuerza" (Santiago 5:16). "Porque no pedís", en nuestro texto, está en una construcción en donde la acción es ejecutada para sí mismo; y, de esa forma, muestra un descuido por lo que sería para su propio bien si sólo seguirían la dirección del Señor. *No* oran por necesidades legítimas; por lo tanto, Dios *no* les daba las tales; y *no* las podían obtener de otras maneras. El hombre, que descuida a Dios y busca por medio de travesías, así como lo hizo Esaú, para obtener lo que Dios daría, bajo circunstancias apropiadas, encontrará siempre la satisfacción por la cual el corazón añora un poco más allá de su alcance. Por lo tanto, la forma correcta para obtener cualquier cosa que necesitamos es de pedirla a Dios; y, cuando lo hemos hecho, y la petición no es concedida, debemos de concluir que Dios no considera el objeto necesario para nuestra necesidad; o, que Él piensa darnos algo mucho mejor después.

Aprendemos aquí: (1) Aquellos a los cuales Santiago escribió eran culpables de lujuria, homicidio, codicia, guerra y pleitos. Aunque destrozados por sus deseos abrumadores, no obtuvieron lo que querían; aunque codiciaban lo que otros tenían, no lo alcanzaban; y, (2) sus vidas, consecuentemente, estaban vacías y sin oración. Ha de observarse de que cada una de las cláusulas del verso 2 están íntimamente ligadas en su significado: *Anhelan por lo que no pueden tener; impropriamente procuran obtener por la fuerza y esto resulta en pleitos y guerra.* El deseo de obtener esas cosas que no tenían llevaba al pecado, así como lo es hoy. Hay dos razones señaladas porque no tenían las cosas que necesitaban: (1) Las buscaban de una manera pecaminosa; (2) no pedían a Dios por la bendición necesitada. Jesús nos ha prometido tener lo que necesitamos, cuando las solicitamos de la manera correcta (Mateo 7:7; 21:22); y, si estos resultados no siguen a nuestras oraciones, es porque (a) no oramos bien; o (b) porque, como lo es en este caso, no oramos por nada. Recordemos que algunas oraciones no son contestadas; otras, no se hacen. Claro que debemos querer las cosas que Dios quiere que tengamos, y no pedir por otras cosas. Sólo de esta manera pueden las necesidades más profundas ser realizadas.

3 Pedís, y no recibís,— Algunos, entre los cuales estaban algunos a los cuales Santiago escribió no recibían, porque *no pedían*; otros pedían, pero *no recibían*. Si tenemos la disposición de ser ofendidos por la sugerencia de que el hombre pueda ser lujurioso, codicioso, homicida (de corazón) y contencioso constante y, al mismo tiempo dado a la oración, sólo debemos recordar de que no es raro de que los hombres invoquen sobre ellos las bendiciones de Dios, aunque están involucrados en la maldad más atroz. Particularmente en los tiempos medievales hicieron carnicería de multitudes en nombre de la religión; y campañas fueron lanzadas bajo el pretexto de hacerlo de acuerdo a la voluntad de Dios. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros

de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron a los profetas. ¡Vosotros también colmad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar" (Mateo 23:29-35). "Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, *pensará que rinde servicio a Dios*" (Juan 16:2).

Dijo nuestro Señor, "Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mateo 6:21). Si nuestros intereses están centralizados principalmente sobre las cosas de la tierra, estaremos dispuestos mayormente en la búsqueda de tales cosas; y, si es que oramos, oraremos por ellas. Éstos, a los cuales Santiago escribió ,estaban motivados por el deseo de las cosas materiales; y los celos, la envidia y la contienda los caracterizaba en su búsqueda. De esto aprendemos que es muy posible para los que han obedecido el evangelio dar atención a las cosas equivocadas en su afán por la felicidad. Jesús dijo, "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33). La palabra "añadidas" en este pasaje es de la palabra griega *prostithemi*, que da la idea entre nosotros del "pilón"; es decir, agregar algo adicional para hacer el trato más atractivo. Así nos promete Jesús de que si ponemos Sus asuntos primero, Él nos dará el "pilón" de las cosas materiales, *¡además* de nuestra salvación! Se nos asegura que Dios contestará las oraciones de Su pueblo. Jesús dijo, "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá" (Mateo 7:7, 8). No obstante, hemos de entender que estas promesas están bajo la condición de (a) pedir las cosas correctas, (b) de la manera correcta, y (c) por las motivaciones correctas. El verbo *aiteite*, "pedís", significa pedir, rogar; y es la palabra usual en donde uno, consciente de ser inferior, hace la petición de uno considerado superior (Hechos 12:20; Mateo 7:9; 1 Juan 3:22). Es significativo de que nuestro Señor jamás usó este término en Sus peticiones al Padre a favor de Sus discípulos; Su acceso fue sobre la base de un Hijo ante Su Padre.

Sin embargo, uno puede pedir por las cosas correctas, y la oración puede ser impropia a causa de motivaciones incorrectas. Éstos, a quienes Santiago escribió, pidieron, pero de la manera incorrecta.

porque pedís mal,— (*dioti kakos anitheisthe*, porque pedís con maldad). Aquí, el verbo *aiteo*, pedir, está en la voz media, pedir por uno mismo. Así aprendemos de que cuando se involucra el egoísmo las peticiones a Dios son sin fruto. Dios no concederá un pedido cuyo propósito es sólo satisfacer un deseo egoísta. "Mal", (*kakos*) señala lo que es vil o infame. Pedir mal es, por lo tanto, tener influencia de consideraciones bajas, despreciables y vergonzosas. Ésta es una declaración general explicando porqué aquellos a quienes Santiago escribió no habían recibido lo que habían pedido; en la declaración que sigue en el texto la razón porque sus peticiones eran consideradas impropias como ya se había indicado.

para gastar en vuestros deleites.— (*Jina en tais hedonais jumon dapanesete*, una cláusula de propósito, introducida con *jina*, cuyo verbo es *dapanesete*, aoristo subjuntivo, que significa consumir con desperdicio, derrochar). De esa manera, lo que es usado por nosotros por mera gratificación egoísta es, por nuestro Señor, considerado como derroche, mal gastado; y, obviamente, ¡Dios no va a darnos lo que ha de ser desperdiciado! "Deleites", aquí es la misma palabra que aparece en el verso 1, y significa deseos de una naturaleza carnal y sensual, satisfecho. Por lo tanto, si Dios concede una petición por la salud, riqueza, la habilidad para servir, depende en el motivo que movió tal petición. Es posible que una persona ore por la habilidad para poder servir a otros y que la razón principal por ese deseo, no sea el bienestar de la humanidad, sino que sea por la codicia del poder, la fama y la notoriedad, etc. Dios no contestará tales oraciones, porque la motivación es vil. Los que así piden, piden *mal*.

Es de vital importancia que estemos impresionados con la realización de que Dios no oír, ni contestará una oración que tenga como motivación principal la gratificación del deseo carnal. Tal parece haber sido el diseño de aquellos a los cuales Santiago se refiere en nuestro texto. Esto no quiere decir que Dios jamás escuchará ni contestará una oración que involucre asuntos materiales. El escritor inspirado no reprende a sus lectores por pedir a Dios prosperidad material. Es el motivo lo que determina si tal oración es correcta o no. Si pedimos con el fin de consumir nuestras bendiciones sobre nuestra lujuria, no oír. Si es por nuestro bien, o para el bien de otros y la causa de Cristo está en orden para que oremos así. Juan oró para que su amigo Gayo fuera "prosperado en todas las cosas" así como "prospera tu alma" (3 Juan 2). Somos así animados a traer nuestras necesidades temporales al Señor, con la seguridad que si tal cosa es para nuestro bien, Él lo dará con abundancia y sin reproche.

Debemos, no obstante, examinar nuestros motivos con mucho cuidado, pues es difícil separar nuestras necesidades de nuestros deseos, y de sentir

que el diseño es el anterior, cuando en realidad, es el último. La oración es un privilegio maravilloso de cada fiel hijo de Dios, y debe de ser usado con regularidad. Debemos siempre recordar que hay condiciones bien definidas con las cuales debes cumplir, si hemos de esperar con propiedad la respuesta. Aquellos a los cuales Santiago escribió no obtuvieron su respuesta a sus peticiones porque ellos pedían “mal”, (vilmente, con motivos equivocados). Cuando las peticiones son concebidas en avaricia, y expresada hipócritamente, Dios pondrá siempre un oído sordo. Sólo aquellas oraciones que tienen como su fin la gloria de Dios, el adelanto de Su causa, y un bienestar genuino de Sus seguidores, ascienden al trono de la gracia, y traen la bendición. Nuestras oraciones revelan, con detalle espantoso, y con gran certidumbre, el carácter de nuestros corazones a nosotros mismos, a otras personas, y a Dios.

DIOS CONTRA EL MUNDO

4:4-6

4 ¡Oh almas adúlteras,— (*Moichalides*, forma femenina de *moichoi*, adúlteros). Parecería que la referencia a "adúlteras" aquí ha de ser considerada figurativamente, en forma semejante que la palabra *matáis* es usada en el verso 2. No tiene sentido de que Santiago omitiría la referencia a los *hombres* involucrados y dirigiría su condenación sólo a las *mujeres*, se ha de tomarse la referencia literalmente. La figura del casamiento, para indicar la relación del hombre con Dios, se usa con frecuencia en las Escrituras; y el Antiguo Testamento abunda con referencias de Israel como la *esposa* de Jehová (Salmos 73; Isaías 57; Ezequiel 23; Oseas 3). En el Nuevo Testamento, los cristianos son representados como casados con el Señor. "¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen a la ley), que la ley se enseñoorea del hombre entretanto que éste vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido...Así que, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios" (Romanos 7:1-4).

Thayer, el lexicógrafo griego, dice de la palabra, “Así como la alianza íntima de Dios con su pueblo de Israel era comparado al matrimonio, los que vuelven a caer en la idolatría se dice que cometen adulterio o que juegan el papel de la ramera (Ezequiel 15:16; 23:43); por lo tanto *moichalis* es figurativamente equivalente a infidelidad a Dios, inmundo, apóstata (Santiago 4:4)".

Pablo usa esta misma figura en su referencia a la *iglesia* en su relación a Cristo: "Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él su Salvador. Así que, como la iglesia está sometida a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado con el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentarla él a sí mismo como una iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la trata con cariño, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Porque esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos vendrán a ser una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia" (Efesios 5:22-32).

Una adúltera es una mujer que ha sido infiel a su marido; por lo tanto, los discípulos que exhiben una amistad con el mundo demuestra infidelidad a Dios y son, por lo tanto, figurativamente culpables de adulterio. El escritor evidentemente usó la forma femenina de la palabra para impresionar sobre sus lectores el hecho de que los cristianos están casados con el Señor, así están en la relación de una esposa con Él. Eso afirma Pablo en 2 Corintios 11:2: "Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo". En una de las versiones inglesas, pone en la margen concerniente a la palabra *moichalides* (adúlteras), mostrando que sus traductores así lo creían, "Es decir, *quien rompe su voto nupcial con Dios*".

¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?— "¿No sabéis", (*ouk oidate*) es una apelación a su sentido de reflexión. Su sentido común de percepción tendría que haberlos llevado lógicamente y sin equivocación a la conclusión de que uno no puede ser amigo del mundo y de Dios a la misma vez. Tan distintas son las características uno del otro de que jamás puede haber armonía o concurrencia entre ellos. ¿Es uno amigo del mundo? Es enemigo de Dios. La amistad entre ambos es imposible. Que este hecho, tan obvio para los que tienen discernimiento, es obscurecido en las mentes de multitudes de gente hoy, muestra el efecto entorpecedor del pecado, y demuestra el hecho de que los hombres, por ser indulgentes en el mal, pierden su sentido de valores, y llegan a ser incapaces de razonar en ese campo correctamente. El discernimiento correcto es esencial para vivir con nobleza, y con frecuencia se ordena en los escritos sagrados. "Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado la madurez, para los que, por razón de la costumbre, tienen los

sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (Hebreos 5:14). "Y esto pido en oración, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento perfecto y en todo discernimiento, *para que sepáis aquilatar las cosas más importantes*, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo" (Filipenses 1:9). Personas cuyo sentido de pecado está embotado, frecuentemente insisten que no ven ningún daño en la participación de asuntos mundanos; y, más que probable que no lo ven. Pero, tampoco el ciego ve al sol, que en medio de todo su esplendor, se mueve a través del cielo dando vueltas; pero, esto no quiere decir que porque tal persona no lo puede ver, *¡el sol no está allí!* Es triste cuando la gente persiste en la práctica del pecado; más trágico aun cuando pierden, por medio de tal participación, su habilidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, y están sin un sentido de valores morales.

Hay significado en el hecho de que Santiago usa el verbo *oída* que significa conocer por medio de la reflexión, en vez de la palabra común *ginosko*, saber por medio de la observación. Discernimiento correcto del pecado no requiere participación en él; uno puede saber de su carácter y fruto por medio de la reflexión. No es necesario beber veneno para saber de su efecto devastador; ni hace falta tomar pociones de filosofía humana para saber de su carácter mortal. Sólo tenemos que reflexionar en los casos tristes de aquellos que antes andaban con nosotros quienes han sucumbido a sus efectos fatales y están perdidos a la causa de Cristo, para entender que los mismos resultados trágicos pueden seguir de nuestra participación.

Lo que Santiago quiere es que sus lectores eviten "la amistad del mundo". La frase griega es *je filia tou kosmou*; y el amor indicado aquí es cálido, emocional, y egoísta. Los que han sido descritos están enamorados del mundo; sobre él han puesto sus afectos; y en él encuentran su mayor felicidad. La palabra *filia* también denota intereses comunes. Por ejemplo, dos hombres encuentran interés y emoción en la misma ocupación favorita; este interés en una cosa común crea entre ellos un interés común y así se hacen buenos amigos. Así, un amigo del mundo es uno cuyos intereses son mundanos y quien, por lo tanto, ama al mundo. Esta disposición es rectamente prohibida a todos los que quieran ser aceptables ante Dios. Juan advirtió: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, la codicia de los ojos, y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Juan 2:15-17). El mundo aborrece a los que no son de él (1 Juan 3:13), su dominio es el de Satanás (1 Juan 4:4), y su espíritu lo domina (1 Juan 5:19).

La palabra “mundo” (*kosmos*) en nuestro texto es usada en el Nuevo Testamento con variedad para denotar el universo material; la armazón externa en la cual vivimos; la tierra y, en una manera ética y moral, aquellos que están separados de Dios porque sus corazones están centrados en las cosas de abajo, y no en las de arriba (Col. 3:1-4). Es en este último sentido que aquí se usa, y repetidas veces en otras partes de las Escrituras. Jesús lo usó en este sentido cuando dijo, "No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas" (Juan 7:7). En este sentido, la palabra aparece en los escritos de Juan más de cien veces. La palabra representa todo lo que se opone a Dios en sentido espiritual y moral.

Obviamente, la palabra “mundo”, según aquí es usada, no abraza la creación visible del artefacto de Dios (Salmo 19:1 sq.) y que lleva en su estructura la irresistible evidencia de la bondad, grandeza y gloria de Dios. No se nos prohíbe apreciar y admirar aquellas características de la tierra que se recomiendan a sí mismas al ojo, y que evocan apreciación, como la selva, el río, el mar, y la montaña; la palabra indica *un orden* que tiene a Satanás como el principal mandatario (Juan 14:30), que cae en el poder de ese maligno (1 Juan 5:19), y que, con toda su lujuria, debe eventualmente pasar (1 Juan 2:17). Es el orden del mal, opuesto al reino del bien sobre el cual Cristo reina; que no debemos de amar, tener comunión con, ¡sino qué vigorosamente oponerse a él y ponerlo a descubierto (Efesios 5:19)!

La amistad del mundo “enemistad contra Dios”, (*echthra tou theou*) es un *estado* de enemistad, hostilidad y guerra contra Dios, puesto que los que están enamorados del mundo han, por este mero hecho, se han puesto a sí mismos contra Dios. Si no fuera por la amistad que éstos, a los cuales escribió Santiago, entretenían con el mundo, no habría pleitos, facciones y guerras entre ellos; era por su excesivo amor por lo material que estaban en conflicto con lo espiritual. Siempre ha sido así. Aquellos cuya mayor felicidad está en la participación de las cosas del mundo, y quienes buscan ocuparse más y más en los asuntos materiales del mundo con el fin de involucrarse más en él, se encuentran en conflicto por medio de peleas y guerras con otros que son motivados en forma semejante. Vivir de tal manera es estar en violación al voto nupcial que cada uno toma con Dios al hacerse un cristiano; los que se asocian con el mundo muestran así su infidelidad a Dios. Para adelantar la figura, ¡es imposible ser las esposas de Cristo y del mundo a la misma vez! Jesús dijo, “Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24). No es para el mérito del hombre que con frecuencia busca mantener relaciones amistosas con Dios y con el mundo; y, frecuentemente en el pasado, y quizás en el presente, los crímenes de la avaricia han sido, y

están siendo cometidos, luego una porción de la mercancía mal obtenida es dada a Dios como si esta "ofrenda" justificara tal acción. "Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios" (Juan 12:42-43).

Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo,— Esta es una conclusión sacada de las premisas anteriores. "Cualquiera", es comprensiva del todo. Cualquiera, todos, abarca a todos nosotros. Ser enemigo del mundo, o hacer el intento para tal amistad, es de ponerse uno mismo en el papel de un enemigo de Dios. La frase, "que quiera" es muy significativa. Es traducida de la palabra *boulethei*, primer aoristo pasivo subjuntivo de *boulomai*, proponer, tener la voluntad de. Esto demuestra para nosotros el hecho de que uno no necesita realmente participar en las cosas del mundo para ser mundano; el propósito, la voluntad, el *deseo* de hacerlo (lo haga o no lo haga), constituye profanidad en los ojos de Dios. Por lo tanto, la profanidad es un estado de mente así como una forma de vida, y es así considerado por el Señor. Es muy posible que gente pueda, de varias consideraciones, abstenerse de una vida de actividad mundana; pero, si el deseo, la voluntad, la inclinación está allí, los tales son mundanos. El tiempo aoristo, un punto de acción, indica que la voluntad de ser mundano es un acto definitivo que influye después de la muerte física. ¿Cómo podemos saber cuando uno es un amigo del mundo?

Mientras que es imposible indagar los corazones de otros y de saber sus motivos más íntimos que influyen sobre ellos, no obstante, es cierto que los amigos del mundo son fácilmente reconocidos por sus disposiciones y hechos. Uno es obviamente un amador del mundo cuando encuentra una mayor felicidad en la asociación de la gente mundana que con los que son seguidores de Cristo; el que tiene mayor placer al frecuentar aquellos lugares que son pecaminosos y seculares, en vez de las asambleas de los santos; y, que promueven las cosas que son del mundo de manera ostentosa, mientras que dan la más mínima miseria de sus medios al servicio del Señor. Ser así envuelto en los caminos del mundo, por más piadosos que los tales puedan aparecer, es exhibir una disposición mundana, y de caer bajo la condenación del Señor. Los que ponen defensa *por* el mundo, ¡en *este mismo acto* toman su posición *contra* Dios! Cuando se le permite al mundo entrar al corazón, Dios es echado fuera por falta de espacio.

se constituye enemigo de Dios.— La frase, "se constituye" es del griego *kathistatai*, muy probable la voz media del verbo, tiempo presente, modo indicativo, por lo tanto, significando que tal persona se constituye a sí misma como enemigo de Dios. Es decir, por esta decisión, una vez por

todas, fija su atención en las cosas del mundo, se hace a sí mismo un enemigo (*echthros*, un adversario) de Dios. Uno no tiene que declarar guerra contra Dios para hacerse un enemigo de la deidad. El asociarse con los enemigos de Dios, dar ayuda y consolación a ellos, es suficiente para ponerse uno mismo en un estado de enajenamiento de Él. Así se hace clara la enseñanza de Santiago en toda esta sección de la Epístola. La gente es señalada como "adúlteras", porque estaban asociándose con el mundo--un acto de infidelidad a Dios--y por lo tanto, en violación a sus votos nupciales que tomaron cuando se hicieron sus seguidores. Es de vital importancia, en vista de estos datos sombríos, que todos nosotros examinemos nuestros corazones y con propiedad evaluar nuestras motivaciones para determinar si nos falta lealtad a Dios por cualquier afecto incorrecto por las cosas del mundo. Si hay cualquier indicio de tal afecto, debemos inmediata y completamente deshacernos de cualquier semblanza de ello y de aquí y en adelante volver a poner a nuestro Señor Jesucristo en Su trono dentro de nosotros. Cada persona que discierne sabe si la iglesia o el mundo reclama su interés principal; y, puede, con facilidad, determinar en dónde está su corazón puesto. ¡Qué horrible para uno que profesa ser seguidor de Cristo sea, en realidad, un enemigo de Dios! Para todos éstos, un día de destrucción espera. Con frecuencia los hombres abandonan a Cristo por el malo. "Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo" (2 Timoteo 4:10). ¿Cómo se podrá evitar el destino que inevitablemente viene para todos éstos? Dice Pablo en Colosenses 3:1-4: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria." Somos "resucitados" con Él cuando salimos de las aguas bautismales para andar "en novedad de vida" (Romanos 6:1-4). Si vivimos fielmente el resto de nuestros días sobre la tierra, seremos realmente manifestados (hechos conocidos) como pertenecientes a Él, y también seremos manifestados con Él "en gloria". De hecho, que podemos muy bien trabajar y esperar por esa maravillosa anticipación.

5 ¿O pensáis que la Escritura dice en vano:— La frase, "O pensáis", (*je dokeite*), significa "¿Os parece...?" "¿Son de la opinión de...?" "¿Supone...?" "Vano", en el texto, de la palabra griega *kenos*, significa lo que es vacío, sin valor, sin significado; por lo tanto, el importe del pasaje es, "¿Suponen que lo que la Escritura dice sobre que la amistad del mundo es enemistad hacia Dios no tiene sentido y sin significado?" *¿Cuál escritura?*

La palabra *grafe* (escritura), en el texto, aparece más de cincuenta veces en el Nuevo Testamento; y, sólo que ésta sea una excepción, siempre se refiere a los libros del Antiguo Testamento (Mateo 21:42; 22:29; 26:54, 56; Juan 2:22; 5:39; 7:38, 42). No obstante, no hay un pasaje *específico* en el Antiguo Testamento que *verbalmente* diga lo que Santiago afirma. Hay declaraciones que se *asemejan*, y que dicen más o menos lo mismo como esta declaración; y, es muy probable que el escritor se refiera a uno de éstos; o, de hecho, a todos ellos, en principio. En cuyo caso, el significado sería: "¿Suponen que la enseñanza general de la escritura es sin significado en este asunto?" (Génesis 6:3-7; Éxodo 20:5; Deuteronomio 32:1-21; Job 5:12; Eclesiastés 4:4; Proverbios 27:4). Así entendiendo, y con propiedad, la dificultad que muchos expositores han visto en este pasaje desaparece. En efecto, la pregunta de Santiago es: "¿Están dispuestos a tomar en poco la enseñanza de la palabra de Dios en este asunto, y considerarla como algo insignificante? ¿Son de la opinión que las palabras de la escritura son amenazas vanas? Los escritores sagrados han rectamente prohibido la adoración de los ídolos (Deuteronomio 5:20; 1 Samuel 7:3), y han condenado toda participación con los del mundo quienes, por su enseñanza y práctica, los pueden seducir. ¿Se imaginan que estas advertencias son meramente dichos vacíos?" El Antiguo Testamento también enseñó este principio por medio del ejemplo; y, la historia de la nación israelita es una lección impresionante de la necedad y la tragedia de la participación en las cosas del mundo.

Atribuir a la Escritura personalidad no es fuera de lo común en el Nuevo Testamento. "La escritura dice..." es una frase familiar. Compare Gálatas 3:8; Santiago 2:23.

Entre las personas a las cuales Santiago escribe había muchos cristianos de ascendencia judía. Esta gente, criados con un respeto a la ley y los profetas desde su niñez, considerarían esta apelación a la autoridad más alta que ellos anteriormente habían reconocido con gran respeto. Es significativo que Santiago, él mismo siendo inspirado, apeló a la Escritura en apoyo de su afirmación. Toda la verdad es *una*, y siempre armoniza. Ésta no fue una práctica fuera de lo común entre los escritores del Nuevo Testamento (Gálatas 3:8; Romanos 8:36; Hebreos 8:5). El Espíritu, que dirigió la escritura tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, tampoco se contradijo. Deploramos la disposición moderna en algunos círculos de hoy en día que consideran al Antiguo Testamento como un documento inferior, que contiene sentimientos que "el sentido común santificado" no puede aprobar. Santiago no tuvo la necesidad de algún pasaje en particular para ilustrar la doctrina que fue movido a enseñar por medio del Espíritu que motivó su pluma. El principio al cual se refiere es enseñado repetidas veces en ambos Testamentos. Su declaración, sin duda,

puesta en forma de pregunta era para enfatizar el significado de, "La escritura no habla en vano cuando declara que la amistad del mundo es enemistad con Dios". Algunos, entre sus lectores, seguramente sentían que sus afirmaciones eran algo exageradas; y tendrían la disposición de excusar alguna participación en el mundo y en las cosas mundanas en base de que alguna actividad pequeña en este campo no era espiritualmente antihigiénica. Santiago quiere que sepan que su afirmación está en armonía con el timbre de la enseñanza a través de la Escritura.

El Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente?— Quizás no hay otro pasaje más difícil en la Epístola. Hay problemas que involucran (a) el texto; (b) la traducción; (c) la puntuación; (d) el significado. Los que estén interesados en una discusión detallada de los aspectos más críticos del pasaje necesitarán consultar con una variedad de fuentes para poder conseguir cualquier verdadera ayuda substancial que en los confines de un solo volumen de un comentario. Limitaremos nuestros esfuerzos a la exposición del significado del pasaje.

La declaración es retórica, y en forma de pregunta por el énfasis. "¿El Espíritu que él ha hecho en nosotros nos anhela celosamente?" Significa, "El Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros nos anhela celosamente". Surge la pregunta, (1) ¿Cuál es el *Espíritu* al cual se refiere?

(2) ¿Qué significa la frase, "Que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente"? ¿Cómo es que el Espíritu "nos anhela celosamente"? ¿Por qué es que el Espíritu así nos anhela celosamente? Las respuestas a estas preguntas nos capacitarán para tener un concepto claro y completo de este pasaje.

¿Cuál es el "espíritu" al cual se refiere Santiago? ¿El Espíritu Santo o el espíritu humano? Varias versiones inglesas tienen variación en este punto. Algunas versiones ponen "Espíritu" con mayúscula y otras, con minúscula (espíritu). El griego es *pneuma* (espíritu), y puesto que en el texto griego no se puede juzgar en base de "mayúsculas" o "minúsculas" no se puede apelar a ello para hacer esta determinación y hay que buscar la respuesta en la reexaminación del texto mismo. Por lo tanto, después decidiremos el asunto.

¿Cuál es el significado de la frase, "Que él ha hecho habitar en nosotros"? Claro que "Él" es Dios; "nosotros", se refiere a los cristianos en general; "habitar", significa morar, vivir, tener la morada de uno; por lo tanto, el significado de la declaración es que Dios hizo que viviera en nosotros lo que antes designó como el *pneuma*, el espíritu.

¿Cómo es que el *pneuma* (espíritu) que hizo morar en nosotros, "nos anhela celosamente"? Para contestar su pregunta, hay que contestar otra

que surge, ¿cuál es el significado de la declaración, "nos anhela celosamente"? El griego es *pros fthonon epipothei*, literalmente, "celar anhelos". Si el pasaje ha de ser traducido, "El espíritu que mora en nosotros anhela celar", o "El espíritu que él hizo morar en nosotros anhela celar", depende en la variación de la lectura del manuscrito, y da poca luz en el significado del pasaje mismo. Cualesquiera que sea la lectura correcta del manuscrito, el pasaje alude a un espíritu, un espíritu que mora en nosotros, un espíritu que anhela celar. Cómo el espíritu "anhela celar" debe de ser determinado por el significado de "celar", y "anhela". La palabra, "celar", significa codicioso, tener la influencia de un deseo egoísta por lo que otros tienen--una pasión que lleva al hombre a los crímenes más serios con el fin de conseguir lo que él anhela. "Anhela", significa ver con deseo. Así es que, la frase, "anhela celosamente", significa codiciar con gran deseo.

¿Por qué es que el espíritu que mora en nosotros codicia con gran deseo? El hombre en la carne, y motivado por sus inclinaciones carnales tiene con frecuencia la tendencia de ver con un corazón celoso sobre la mayor prosperidad que otros gozan; y codiciosamente desea las posesiones de otros. Esta disposición con frecuencia lo lleva a odiar a sus semejantes, de hacer el intento de obtener de ellos, por el medio que sea necesario, aquellas cosas sobre las cuales tiene su corazón puesto.

Con frecuencia la gente es muy celosa de las posesiones y los logros de otras personas, y desean adquirir lo que otros tienen, aunque no tengan el derecho. Tengan éxito o no en su esfuerzo, su corazón está lleno de celo, envidia y codicia. Parece que ésa era la condición característica de muchos de aquellos a los cuales Santiago escribió. Esta disposición llevó a la comisión de los crímenes enumerados en la parte anterior del capítulo (versos 1-4). El escritor había enfatizado lo pecaminoso de todo eso; había mostrado que la enseñanza general de la Escritura prohibía la amistad con el mundo, y acusó que *el espíritu que Dios había puesto en ellos se estaba ejerciendo en celos*. Así consideramos este pasaje ser declarativo y no interrogativo; el "espíritu" (que anhela celar) es el espíritu humano, y no el Espíritu Santo; las palabras, "celosamente" y "anhela" han de ser tomadas en el sentido común, y, de esa manera creer que el pasaje enseña: "El espíritu que hay en vosotros es codicioso y celoso". Hemos de rechazar el concepto de la mayoría de los expositores sectarios de que el espíritu aquí señalado sea el Espíritu Santo, la tercera Persona en la Deidad, y que Dios o el Espíritu Santo es envidiosamente celoso de nosotros, por la razón que sea, en base de que es increíble para nosotros de que ¡el escritor afirmaría de la *deidad* lo que poco antes había tan severamente condenado en el *hombre!* Si, y así es, que la envidia y el celo son malos en el hombre, no podemos creer que Santiago tuvo la intención de afirmar de que eso era característico de Dios.

Es a este pasaje que todos los que abogan por la teoría de una morada *personal* del Espíritu Santo (en la iglesia y fuera de ella) apelan en un esfuerzo para sostener el concepto de que el Espíritu Santo real y literalmente mora en los cristianos. Hemos visto (1) un concepto más razonable de este pasaje en que *pneuma* (*espíritu*) es el espíritu humano y no divino. (2) Ahora mostraremos de que la conclusión deducida de él, y de otros pasajes, que hay una presencia personal, actual, y literal del Espíritu en el hombre es sin fundamento. No hay que sorprenderse de que tal concepto es defendido por los que creen en la operación directa del Espíritu Santo--independiente de, y aparte de la palabra de verdad--en el corazón del pecador; sin embargo, es sorprendente que hay entre aquellos que suscriben a la doctrina de la suficiencia completa de la Escritura en la conversión y en la edificación que crean así. Hace diez años, en nuestro comentario sobre las Epístolas de Pedro, Juan y Judas, escribimos los siguientes comentarios sobre este asunto, y no cambiaríamos un sentimiento sobre ello hoy: "En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu' (1 Juan 4:13, 14). En señal de cómo podemos saber que nosotros moramos en él y él en nosotros, El nos ha dado 'Su Espíritu',--el Espíritu Santo. Pero, ¿cómo suple evidencia de tal presencia moradora la presencia del Espíritu en nosotros? El primer *fruto* del Espíritu es amor: 'Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio...' (Gálatas 5:22, 23). ¿Cómo podemos saber que Espíritu mora en nuestros corazones? ¡Por qué amamos a Dios y a unos a los otros! ¿Por qué mora este amor en nosotros? 'Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que nos fue dado. (Romanos 5:5)'...Así aprendemos que el Espíritu ha sido dado; que por medio de esta Persona divina el amor ha sido derramado en nuestros corazones. Pero ¿cómo se nos da el Espíritu? Pablo preguntó de los gálatas: 'Esto solo quiero averiguar de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?' (Gálatas 3:2)-- Es una pregunta retórica, puesta así por énfasis. El significado es, 'No recibisteis el Espíritu por las obras de la ley: recibisteis el Espíritu por el oír con fe.' ¿Cómo viene esta fe? 'Así que la fe viene del oír: y el oír, por medio de la palabra de Dios' (Romanos 10:17). Por lo tanto, la afirmación de Pablo es que los Gálatas habían recibido el Espíritu por medio del oír de la palabra o mensaje de fe--es decir, el evangelio. La palabra de verdad--el evangelio--es el instrumento por medio del cual el Espíritu ejerce Su influencia tanto en el santo como en el pecador. De esa manera, al recibir uno la verdad en su corazón *y permite que motive su vida* él es, hasta este punto, movido y está bajo de la influencia del Espíritu, y goza de su presencia moradora. Claro que esto no ha interpretarse de que el Espíritu Santo *es* la palabra de verdad: el Espíritu

Santo usa la palabra de verdad como el medio por medio del cual Él influye; y Su influencia es limitada a este medio. El Espíritu promueve el amor hacia otros por medio de la instrucción que Él ha dado en las Escrituras.

Las Epístolas de Juan están llenas de instrucción concerniente al deber de los hijos de Dios de amar uno al otro, como lo es de hecho, mucho del Nuevo Testamento. Si es el Espíritu, independiente de la palabra de verdad que produce tal amor, ¿por qué se da tal instrucción? En realidad, ¿por qué hay enseñanza sobre *cualquier* tema si todos los fieles hijos de Dios, entonces y ahora, tienen una medida del Espíritu del cual pueden (independientemente) derivar tal instrucción? La pregunta no es, ¿tienen el Espíritu los hijos de Dios? Esto es afirmado por el verso que tenemos delante nuestro y muchos otros (e. g. Romanos 8:9; Gálatas 4:16). Tampoco es, ¿hay influencia del Espíritu hoy en los hijos de Dios? Esto también afirman las escrituras con abundancia. La pregunta es en cuanto al *modo* o *manera* de tal morada, y no el *hecho* de ello y ésta es la pregunta que hacemos. Esto lo contesta Pablo en la pregunta retórica aludida anteriormente. El único impacto del Espíritu en el corazón del pecador o del cristiano es por el medio de la Palabra de verdad. [NOTA DEL TRADUCTOR: Con todo respeto al hermano Woods, esta posición también tiene sus dificultades. Según Hechos 2:38; 3:19; y 5; 32 hay un don del Espíritu Santo que se recibe por el que obedece. ¿Cuál es ese don? Y, ¿cómo opera? De acuerdo que no opera milagrosamente porque el tiempo de los milagros ya pasó (1 Corintios 13:8-12). No sabemos cómo sucede todo esto; lo que sabemos es que se promete este don a todos los que le obedecen. ¿Es la palabra el don del Espíritu Santo? Ciertamente que es un don, pero ¿es el don referido en los pasajes dados? Los obedientes deben de tener fe para obedecer; ésta viene por el oír de la palabra (Romanos 10:17). Puesto que la palabra debe de ser recibida **antes** de obedecer, ¿cuál es el **don** que se recibe **después** de obedecer que es el don del cual aquí se habla? **L.M.C.**] Desafortunadamente, algunos hermanos, mientras que niegan la operación directa del Espíritu Santo sobre el pecador, contienden por esa misma, inmediata operación directa (Esto no es así, **L.M.C.**) Sobre el cristiano después del bautismo. La única diferencia entre las posiciones es el *tiempo cuando* ocurre la operación. El mundo sectario contiende por una operación directa sobre el pecador para poder ser convertido. Los que mantienen este concepto de una morada personal inmediata del Espíritu en el cristiano, mantienen que la operación del Espíritu es inmediatamente después de la conversión. El uno es tan insostenible como el otro, los dos están mal. El Espíritu mora en el corazón del cristiano; el Padre y el Hijo, de la misma manera; con referencia a lo último, sería absurdo contender que esta morada es literal, actual, en Sus

propias personas. Pero, como la idea sectaria de un ser misterioso, incomprensible, e intangible como el Espíritu Santo se supone ha sido adoptada en algunos círculos, los hermanos han permitido caer en el tal error concerniente al Espíritu Santo. (Un Comentario Sobre Las Epístolas de Pedro, Juan y Judas, pp. 299-301, por Guy N. Woods, publicado por el Gospel Advocate Company, Tennessee, 1954--[NOTA DEL TRADUCTOR: Las páginas son así en la versión inglesa; puesto que aún no se ha impreso la versión castellana, no podemos dar las páginas exactas. L.M.C.]

Y en esto conocemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.--Este verso declara, (1) Dios permanece en nosotros; (2) tenemos conocimiento de Su presencia que permanece; (3) tenemos este conocimiento por el Espíritu que Él nos ha dado. Debe observarse que no es *la manera de la entrada* ni el *modo* de la morada del Espíritu a lo que aquí se refiere, sino al *hecho* de ello. El Espíritu asegura la aprobación al motivar al que lo posee hacer las cosas que hace posible que el Padre y el Hijo permanezcan en nosotros. Si se pregunta *cómo* hace eso el Espíritu, la respuesta es: Por medio de la palabra de Dios, la única fuerza motivadora es contacto inmediato con el individuo. Ni aquí ni en otras partes enseñan las Escrituras la operación directa del Espíritu Santo, ya antes o después de la conversión. Es tan erróneo asumir un impacto inmediato del Espíritu en el corazón del cristiano como lo es argumentar con referencia a tal impacto en el corazón del pecador. La realidad de la morada del Espíritu es con frecuencia afirmado en las Sagradas Escrituras. La forma o manera de tal cosa es una pregunta totalmente diferente. No siempre se distinguen las dos; y el resultado es, una posesión de la teoría obtenida antes que fácilmente se introduce en nuestra exégesis y da color a nuestra explicación, si no tenemos cuidado. El hecho de que las Escrituras afirman que el Espíritu mora en el cristiano, no justifica la conclusión que esta morada es personal, inmediata, y que es aparte de la Palabra de Dios. Cristo está en nosotros (Colosenses 1:25); no hemos de inferir de esto que en alguna manera misteriosa e incomprensible Él ha, en Su propia Persona, tomado morada en nosotros. ¿Por qué hemos de caer en error semejante con referencia a la tercera *Persona* de la Deidad--el Espíritu Santo? (Ibíd., p. 286).

Pero él da mayor gracia.— (*Meidona de didosin charin*, "además, él da mayor gracia".) El antecedente de "él" es Dios, el que hecho al espíritu (lo ha hecho) morar dentro de nosotros. Dios da mayor gracia. ¿Por qué nos da gracia, y por qué es descrita como mayor gracia? Es como si las personas a quienes había escrito el pasaje anterior hubiesen dicho, "Ha descrito correctamente nuestra situación; y, es muy cierto que estamos dispuestos a ser codiciosos y envidiosos, pero esta disposición está en

nuestras partes más íntimas, siendo dirigida por nuestros espíritus. ¿No es entonces nuestra situación sin esperanza y vana?" La respuesta de Santiago es, "No. Concediendo que así sea su situación, no hay ninguna razón obligatoria para que cedan a tales deseos, pues hay *gracia* para ayudarles, suficiente gracia para llenar sus necesidades, una gracia mayor que las tentaciones que puedan traerlos abajo". Esa declaración nos recuerda de Romanos 5:20, 21: "Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó en la muerte, así también la gracia reine por medio de la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, nuestro Señor." La gracia siempre sobrepasa la necesidad y es suficiente en cualquier situación en que sea suplida. Hay un contraste implicado entre envidia y gracia. La envidia posee el corazón de hombres débiles y vacilantes; la gracia de Dios siempre está disponible para asistirlos para triunfar sobre sus tentaciones. Es muy significativo (y el pensamiento debería alegrar nuestros corazones) que el verbo "da", (*didōsin*) está en una construcción en el texto griego que sugiere acción continua. ¡Dios *sigue* dando gracia para ayudarnos a resistir las seducciones de Satanás toda la vida! Y, el verbo mismo denota etimológicamente un don que es dado gratuitamente. Dios, en Su gracia, continúa y abundantemente nos da una mayor gracia que cualquier necesidad que podamos tener. Si Dios requiere de nosotros un rendimiento completo del mundo y sus malos asuntos, Él nos recompensa con una superabundancia de riquezas de gracia involucrando asuntos que el mundo jamás nos podría dar.

Por lo cual dice:— (*Dio legi*, literalmente, "Por lo tanto, dice...") El tema del verbo griego se entiende, y debe de ser suplido. Los traductores pensaban que el pronombre se refería a la Escritura, y así lo tradujeron; otros pensaban que era un nombre propio, *Dios*, que tendrían que poner, con la traducción de, "Por lo tanto, Dios dice..." Cualquier traducción que sea correcta, el significado de toda la declaración es el mismo. La conjunción *dio*, traducida "por lo tanto", significa "por la razón", "por esto", "debido a", y denota una condición sobre la cual Dios dará una mayor gracia según mencionada anteriormente. De nuevo, para sostener su propia premisa con la cita considerada totalmente con autoridad por sus lectores, Santiago cita un pasaje del Antiguo Testamento.

Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.— Ésta es una cita de Proverbios 3:34, y de la traducción de la Septuaginta, una traducción de la Escritura del Antiguo Testamento del hebreo al griego, hecha como unos trescientos años antes de que Cristo viniera a la Tierra, y es la traducción griega de las Escrituras que nuestro Señor y los apóstoles y otros escritores sagrados usaron. Este pasaje, en nuestro Antiguo Testamento hoy, lee, "Ciertamente él escarnece a los escarnecedores, y a

los humildes concede su favor" (Proverbios 3:34). La cláusula, "Dios resiste a los soberbios", es, en el texto griego, *jo theos juperefanois antitassetai*, literalmente Dios contra el soberbio se pone así mismo en orden de batalla. "Resiste", es de *antitasso*, un término militar que significa de ponerse en orden de batalla; y, "soberbios" de la preposición *juper*, y el verbo *fainomai* literalmente mostrarse sobre los demás. Se dice que Dios pelea contra los que se elevan a sí mismos de esta manera. Los humildes tienen a Dios a su lado; Dios se opone a los soberbios. Se observará que la palabra traducida "resiste", en este pasaje es *antitassetai*, de *anti*, contra, y *tasso*, poner; "los soberbios" de *juper*, sobre, y *fainomai*, mostrar. Las preposiciones, *anti*, y *juper*, tienen aquí mucho significado. Dios está *contra* los que con arrogancia se muestran *sobre* los demás. Dios acepto el desafío y se pone en orden de batalla contra ellos.

Dios "da gracia a los humildes", (*tapeinois de didosin charin*, "Además, a los humildes, Dios sigue dando gracia".) De esta manera, con escritura adicional es la afirmación del escritor sagrado al establecer el pasaje anterior. "Los humildes" (*tapeinois*) son aquellos que son pobres en espíritu; éstos son los recipientes de la "gracia" (favor) que Dios da gratuita y continuamente. Dios es el dador y Sus hijos los recipientes de la gracia (favor no merecido) que es dada para llenar a nuestras necesidades. Deberíamos estar impresionados con el hecho, y, además, muy agradecidos, aun en este mundo, que Él *nos da* mucho más de lo que tenemos que *ceder*, y luego agrega a esto la vida eterna en el mundo venidero: "Pedro comenzó a decirle: Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús dijo: En verdad os digo, no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por causa de mí y por causa del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y en la era venidera, vida eterna" (Marcos 10:28-30).

SUMISIÓN Y EXALTACIÓN

4:7-10

7 Someteos, pues, a Dios;— "Someteos", es traducido de *jupotagete*, un agresivo aoristo pasivo en el modo imperativo, de *jupotasso*, derivado de *jupo*, bajo, y *tasso*, ponerse a uno mismo; de ese modo, ponerse uno mismo bajo (en este caso) de Dios. Se recordará que el verbo "resiste", en la segunda oración del verso 6, el anterior, es de *antitasso*, compuesto de *anti*, contra, y *tasso*, poner. La raíz tiene una connotación militar, y significa ponerse en orden a sí mismo; por lo tanto, "Dios se pone en orden contra los que son soberbios; asegúrate de ponerte en orden bajo Dios". El verbo significa ponerse en orden en la posición de los que se ponen en el

servicio de Dios; y, en el imperativo aoristo denota acción inmediata, acción bajo la influencia de un sentido de urgencia. Es significativo aquí que hay diez casos en el imperativo aoristo en versos 7-10, todos con una nota de urgencia, y requiriendo una acción inmediata y recta. Pedro con frecuencia se refiere a esta obligación, y de la cual tiene ejemplo en 1 Pedro 5:5, 6: "...Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte a su tiempo" (Véase también, 1 Pedro 2:21-23). El tiempo aoristo sugiere un acto hecho una vez y por todas en el cual nos hemos de poner para siempre en la posición de soldados fieles de Dios, y de *permanecer* allí. No podemos de manera alguna agradarle al ser un soldado hoy y mañana ser un ciudadano del mundo. Pablo amonesta a Timoteo: "Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que está alistado como soldado se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado" (2 Timoteo 2:3, 4). Y, Juan escribió, "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15). No debemos de pasar por el alto el hecho de que hay mucho más involucrado aquí que el mero ejercicio de escoger entre la sujeción a Dios y al mundo. El verbo *jupotagete* involucra el caso de escoger entre el dominio de nuestro propio espíritu soberbio, y la voluntad de Dios. Requería entronar a Dios en nuestros corazones, y dejar que eso domine nuestras vidas. Sólo al entregarnos totalmente a Su voluntad podremos desempeñar el deber descrito en este pasaje. Era el diseño de Santiago enfatizar esta obligación para que aquellos a los cuales Santiago escribió pudieran obtener para sí mismos la gracia que abunda para toda necesidad. Y, se involucra más que una mera obediencia mecánica. Uno puede, por lo más factible, encontrar con propiedad someterse a la voluntad de otro; pero sólo los que permiten que la voluntad de Dios sea soberana en sus vidas, realmente se sujetan a sí mismos a Él.

resistid al diablo,— (*antistete de toi diaboloi*, tomar su posición contra el diablo.) "Resistid", de un verbo aoristo activo imperativo de *antijistemi*, que en torno, es de *anti*, contra, y *jistemi*, tomar posición. Ésta, también, tiene una connotación militar, y con frecuencia era usada de los que se ponían a sí mismos en posición de batalla contra un enemigo que mantenía su terreno. Por lo tanto, hemos de enfrentar a Satanás en posición de batalla, para reconocerlo como un formidable enemigo peligroso, y para luchar en contra de sus avances. En el esfuerzo vamos por el todo; y, se trata de vida o muerte. El hombre debe de resistir (tomar posición contra) Satanás o ser tomado cautivo por él. No puede haber armisticio alguno, ni ofrecer términos de amnistía; es una guerra para sobrevivir. Afortunadamente, el cristiano no está sin la ayuda poderosa y armas

efectivas de defensa: "Por lo demás, hermanos míos, robusteceos en el Señor, y en el vigor de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo cumplido todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, embrazando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda deprecación y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos" (Efesios 6:10-18).

El que hemos de resistir es "al diablo" (*toi diaboloi*, el acusador, el calumniador). Como lo indica su nombre, él es un calumniador, chismoso, uno que calumnia a otro con el fin de lastimar. Otros nombres asignados a este ser maligno en la Escritura es Satanás (un contrario), el Dragón, el Malo, el ángel del abismo, el príncipe de este mundo, el príncipe de los poderes del aire, el dios de este mundo, Belial, y Belcebú. El *diablo* es el dirigente de una gavilla de espíritus malos (Mateo 8:28; 9:34; 12:26; Lucas 11:18, 19), el enemigo de Cristo y del pueblo del Señor (Mateo 13:19, 39; Marcos 4:15), un homicida desde el principio (Juan 8:44), un enemigo a y un falsificador de la palabra de Dios (Mateo 13:19, 39), cuya destrucción será lograda en conexión con la venida de Cristo (2 Tesalonicenses 2:3, 4), y cuyo destino será un lago de fuego que es la segunda muerte (Apocalipsis 20:10; 21:8). Para la diferencia entre el *diablo* y los *demonios*, vea los comentarios sobre Santiago 2:19.

Resistimos al diablo al siempre rehusar ceder a sus seducciones, y por repeler y oponerse a sus tentaciones. Él tiene muchos trucos (2 Corintios 2:11), y no debemos de ignorar sus estratagemas. Siempre está ocupado de sus esfuerzos insidiosos para seducir a los buenos; y, "como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar" (1 Pedro 5:8). Es necesario, por lo tanto, como Pedro amonestó, ser "sobrios" y "velad", con referencia a este "adversario".

Sería, no obstante, un error fatal asumir que Satanás *siempre* se identifica a sí mismo como tal, o de anunciar sus intenciones por adelantado. Con frecuencia, se mueve entre nosotros muy callado, con cortesía y aun en forma piadosa con su influencia tan mansa como el céfiro de verano hasta que logra sus malos diseños. Con frecuencia está en el

púlpito, pasando como un ministro del Señor: "Porque los tales son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y no es de extrañar, porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Así que, no es mucho el que también sus ministros se disfracen como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras" (2 Corintios 11:13-15). La prueba del maestro no a de ser buscado en la piedad que aparenta, sino que en la lealtad a la palabra de Dios que demuestra en palabra y en vida.

y huirá de vosotros.— De ninguna manera es el diablo tan valiente como aparenta. En una confrontación por los santos de Dios, huye, y abandona su esfuerzo, por lo menos por un tiempo. Por lo tanto, los cristianos no deben temer del resultado si firmemente resisten al diablo. Somos asegurados de no ser tentados más de lo que podemos resistir (1 Corintios 10:12, 13), y el Señor nos ha dejado un ejemplo en su uso efectivo de la espada del Espíritu en el Monte de la Tentación (Mateo 4:1-11). Hecho de esa manera, el diablo huirá de nosotros, como lo hizo en ese histórico encuentro.

Es importante observar que resistimos a Satanás sólo por un rechazo total de sus esfuerzos. Uno que cede, aun al grado más mínimo, toma un paso que eventualmente lo llevará a una entrega total. Uno que nunca prueba licores embriagantes, por ejemplo, jamás llegará a ser un borracho; uno que cede a la tentación para probarlo "sólo una vez" puede llegar a cultivar el gusto que le será irresistible, haciéndolo incapaz para dejar su participación, y así, llegar a ser un alcohólico. En donde Satanás está involucrado, estamos seguros sólo al seguir el mandato de Santiago, "Resistid al diablo..."

8 Acercaos a Dios,— "Acercaos", (*enggisate*, aoristo activo imperativo de *enggus, cerca*), *jes un mandato para acercarse a Dios!* El tiempo designa un acto decisivo una vez y por todas, que no tolera demora o vacilación. Esta declaración parece estar en conexión íntima con, y debe de se ser considerada como parte de la amonestación general de Santiago en esta sección. Hemos de, (1) resistir al diablo; (2) entonces él huirá de nosotros; (3) hemos de permanecer cerca de Dios; (4) luego Dios se acercará a nosotros. Sólo en tal curso hay seguridad. El edicto del escritor aquí es una condición precedente al favor de Dios que puede ser disfrutado sólo por aquellos que así hacen. David dijo a Salomón, "Y tú Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón entero y con ánimo generosos; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscas, lo hallarás; mas si lo dejas él te desechará para siempre" (1 Crónicas 28:9).

Uno no se acerca a Dios al hacer el intento de acercarse a Él físicamente. Realmente no está lejos de ninguno de nosotros (Hechos

17:28; Deuteronomio 4:7; Jeremías 23:23); aun los pecadores no pueden escapar de Su presencia. “¿Adónde me iré lejos de tu espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol trato de acostarme, he aquí, allí tú estás. Si tomara las alas del alba y emigrara hasta el confín del mar, aun allí me alcanzaría tu mano, y me agarraría tu diestra” (Salmo 139:8-10). Nos acercamos a Dios cuando estudiamos Su palabra, le adoramos en espíritu y en verdad, y le servimos fielmente. Durante uno de los períodos de fidelidad de Israel a Dios, Moisés dijo, “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que los pongáis en práctica en medio de la tierra en la cual vais a entrar para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponédlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es ésta. Porque “qué nación grande hay *que tenga dioses tan cercanos a ellos* como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:5-8).

Los sacerdotes del orden viejo, cuando venían al santuario se decía de ellos que se acercaban a Dios (Éxodo 19:22); y, puesto que todos los cristianos son sacerdotes hoy (1 Pedro 2:9), y así, con el privilegio de acercarse a Dios en la adoración, se acercan a Él en adoración. No hemos de inferir de esto que sólo en tales ocasiones nos acercamos a Él; hemos visto que el tiempo del verbo “acercaos” sugiere un acto una vez y por todas, y se refiere a un definitivo acto decisivo en que uno pone al pecado y a Satanás a un lado, y se acerca a Dios. El verbo es intransitivo; por lo tanto, la acción es del hombre; y aunque Dios por incentivo atrae, es la responsabilidad del hombre venir a Dios. De algunos Jesús afirmó, “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5:40).

y él se acercará a vosotros.— Esto sigue cuando nos acercamos a Dios. Él se acercará a nosotros, ¡si nosotros nos acercamos a Él! El verbo aquí está en el futuro; y, la promesa es condicional. Asarías, por el Espíritu de Dios, testificó a Asa, “Jehová estará con vosotros, si vosotros estáis con él; y si le buscáis, será hallado de vosotros; mas si le dejáis, él también os dejará” (2 Crónicas 15:2). Pablo recordó a los romanos: “Mirad, pues, la benignidad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la benignidad para contigo, si permaneces en esa benignidad; pues de otra manera, tú también serás cortado” (Romanos 11:22). E Isaías, en un pasaje familiar, amonestó: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será

amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7). Podemos, por lo tanto, como el escritor sagrado declara, acercarnos “con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (Hebreos 10:22), con la seguridad que el Señor vendrá y nos recibirá, y se agrada con nuestras devociones. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, de ningún modo le echaré fuera” (Juan 6:37). Los que escogen permanecer a distancia de la Deidad no necesitan esperar las lluvias de bendiciones que la humanidad necesita.

Pecadores, limpiad las manos;— "Limpiad", *katharisate*, segunda persona plural del aoristo activo imperativo de *kathatizo*, limpiar, y con frecuencia en un sentido ritual, refleja la práctica judía de la purificación (Marcos 7:3, 19; Éxodo 30:19-21); es recordativo del modo levítico de adoración en el templo y en el tabernáculo, y sería, por lo tanto, un significado muy vivo para los cristianos judíos entre aquellos a los cuales Santiago escribió. Sin duda, la frase familiar, "Acercaos a Dios", que lo precede, y que con tanta frecuencia se usaba de aquellos que se acercaban a Dios para adorar en el orden más antiguo (adoración judía), llevaba a esta frase ritual, "limpiad las manos..." Se dijo a los que venían al tabernáculo en el desierto, y al templo en Jerusalén, "acercarse a Dios", porque allí estaba Su Santa Presencia. Y, puesto que se requería de los sacerdotes lavarse sus manos y sus cuerpos antes de ejercer sus deberes en aquella adoración, así los adoradores hoy han de "limpiad las manos", como un requisito para la adoración aceptable en el nuevo orden, el cristianismo (Éxodo 30:20; 2 Corintios 7:1). La *limpieza* es, claro, figurativa: y tiene referencia a la pureza de vida y corazón en nuestro acercamiento a Dios. Este es un concepto común en la Escritura, y el uso figurativo es además visto con frecuencia. “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. *Lavaos, limpios*; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad la justicia, reprimid al opresor, defended la causa del huérfano, amparad a la viuda" (Isaías 1:15-17).

Aquí, son las manos, (*cheiras*) que han de ser limpiadas. Manos sucias son, en las Escrituras, un símbolo de culpabilidad: "Viendo Pilato que nada conseguía, sino que más bien se formaba un tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Soy inocente de la sangre de este justo; allá vosotros" (Mateo 27:24). En este caso, Pilato asumió que las manos limpias era suficiente, sin considerar la condición de su corazón. En contraste con este concepto común, Jesús dijo, "Porque *del corazón* salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre" (Mateo 15:19, 20). Los fariseos erraban en asumir que la

limpieza ceremonial era suficiente; y, ponían poco y nada de énfasis en la pureza del corazón. Los pecadores limpian sus manos al poner atrás toda culpa y transgresión; sus corazones son purificados en la obediencia a la verdad: "Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para un amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro" (1 Pedro 1:22). No hay artículo ante la palabra "manos", en el texto griego, y de esta manera el nombre es abstracto en su significado y está por aquello que las manos hacen. Las manos son los instrumentos por medio de los cuales se hacen las obras; limpiar las manos es limpiar nuestras acciones de obras malas e indignas. David dijo, "Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová, haciendo resonar mi voz de acción de gracias, y proclamando todas tus maravillas" (Salmo 26:6-7).

Los que son amonestados a limpiar sus manos son llamados "pecadores", (*jarmatoloi*) por el hecho de que su conducta era totalmente reprensible a Dios, aunque habían obedecido al evangelio y eran, por lo tanto, miembros de la iglesia. Ha de notarse que el término más común "hermanos", por medio del cual Santiago usualmente dirigía a sus lectores, da lugar a este agudo término de reproche en este caso. Esto sin duda fue hecho para impresionarles con la seriedad de la situación, y para sacudirlos a la acción del remedio. Fue traído por su amistad con el mundo; y podría ser eliminado sólo por una terminación inmediata de esta relación. En un pasaje de importe parecido, Pablo amonestó a los corintios: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué asociación tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué armonía Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué concordia entre el santuario de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el santuario del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.

Por lo cual,
Salid de en medio de ellos, y
Apartaos, dice el Señor,
Y no toquéis lo inmundo;
Y yo os acogeré
Y seré para vosotros por Padre,
Y vosotros me seréis por hijos
e hijas, dice el Señor Todopoderoso.

Así que, amados, puesto que tenemos estas promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Corintios 6:14-18; 7:1).

y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones.— La palabra "purificad" (*jagnisate*, aoristo activo imperativo de *jagnizo*, para hacer limpio, con frecuencia, de una manera ceremonial) tiene referencia aquí a la limpieza moral (1 Juan 3:3; 1 Pedro 1:22). Aquí, también, se ve la influencia judía, aunque el significado del pasaje va mucho más allá de una mera purificación ceremonial, y requiere la eliminación de todo pecado del corazón y de la vida en cuanto a todo lo que sea posible. Purificar el corazón tiene una referencia particular a los *medios* y a la *fuentes* del pecado en la persona; limpiar las manos de la ejecución de los *actos* de pecado. El corazón es el manantial del mal; las manos son (figurativamente) los instrumentos por medio de los cuales los propósitos del corazón pecaminoso son logrados. Así que tanto la *fuentes* como los *medios* del pecado han de ser purgados, si uno ha de recibir las bendiciones de la gracia prometidas antes por Santiago. Así como la referencia a las *manos* está sin artículo, así también la palabra "corazones" está sin él. Por lo tanto, limpiad manos, purificar corazones.

Por el significado del término traducido "doble ánimo", (*dipsuchoi*), en nuestro texto, vea los comentarios de Santiago 1:8. El mundo siempre está alrededor nuestro, y sus influencias con frecuencia son muy fuertes. Es muy difícil aun para los más buenos evitar las contaminaciones de la edad; y, frecuentemente los cristianos sienten tirándoles diferentes influencias. Los que toleran esta situación, y permiten que siga, se encuentran vacilando en sus lealtades, con la influencia de intereses conflictivos, y con una lealtad dividida. En consecuencia, les falta la unidad de pensamiento y la singularidad de propósito que deberá caracterizarles; y, por lo tanto, son de doble ánimo (literalmente, hombres de dos mentes). Los tales son, en parte, religiosos; no obstante, añoran por las cosas del mundo. Un hombre de dos mentes es uno que ora a Dios, sin embargo, tiene una mirada por el mundo que lo hace dispuesto a una atención dividida. Si podría, *amaría* al mundo y *viviría* con Dios. Claro que eso es imposible; pero, ¡cuántos de nosotros con frecuencia parece que queremos lograr justamente eso! Se recordará que Abraham dijo al rico de Lucas 16, "Hijo, acuérdate que recibiste *tus bienes* en tu vida, y Lázaro, del mismo modo, males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado" (Lucas 16:25). Debemos escoger dónde tendremos nuestros "bienes", puede ser *o* aquí o en el más allá. Jesús solemnemente urgió: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os sean añadidas" (Mateo 6:33). Pablo advirtió: "Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien redargüidlas" (Efesios 5:11).

9 Afligíos, y lamentad, y llorad.— El verbo "afligíos", (*talaiporesate*, aoristo activo imperativo), significa ser miserable, llevar y ser consciente de cargas pesadas. De esa manera, éstos a quienes Santiago escribe se les

urgen de estar conscientes de la carga de pecado que estaban llevando--el primer requisito para el arrepentimiento. El escritor les está instruyendo a que impongan sobre sí mismos actos de arrepentimiento en base de que entre mayor que sea la carga que sufren, más dignos son de la salvación; pero, deben adquirir un sentido de la enormidad de su pecado, para que pronto dejen todo eso en verdadera penitencia. Los que tienen un sentido profundo del pecado son miserables; Pablo, en el extraordinario pasaje de Romanos y, en contemplación del hombre sin esperanza del evangelio clamó, “¡Miserable hombre de mí!; ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7:24). Es el llanto desesperanzado de la persona sin Cristo; y es una representación viva de la condición de cada persona consciente de la carga intolerable de pecado que lleva sin el conocimiento de Cristo y Su Causa, y del glorioso alivio que da. Esto, Pablo claramente indica en la siguiente declaración: “Gracias doy a Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 7:25). Desvalido y perdido sin Él, hay esperanza y seguridad en Cristo.

Esta miseria, si bien sentida, resultará en lamentación y lloro. La gente que está bien consciente de su rebelión contra Dios, sentirá y exhibirá pesar por sus pecados. Pedro lloró amargamente sobre su lapso trágico; y la mujer pecadora de Lucas 7:27-50 lloró sin pena a los pies de Jesús. Así que, los que estaban en la mente de Santiago, lejos de gloriarse en su culpa, tendrían que haber sentido pesar y vergüenza por su condición, y de haber mostrado remordimiento en lamentación y lloro, en vez de risas y felicidad. Este pasaje deberá de impresionarnos con la realización de que no debemos tomar en poco una vida pecaminosa, y no debemos hacer el intento de sacudir, como algo trivial e inconsecuente, nuestra culpa; en vez, debemos estar dolorosamente conscientes de, y sentir el peso de, el desagrado de Dios cuando hemos pecado, y debemos sentir y dar evidencia de dolor por ello. Con frecuencia, los que más necesitan de arrepentimiento son los que menos se preocupan; y los que deben exhibir tristeza por el pecado están alegres, frívolos y vanos. Tal disposición es totalmente opuesta a lo que deberá caracterizar a personas bajo la censura de Dios.

Que vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza.— No hemos de asumir por esto que el Espíritu Santo desapruueba a los de corazón liviano y a los que con frecuencia son dados a la risa y al gozo. El cristianismo es una religión feliz, y los que verdaderamente son buenos deberán ser sinceramente felices. Nuestro Señor honró con Su presencia una fiesta de bodas (Juan 2:1 sq.), tradicionalmente una de las ocasiones más felices. Vistos aquí son aquellos que han estado en pecado; quienes deberán, por lo tanto, sentir la culpa involucrada, y mostrar evidencia de penitencia. Aquellos cuyas manos están manchadas de pecado, y cuyas vidas están contaminadas por la corrupción del mundo, no

están en posición alguna de reír y estar con gozo. En lugar de eso, deben lamentarse sobre su maldad, y dejarse caer a los pies de Jesús implorando misericordia. "Risa", (*gelos*), no es, por sí sola pecaminosa; es, en realidad, uno de los dones afables para los que son fieles; "He aquí, Dios no rechaza al hombre íntegro, ni apoya la mano de los malignos. Aún llenará tu boca de risa, y tus labios de júbilo" (Job 8:20, 21). No obstante, hay una clase de risa que sale de un corazón malo que demuestra perversidad y rebelión. Los que tienen parte con tal risa deben eventualmente llorar, no por una penitencia sincera, sino por un sentido de pérdida abrumador, cuando sus pecados los han traído a juicio: "¡Ay de vosotros, los que os reís ahora!, porque os lamentaréis y lloraréis" (Lucas 6:25). Los que lloran por un reconocimiento de pecado encontrarán consuelo: "Bienaventurados los afligidos, porque ellos recibirán consolación" (Mateo 5:4).

La palabra por "llanto", es un término que se aplica de la misma manera en otros pasajes (Marcos 16:10; Apocalipsis 18:16), es *penthesate*, aoristo activo imperativo de *pentheo*, una palabra que originalmente significaba lamenta sobre los muertos, y luego para designar gran dolor, se deriva de la misma raíz de la que usó nuestro Señor en la segunda Bienaventuranza. Había en la palabra la sugerencia de una exhibición de lamentación; en realidad, los griegos usaban prendas negras como evidencia de ello; y Santiago enfatiza aquí que la risa liviana (que todos pueden *oír*) debe ser convertida en lloro (que todos puedan *ver*).

Además, el "gozo" que algunos de aquellos a los cuales Santiago escribió estaban viviendo habría de convertirse en "pesadumbre". Debe notarse que hay dos pares de contrastes sacados en esta sección: risa y lloro, gozo y tristeza. La risa ha de convertirse en lloro, el gozo en tristeza. El primer par es principalmente externo en carácter; el segundo par es más semejante a disposiciones de corazón. La palabra traducida "tristeza", *katepheian*, es compuesta de *kata*, bajo y *fae*, ojos; por lo tanto, uno con los ojos bajos, uno cuya apariencia es de depresión triste. Un ejemplo de esta disposición ha de verse en el caso del publicano que no quería ni aun alzar los ojos al cielo, "sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lucas 18:13). Esta actitud no ha de ser identificada con un espíritu colérico y una disposición lóbrega; es un sobrio estado consciente del peso y la culpabilidad del pecado. Hoy, como entonces, hay muchos que deberán ser penitentes, tristes y contritos sobre sus pecados, pero que son vanos, alegres y frívolos, y por quien espera un día terrible de juicio.

10 Humillaos delante del Señor,— El espíritu de humildad es una característica peculiar de los discípulos fieles y es mandado repetidas veces en los escritos sagrados (Mateo 23:12; 18:3). La palabra, "humillaos", es

del griego *tapeinothete*, aoristo pasivo imperativo de *tapeino*, y literalmente significa *ser humillado*, en vez de "humillarse a sí mismo". Ocasionalmente, el pasivo tiene un sentido medio o reflexivo, y éste muy bien puede ser aquí el significado. Ya sea que uno se humille a sí mismo o que uno sea humillado, el resultado es el mismo; y es aquello que aquí se manda. La humildad es una aceptación voluntaria de un lugar bajo para poder agradar a Dios. Mientras que Santiago tenía en mente la humildad en un acto de arrepentimiento, la humildad de vida se enseña repetidas veces en el Nuevo Testamento. Pedro, por ejemplo, escribió: "Y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (1 Pedro 5:5). Antes, Pedro había señalado deberes aplicables a diferentes grupos y personas; aquí, el esfuerzo para designar obligaciones de diferentes clases es hecho a un lado y el deber general es declarado. Es como si el Apóstol hubiese dicho, "¿Para qué hacer el intento de especificar los deberes particulares para cada clase cuando un mandato cubre a todos?" "Revestíos" es traducido del verbo griego *engkombomai*, un término muy interesante y de mucho significado. El sustantivo de donde es derivado (*Kombos*) significa un nudo; y la forma del sustantivo significa atar un nudo. De este sustantivo se deriva el verbo de nuestro texto, denotando cómo la prenda es atada. Era usada al principio de la era cristiana de la blanca bufanda o delantal que los esclavos usaban apretadamente atados alrededor de su cintura para distinguirlo de los hombres libres. Usada aquí figurativamente, significando, "Ata la humildad como el delantal del esclavo". Así los santos habrían de vestirse de humildad; atarla con seguridad como una prenda que jamás habría de caerse. Pedro probablemente tenía un retrato vivo al escribir estas palabras de la ocasión cuando el Señor se ató la toalla y lavó los pies de los discípulos (Juan 13:10-17). Las declaraciones de Pedro y de Santiago son casi idénticas aquí (Cf. Santiago 4:10 con 1 Pedro 5:5).

Es posible que uno aparezca humilde cuando el motivo no es el correcto; para ser aceptable, debe ser por el propósito de agradar a Dios, y no para recibir los aplausos de los hombres. Tenemos en la historia del hijo pródigo, un ejemplo espléndido de la humildad y la contrición. Dijo en aquella lejana región cuando vino en sí, "Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus jornaleros" (Lucas 15:18, 19). Y, como el padre se regocijaba al tener el regreso de su hijo que se había perdido, así Dios con gozo recibe, restaura y exalta Sus pródigos que regresan.

y él os exaltará.— "Él" es Dios, el Padre, contra quien todo pecado es cometido; aunque la referencia puede ser simplemente a la Deidad que, en este caso es *uno*, en cuanto respecta al pecado. Cuando el hombre peca,

peca contra toda la Deidad, -- el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pedro dijo al primer mentiroso e hipócrita descubierto en la iglesia primitiva, "Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y te quedases con parte del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios" (Hechos 5:3-4).

La manera para llegar a una verdadera exaltación es por medio de la humildad. Nuestro Señor dijo, "Mas cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado; y cualquiera que se humille a sí mismo, será ensalzado" (Mateo 23:12). Esto nos enseña que el *camino hacia arriba* es *primero hacia abajo*; el camino a la verdadera grandeza es por el camino de la completa abnegación. Los que van hacia Dios en penitencia, por más grande que sean sus pecados, se les asegura un perdón completo. David, bien consciente de la enormidad de su pecado, humildemente lo confesó, y rogó por misericordia: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis delitos...Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí". Asegurado que Dios haría esto, él escribió una declaración que ha traído esperanza y consuelo a miles que han quebrantado la ley de Dios, y tienen la pesada carga del pecado: "*Sacrificio es para Dios un espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no lo desprecias tú, oh Dios*" (Salmo 51:1:19).

SECCIÓN 9

4:11, 12

EL HABLAR MAL ES CONDENADO

4:11

11 Hermanos, no habléis mal los unos de los otros.— Santiago vuelve a un tema, *el uso incorrecto de la lengua*, que ha reclamado su atención vez tras vez en la Epístola. A ningún otro asunto dedica tanto tiempo y espacio. Por lo tanto, debemos concluir que aquellos a quienes él escribió tenían tendencia particular a este pecado y por eso, la necesidad de instrucción especial y las advertencias concerniente a este asunto. Si los de ese día tenían tendencia de pecar en esa manera, muestran el hecho que eran muy semejantes a nosotros hoy; seguramente de que no hay un pecado más común entre los "santos" y los pecadores de hoy en día; y ninguna indicación más clara y obvia de la depravación del hombre que la disposición de ocuparse de la calumnia y de la detracción. Es muy probable de que el escritor tuvo la intención de que esta sección estuviera conectada íntimamente con la anterior; la disposición orgullosa y altanera allí comentadas con frecuencia llevan los que suponen su propia superioridad al hablar con desdén de aquellos que ellos consideran inferiores a ellos. Además, el escritor había hablado en detalle, en los versos anteriores, los pecados que resultan de una ausencia del amor a Dios; aquí, pone atención a aquellos pecados que vienen de una ausencia de amor para los hermanos. Es, claro, la falta del amor unos para con los otros que nos mueve a expresar juicios adversos concerniente a otros. Especialmente tenemos tendencia de hacer excusas para aquellos que apreciamos y amamos; excusar, justificar y perdonarlos por sus debilidades; y criticar, condenar y azotar a los que no apreciamos. Tal disposición es pecaminosa, y vigorosamente condenada por Santiago en esta sección. Uno puede hablar de otra persona al injustamente criticar sus acciones, palabras y vida; al tomar malos reportes originados por otros contra un hermano y darle una circulación adicional. Toda actividad semejante de censura es pecaminosa y mala.

“No habléis uno contra el otro”, (*me katalaeite allelon*), es, literalmente, “¡Dejen ya de hablar uno contra el otro!” El imperativo con el negativo *me* (no), es significativo, y condena el hábito o práctica de ocuparse de esa manera. Esta construcción prohíbe no sólo el *acto*, sino que también la *voluntad* de hacerlo. Esto incluye y prohíbe no sólo la *expresión* de palabras rudas sino que también el *entretener* tales *pensamientos*. Si la traducción aquí debe ser "unos contra los otros", o

"sobre unos de los otros", el significado, en este caso, es muy semejante; lo que se condena es hacer malos comentarios concernientes a otros. De que éstos a los cuales Santiago escribe estaban activamente ocupados en lo que él prohíbe es evidente del uso del imperativo presente con el negativo; por lo tanto, "Dejen de hablar unos contra los otros". Aquellos que estaban involucrados de esta manera son llamados *hermanos*. Así es que, los miembros de la iglesia no son inmunes de este pecado.

Nos haría bien recordar que hay tal cosa como *hablar mal*, también hay el *oír mal*, algo que necesariamente también acompaña el *hablar mal*. De hecho, que si no fuera por los que *oyen* a las calumnias concernientes a otros, no habría nadie para *hablar* tales cosas. Porque nos *gusta oír* cosas malas unos de los otros es la razón básica porque los calumniadores se *deleitan al decir* cosas malas de otros. Tenemos la tendencia, como conversadores, relatar asuntos que complacen a nuestros oyentes; y, porque muchos oyentes se deleitan en calumnias, somos tentados a satisfacer ese deseo, y así, decirles lo que sabemos les complace. El "rebajar a alguien" era un pecado común. El verbo no sólo implica hablar mal, sino que hablar en la ausencia de la persona, i.e., "detrás de sus espaldas". Los que toman parte en tal conversación desagrada en gran manera al Padre, y efectivamente cierra la puerta de la gracia contra ellos. David indagó, "Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?" El salmista contesta sus propias indagaciones con estas palabras: "El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. *El que no calumnia con su lengua*, ni hace mal a su prójimo, ni hace agravio alguno a su vecino..." (Salmo 15:1-3).

El que habla mal del hermano y juzga a su hermano, habla mal de la ley y juzga a la ley;— Juzgar a un hermano, en el sentido de la intención aquí, es formar una opinión desfavorable concerniente a él sin estar capacitado ni tener la voluntad de conocer el verdadero carácter del acto condenado, o los motivos que llevaron a su comisión. Es acusar de motivos indignos a otros; poner la peor interpretación posible en sus palabras y sus acciones. El que así obra no sólo viola el mandato que prohíbe hablar mal contra un hermano, tal persona también habla contra la ley, y juzga a la ley. Esto hace uno, al ignorar ese precepto de la ley que nos anima a amarnos unos a los otros, y al actuar de una manera contraria. Al rehusar hacer lo que la ley manda,--amar al prójimo como a uno mismo--tal persona pasa juicio sobre la ley al declararla que no es buena ni digna de obedecerla. En efecto, tal práctica dice que la ley del amor es mala, o por lo menos, defectiva; y, por lo tanto, puede ser descartada. Esta actitud es soberbia y presumida; ¡es un mal intento para pasar juicio sobre los hechos de Dios mismo! Ejercer el oficio de uno que censura es de hacer la parte de juez; y esto hace uno al abandonar la ley del amor y hablar mal de

sus hermanos. El lugar propio de los cristianos de “ser hacedores de la ley”, no jueces de ella; y de ser culpable de lo que Santiago condena--catalogando las faltas de otros--es de violar la misma ley por la cual los tales muestran tanto respeto.

pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez.— El “juicio” condenado aquí es el juicio censorador, un tipo de crítica de mala voluntad que resulta de conceptos imperfectos, y basados sobre incorrecta información parcial. En el esfuerzo, hay una suposición de superioridad, la implicación de que el que lo hace es mejor, más inteligente, y poseedor de una mayor sabiduría que los otros. De esa manera, el que critica llega a ser un juez que no pasa su juicio en un campo específico, y con referencia a las acusaciones detalladas, tampoco las establece por el testimonio de testigos creíbles y competentes, sino que de suposición, sospecha y malicia. Esta es una violación palpable y estricta de la ley del amor (Lucas 19:18). Es la responsabilidad de todos nosotros obedecer la ley de Dios, y no violarla, ni hacer el intento de pasar juicio sobre su valor y validez. La ley aquí contemplada sin duda es la ley de Cristo; pero el principio es aplicable a cualquier ley bajo la cual vivimos, y a la cual somos responsables, si no va en contra de la Escritura. Es absurdo que se tenga gran respeto por la ley, y se condene injustamente a nuestro hermano cuando la disposición es en sí misma una violación a la ley. El tiempo de los verbos aquí indica, no un lapso ocasional en este pecado, sino una adicción habitual constante a él. Tal parece ser la característica de aquellos a los cuales Santiago escribió; y no es de sorprenderse, porque los que hablan mal de otros ocasionalmente, con el tiempo caen en el hábito dañoso de hacerlo continuamente. Así aprendemos que es imposible estar en una relación correcta con Dios, sin sostener una relación correcta con nuestros hermanos. “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Juan 4:20) -- “El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe adónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1 Juan 2:10, 11).

EL JUICIO PERTENECE A OTRO

4:12

12 Uno solo es el dador de la ley,— Hay sólo un legislador y juez; Éste es Cristo Jesús nuestro Señor; por lo tanto nadie más tiene el poder con la autoridad *para hacer* leyes para su pueblo o en pasar juicio sobre la validez de la leyes que él ha hecho. Es un hecho reparable que Dios siempre ha visto con mayor severidad sobre aquellos que presumen *hacer*

leyes por él que sobre aquellos que *traspasan las leyes* que él ha hecho. Éstos pueden resultar por debilidad, ignorancia o torpeza sencillamente; aquellos es oficiosidad con presunción de la naturaleza más soberbia. Desde el principio, ha sido característico de los hermanos legislar en donde Dios no lo ha hecho; y esta lastimosa tendencia pernicioso ha sido la ocasión de mucha división y dolor en la iglesia de Cristo (Co. 2:20-22; Hechos 20:29; 1 Timoteo 4:1 sq.; 2 Timoteo 4:1 sq.; 1 Jn. 4:1). Todo esfuerzo de parte del hombre para legislar aparte de, e independiente de, la ley de Cristo, tales como se hace en concilios, conferencias, sínodos, y cosas parecidas, y que imponen tal legislación sobre el pueblo de Dios, es pecaminoso en su naturaleza y opera en rebelión contra Dios. Ni deben adoptarse edictos por concilios y sínodos, o incorporar en credos, confesiones de fe, manuales de iglesia, etc., que son igualmente dignos de reprensión. Un credo promulgado por *hermanos*, aunque no sea escrito es, de la misma manera, aborrecible. Casos de tal legislación se pueden ver en *las leyes no escritas* que algunos en nuestro propio día que prohíben el estudio bíblico sistemático en las clases, el uso de vasillos individuales para el fruto de la vid en la mesa del Señor, y el cuidado de los pobres y de los huérfanos en hogares sostenidos por la tesorería de la iglesia. Es el cristianismo básico mismo de que ninguna regla de fe y práctica, salvo el Nuevo Testamento, será impuesta sobre los cristianos; y todos los esfuerzos con el diseño de atar sobre la conciencia de otros, cosas que el Señor no ha mandado, han de ser considerados como una invasión sin permiso de la voluntad y obra de Cristo mismo.

Esto significa que hay sólo uno que tiene el derecho de servir en esta capacidad como legislador y juez--y éste es, como ya hemos visto, Cristo el Señor (Mateo 28:18-20; Hechos 17:31). Él tiene toda la autoridad en el cielo y en la tierra en sus manos (Marcos 16:15, 16), y así es equipado para ejercer sus funciones de legislador y juez. Mientras que la referencia en el texto es sin duda, a la promulgación de leyes de una naturaleza espiritual, así como aquellas que tiene la designación de gobernarnos en esta área, se puede observar que el principio es uno que se puede aplicar en todos los campos. Poderes civiles, cuerpos legislativos, y tribunales terrenales derivan sus derechos sólo por, y en sujeción a, la voluntad de Cristo. Jesús dijo a Pilato, “No tendrías ninguna autoridad contra mí, si no se te hubiera dado de arriba; por tanto, el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado” (Juan 19:11). Ningún cuerpo de hombres, por más poderoso que sea, tiene el derecho de pasar leyes que interfieren con los derechos, privilegios y obligaciones de los hijos de Dios. Este principio puede ser violado en diferentes maneras: (1) Al poner leyes que están en conflicto con la ley de Dios; (2) al hacer el intento de anular algunas de las leyes de Dios; (3) al

presumir de actuar por Dios al dar reglas, edictos y leyes de una naturaleza religiosa por el pueblo de Dios.

Es, claro, una extensión sin autoridad del principio enseñado por Santiago y aplicado a las acciones de legisladores y cuerpos legislativos que se preocupan sólo con los asuntos civiles y legales mundanos. Estos, de hecho, son ordenados de Dios en la esfera de la actividad moral y civil y así sirven bajo él en esta esfera (Romanos 13:1 sq.). Bajo la condenación del escritor sagrado están tales esfuerzos que anularían la ley de Dios, en base de que no es buena, y luego levantar normas humanas en su lugar. Claro que, cualquier cuerpo legislativo, que busca invadir la esfera de Dios y a la cual se opone, debilita la ley de Dios, o hace el intento de anularla, debe de ser resistido por todos los hijos de Dios. "Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*" (Hechos 5:29).

el que puede salvar y perder;— Éste es el único legislador y juez. Nadie más tiene el poder de salvar el alma o de echarla al infierno. El Señor mismo dijo, "Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno" (Mateo 10:28). Puesto que sólo Él tiene este poder, es presunción que otro u otros hagan el intento de usurpar su prerrogativa de hacer leyes y de servir como jueces en este campo. Sólo en sus manos ha puesto Dios tales poderes; y sólo él tiene el derecho de legislar en asuntos que afectan el bienestar y la calamidad de los seres humanos. De esto aprendemos que, (1) nuestro Señor tiene la *habilidad*; dada a él con suficiente poder para cumplir completamente la voluntad de Dios concerniente a él y a nosotros (Mateo 28:18-20); (2) tiene la capacidad para *salvar (sozo)*, salvarnos de la culpa, el poder, la contaminación, y eventualmente, de la presencia del pecado, y para capacitarnos para disfrutar de la felicidad en el cielo a través de la eternidad; (3) puede *destruir (appolumi)*, hacer inútil. El verbo no denota aniquilación, como se alega a veces por los materialistas; es el adjetivo para la condición del hijo pródigo en Lucas 15, cuando dice estar *perdido*, i.e., completamente alejado de su padre y de la casa de su padre. La palabra no significa extinción o ausencia de extinción al afirmarse de los malos; las Escrituras enseñan claramente que los tales van a existir en un estado consciente, y de ser castigados a través de la eternidad (Marcos 9:42-50; Apocalipsis 20:10-15).

pero tú, ¿quién eres para que juzgues al otro?— Desdén marchito y gran ironía emanan de esta declaración. "Tú", (*su*), es enfático. "Tú, siendo una persona ignorante y débil, ¿cómo te atreves a presumir llegar a ser Dios y pronunciar juicio sobre otro? La declaración nos recuerda del

castigo de Pablo en Romanos: "¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; . . . Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí. Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano" (Romanos 14:4, 10-13).

La pregunta retórica, puesta en esta forma para dar énfasis,, es diseñada para mostrar (a) la ausencia de derecho para ocuparse de tal forma de juzgar; y (b) la incapacidad de los que así obran, que lo hagan con propiedad. No teniendo ni el derecho ni la capacidad; el intento es con presunción. Por lo tanto, la cláusula final de la oración tiene el diseño de mostrar lo absurdo de nuestra parte, y por las siguientes razones: Admitiendo que hay asuntos que no deben pasar entre hermanos; y, concediendo que deben de ser examinados, condenados y de mostrar oposición por medio de la autoridad correcta, ¿somos *nosotros los que* estamos capacitados para hacerlo? Anteriormente, el escritor había levantado la pregunta sobre la autoridad de uno que presume juzgar a otro. Había enfatizado de que tal derecho no existía. Aquí, el asunto ha sido puesto a un lado, y surge la pregunta sobre las calificaciones personales. ¿Hay tal rectitud moral, tal sobriedad de conducta, tal falta de culpabilidad de vida de nuestra parte que somos nosotros las personas indicadas para tal acción? Recordemos que en cualquier asunto que envuelva la conducta de los miembros de la iglesia, es la responsabilidad de *los ancianos de la iglesia* para hacer la investigación de ello, y de los hechos descubiertos hacer una decisión después que se hará conocer a la iglesia, y luego puesta en acción por la iglesia (Romanos 16:17; 1 Tesalonicenses 3:6-15; 1 Corintios 5:1-13).

El *juicio* que es prohibido es el de rebajar a otro (*katalalei*, hablar contra, o regañar); aquellos a los cuales se prohíbe hacer esto, son todos discípulos; "otros" (*ton plesion*) es, literalmente, uno que está cerca de nosotros, y luego cualquiera, sea santo o pecador.

No hemos de concluir de esto que no tenemos la libertad para determinar el árbol por el fruto que produce, o que no sintamos la obligación de exhortar (Hebreos 3:12), amonestar (1 Tesalonicenses 5:14), y aconsejar (1 Timoteo 6:3, 17). Lo que aquí se prohíbe, así como también en el Sermón del Monte (Mateo 7:1 y siguientes versículos), son todos los juicios de censura ejercidos sin la información suficiente por gente que no

tienen el derecho de hacerlo, y cuyo diseño es detración, calumnia y difamación de carácter.

SECCIÓN 10

4:13-17

CONFIANZA PRESUMIDA

4:13, 14

13 ¡Vamos ahora!, los que decís,— Hay una conexión íntima entre la sección anterior y ésta. De hecho, todo el capítulo 4 es un análisis penetrante de los pecados que son comunes a aquellos a los cuales Santiago escribió, el carácter básico del cual era una negligencia presuntuosa para con Dios y su camino. Versos 1-10 demuestran que esa gente escogió el mundo en preferencia a Dios; y aquí, versos 13, 14 introduce otro pecado de esta categoría; confianza presumida con referencia al futuro--un futuro del cual Dios era excluido, y en donde no había reconocimiento alguno de las operaciones por la providencia divina. Los judíos siempre han sido inquietos; y esto, además del hecho de que con frecuencia han sido perseguidos y echados de sus hogares y tierras, ha hecho de ellos un pueblo nómada. En consecuencia, han desarrollado una gran habilidad en comprar y vender y en hacer cambios; y esto, a través de los siglos, ha requerido viajar mucho. Los que así están involucrados, tienen tendencia de formular planes sin la consideración de Dios, una disposición que no es limitada a los judíos ni al pueblo ni al tiempo en que Santiago escribió. Esta es una actitud común; y una que es, sin duda, característica de todos nosotros, en algún tiempo u otro. La dependencia en Dios es la premisa más fundamental del cristianismo; la disposición de dejarlo a él fuera de nuestros asuntos es una indiferencia grosera; y, cuando esto es añadido al sentimiento de que él no es *necesitado* en tales planes, la actitud es impía en su naturaleza.

"¡Vamos ahora!", (*age nun*), es una frase exclamatoria, el diseño de la cual es para llamar la atención, y sencillamente significa (aunque no literalmente), "¡Vean!" "¡Miren!" "¡Escuchen!" La palabra griega es usada con frecuencia en conexión con el imperativo con el propósito de alcanzar una audiencia. También ocurre en Santiago 5:1. Aquí, la implicación es que hay algo seriamente incorrecto y que los que así son dirigidos deben poner atención cuidadosa a lo que el escritor está por establecer. Si hay una relación íntima en pensamiento entre esto y las reprensiones de la sección anterior, es seguramente relacionado a porciones anteriores de la Epístola en donde el juicio de censura es condenado. La negligencia presumida de la ley del amor es mostrada en tal juicio injusto también es mostrada en los planes para el futuro en que Dios es excluido. Santiago no quiere decir por "decís . . ." que él realmente está citando a algún hombre o grupo de

hombres entre ellos; es un caso imaginario en que una pandilla de comerciantes viajeros están hablando de sus planes para el futuro, un futuro en que no se toma en cuenta a Dios, ni su voluntad. El sustantivo *logos*, de donde el verbo, "decís", en el pasaje, viene de (*legontes*), que denota razonamiento y pensamiento, demuestra que estos hombres no se ocupaban de pláticas sin significado; eran planes bien establecidos, sobre lo cual mucho habían pensado, y adoptados sólo después de mucha consideración. Su pecado no estaba en los planes cuidadosos, sino en hacer planes sin la consideración de Dios y la realización de que todos los planes dependen de Su voluntad para que tengan éxito.

Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos;— Un análisis simple de esta declaración revelará, en detalle asombroso, la aterradora presunción que era característica de esta gente; (1) el *tiempo* que saldrían ellos lo escogerán; puede ser hoy o mañana; (2) ellos escogen la *ciudad* a la cual van; (3) *permanecerán* allí por un año (4)el negocio que allí harán es el *comercio*; (5) de tal actividad ellos sacarán ganancia. Su asunción es que todo el asunto está en sus manos; todo está ya dicho, y claro que a su favor; Dios es completamente ignorado. Si estamos dispuestos a asombrarnos con tal presunción callosa, veámonos a nosotros mismos y preguntémonos ¿qué tan cerca a nuestra propia práctica se acerca esto? ¿No presumimos todos esa mañana, la semana siguiente, el año siguiente como si fuera nuestro y hacemos planes continuamente que necesitan de esa presunción que estaremos aquí para plenamente llevarlos todos acabo? Salomón solemnemente advirtió, "No te jactes del día de mañana; porque no sabes que dará de sí el día" (Proverbios 27:1). Era esta común característica de la humanidad que incitó a nuestro Señor a dar la parábola del rico necio quien, en formular sus planes para el futuro, se olvidó el largor de la vida. Es un asunto sobre el cual el hombre no tiene control; y, descubrió para su angustia, que ya cuando pensaba él estar en una posición para disfrutar el fruto de sus planes fue llamado por la muerte, dejándolo para siempre lejos de ellos (Lucas 12:16-21).

Aunque la proposición, "Todos los hombres son mortales", debe por todos ser admitida como cierta, la mayoría de nosotros pensamos como lo hacemos concierne a un accidente automovilístico; no nos pasará a nosotros nunca, somos la excepción. No es que pensamos que nunca vamos a morir; sentimos que, en nuestros casos, está muy lejos y no hay ocasión, por lo menos por el momento, de dar nuestra atención a ello. Es muy difícil hacer entender a los que están en su juventud y en la vida temprana que *deben* de hacer planes para algún día dejar este mundo; eso es eventualmente, para ellos, estar tan lejos como para merecer poco interés. Aquellos para los cuales los años han pasado y se encuentran en la mitad

de su vida (seguramente un mal nombre a todo esto, porque aquellos con esta clasificación han, tiempo ya, pasado el punto de la mitad de sus años, y pueden, razonablemente, sólo tener una fracción del tiempo, cuando mucho, del tiempo que han vivido, viven y actúan como si hay mucho tiempo para la preparación del futuro. Aun lo ancianos, aquellos que definitivamente han llegado a "los años dorados", con frecuencia tienen la tendencia a rehusar admitir su estado, y para razonar como lo hizo Bernard Baruch que "¡La edad de viejos está a diez o quince años más allá de la edad que uno tiene!" Uno que tiene setenta años ve alrededor de él y ve a otros que tienen ochenta, noventa y más, y de ello asumen, que eso será lo mismo para ellos también. En alguna medida, esta disposición, común en todos nosotros, es engañosa; y no toma en cuenta dos cosas: (1) La inseguridad de la vida; (2) la divina providencia.

Estamos sin la seguridad de que estaremos viviendo en el minuto siguiente, mucho menos al día siguiente, la semana que sigue o el año que viene. La muerte con frecuencia viene con prontitud asombrosa--un infarto repentino, un ataque fatal al corazón, el choque desgarrador de un automóvil, y se acabó todo, en un momento, sin la advertencia de un instante. El escritor de estos comentarios predica aproximadamente en cuarenta campañas cada año y usualmente predica a gente en el principio de una reunión y en unos días después, y a veces, antes de que termina la serie, o predicar o ser parte de sus *funerales*. Un judío sabio dijo en una ocasión, "No te preocupes por el mañana, porque no sabes lo que un día puede traer. Quizás no estaremos vivos en el día de mañana, y así nos estamos preocupando por un mundo que no existe para nosotros".

14 cuando no sabéis lo que será el mañana.— Esta declaración parece tener mucha ironía. Aquellos a los cuales Santiago escribió estaban haciendo planes que contenían un año de mañanas; mientras que, ¡no sabían lo que pasaría en el primero de esos mañanas! Las contingencias involucraban cada aspecto del futuro, (a) si estuviesen vivos; (b) si hubiese un mañana; (c) si estuviesen físicamente capacitados para hacer el viaje planeado; (d) si las circunstancias les permitiesen entrar a la ciudad; (e) aun si pudiesen entrar, si pudiesen perseguir su negocio; y (f) si tal actividad probase ser de ganancia. ¡Qué gran necedad hay en ignorar todas estas inseguridades, cada una de las cuales está en las manos de Dios. Aunque no podemos sondear completamente el futuro y para asegurar lo que tiene, y somos impotentes para determinar la situación por una hora sola, no obstante, todos nosotros estamos dispuestos a actuar como si el futuro está en nuestras manos.

La frase, "cuando no sabéis lo que será el mañana", (*hoitines ouk epistasthe tes aurion*), significa "No sabes con seguridad lo que pasará

mañana". El verbo *epistasthe* significa estar seguro, saber con seguridad. Por lo tanto, es mera necedad que uno actúe como si el futuro está bajo el control de uno cuando uno está totalmente ignorante de lo que aun un día le espera.

Porque ¿qué es vuestra vida?— (*Poia je zoe jumon*, literalmente "¿de qué carácter es vuestra vida?") Es como si Santiago estuviera diciendo, "¡Deténganse y consideren! Antes de hacer planes para el futuro, determinen la clase de vida que tienen. ¿Es permanente, moradora, duradera, con las cualidades que aseguran que estarán aquí mañana, la semana que viene, el año que viene, en el siglo venidero? Puesto que vuestros planes futuros dependen del mantenimiento de la vida, ¿cuál es su carácter?" Algunos han tratado de poner énfasis en el pronombre "vuestro", y para entender que Santiago está señalando a lo vacío, y la destrucción final de una vida impía. Es muy cierto que al dirigirse a gente que habían eliminado a Dios de sus planes, y quienes presumen en la permanencia de la vida que es sólo como un vapor; pero lo mismo es cierto de la vida física de todos, sean buenos o malos. Los escritores sagrados han, como veremos en lo que sigue, con frecuencia reconocían el carácter pasajero de la vida y han tristemente relatado su inevitable fin como el sepulcro. Esta característica de la vida Santiago indica en la siguiente declaración.

Ciertamente es un vapor que aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece.— La vida es "un vapor", (*atmis*, neblina) que aparece "por un poco de tiempo", (*pros oligon*), "y luego se desvanece", (*fainomene epeita kai afanizomene*), un juego de palabras en el texto original, "*aparece*, luego en un momento, *desvanece*". Así es la vida, una pequeña nube lánguida que ociosamente flota en el éter airoso de los cielos, momentáneamente bosquejada en una escena de una turquesa líquida, y luego desaparece para ya no verse más. Nada tiene menos sustancia que un vapor, y es una excelente representación de la brevedad de la vida, y de la pasajera existencia inestable característica de todos nosotros aquí. Es la misma idea que Job expresó cuando dijo, "Mis días han pasado más veloces que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza. Acuérdate que mi vida es un soplo, y que mis ojos no volverán a ver la dicha. Los ojos de los que me ven, no me verán más; fijarás en mí tus ojos, y habré dejado de existir. Como la nube se desvanece y se va, así el que desciende al Seol no subirá; no volverá más a su casa, ni su lugar volverá a verle a él" (Job 7:6-10). Lo transitorio de la vida y lo inevitable de la muerte son temas familiares para todos los estudiantes de la Biblia. Una y otra vez los escritores de la misma han comentado sobre este hecho y han querido impresionarnos, en figuras vivas, con este fin. La vida es comparada por ellos al agua que se tira en el suelo, a una sombra pasajera que vuela a través del cielo y en la cual brevemente descansa el obrero y luego la busca

viendo hacia arriba sólo para encontrar que ya se desvaneció; a una débil y frágil flor; al dormir, a un sueño, a un resuello, a la tienda de un pastor que ha sido removida, a una historia relatada, a un largo viaje que uno está por tomar. Estas son las respuestas de la Inspiración a la pregunta, *¿Qué es vuestra vida?*

RECONOCIENDO A DIOS EN TODOS NUESTROS ASUNTOS

4:15, 16

15 En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.— Es decir, en contraste con lo que estás diciendo, (“Hoy o mañana iremos a esta ciudad y estaremos un año allí, y traficaremos y ganaremos”; verso 15, “En lugar de lo cual deberíais decir”, (*anti tou legein jumás*), literalmente, *en vez de hablar como lo haces*, i.e., en vez, deberíais decir, “Si el Señor quiere, haremos esto o lo otro”. La frase, “Si el Señor quiere”, (*ean jo kurios theleseí*) es una condición de la tercera clase con *ean*, y el presente indicativo subjuntivo. “Esto o aquello”, (*touto e ekeino*), incluye todos nuestros hechos; y así la actitud correcta en todos nuestros planes para el futuro ha de estar consciente del hecho de que “El hombre propone y Dios dispone”, y que todo lo que proponamos depende de su voluntad. Por lo tanto, nuestros planes deberían siempre ser hechos con la provisión de que “Si el Señor quiere”. Esto no quiere decir que tales palabras deberán siempre estar en nuestros labios y que deberemos decirlas cada vez que formulemos o expresemos nuestros planes. No es una fórmula, sino una actitud de corazón que Santiago manda; y que debe de caracterizarnos si hemos de tener una actitud correcta hacia Dios.

Los discípulos fieles del Señor siempre tomarán a Dios en todo lo que se proponen hacer; y de entender que aunque no lo diga, la voluntad de Dios siempre tomará precedencia sobre la suya. El que ama a Dios, y que respeta su voluntad, lo quiere agradar; desea siempre que la voluntad de Dios predomine en los asuntos personales de la vida. Pablo estaba muy consciente de la mano del Señor en sus asuntos y con frecuencia lo mencionaba. Su retorno a Éfeso dependía en si “Dios quiere” (Hechos 18:21). Propuso visitar a Corinto, “Si el Señor quiere” (1 Corintios 4:19); y de estar allí un tiempo “Si el Señor lo permite” (1 Corintios 16:7). Este sentimiento ha llegado a ser tan común que muchos lo han hecho una fórmula expresada por las palabras latinas *Deo Volente*, abreviada con frecuencia con las letras D. V. Es evidente que no era el diseño de Santiago imponer la expresión de este sentimiento como algo colgante a la expresión de los planes para el futuro; repetida en cada afirmación, pronto perdería su

significado, y, por lo tanto llegaría a ser profana. No es algo voluble, una frase formal, sino un sentimiento que *deberá* vivir en nuestros corazones, y gobernar en todos nuestros propósitos y planes. Es un reconocimiento de la mano de Dios en los asuntos de los hombres, y un sentido de nuestra dependencia completa sobre el Todopoderoso. Además, estamos todos en necesidad constante de su asistencia; y nuestros planes deberán ser formulados con la idea de que si están en armonía con su voluntad, el Señor ha de garantizar su éxito; y, si no, merecen fracasar. Así motivados, los fracasos y las desilusiones de la vida no nos harán desmayar ni seremos derrotados; podremos, en tales casos, asumir correctamente de que no era su voluntad que esos planes se cumplieran, y estar contentos en su realización. Ningún propósito puede prevalecer sin su permiso; cada propósito tiene la seguridad del éxito cuando Dios lo favorece, y hacemos nuestra parte con corrección. "Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:6).

16 Pero ahora os jactáis en vuestras fanfarronadas;— "Fanfarronadas", (de *alazon*, un jactancioso o vanaglorioso), denota insolencia, arrogante y seguridad vacía; la disposición de olvidar a Dios en los asuntos de la vida, y vivir con la presunción que el hombre solo es el arquitecto de sus fortunas. Esta descripción de la actitud característica de aquellos a los cuales escribió Santiago hace un contraste agudo con lo que es propio y correcto, y lo cual estimula en el verso 15. La actitud de ellos era arrogante; no solamente se sentían suficientes, intentaban dejar la impresión sobre otras personas que así cabalmente era y ¡estaban sin la necesidad de Dios en sus negocios! Tal glorificación personal era presunción arbitraria; un esfuerzo deliberado para excluir a Dios de sus vidas. La etimología de la palabra traducida "fanfarronadas", sugiere un esfuerzo calculado de su parte para reclamar suficiencia sin Dios. Es significativo que en su única aparición en el Nuevo Testamento, aparece en la frase, "la vanagloria de la vida" (1 Juan 2:16). Denota la disposición de reclamar astucia, fuerza, y habilidad; por lo tanto, suficiencia; y, claro, sin Dios. Aumentaron su pecado no sólo por mantener este concepto en sus corazones sino que por expresarlo a otros. Por más malo que sea sentirse independiente de Dios, es peor gloriarse de ello, y aun jactarse de ello con otras personas. No obstante, esto no es de sorprenderse, sino que muestra el curso normal del pecado. El hombre que no *siente* obligación a Dios pronto con jactancia *expresará* insolentemente a otros su desprecio al Señor.

Toda jactancia semejante es mala;— Es decir, tal jactancia como la que acaba de condenar el escritor. "El gloriarse" a veces es bueno. "Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Porque vosotros sois nuestra gloria y gozo." (1 Tes. 2:19). Alguna "jactancia" *no es*

buena: " No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa?" (1 Co. 5:6). En otros asuntos podemos con propiedad gloriarnos: "Pero jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo" (Gálatas 6:14). Pero los que hacen planes de los cuales Dios ha sido excluido y que en ello se glorían, hacen lo que es "malo", (*ponera*, una forma activa de maldad). Al hacerlo, están envueltos activamente en el pecado. Dios quiere que usemos los talentos que Él ha puesto a nuestra disposición, y que hagamos todo lo que podemos mientras que estemos aquí en la tierra, pero espera que hagamos esto en armonía con su voluntad. Siempre debemos de recordar que Dios es el superintendente del universo; somos criaturas de su mano; y debemos de conducirnos de acuerdo a ello.

EL PECADO DE OMISIÓN

4:17

17 el pecado está, pues, en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace.— Reconoce el carácter transitorio y pasajero de la vida, pero rehúsa reconocer la mano de Dios en los asuntos de los hombres, y podrá aun gloriarse en su suficiencia e independencia, pero no hace lo correcto, es culpable de pecado. Si es que todo el verso 17 deberá ser considerado como un principio comprensivo, una *máxima*, cuya verdad es aplicable a cualquier situación en que uno *conoce*, pero *no cumple* con su deber; o, ha de ser construido sólo en conexión con la sección anterior, es claro que la declaración fue sugerida por, y desarrollada de los asuntos allí afirmados del uso del escritor del recurso lógico, "pues", (*oun*, en vista de las premisas presentes). Hay obviamente alguna conexión entre la sección anterior, y esta afirmación; pero no ha de ser limitada al contexto ni a los asuntos recién comentados. Parecería que el diseño de Santiago era mostrar que éstos que eran dados a expresiones insolentes y arrogantes de suficiencia propia y quienes rehusaban reconocer la providencia en sus asuntos eran aquellos que tenían la pretensión de estar mejor informados en cuanto a lo que es lo correcto y por lo tanto meramente agravaban su culpa al rehusar "hacer el bien". El principio es uno que con frecuencia aparece en los escritos sagrados, y en una variedad de formas. Jesús dijo a los fariseos, "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora decís: Vemos; por eso, vuestro pecado permanece" (Juan 9:41). "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le exigirá; y al que mucho se le haya confiado, más se le

pedirá" (Lucas 12:47, 48). "Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado" (Juan 15:22). "Si sabéis estas cosas, dichosos sois si las ponéis en práctica" (Juan 13:17). La implicación es clara. Saber lo que es bien, y no hacerlo, agrava el pecado de uno, y agranda la culpa.

El principio también es aplicable en asuntos que involucran el mal obrar. Si es nuestra obligación *hacer* lo que es *bueno*, cuando *sabemos* lo que es *bueno*, debemos evitar lo que es malo por medio de la aplicación del conocimiento que tenemos, o que podemos obtener, de la Palabra de Dios. Si la declaración de Santiago, "El pecado está, pues, en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace", ha de ser considerada como una alusión a la afirmación de Pablo en Romanos 14:23, "Y todo lo que no proviene de fe, es pecado", es muy cierto que las declaraciones, tomadas juntas, establecen el hecho de que (a) un conocimiento de lo que está bien crea la obligación de desempeñar el deber involucrado en ello; y (b) que duda sobre la propiedad de un acto necesita abstinencia de él. Uno peca al hacer lo que es de propiedad dudosa; uno peca cuando uno sabe que un acto es obligatorio y no lo hace.

El característico error de aquellos a los cuales Santiago escribió es común y persistente. Hay muchos en la iglesia hoy que toman orgullo en un conocimiento que tienen que es en gran parte, y con frecuencia totalmente, inactivo en obras buenas. Muchos *oyen*, pero rara vez *ponen atención*. Pasan por alto o ignoran el hecho de que hay pecados de omisión así como de comisión. Aquellos de esta categoría tienen mucho cuidado en observar los "No harás", de las Escrituras, pero tienen poco cuidado con "Harás". Asumen que son buenos, sencillamente ¡porque no son malos! Olvidan que la bondad es una calidad positiva; no meramente la ausencia del mal. La higuera estéril (Mateo 21:19) no era un crecimiento malo. No era dañino; no salía de ella veneno peligroso para el hombre y las bestias; era simplemente un árbol insignificante al lado del camino. Jesús, al ver que tenía hojas, fue a ella y, aunque no era la temporada de los hijos, al no encontrar fruto en ella, pronunció una maldición sobre ella. ¿Por qué? El orden de la higuera de Palestina es (1) fruto; (2) hojas. Este árbol tenía hojas; la asunción era que el fruto allí estaba también. Al ver que las hojas eran una mera pretensión, Jesús pronunció la maldición sobre ella. De esa manera, al estar sin fruto, este árbol agregó la pretensión. No es éste un orden poco común. Los que están conscientes de lo poco que hacen para el Señor tienen la disposición de pretender de estar haciendo más de lo que realmente están haciendo. Su falta de fruto desarrolla en pretensión, y pretensión en hipocresía.

Tan atado está el hombre a la premisa de que es posible para uno ser salvo en base de las cosas *no* hechas, ¡qué habrá algunos en el juicio que realmente argumentarán este punto con el Señor! Los malos serán echados del gran tribunal al castigo eterno con el cargo, "Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis" (Mateo 25:42, 43). ¿Por qué fueron traídos éstos a tan terrible castigo? ¿Por homicidio, adulterio, robo, etc.? Claro que tales cosas llevan a tal destino; pero de éstos, tal conducta no es afirmada. Sabían la necesidad de hacer el bien, y no lo habían hecho. No fue algo malo que habían hecho que les ganó este temible destino; era *el bien* que no habían hecho. Esto demuestra el hecho de que nuestro Señor, que siempre iba por el camino haciendo el bien, ve con malos ojos sobre aquellos que son inactivos en su servicio, y considera cada momento no usado de manera fructífera, *un acto de pecado*.

Cada parábola de juicio en el Nuevo Testamento revela que el pecado dado no era por algo *malo* que la persona *hizo*, sino algo *bueno* que la persona *no hizo*. Se afirma del hombre de un talento que era "malo". Es muy obvio que esta palabra es usada en esta parábola en un sentido totalmente extraño a nuestro uso hoy en día. En nuestro punto de vista, una persona mala, es uno *que hace cosas malas*. Absolutamente nada de un carácter malo es aquí afirmado de él. Hemos dicho con frecuencia que si se hiciera de nosotros un requisito defenderlo en una acción legal hoy en día, al obtener un jurado de hermanos, ¡más que probable que obtendríamos un veredicto a su favor! Si la aptitud de uno para la felicidad eterna ha de ser determinada por las cosas no hechas, se puede hacer una buena defensa para él: (1) No es un estafador; (2) no derrochó su dinero en una vida de vicios; (3) no se duda de su confianza, pues, devolvió el talento entero; (4) no es deshonesto; (5) no era un borracho, ladrón homicida, inmoral, etc. No obstante, ¡era un hombre *malo*! ¿Por qué? A causa *del bien que no hizo*. Cada uno de nosotros debe de tomar en serio y tener cuidado con esta premisa fundamental y dirigir nuestras vidas según ese acuerdo. *El pecado está . . . en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace*.

SECCIÓN 11

5:1-6

LOS RICOS ADVERTIDOS

5:1-3

¡Vamos ahora, ricos!— Aunque los ricos aquí son directamente dirigidos, no es probable que hayan sido cristianos. (1) No hay para ellos ninguna exhortación para el arrepentimiento; (2) no son amonestados a una mejor vida; y (3) no hay para ellos ninguna promesa de reconciliación con Dios. Por lo contrario, han de "llorad y aullad", no en penitencia, sino en vista de una retribución y ruina pendientes. Parecería que la declaración del escritor sagrado es un *apóstrofe*, de la cual por un momento, se hace a un lado, para denunciar a los ricos y para declarar su castigo final, para la edificación de los santos pobres quienes estaban pasando por opresión a manos de los ricos. Aunque sus lectores son vez tras vez llamados "hermanos", (e. g., cuatro veces en los seis versos de Santiago 5:7), en ningún caso son éstos así referidos. En la sección inmediatamente anterior a ésta (4:13-17), y aplicable tanto al santo como al pecador, la reprensión es dirigida a los que *deseaban ser ricos*, y aquí a los *que ya lo son*, y cuyos intereses eran totalmente en las cosas materiales. Que la declaración del escritor es un solemne pronunciamiento de calamidad, en vez de un llamado al arrepentimiento, indica el abandono total al mundo que era característico de ellos. Claro, pudo haber habido algunos quienes *habían sido* cristianos entre ellos. La retribución y juicio anunciados son los que esperan a todos los que viven como éstos particularmente en la mente del escritor.

“¡Vamos ahora, ricos!”, (*age nun joi plousioi*), *age nun* "vamos ahora", segunda persona singular; *joi plousioi*, "los ricos", plural. Ésta es una interjección exclamatoria. Aquellos así dirigidos son primeramente señalados individualmente, y luego dirigidos colectivamente como una clase. Los ricos son con frecuencia condenados en los escritos sagrados (Jer. 4:8; Is. 5:8; Amós 3:10; Pr. 11:28; 1 Ti. 6:19; Lucas 6:24; 18:24). No hemos de asumir de esto que hay un mérito en ser pobres, o pecado por ser rico. No hay, *per se*, virtud en la pobreza, ni vicio en las riquezas. Un hombre rico puede ser, y con frecuencia lo es, un hombre bueno, y una bendición para el mundo; y, por lo contrario, algunos de los personajes más corruptos sobre la tierra están en la pobreza. El estado de limosnero al cual Lázaro fue reducido, no le garantizó una entrada al seno de Abraham, ni las hermosas vestimentas de lino y la ricamente adornada mesa del rico dio la ocasión para su descenso al Hades. Las riquezas y la pobreza son circunstancias externas y no *directamente* relacionadas al estado del alma—

el factor determinante en la salvación de uno. No obstante, el estado interno es con frecuencia afectado por las circunstancias externas; y es esto que hace tanto la pobreza como las riquezas factores importantes en la salvación de la persona. Cualquiera de los dos estados puede ser el medio para levantar el alma hacia el cielo o rastrear hacia abajo a la destrucción. Todos los que están posesionados de un considerable almacén de los bienes de este mundo deberán cuidadosamente y con oración meditar sobre estas preguntas: (a) ¿Por cuáles medios se obtuvieron estas cosas materiales? (b) ¿Cómo son disfrutadas? (c) ¿A qué uso son puestas? Si los medios por los cuales la riqueza fue obtenida fueron incorrectos; o, si la mera posesión es la que cautiva el interés principal; o, si no están siendo usadas correctamente, entonces la denuncia terrible para ser entregada por Santiago sería igualmente aplicable a los que así son posesionados hoy.

llorad y aullad por las miserias que están a punto de sobreveniros.— Muchos creen que la referencia aquí es a las terribles condiciones que habrían de caracterizar a los ricos, judíos incrédulos (gráficamente pintados por Josefo, el historiador judío), en la destrucción de Jerusalén, en 70 d.C. por los ejércitos de Tito, el general romano, cuando los ricos tanto sufrieron en el sitio allí mantenido. Pero, el sufrimiento físico de los pobres (quienes, claro, su número era mayor que el de los ricos), era tan intenso en esos días terribles como el de los ricos; y parece mejor concluir que éste es simplemente un cuadro de retribución y juicio que habrá de venir al fin del siglo, después del juicio general para todos los que han vivido de la manera ya descrita.

Los verbos “llorad” y “aullad”, denotan vivamente la reacción que ha de caracterizar a aquellos cuya calamidad es segura. En vez de la ronda continua de banqueteo y fiestas entonces característico de ellos, deberían llorar (*klausate*, aoristo activo ingresivo de *klaio*, comenzar a llorar en gran tristeza, y “aullad”, (*ololuzo*, un término onomatopéyico). *Onomatopeya*, es “la formación de una palabra al imitar el sonido natural asociado con el objeto o acción involucrada” (Websters New World Dictionary). Por medio de Santiago, el Espíritu Santo así reproduce los sonidos que estos ociosos ricos malos habrían de hacer sobre su destino final. Los tiempos son significantes. Han *de comenzar* a llorar y *de continuar* aullando sobre las “miserias” (de *talaiporiais*) denota dureza, sufrimientos, grandes aflicciones. Este destino era inevitable para ellos en su condición presente. La frase, “que están a punto de sobreveniros”, es de *tais eperchomenais* (participio presente medio), indicando en forma que no se pueden desviar las dificultades amenazantes que marchaban sobre ellos, y éstas no podrían evitar ni evadir. ¡Cuándo amaneciera ese día de destrucción, cuán inefectivas serían sus riquezas! En menos de diez años, una venganza visitó sobre Jerusalén y los judíos, casi sin paralelo en la historia del mundo.

Cuando al final cayó la ciudad sitiada ante las legiones conquistadoras de Roma, el masacre que siguió estaba más allá de la descripción. Los ricos y los pobres fueron buscados y matados sin misericordia; y todos, sin importar su condición material y financiera, sufrieron. Y, si, como creemos, el escritor describe el destino de los ricos en el juicio, una destrucción más terrible les espera. En vista de tal destino, éstos ya han de comenzar a llorar y a aullar continuamente sobre su destino final.

2 Vuestras riquezas se han podrido,— "Riquezas", de *jo ploutos*, denota lo que es lleno, rebosante; y hace un resumen de las posesiones mundanas de las personas descritas. Ha de notarse con cuidado que Santiago especifica *de quiénes* son las riquezas podridas. El énfasis está sobre "vuestras". No hemos de concluir que *todas* las riquezas están podridas. En lenguaje bíblico, un hombre rico, en el sentido objetivo, no es necesariamente uno que posee grandes cantidades de dinero o propiedad, sino uno que tiene la actitud incorrecta hacia lo que tiene. No es el número de dólares, *sino la actitud que uno tiene hacia ellos*, que determina si uno es rico en este sentido o no. "Entonces Jesús, mirando en derredor, les dice a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos estaban atónitos ante sus palabras. Pero Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dice: Hijos, *¡qué difícil es entrar en el reino de Dios [a los que confían en las riquezas]!*" (Marcos 10:23, 24). El apóstol Juan en su Carta a su estimado amigo Gayo, indica cómo estar seguro en la riqueza: "Amado, ruego en oración que seas prosperado *en todas las cosas*, y que tengas salud, *así como prospera tu alma*" (3 Juan 2). Mientras que el alma de uno prospera, entre más que uno puede tener de los bienes de este mundo, mayor el potencial para hacer el bien. Las riquezas son malas sólo cuando éstas impiden la salud del alma, y llegan a ser espinos que ahogan el trigo (Lucas 8:14).

Las riquezas de aquellos particularmente descritos en nuestro texto eran por el escritor de Santiago descritas como ya "podridas", (*sesepen*, segunda persona activa indicativa de *sepo*, podrido; por lo tanto, se ha podrido). Siendo en su naturaleza material, eso sería inevitablemente su condición; pero, hablando espiritualmente, esto ya era cierto; ante el Señor, estaban ya podridas. ¡Qué vivo el contraste en el cuadro extraordinariamente pintado! Los hombres (y las mujeres también) pueden aparecer en público con sus vestidos deslumbradores, pueden estar vestidos de la manera más atractiva y seductora, en los ojos de los hombres; pero ante los ojos de Dios, estos arrojados símbolos de riqueza son, por el Señor, ya considerados como podridos. Hemos de recordar que en las tierras orientales, las riquezas, además del oro, la plata y piedras preciosas, consistían de mercancías percederas, tales como grano, aceite, alimentos, y vestimentas de todos tipos y clases. La destrucción que todas estas

mercancías perecederas eventualmente sufren es una figura de la destrucción final que vendrá sobre sus poseedores por el uso incorrecto de su riqueza.

y vuestras ropas están comidas de polilla.— (*setobrota gegonen*, de *ses*, una polilla, y *brotos*, comer y el perfecto indicativo de *ginomai*, llegar a ser; así, literalmente, *han llegado a ser* comidos por la polilla. Es digno de observarse que la palabra “ropas”, de *jimatia*, usualmente describía a la ropa *externa*, el manto costoso usado en público y así con facilidad hacer gala. Esta ropa debe inevitablemente sufrir la destrucción *por la polilla*, y el cuerpo que cubrían *por gusanos* (Marcos 9:43-48). ¡Qué irónico es el hecho que del deseo del corazón de algunos para así incorrectamente adornar el cuerpo lleva a su propia destrucción eterna en el fuego que nunca se apaga, y a la miseria eterna del espíritu que viste!

3 Vuestro oro y plata se han enmohecido;— Se observará que el término general para riquezas (riquezas, *jo ploutos*) es usado, y luego el escritor desciende a los particulares—ropa, oro, y plata. Hasta el día de hoy en el mundo árabe es la costumbre de acumular cuánto la condición financiera de uno permita en ropa, pañuelos, mantos, alfombras, y muebles de casa. Toda riqueza semejante es, claro, susceptible a la destrucción del gasto de los años, la influencia corruptible de la humedad, podredumbre seca, y, en el caso de la ropa, especialmente la polilla.

El verbo “enmohecido”, (*katiotai*, perfecto pasivo indicativo, de *kata*, y *ioo*), significa enmohecer a través de, hasta el fondo. La palabra así usada denota la condición del oro y la plata detenida con impropiedad es construida con más propiedad en forma figurativa, puesto que el oro y la plata no se pueden *literalmente* enmohecer. No todos los ricos permitirían que sus ropas fueran sujetas a la polilla; no todos permitirían que sus riquezas se pudrieran, o que su dinero llegara a ser lleno de gangrena. Puesto que algunas de estas posesiones materiales deben eventualmente sufrir destrucción, parece probable que Santiago, en esta sección, figurativamente describe la condición que eventualmente va a caracterizar a todo esto, y típico del fin que inevitablemente vendrá sobre aquellos que mantienen su riqueza, sin compartirla, y por lo tanto con impropiedad, como hicieron los ricos particularmente descritos en esta sección. Aunque las monedas de plata y oro no adquieren literalmente moho, o se deterioren en esta manera, y para con el ojo natural puedan brillar con brillo deslumbrante, pueden, por su amontonamiento, llegar a enmohecerse ante los ojos de Dios y así llegar a ser un testimonio contra sus poseedores en el día del juicio. De hecho, esto el escritor enseguida afirma:

y su moho testificará contra vosotros,— La palabra “testificará” aquí significa un testigo (*marturion*). La ruina frecuentemente característica de

sus posesiones amontonadas pintaban y testificaban para su propia destrucción. Así era un testimonio a su propio fin eventual. Habrían de experimentar destrucción por el fuego del juicio de Dios, así como el moho, la corrupción, y la podredumbre estaban destruyendo sus bienes terrenales. Cuando, por su larga posesión, sus ropas se deterioraban, su dinero se enmohecía, y sus joyas perdían su color; eso daba testimonio al uso impropio de las posesiones que tenían. El moho da testimonio del mal uso, o de uso impropio; y su existencia demuestra de manera inequívoca que aquellos en posesión de las mismas; no han manejado bien las cosas que así son afectadas.

y devorará vuestras carnes como fuego.— En esta sección, se afirma que (1) las riquezas de aquellos que son particularmente advertidos están corrompidas (se han podrido); (2) sus ropas se han echado a perder por las polillas; (3) su oro y plata se han enmohecido (manchados, corrosivos); (4) estas señales obvias de abuso dan testimonio del pecado del mal uso; y (5) el "moho" que ha manchado su plata y su oro eventualmente "devorará vuestras carnes". Esta última declaración debe considerarse como figurativa. Evidentemente significa que como la plata y el oro deben con el tiempo sufrir destrucción cuando se amontona por mucho tiempo, así *ellos* deben sufrir una destrucción semejante en el castigo que les espera, a causa de su avaricia y codicia. Toda esta sección nos recuerda de las palabras familiares de nuestro Señor cuando dijo: "No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones horadan y hurtan; sino allegaos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde los ladrones no horadan ni hurtan. Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mateo 6:19-21). De esa manera, en nuestro texto, el oro y la plata son, por Santiago, visualizados como metal brillante (quizás, abrazados junto al corazón), y finalmente consumen la carne, i.e., la vida. Así como el moho come a través de, y destruye el metal, así la codicia, la avaricia y el amor al dinero que caracterizaba a esta gente los destruiría. Esta figura es común en el Antiguo Testamento: "Y pondré mi rostro contra ellos; del fuego se escaparon, y el fuego los consumirá; y sabréis que yo soy Jehová, cuando ponga mi rostro contra ellos" (Ezequiel 15:7). "Por esto el Señor, Jehová de los ejércitos, enviará enflaquecimiento entre sus robustos, y debajo de su opulencia encenderá una hoguera como fuego de incendio. Y la luz de Israel será por fuego, y su Santo por llama, que abrase y consuma en un día sus zarzas y sus espinos" (Isaías 10:16, 17).

No debe pasarse por alto que la palabra "carne" en nuestro texto, está en el plural, literalmente, "vuestras carnes", (*tassarkas*), y la referencia es a cada parte de ellos (Cf. Apocalipsis 19:18, 21). Es un pensamiento solemne que los *cuerpos* en que los ricos han profusamente dado tanto cuidado, y a

los cuales han tan ricamente vestido con evidencia de su prosperidad material, sufrirán destrucción en el fuego del juicio que vendrá. Aquí hay evidencia indirecta de la resurrección del cuerpo (de los malos) que es negada por algunas sectas materialistas. La referencia de Santiago a la destrucción de estas personas perversas es la misma como la de nuestro Señor, cuando habla de "todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mateo 5:29); "del fuego del infierno" (5:22); y la destrucción de "alma y cuerpo en el infierno" (Mateo 10:28).

Habéis acumulado tesoros en los últimos días.— Éstos de los cuales escribió Santiago habían (a) acumulado tesoros; (b) el tiempo cuando fue "acumulado" fue "en los últimos días". La frase, "en los últimos días", debe sin duda referirse al período inmediatamente antes de la venida del Señor en el Juicio. Sin demora, rechazamos el concepto de que Santiago (y otros escritores del Nuevo Testamento), trabajaron bajo la impresión errónea de que la venida del Señor y el fin del mundo estaban por suceder en su día. El "tesoro" que esta gente había "acumulado" para sí mismos era la condenación que su conducta merecía. Pablo, en una afirmación semejante, escribió: "Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, *atesoras para ti mismo* ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Romanos 2:5). La ironía amarga en esta declaración no debe perderse por nosotros. Muchos hay en el mundo hoy que se imaginan a sí mismos amontonando una buena porción de los bienes de este mundo de manera que, como el hombre necio, pueden ponerse tranquilos y estar felices; pero, que en realidad, están sencillamente amontonando ira "contra el día de la ira", y la terrible retribución que debe, a causa de su maldad aquí, inevitablemente caer sobre ellos. A la luz de estas verdades solemnes, todos los que tienen los bienes de este mundo, *sea poco o mucho*, deben cuidadosamente y con oración repasar cómo éstas se obtuvieron, cómo son consideradas, y a qué uso están empleadas, para que los que así tienen posesiones eviten el destino aquí descrito.

LOS PECADOS DE LOS RICOS

5:4-6

4 Mirad: el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras,— "Mirad", (*idou*, ver, considerar, tomar nota de), es un término cuyo diseño era para dirigir la atención particularmente al asunto que Santiago deseaba en ese momento comentar de manera especial. El "jornal" (*jomisthos*), era el pago; los "obrerros" (*ergaton*) eran los que trabajaban; el tipo de trabajo que es descrito es cosechar las tierras (*ton amesanton*), un término general para la cosecha. Por lo tanto, los obreros

eran trabajadores agricultores que trabajaban en los campos para los ricos y cuyo trabajo hizo a los ricos más afluentes.

el cual ha sido retenido por vosotros, está clamando,— El "jornal" (salario) del pobre que cosechaba sus tierras, aunque era poco, no siempre se le pagaba; bajo un pretexto u otro, los ricos lograban robar al pobre de su salario diario, así que no sólo obtenían su trabajo sino que el fruto de ello. La frase, "el cual ha sido retenido por vosotros", es del griego *jo afustere menos aph' jumon*, y significa (lo que nuestra versión ha puesto literalmente), "ha sido retenido por vosotros"; una práctica viciosa muy común a través de las edades, y particularmente de la tierra de Judea en el período cuando Santiago escribió. La ley de Moisés estrictamente condenó a los que retenían el salario del jornalero aun por una noche (Lv. 19:13); y el profeta Jeremías clamó contra el que "sirviéndose de su prójimo de balde, y no dándole el salario de su trabajo" (Jeremías 22:13). Vea Malaquías 3:5. La ley del Antiguo Testamento era especialmente celosa de los derechos de los pobres; y las reprensiones anteriores de los profetas indican negligencia crasa del deber mandado. Una de las evidencias de la caída del respeto por la ley, y lealtad a ella era esta negligencia de sus provisiones para los pobres; y la codicia y la avaricia características de los judíos ricos del primer siglo revelan que tan lejos de las "sendas antiguas" estaba el judaísmo en el tiempo en que Santiago escribió.

La relación del *empleador y el empleado* es una que ha existido en toda nación y edad; y las Escrituras abundan con instrucciones para cada uno. La explotación del obrero de parte del patrón, y la disposición del empleado fallar en sus deberes a su empleador son también condenados en los escritos sagrados. Ambos tienen sus derechos, el caudal productivo y el obrero, ninguno de los dos puede imponerse sobre el otro. La paz entre estos segmentos de nuestra sociedad vendrá sólo cuando cada uno respete y reconozca los derechos del otro, y los pongan en garantía. Ambos están obligados uno al otro; ninguno de los dos puede existir sin el otro. Puesto que sus intereses están entretrejididos, es para los mejores intereses de los dos que trabajen para su bien común y que ninguno defraude al otro. En este caso, mientras que Santiago trata con el fraude el empleador, bajo otras consideraciones condenaría al empleado haragán con la misma rapidez. El patrón tiene el derecho a una ganancia razonable sobre su inversión y el empleado tiene derecho a un salario decente por sus labores. Ni uno de los dos debe robar del otro al retener lo que se debe. Esto, es lo que es el empleador cuando no paga un salario justo; esto hace el empleado cuando se hace el haragán en el trabajo y no da la medida cabal de actividad a su patrón. Aunque la siguiente cita de la Epístola a los Colosenses, trata principalmente con la relación entre amos y sirvientes, el principio es aplicable a la relación entre empleador y empleado: "Siervos, obedeced en

todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que sólo quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. Mas el que hace injusticia, recibirá en pago la injusticia que haga, que no hay acepción de personas. Amos, haced lo que es justo y equitativo con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos" (Col. 3:22-25; 4:1).

Los tratos fraudulentos de los ricos "clama", y, ¡el mal hecho *es oído en el cielo!* Claro que ésta es una declaración muy figurativa, el pensamiento de la cual ocurre más de una vez en el Antiguo Testamento. La sangre de Abel derramada por su hermano Caín, clamaba a Dios desde la tierra (Génesis 4:9-13)L; y el pecado de Sodoma ascendió a los oídos de Jehová y clamó por su castigo (Génesis 19:13). La palabra "clamando" significa más que meramente lloro. Significa "gritar", y así aprendemos que el salario que esta gente codiciosa había retenido incorrectamente de sus pobres obreros *gritaban al cielo por venganza*. Es una observación interesante, hecho con frecuencia, que el retener lo que pertenece a otros es uno de los cuatro pecados que se dicen claman al cielo (Cf. Génesis 4:9-13; Hebreos 12:18-29; Génesis 19:13; Job 16:18; 31:38; Apocalipsis 6:6-9). A estos clamores por venganza Dios no pone un oído sordo:

y los clamores de los que trabajaron en la cosecha han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos.— Aunque el rico no escucha a las peticiones de los pobres a quienes están defraudando, *Dios lo hará*; y Él debidamente registra la transacción de la cual el juicio será hecho en el día postrero. Se observará que en esta solemne esencia, hay una exhibición previa del día del juicio. La corte se reúne, el juez está en el trono, los salarios de los oprimidos, retenidos por los codiciosos empleadores fraudulentos, están presentes para testificar, habiendo ya hablado fuertemente sus deposiciones en los oídos del Gran Jehová, identificado aquí como "Señor de los ejércitos". Dios aquí es identificado como el Señor de los ejércitos, un término que denota poder, fuerza y gloria. Aquellos que no tienen a nadie *sobre la tierra* para asegurar sus derechos, tienen a uno en el cielo; Él es el Señor de los ejércitos, y es así ampliamente capacitado para defenderlos y garantizar justicia en el final de las cosas. Ocurriendo sólo en otra ocasión en el Nuevo Testamento (y en ese caso en una cita del Antiguo Testamento--Romanos 9:29), aparece con frecuencia en el Antiguo Testamento hebreo, aunque no siempre, traducida por la frase, "Jehová de los ejércitos". Ocasionalmente, es traducida en la Septuaginta griega, por *pantokrator*, Todopoderoso. Vea Apocalipsis 4:6, en donde se encuentra este significado. El Señor de los ejércitos es una apelación familiar para Jehová en el Antiguo Testamento, apareciendo en

Malaquías casi dos docenas de veces. El significado de nuestro texto es, por lo tanto, que Dios no ignora la opresión de los pobres, sus oídos siempre abiertos a sus peticiones, y él se vengará de ellos completamente en el día de las cuentas. Aquel que dirige los vientos, que mantiene los mundos en sus manos, por cuyas órdenes las jerarquías celestiales actúan, hará disponibles sus grandes poderes para aquellos que son oprimidos y que sufre por su fidelidad aquí. Los que defraudan a los pobres algún día confrontarán la combinada fuerza de Dios. Del resultado de ese conflicto no hay duda. Aquellos que tienen la disposición de quitar a otros lo que les pertenece deberán tomar esto en serio, y determinar solemnemente si la pequeña ganancia que han obtenido deshonestamente vale el costo final.

5 Habéis vivido en deleites sobre la tierra,— La palabra "deleites", describe la manera de vivir característica de los que han sido severamente condenados. El verbo es de *etrufesate*, aoristo indicativo de *trufao*, guiar a un indolente, vida carnal indulgente para la gratificación de la carne, y para el placer de una mente mundana. La palabra no aparece en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento. La vida descrita es una de lujuria, extravagancia, y hecha posible, por gran parte, al robar a los obreros del campo de su salario justo. Es bueno tomar nota del hecho de que la palabra aquí usada no denota una vida mala pecaminosa, *per se*; aunque el fraude que practicaron estaba en esta categoría; su manera de vivir, aunque no se pensaba de ella en sí como pecado, era inútil, indolente, vana; no contribuía nada para el bien de otros, ni para el adelanto de las personas así ocupadas. Uno no tiene que vivir una vida pecaminosa, para caer bajo de la censura del Señor; una vida cuyo diseño es tranquilidad carnal y gratificación personal es condenada en todas partes en las Escrituras. Claro que los así censurados por Santiago agregaron pecado activo y vicioso por los métodos usados para obtener su dinero. Debe de impresionarnos el hecho que aunque esto último no es característico de nosotros, si vivemos en la indolencia, con egoísmo e inútilmente, nuestras vidas no son agradables en la vista de Dios. El hecho que tenemos vida crea dentro de nosotros una obligación para hacer cosas útiles y agregar nuestra parte a la suma de actividad útil en el mundo. "Y les dijo: Mirad, y guardaos de la avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia que tenga a causa de sus posesiones. También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde almacenar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y edificaré otros más grandes, y allí almacenaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe diviértete. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y

lo que has provisto, ¿para quién será? Así es el que atesora para sí mismo, y no es rico para con Dios" (Lucas 12:15-21).

y sido disolutos;— El verbo es *espatalesate*, aoristo activo indicativo de *spatalao*, vivir pródigamente, lascivamente. Así, esta gente estaba viviendo tanto *inútilmente* como *pródigamente*; no contribuyeron nada para la edad en la cual vivieron; y, estaban consumiendo de manera extravagante, las bendiciones materiales de Dios, que habían obtenido por medidas engañosas y opresivas. Éste es un cuadro vivo de los ricos ociosos, que se pueden ver en casi todas las naciones en múltiples casos a través de las edades. Éstos tienen su tesoro en la tierra, y no hacen provisión para el cielo; y, por supuesto, no tienen nada allí. Además, deben sufrir por sus pecados en el infierno por la eternidad. Los que escogen tener sus "cosas buenas" (Lucas 16:25) *aquí*, no se podrá oír su queja cuando las cosas buenas del cielo sean retenidas de ellos *en el más allá*. Los que viven sólo para el placer pronto, llegan a perder la habilidad para vivir para algo más. Una vida reposada enerva la mente y el cuerpo, hace que la persona con esa influencia se incapacite para ejercerse en actividades útiles, hace que el trabajo honesto sea muy desagradable, e induce un estado de mente que insta a uno a usar todas sus facultades en actividades inútiles, en vez de un empleo fructífero. Jesús advirtió de esta disposición cuando dijo a sus discípulos, "Estad alerta por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones se carguen de libertinaje y embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra" (Lucas 21:34, 35).

habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. — "Engordar" aquí es *ethrepsate*, aoristo activo indicativo de *trefo*, engordar. La figura es de animales alimentados y engordados para el matadero. Los animales, para ser engordados rápidamente, se les da *todos los alimentos que puedan consumir*; aquí, se dice que los corazones de estos judíos indolentes son engordados; i.e., suplidos con todo lo que desean. Aunque éste era el diseño de esta gente rica, Santiago no deja la figura descansar allí; la persigue hasta su conclusión obvia. Ciertamente, estaban involucrados en el negocio de engordar; y, lo que estaban engordando eran sus propios corazones; pero lo que no tomaron en cuenta fue el hecho de que estaban simplemente engordándose a sí mismos para el día del matadero--*¡su propio día!* El día de matadero es el juicio. Esta declaración nos recuerda de una hecha por Amós, en que el profeta antiguo pintó la ociosidad y la tranquilidad que prevalecía en su pueblo de ese día: "¡Ay de los descuidados en Sión. . . Los que duermen en camas de marfil, y reposan sobre sus lechos; y comen los corderos del rebaño, y los terneros engordados en el establo; gorjean al son de la flauta, e inventan

instrumentos musicales, como David. Beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José" (Amós 6:1-6).

A pesar del hecho de que aquellos que viven de la manera descrita por Santiago y Amós se consideran a sí mismos como especialmente astutos y sabios, a causa de su habilidad de acumular a montones bienes mundanos, y así por vivir en un estilo lujurioso y voluptuoso, la medida de vida de un hombre así es simplemente estupidez. No consideramos sabio el puerco que con estupidez sigue unos cuantos granos de maíz desde la jaula hasta el matadero; ni es un hombre prudente ni juicioso al hartar su corazón con las cosas de este mundo al costo de su alma; y quien, en las palabras de Santiago, engorda su corazón para el día del matadero.

Los *tiempos* de los verbos de esta oración son significantes. Es aoristo activo indicativo; y representan el punto de vista del escritor sagrado como estar en el día del juicio viendo hacia atrás a las vidas de las personas descritas, y pinta la condición que les caracterizará cuando estén ante el juicio de Cristo (2 Corintios 5:10). Los tiempos dan vida y énfasis a la declaración, y revelan las vidas retrospectivas de aquellos así condenados. Es como si Santiago hubiese dicho: "Estamos ya en el juicio; ésta es la forma en la cual vivieron; por lo tanto, su destrucción es inevitable, porque se prepararon para este destino".

6 Habéis condenado y dado muerte al justo,— Los verbos de estas cláusulas son aoristo activo indicativos; por lo tanto, una mejor traducción es, "Condenaron, mataron al Justo". El primer verbo es de *katadike*, condenación; y denota el hecho de que el rico tenía influencia aun en las cortes de la tierra y podía conseguir sentencias de acuerdo a sus deseos. A los pecados graves de fraude y opresión, el rico, que era el objeto de las denunciaciones severas de Santiago, agregó el crimen del soborno, controlaban las cortes y tenían influencia en las decisiones de los jueces. El verbo *katedikasate* tiene la implicación de un juicio, legalmente arreglado para determinar la inocencia o la culpabilidad de un acusado; pero, el acusado ya había sido juzgado culpable por los que lo habían citado y, por lo tanto, el juicio era una burla a la justicia.

"Dado muerte al justo" denota el llevar a cabo la sentencia ya predeterminada de la corte ya influida. Así que además de fraude, opresión, corrupción al proceso legal, el rico particularmente condenado por Santiago aumentaba su culpa al llegar a ser accesorios antes del hecho a homicidio legal. Ésta no es una orden fuera de lo común. Tan insidioso es el pecado en su forma de trabajar que el hombre es llevado de un crimen a otro hasta que no huyen del crimen capital del homicidio. Santiago anteriormente al trazar el curso del pecado, indicó los siguientes pasos:

“Que nadie diga cuando es tentado: Estoy siendo tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y cuando el pecado es consumado, produce la muerte” (Santiago 1:13-15).

¿Quién es “el justo” al cual se hace referencia en este texto? Hay dos conceptos ampliamente defendidos: (1) Cualquier hombre justo, en contraste con el hombre malo; (2) el Señor Jesucristo. Los que suscriben al primer concepto alegan que (a) no es probable que Santiago culpe al judío rico al cual dirigió denunciaciiones cortantes por la muerte de Cristo, cuyo crimen fue cometido por otros, y muchos años antes; (b) “el justo”, ha de ser considerado como representativo de una clase, en contraste con el malo (Isaías 3:10); (c) la referencia es a cualquier hombre bueno que podría ser tratado como estos judíos malos habían tratado con el pobre en el día de Santiago. Estas objeciones son muy débiles e inclusas. El argumento de que los judíos de ese día no serían culpables con la culpa de la muerte de nuestro Señor porque no participaron personalmente en ello no es pertinente; ese acto fue la culminación del pecado nacional en que todos fueron participantes y los que no aceptaron a Cristo persistieron en la rebelión característica de toda la nación. Además, era característico de los escritores inspirados y del mismo Señor ver en los actos perversos de aquellos en su día el fruto y por lo tanto, la culpa de los pecados cometidos en días anteriores.

Como un ejemplo de lo dicho anteriormente, nótese que Zacarías, el hijo de Baraquías, fue matado muchos siglos antes de que viniera nuestro Señor a la tierra; con todo, Cristo claramente indicó que los judíos de los últimos días de la dispensación judía compartieron con la culpa: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron a los profetas. ¡Vosotros también colmad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, engendros de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí que yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:29-35).

La fraseología, el contexto, y los hechos todos apuntan de una manera impresionante a Cristo como “el justo”. (a) la frase griega es *ton dikaion*, singular; por lo tanto, “el justo”; (b) por esta frase nuestro Señor es identificado en el Nuevo Testamento: “Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, (*dikaion*), y pedisteis que se concediera de gracia un homicida”(Hechos 3:14). “¿Cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo (*tou dikaiou*), de quien vosotros ahora habéis sido traidores y asesinos”(Hechos 7:52). “El Dios de nuestros padres te ha designado para que conozcas tu voluntad, y veas al Justo, (*ton diaion*), y oigas la voz de su boca” (Hechos 22:14). “Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis; y si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (*dikaion*--1 Juan 2:1). ¿A cuál otra víctima condenada por una corte corrupta, y asesinado bajo pretensión legal, podrían estas palabras ser aplicadas con mayor propiedad? La conclusión parece irresistible que el título, “el justo” puede ser aplicado sólo al Cristo, el antitipo de todos los que han muerto injustamente por la causa del Gran Jehová.

y él no os hace resistencia.— El antecedente de “él” es “el justo” de la cláusula anterior; el “os”, los ricos perseguidores. Aquí hay evidencia adicional de lo correcto de la exégesis dada antes. Cristo no resistió a sus antagonistas, sino que sometió a sí mismo a su persecución sin quejarse. “Pues para eso fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló ningún engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:21-23). Y, en el gran capítulo mesiánico de Isaías 53 (y citado por la narración de Lucas de Felipe y el eunuco, Hechos 8:32, 33), se dice de nuestro Señor: “Fue oprimido, aunque se humilló a sí mismo, y no abrió su boca; como un cordero que es llevado al matadero, y como una oveja que delante de sus trasquiladores está muda, tampoco él abrió su boca” (Isaías 53:7). Sólo los que han seguido su ejemplo en estas cosas son por él considerados como discípulos fieles: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al malvado; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra . . . Oísteis que fue dicho: Amarás a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que así lleguéis a ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos. . .” (Mateo 5:38, 39, 43-45).

SECCIÓN 12

5:7-12

LA PACIENCIA Y EL RETORNO DEL SEÑOR

5:7-9

7 Por tanto, hermanos, tened paciencia,— Aquí el escritor inspirado regresa a la ola principal de pensamiento en la Epístola, y una vez más, escribe directamente a los "hermanos", de los cuales se había dado vuelta, comenzando desde 5:1, para dirigirse a los ricos incrédulos cuyas medidas opresivas y prácticas fraudulentas eran tan cargosas para los discípulos pobres. La retribución y destrucción que habrían de venir eventualmente sobre todos aquellos que así obraban se había hecho tan claro como un cristal; recibirán su justa recompensa; los que sufren por su mano y son fieles hasta el final serán bendecidos; *por lo tanto*, (en vista de estos hechos) ¡"tened paciencia"! Estas palabras traducen el verbo *makrothumesate*, aoristo activo imperativo de *makrothumeo*, derivado de *makros*, y *thumos*, literalmente, largo de temple, es decir, uno con una larga voluntad para ser persistente; longánimo. Es como si Santiago hubiera dicho, "Vuestras pruebas son ahora muy severas, y los males que estáis pasando por mano de los malos son especialmente fragantes; pero, esto eventualmente terminará; el Señor se encargara para que la justicia sea hecha para todos, siempre y cuando sigan su ejemplo de persistencia y paciencia".

Es digno de notarse que la palabra traducida "paciencia" aquí (*makrothumeo*) no es la misma así traducida en el primer capítulo de la Epístola (Santiago 1:3 sq.). Allí, es la palabra *jupomone*, permanecer bajo. La primera de estas palabras (*makrothumeo*) es usada para denotar paciencia con *personas*, la segunda (*jupomone*) con *cosas*. En Santiago 5, los santos que sufrían están exhibiendo paciencia para con los atormentadores, sabiendo que Dios seguramente los vengará y se encargará para que se haga una justicia cabal. Si, el significado es, "Con determinación constante permanezcan bajo las cargas que pesan sobre vosotros, sabiendo que un día de corrección viene". Implicado es la seguridad que el triunfo de los fieles será contemporáneo con la destrucción de los malos. En hilo de pensamiento semejante, Pablo escribió a los tesalonicenses: "Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que

soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados daros reposo con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia, cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)" (2 Tesalonicenses 1:3-10).

El diseño de Santiago al enfatizar la retribución final que vendría sobre los malos opresores de ese día era para vindicar su sentido de justicia, y para recordar a los que escribió *que esa corrección finalmente triunfaría*. La voluntad para resistir, para perseverar, para ser fiel palidece con la incredulidad; pero, para aquellos cuya fe permanece constante, saben que finalmente los que hacen mal serán castigados con propiedad, y los que hacen bien serán ricamente galardonados. Apoyados por esta realización, sufren sin quejarse las durezas y las dificultades.

hasta la venida del Señor,— Claro que el "Señor" es Cristo; "la venida", su retorno en las nubes (Hechos 1:11; Hebreos 9:28). La referencia aquí es a su *segunda* venida en cuyo tiempo la consumación de todas las cosas sucederá. Esta "venida" de nuestro Señor es referida con frecuencia en el Nuevo Testamento, habiendo más que trescientas referencias o directamente o indirectamente a este evento (Cf. Mateo 24:3; 1 Ts. 2:19; 2 Pedro 3:4). Creyentes a través de la dispensación cristiana son enseñados a "velar" por (vivir con la expectación de) la venida del Señor, y así estar preparados para ese evento (Marcos 13:33-37). No es correcto decir que los apóstoles creían que estarían viviendo cuando el Señor regresara; ellos no sabían más del *tiempo* de su retorno que lo que nosotros sabemos. *Porque ellos no sabían cuando volvería, ellos instruyeron al pueblo a vivir como estaría por venir en cualquier momento*. Esto es todo lo que esto (y cosas semejantes en la Sagrada Escritura) implica; y, no está ni correcto ni necesario implicar que (a) los escritores sagrados con error enseñaron que el Señor vendría en su día; o (b) que esto tiene referencia a la venida del Señor para los santos en su muerte. Por lo contrario, Pedro en su segunda Epístola indica que él moriría antes de este evento: "Por esto, no descuidare el recordaros siempre estas cosas, aunque las sepáis y estéis afianzados en la verdad presente. Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el estimularos con este recuerdo; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado.

También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas" (2 Pedro 1:12-15).

Debe observarse especialmente que Pedro, en la declaración anterior, escrita poco antes de su muerte, deseaba y esperaba que los hermanos recordaran lo que había escrito aun después de su "partida", así indicando que ellos vivirían aun después de que él muriera, que ellos tendrían necesidad de estas instrucciones que él les daba; y, por lo tanto, el tiempo no terminaría después de su partida. Que los primeros cristianos *esperaban* la venida del Señor, *oraban* por ella, y vivían cada día *en expectación de ello*, no lo dudamos (2 Pedro 3:9 sq.); así deberá ser la característica de los santos hoy si hemos de agradar a Dios; pero esto es lejos de decir que de cualquier intimación del Señor o declaración del Espíritu Santo se pueda llegar a la conclusión con propiedad que vendría en algún tiempo *específico*. Es por la misma razón que nosotros no *sabemos* cuando él vendrá que el tiempo es probable y por lo cual siempre hemos de estar completamente preparados. El argumento que los escritores inspirados profetizaron la venida del Señor en su día, es de acusarlos de error. Que algunos expositores de la Biblia implican o afirman eso indica que conceptos bajos e indignos ellos mantienen de la inspiración e infalibilidad de las Escrituras. La *verdad* de la venida del Señor es, para los creyentes de la Biblia, más allá de la controversia; el *tiempo* del cual queda escondido en el inescrutable consejo de la voluntad divina. De la *seguridad* de ello no tenemos ninguna duda absoluta; porque no sabemos el *tiempo*, debemos vivir siempre en un estado de preparación. La *seguridad* de su venida, y la *inseguridad* del tiempo del mismo tomados juntos operan para mantener nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra paciencia siempre vivas y alertas. Los santos afligidos, oprimidos por sus ricos patrones deshonestos, habrían de padecer pacientemente lo que la vida les ofrecía, asegurados que el Señor vendría eventualmente, terminaría su opresión, castigaría a sus opresores y los galardonaría por su fidelidad, paciencia y fidelidad a su causa.

Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra,—
"Mirad", *idou*, ¡Ved! ¡Observad! ¡Tomar nota de! Una herramienta diseñada para enfocar la atención particularmente sobre la ilustración del "labrador". El "labrador", (*jo georgos*, de *ge*, tierra; y *ergo*, trabajar; así, literalmente, un trabajador en la tierra) es un agricultor, un trabajador de la tierra. Con paciencia (*makrothumon*, longanimidad) él espera (*ekdechetai*, ve con expectación) por "el precioso fruto de la tierra", el trigo de la cosecha. El labrador está bien consciente del hecho de que si ha de recibir el fruto precioso de la tierra, debe ejercer paciencia y esperar la sazón normal del fruto y de la cosecha. Era el diseño de Santiago mostrar que es la convicción que el bien del futuro justifica el esfuerzo del presente que

hace soportable la prueba. La cosecha está al final del esfuerzo; no al principio (Mateo 13:39). Uno debe sembrar para poder cosechar.

Aguardándolo con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y tardía.— Todos los que han hecho la obra del agricultor, o están familiarizados con el cultivo de la tierra, saben que hay períodos frecuentes de incertidumbre durante la temporada del crecimiento; a veces incertidumbre si habrá cosecha alguna. El labrador de la tierra con experiencia está consciente de esto, y no pierde la fe en las leyes naturales y la promesa de Dios. Habiendo hecho su parte, confía en Dios y en las agencias que usa para suplir “semilla al que siembra, y pan al que come” (2 Co. 9:10); y sabe que “Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche” (Génesis 8:22). Por lo tanto, exhibe paciencia (longanimidad), “hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía”. La lluvia temprana y tardía se mencionan con frecuencia en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 11:14; Jeremías 5:24; Oseas 6:3; Joel 2:23). La *lluvia temprana* era la que venía alrededor de octubre, pronto después o como al tiempo de la siembra del otoño, y que daba la humedad necesaria para que el grano germinara; la *lluvia tardía* caía alrededor de marzo, que causaba que el grano madurara. De esa manera, el labrador paciente implícitamente confiaba en el Señor para que le proveyera humedad para que el grano brotara, la lluvia para que su grano se llenara y fuera abundante, siempre confiando en que Dios no le iba a fallar. Por lo tanto, es una lección sobre la paciencia; esperando para el desarrollo del cual, como la siembra y la cosecha, trabaja finalmente para el bien del hombre.

8 Tened también vosotros paciencia,— La palabra griega traducida "paciencia", es la misma que aparece en el verso 7 (*makrothumeo*) la cual mejor se puede traducir como "longanimidad". El discípulo apesadumbrado, en imitación al labrador, es de esperar pacientemente para ser rescatado de sus pruebas, y por el triunfo seguro de justicia en su causa. Los cristianos no debieran vanamente tener temor contra las dificultades de la vida, ni gastar sus vidas en ansiedad inútil sobre los pesares que presionaba sobre ellos de todos lados; ellos han de comprender, como lo hace el labrador, que la ley de Dios está operando sobre ellos, y logrará su propósito divino a su tiempo. El labrador de la tierra sabe que no puede apurar el procedimiento por medio del cual la tierra trae su fruto; sino que también sabe que bajo las benéficas influencias del sol y las lluvias, la tierra dará bondadosamente de su almacén de cosas buenas. En forma semejante, aunque la simiente de la verdad pueda estar sepultada por largas temporadas, la ley en el mundo espiritual es tan inmutable y segura como en el mundo natural, y finalmente operará para bendecir y liberar y salvar a los que se conforman a ella.

y afianzad vuestros corazones— "Afianzad", (*sterixate*, fortalecer, hacer estable), significa hacer los propósitos del corazón firmes y seguros y constantes ante las pruebas que les rodean. La fuerza por la cual esto habría de ser logrado era la seguridad de que su causa era justa; el Señor venía, y completamente los vindicaría, y castigaría a sus opresores. Puesto que no es fácil vivir la vida cristiana, todos nosotros necesitamos la amonestación dada. El verbo significa literalmente sostener, apoyar, de *sterix*, un apoyo; por lo tanto, hemos de sostener nuestros corazones por medio de la fe, y no dejarlos que caigan en un mal humor agotador, que al debilitarse lleva a la inseguridad, y finalmente a la incredulidad. La admonición a afianzad (fortalecer) nuestros corazones es una que aparece con frecuencia en los escritos sagrados. Véase 1 Tesalonicenses 3:13, en donde, no obstante, se dice que es Dios el que los afianza para nosotros; claro que , lo hace por medio de la seguridad de su palabra. Santiago habría de escribir después: "Ved cómo tenemos por dichosos a los que sufren" (Santiago 5:11). El Salón de Inspiración de los Fieles" por los héroes galantes de la fe desaparecidos desde hace tiempo en edades pasadas, demuestra el último triunfo de aquellos que, a pesar de grandes dificultades, confiaron implícitamente en Dios para el cumplimiento de sus promesas.

porque la venida del Señor está cerca.— El significado de esta declaración es el mismo como el que está en el verso 7, en donde la referencia es hecha a "la venida del Señor". Véase los comentarios allí. La palabra traducida "venida", es, en el griego, *parousia*, que significa presencia. La venida de Cristo es tan real, tan cierta, tan segura de su cumplimiento, que siempre se considera como cerca, a la mano. Esto es tan cierto para nosotros hoy, como lo era para aquellos de la edad apostólica, en vista de que Él *podría* venir en cualquier momento. Es, no obstante, muy seguro que Santiago no quiso decir que había evidencia de que el Señor aparecería durante la vida de aquellos que vivían en ese tiempo, puesto que Jesús mismo enseñó que nadie sabe el tiempo de su venida excepto el Padre: "Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, *así será también la venida del Hijo del Hombre*" (Mateo 24:36-39). Es incorrecto hablar de la "tardanza" de la venida de Cristo. La palabra "demora", significa: "suspender por un tiempo en el futuro, posponer". Implica interferencia de algo que causa una demora o suspensión. De ese modo, hablar de "la tardanza" de la venida de Cristo implica que el evento está fuera de itinerario, pospuesto, no de acuerdo al arreglo original. Pero, puesto que estamos sin información

alguna concerniente a cualquier “arreglo original”, ¿cómo podemos saber que el Señor ha demorado su venida? Podemos estar seguros que está a tiempo, y en armonía exacta con su propósito y plan. Debemos evitar cuidadosamente la disposición característica de muchos hoy que asignan a términos en la Escritura que se refieren a los actos de la deidad las limitaciones que con los hombres son certísimas. Es por esta práctica que algunos tenían la disposición de interpretar la cláusula, “la venida del Señor se ha acercado”, para significar que entonces era inminente. Que eso no era el significado, es claro del hecho que casi dos mil años han pasado desde que estas palabras fueron escritas, y el Señor aún no ha venido. No debemos pasar por alto el hecho que también con Dios, quien habita la eternidad, las cosas pueden “estar cerca” en su concepto que es muy distante a nuestro imperfecto concepto humano (Compare Isaías 13:6). Pedro señala a algunos en su día que suponían que, porque las cosas continuaban en forma regular y sin variación de la uniformidad que caracterizaba al mundo por muchas edades, era muy probable que *nunca* vendría:

“Sabido primero esto, que en los últimos días vendrán burladores sarcásticos, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su Venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación. Estos ignoran voluntariamente que desde los tiempos antiguos existían por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, surgida del agua y asentada en medio de las aguas, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra actuales están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos” (2 Pedro 3:3-7). En vista de estas verdades tan solemnes, Pedro amonestó a sus lectores a dar diligencia a “ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2 Pedro 3:14). Por lo tanto, podemos estar seguros que el Señor vendrá; vendrá a tiempo, vendrá repentinamente, “como ladrón en la noche”, en cuyo tiempo la tierra, “y las obras que en ella hay serán quemadas”. “Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡qué clase de personas debéis ser en vuestra conducta santa y en piedad, aguardando y apresurando la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero esperamos, según su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales habita la justicia” (2 Pedro 3:10-13).

9 Hermanos, no os quejéis unos contra otros,— El verbo es un presente activo imperativo, con el negativo, de *stenazo*, gemir; de esa manera, literalmente, "No sigan gimiendo unos contra otros. . ." El verbo denota mal genio, impaciencia con otros; la disposición de culpar a otros

por las aflicciones de uno. Los santos a los cuales estas palabras fueron dirigidas estaban muy apesadumbrados, sus vidas eran muy difíciles; y era, por lo tanto, no siempre fácil para ellos llevar sus cargas con paciencia y resignación. Con frecuencia eran de mal humor, morosos, reñidores dispuestos a culpar a sus hermanos, fácil para tomar ofensa, y prontos para encontrar culpa en otros; todo esto hacían sus vidas miserables y creaban serios problemas para otros. Claro que algunos son por naturaleza difícil para llevársela con ellos; los tales muestran un temple agrio y desagradable; jamás han visto algo bueno en otros o nada incorrecto en ellos mismos; son envidiosos, celosos, y dados a criticar a otros. Su actitud es totalmente contraria al espíritu de Cristo, y es condenada repetidas veces en las Escrituras (Mateo 7:1; Lucas 3:14; Fil. 4:11; Hebreos 13:5). Tal disposición de corazón y mente tendrían que evitar los santos. El presente indicativo indica que la situación era una que continuaba, y por lo tanto siempre habría que cuidarla. Esta admonición de Santiago, haríamos bien en siempre considerarla seriamente. Es fácil llegar a ser un regañador crónico. Requiere poco cerebro, y muy poca inteligencia. Es la manera más segura para perder los amigos que podríamos tener. Los que eso practican son condenados.

para que no seáis juzgados;— El quejarse es pasar juicio de un carácter adverso sobre otros; y los que así obran serán ellos mismos juzgados (condenados). Los que incorrectamente asumen el oficio de juez ellos mismos sufrirán juicio (condenación). Sin duda hay una alusión a las palabras del Señor en el Sermón del Monte: "No juguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás claro para sacar la paja del ojo de tu hermano" (Mateo 7:1-5).

mirad: el juez está ya a las puertas.— Literalmente ". . . está puesto de pie ante las puertas", (*pro ton thuron jesteken*, perfecto activo indicativo), y así listo para ejecutar la sentencia. El "juez" es Cristo; la frase, "ya a las puertas", indica su cercanía. Esta declaración corrobora nuestra interpretación de la frase, "la venida del Señor está a la mano" puesto que indica la seguridad del juicio era tal que Cristo es representado como *ya entonces* puesto de pie a la puerta listo para entrar y ejecutar el juicio. Que no había la intención de significar que esto pasaría *en ese día* es evidente del hecho de que han pasado veinte siglos y el juicio aún queda en el futuro. Todo lo que significaba era de que el día de retribución para el mal es seguro y el va a administrar el castigo debe ser considerado como ya a la puerta, listo para entrar en cualquier momento. Un comentario inspirado sobre esta declaración, "está ya a las puertas", ha de verse en 210

Apocalipsis 3:20, donde Cristo es representado de pie ante la puerta de la iglesia en Laodicea: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo". La figura, "ya a las puertas", representa a Cristo como (a) cerca; (b) en una posición para entrar súbitamente e inesperadamente y (c) listo para lograr su propósito sin demora. Por lo tanto, era de vital importancia que aquellos a los cuales Santiago escribió deberán de cesar sus murmullos y quejas por si el Señor abriría la puerta sin aviso previo y descubrir que en vez de estar pacientemente y con fidelidad esperándole, estarían de mal humor, no satisfechos y morosos, e involucrados en riñas entre ellos mismos. El escritor había asegurado a sus lectores que serian bendecidos por su paciencia y longanimidad; y aquí señala que si la murmuración y el descontento han sido substituidos por lo anterior, deben sufrir el juicio ellos mismos. Dios vengará a sus fieles y no fracasará; sino que los juzgará si quedan cortos en el cumplimiento con su voluntad. Compare Romanos 12:19, con 1 Pedro 4:19. Vea, especialmente, en esta conexión, la parábola del siervo malo (Lucas 12:45-48).

EJEMPLOS DE LA PACIENCIA

5:10, 11

10 Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor.— El orden del griego es enfático: "Para ejemplo de aflicción y longanimidad, tomen, hermanos, a los profetas. . ." (*Jupodeigma labete, adelfoi, tes kakopathias, tous profetas.*) La palabra traducida "aflicción" (*kakopathias*) denota sufrimiento de afuera y así es objetivo en carácter; la palabra "paciencia" (*makrothumia*) es sumisa e indica la manera en la cual el sufrimiento ha de ser aceptado. La palabra "ejemplo"(de *jupodeigma*), significa una copia para ser imitada. De esa manera, el significado es, "hermanos, para la manera correcta para soportar la aflicción, sigan el ejemplo de los profetas". Los profetas pocas veces estaban lejos de la persecución y de la prueba; como una clase, ellos fueron los hombres más perseguidos en la historia (Mat. 23:34). "¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido traidores y asesinos"(Hechos 7:52). Jesús dijo, "Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que os precedieron" (Mateo 5:12).

Los discípulos a los cuales escribió Santiago, muchos de los cuales eran de ascendencia judía, estarían familiarizados con los muchos casos de aflicción y sufrimiento pasados por Isaías, Jeremías, Daniel, Elías y otros.

Esos hombres piadosos no escaparon de la persecución; por lo tanto, nosotros podemos esperarla; estos hombres sufrieron fielmente las pruebas de la vida; igualmente nosotros. Ellos sufrieron con paciencia; así ellos sirvieron como ejemplos para todas las siguientes generaciones que de tal manera agradecerían a Dios. De hecho, que el sufrimiento es para el discípulo fiel y cuando ejercido por causa de la justicia, una prueba de aprobación divina. Pedro dijo, "Amados, no os sorprendáis de la hoguera que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os aconteciese alguna cosa extraña, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois dichosos, porque el Espíritu de gloria y de dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero en cuanto a vosotros es glorificado. Porque ninguno de vosotros tenga que padecer como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1 Pedro 4:12-16).

que hablaron en nombre del Señor.— Estos fueron los profetas referidos en la cláusula anterior; ellos "hablaron", (enseñaron) en el "nombre del Señor", i.e., por la autoridad del Señor. Así fue la de ellos una misión divina; y el mensaje que ellos entregaron al pueblo fue autenticado por el Señor e inspirado por el Espíritu. Aquí hay evidencia adicional de la validez y de la verdad de los escritos de los profetas del Antiguo Testamento. La palabra "profeta", de *pro* y *femi*, significa hablar por, o de parte de otro; y así aquellos de esta clasificación tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento eran voceros por Dios, los instrumentos por medio de los cuales él entregaba el mensaje al pueblo. Con frecuencia, el mensaje no era agradable para los malos y el pueblo rebelde; y mostraron su resentimiento al tratar mal a los mensajeros. Rechazar el mensaje no era sólo rechazar al mensajero, sino a Aquel de donde el mensaje se originó—*Dios mismo*. Se recordará que cuando Samuel, en una manera algo petulante, informó a Dios que él había sido rechazado por el pueblo de Israel, al demandar ellos un rey; Dios le dijo, "Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me ha desechado, para que no reine sobre ellos" (1 S. 8:4-9). Evidentemente que la declaración es elíptica. El significado es, "No te han rechazado *sólo* a ti, *también* a mí me han rechazado para que no reine sobre ellos". Los santos afligidos, tan cruelmente maltratados por sus patrones ricos y opresivos, muy bien podrían ver a los profetas como ejemplos de aquellos cuya fe no les había fallado, sino que servían a Jehová bajo las circunstancias más difíciles. Perseverancia paciente bajo gran dificultad es una lección de objeto en la fe a otros. Sirve para inducir a aquellos de nosotros que lo

vemos tratar un poco más en base de que si otros han tenido éxito bajo prueba, también nosotros podemos. ¡Cuán grandes multitudes de los que fueron probados con severidad han ganado gran fuerza y fe renovada de los nobles ejemplos de Hebreos 11! ¡Qué maravilloso es saber que nosotros, como Abraham, podemos por medio del ojo de la fe ver más allá de la neblina distante, "la ciudad" que "tiene los fundamentos, cuyo edificador y hacedor es Dios!"

11 Ved cómo tenemos por dichosos a los que sufren.— Para el significado de la palabra "ved", vea los comentarios sobre esta palabra en el verso 7, arriba. El "nosotros" (sobrentendido) incluye no sólo a Santiago y a los discípulos fieles a los cuales escribió, sino a todos aquellos que honran y respetan a los que, por medio de la gran prueba y aflicción, mantienen su lealtad a Dios y su devoción a su voluntad. "Dichosos" es de *makarizomen*, presente activo indicativo de *makarizo*, de *makarios* "feliz". No obstante, la palabra "feliz" no da adecuadamente el significado del término aquí usado. Nuestra palabra "feliz" connota una alegría externa, mientras que aquí la dicha que la palabra indica es interna, y resulta de la paz que reina en los corazones de aquellos que fielmente sirven al Señor. La forma de la palabra que ocurre aquí aparece en Lucas 1:48, el único otro caso en el Nuevo Testamento, aunque la palabra *makarios* (la palabra por las Bienaventuranzas, Mateo 5:3-11) aparece con frecuencia. A través de las edades, los fieles han con frecuencia sufrido muchas molestias, durezas y dolor agonizante. En uno de los pasajes más vivos en la Biblia, el escritor de la Epístola a los Hebreos describe las pruebas de los santos en edades pasadas de la siguiente manera maravillosa:

“¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría para contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas; que mediante la fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de la espada, se revistieron de poder, siendo débiles, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga a ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron torturados, no aceptando el rescate, a fin de obtener una mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos con pieles de ovejas y de cabras, menesterosos, atribulados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra” (Hebreos 11:32-38).

Si los buenos y los grandes de edades pasadas sufrieron tanto por la Causa que amaban, ¿por qué habríamos de esperar la guirnalda que ellos

llevaron si nosotros nos achicamos de las batallas que ellos pelearon con tanta valentía? Llamamos dichosos. ¿Por qué? Porque fueron constantes en la fe. Si hubiesen tirado sus armas y habrían abandonado la batalla, nadie los hubiera honrado ni los hubieran llamado dichosos. Sólo los que prevalecen con considerados como dichosos.

Los que “sufren” fueron aquellos que soportaron sin quejarse bajo sus cargas, y cuya fe no falló en la hora de la prueba. El verbo “sufren” es del griego *jupomeno* que, como participio, significa exhibir paciencia en asuntos que pertenecen a las cosas. Para su significado, y la distinción que hay entre ella y la palabra traducida "paciente" (*makrothumo*) que aparece anteriormente en el capítulo (vea los comentarios sobre el verso 5). El significado aquí es que los fieles a los cuales Santiago aquí alude sobrellevaron sin quejarse las cargas pesadas de la vida que incluyó persecución amarga, sufrimiento intenso y amargas durezas de muchas clases. Es la determinación para servir a Dios, no importando los obstáculos, más una perseverancia paciente, que insta a generaciones subsiguientes a llamar a los que así sufren dichosos. El escritor sagrado señaló a sus lectores a estos casos de fidelidad y devoción por grandes y buenos hombres para animarles en la prueba fogosa por la cual entonces estaban pasando. No era la intención de Santiago dejar la impresión que el galardón inherente en el término "dichoso" sería recibido en esta vida; por lo contrario, muchos males siguen, y nunca son corregidos aquí; sino que es un asunto de fe que en el tiempo que Dios quiera, Él corregirá los males de los pobres y dará el castigo que merecen a los malos en el día de las cuentas finales. El salmista una vez se preocupó mucho sobre este asunto. Él observó que los buenos con frecuencia están en gran dificultad y que los malos con frecuencia prosperan; y escribió las siguientes palabras para indicar su perplejidad:

“Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón. En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Porque no hay congojas para ellos, pues su vigor está entero. *No pasan trabajos como los otros mortales, ni son azotados como los demás hombres.* Por tanto, la soberbia los rodea como un collar; se cubren de vestido de violencia. Los ojos se les saltan de gordura; logran con creces los antojos del corazón. Se mofan y hablan con maldad de hacer violencia; hablan con altanería. Ponen su boca contra el cielo, y su lengua recorre la tierra. Por eso, mi pueblo se vuelve hacia ellos, y bebe a grandes sorbos de sus aguas. Y dicen: ¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimientos en el Altísimo? He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día, y castigado todas las

mañanas. Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría" (Salmo 73:1-15).

¿Por qué prosperan los malos y sufren los buenos? Éstos eran asuntos que perturbaban y molestaban a David, así como a los buenos en cada generación. Al entrar al "santuario", la solución de este molesto problema estaba a la mano:

"Cuando medité para entender esto, fue un duro trabajo para mí, hasta que, entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. Ciertamente los has puesto en deslizaderos; los precipitas en una completa ruina. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores" (Salmo 73:16-18). Aquí no, pero en el juicio los malos darán cuenta por sus malas obras. Un incrédulo en cierta ocasión dirigió la siguiente nota al editor de un periódico del condado: "Señor: Yo tengo un vecino religioso quien, cuando ora, yo maldigo; cuando él va a la iglesia, yo voy a pescar; no obstante, en octubre mi cosecha es tan bondadosa como la de él. ¿Cómo lo explica?" El editor contestó: "Señor, ¡usted se equivoca al asumir que Dios hace cuentas completas en octubre!" En un pasaje extraordinario en 2 Tesalonicenses 1:7-10, Pablo advierte solemnemente de la destrucción final de los malos: "Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando sea revelado el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia, cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos".

Habéis oído de la paciencia de Job,— Esta muy interesante historia de aquel personaje valiente y fiel del Antiguo Testamento era muy familiar para los lectores de Santiago. Todas sus vidas, los cristianos judíos habían oído y leído de las agonías que Job había experimentado, las miserias impuestas sobre él por sus llamados amigos, y los gritos que había salido dolorosamente de sus labios. Aunque no podía apagar todos los gritos de dolor que salieron de lo más profundo de su alma, permaneció fiel a sus convicciones y así llegó a ser el mejor ejemplo de la Biblia de perseverancia paciente bajo prueba del tiempo del Antiguo Testamento (Job 1:21; 2:10; 16:19, 19:27). A través de las edades, ha sido honrado por su fe, y todas las generaciones subsiguientes lo han llamado dichoso. Su nombre en la lista de los héroes antiguos, ocupaba un lugar de honor especial, juntamente con Noé y Daniel (Ezequiel 14:14, 20). La lección para nosotros es que aunque un santo, sufrió mucho, y necesitamos esperar escapar lo que fue la parte de los grandes y los buenos de todos los siglos. Lecciones incidentales de gran valor han surgido de esta referencia: (1)

Aprendemos que todo el sufrimiento, por más grande y prolongado, debe eventualmente terminar; y los santos triunfarán; (2) las historias del Antiguo Testamento, incluyendo a Job, fueron escritas para ayudarnos en nuestras pruebas (1 Corintios 10:1-13); y (3) el Espíritu Santo, Quién a Santiago inspiró para escribir las palabras de nuestro texto, por su referencia a Job, manifiesta el hecho de que el libro no es, como algunos modernistas afirman, una alegoría o composición mítica, sino una historia verdadera y digna de confianza de un personaje específico arrebatado en una serie de incidentes específicos allí especialmente detallados y descritos. El libro de Job demuestra el hecho de que un hombre fiel soportará cualquier forma de prueba en vez de abandonar a Dios. Exhibe en forma clara y notable las luchas de uno que, aunque no lo pueda entender, por el momento, la ocasión de sus duras pruebas, *no culpa a Dios con ellas*, y mantiene su fe en la Deidad. Job y sus experiencias nos dan una lección de objeto de fe constante ante la prueba tremenda. A pesar de sus aflicciones físicas, la pérdida de sus posesiones terrenales, el desprecio y las acusaciones falsas de sus amigos y la infidelidad de su esposa, "no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno" (Job 1:22).

y habéis visto el fin del Señor,— La palabra traducida "fin" aquí, *telos*, con frecuencia con el significado de terminación, consumación, etc., también señala *propósito, meta, diseño*, es su significado obvio aquí. Hoy nosotros, y de nuestro punto estratégico (Santiago está diciendo), podemos ahora ver el propósito y el diseño del plan de Dios en el caso de Job, que *entonces* no era tan aparente. La lección general aquí indicada no debe ser perdida para nosotros hoy. Hay "una divinidad que da forma a nuestros fines", y aunque, por el momento, no podemos discernir el propósito o plan que Dios tiene, debemos esperar con paciencia por el desarrollo de ello, sabiendo que eventualmente él se vindicará y todas las cosas saldrán para bien. "Y sabemos que todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios, de los que son llamados conforme su propósito. . .¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? . . . Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosas creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor" (Romanos 8:28, 31, 32, 37, 38).

que el Señor es muy misericordioso y compasivo.— Es decir, "el fin" (diseño, propósito, plan) del Señor es para mostrar gran misericordia y compasión para con sus santos afligidos. En el caso de Job, el Señor exhibió gran misericordia y compasión; y, esto hará también para con todos

nosotros que soportamos en forma semejante. La frase, "muy misericordioso", denota el hecho de que Dios es tierno de corazón; Él no ignora las agonías de su gente, ni pone oído sordo a sus gritos. Él abunda en misericordia (*polusplagchnos*), está lleno de ella. Además, es "misericordioso", (*oiktirmon*), i.e. lleno de compasión para con los que sufren. Esta característica de Dios era especialmente mostrada en el caso de los profetas y particularmente en Job. Aunque ese personaje del Antiguo Testamento sufrió como pocos hombres lo han hecho, Dios lo bendijo ricamente en sus últimos días: "Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todos los anteriores bienes de Job. Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel infortunio que Jehová había traído sobre él; y cada uno de ellos le dio una pieza de dinero y un anillo de oro. Y bendigo Jehová el postrer estado de Job más que el primero; porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. . . Y no había mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra; y les dio su padre herencia entre sus hermanos. Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job en la ancianidad y lleno de días" (Job 42:10-17).

Las lecciones en paciencia y resignación son muchas en el Antiguo Testamento, y todas deberán con oración y cuidado tomarlas en serio. El deseo por ganancia mundana con frecuencia posee a miembros del cuerpo de Cristo; y la disposición de ser malhumorados y descontentos con nuestra parte es común. Debemos aprender la necedad de la adquisición mundana como un medio para la felicidad; y que la "paciencia en la aflicción" es la actitud correcta a tener para nosotros como cristianos por todos nuestros días.

EL JURAMENTO PROHIBIDO

5:12

12 Pero sobre todo, hermanos míos,— La frase, "sobre todo", (*pro panton*) fue designada para enfatizar la importancia del mandato con referencia a los juramentos. Sobre este asunto tendrían que tener cuidado especial y dar particular atención. No es posible determinar si la frase es temporal ("Antes de hacer cualquier cosa, dar atención a esto), o si es designada para indicar prioridad ("Dar atención particular a este asunto"). En cualquier caso, las palabras del escritor enfatizan la importancia del mandato, y su deseo de que los lectores se apliquen a ello enseguida.

no juréis,— (*Me omnujete*, presente activo imperativo con el negativo), literalmente, "No sigan jurando". La prohibición lo prohíbe de aquellos que practican el vicio; y da la orden a aquellos que aún no han comenzado a abstenerse en hacerlo. Uno no puede escapar la conclusión que hay aquí una referencia muy obvia a las palabras de nuestro Señor sobre este tema en el Sermón del Monte. El siguiente paralelo demostrará este hecho:

“No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey.

. . . sea, pues, vuestra palabra: Sí, sí; No, no; pues lo que se añade de más, procede del maligno.”

“No juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con ningún otro juramento; sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis bajo juicio.”

Jurar es invocar el nombre de Dios, u otros nombres sagrados, así como cosas; dar un juramento. La práctica parece haber sido muy común en el primer siglo. Los judíos entendían (del tercer mandamiento), que habrían de evitar cualquier uso profano y flagrante de los nombres de Dios, sino que acudían a lo tecnológico y a razonamiento ilógico para justificar juramentos en donde no había mención *específica* del nombre de Dios. Algunos rabinos mantenían que uno era sujeto a decir la verdad sólo cuando los nombres de la Deidad eran mencionados, en base de que Dios llega a tomar partido en el acuerdo cuando así era involucrado; pero, si su nombre no era incluido en el juramento cualquier promesa hecha no tenía que cumplirse. Así por la reservación mental, por trucos y métodos evasivos, por el uso hábil de palabras, muchos en ese tiempo insensiblemente quebrantaban sus promesas y violaban sus juramentos. Otros evitaban el uso del nombre de Dios en sus votos al jurar por la creación de Dios--los cielos, la tierra, el sol, la luna y las estrellas. Esto, claro, no los excusaba porque todos estos objetos eran las obras de Dios; y, jurar por ellos es aun involucrar a Dios. Por lo tanto la siguiente prohibición:

ni por el cielo, ni por la tierra, ni con ningún otro juramento;— Esta declaración prohíbe el uso de todos los otros juramentos bajo las circunstancias *particularmente ante el escritor*. Todo tal juramento debe de considerarse como pecaminoso. Todos los juramentos, piadosos o no, que caen en esta clasificación, están mal. Jehová siempre ha considerado con el mayor desagrado, cualquier disposición de parte del hombre para usar su nombre de una manera ligera, frívola y profana. El primer mandamiento del decálogo era designado para proteger la santidad del Ser de Dios; el segundo prohibía al hombre acercarse a Él por medio de algún artificio humano; el tercero-- "No tendrás dioses ajenos delante de mí. No harás para ti escultura, ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que

visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y que hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos. No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque Jehová no dará por inocente al que tome su nombre en vano" (Deuteronomio 5:7-11). Fue formulado para garantizar respeto y reverencia para Su nombre.

Uno es profano cuando usa cosas sagradas de manera irreverente y blasfema. La palabra *vana*, en el tercer mandamiento del decálogo, es traducida de una palabra en el idioma hebreo que significa en una manera liviana, ligera y despreciativa. Es de consecuencia seria que muchos miembros de la iglesia hoy han permitido que se introduzcan palabras y frases que en su uso llegan a ser profanas. Otros, que no se atreverían usar los nombres, Dios, Cristo, Jesús, Jerusalén, Cielo, Infierno, Hades, como interjecciones ("Una palabra de interjección o forma de oración, usualmente introducida sin conexión gramática", Webster) y, no obstante, por énfasis usan eufemismos (una substitución de una palabra o frase menos ofensiva) cuya derivación vuelve a una de las formas anteriores. Si los que usan estos términos estuvieran conscientes del origen y el significado de muchos de estos eufemismos abreviados, ¡se horrorizarían! Es importante, por lo tanto, que tengamos un concepto claro del significado de dichas palabras o frases y evitar su uso. Algunos ejemplos sin comentario: ¡*Válgame!!*, ¡*Cielos!*, etc.

A veces directamente usamos los nombres de Dios Padre y de nuestro Señor sin pensar, y por lo tanto, en vano. Por ejemplo: ¡*Dios mío!*, ¡*Jesús!*, ¡*Cristo!*, ¡*Bendito!*, etc. Tales expresiones al ser usadas de una manera ligera, y frívola, violan el mandato del Señor: "Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey" (Mateo 5:34).

No hemos de concluir de esto que es malo usar los diferentes nombres de Dios en nuestra conversación cuando el uso es con reverencia, respeto y sobriedad. De hecho, tenemos varios casos de tal uso en las Escrituras (Cf. "Dios lo prohíba", "Si Dios quiere", "El Señor le conceda misericordia", etc.) Los judíos consideran el nombre de Jehová como inefable y hasta el día de hoy rehúsan pronunciarlo en hebreo. Es el uso profano de las cosas y nombres sagrados contra el cual la Biblia habla, y todas expresiones semejantes a éstas que anteriormente hemos mencionado deberán ser excluidas con rigidez de nuestros vocabularios.

sino que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para que no caigáis bajo juicio.— Hay que tener la seguridad de que cuando digamos "Sí", *sí* sea la respuesta correcta; cuando digamos "No", *no* es la respuesta

correcta. Hay que asegurarnos que nuestras declaraciones sean correctas, sin la necesidad de tener que reforzarlas con un juramento. Parecería que esto es la clave del pasaje. No era el diseño de Santiago (ni de nuestro Señor, en Mateo 5:34-37), prohibir *todo* juramento, incluyendo aquellos de una naturaleza judicial, parece evidente por las siguientes consideraciones: (1) Jesús, ante Caifás, testificó bajo juramento (Mateo 26:63, 64). (2) Pablo con frecuencia afirmó cosas en la forma de un juramento, e. g., “Porque me es testigo Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago siempre mención de vosotros en mis oraciones . . . (Ro. 1:9; Cf. 2 Co. 1:23; Fil. 1:8; Gálatas 1:20). (3) Dios juró por sí mismo al no poder jurar por alguien mayor (Hebreos 6:13). (4) Los profetas con frecuencia envolvían los nombres de Dios en sus afirmaciones solemnes (Isaías 65:16). Por lo tanto, el pecado prohibido en esta sección es el de la *profanidad*; el uso frívolo y ligero de los nombres de Dios, así como de las cosas sagradas. Los judíos de ese tiempo eran especialmente dados al vicio de uso constante y continuo de la profanidad; al llamar a Dios como testigo en las cosas más comunes y frívolas, la práctica que prostituía los nombres de Dios al nivel de las cosas más insignificantes. Un juramento judicial, un juramento legal, declaraciones ante los notarios públicos, y cosas semejantes, no están dentro de la clasificación señalada por el escritor.

Hay los que buscan evitar un juramento como testigo ante el juez al acudir a una *afirmación* que lo que están por testificar es la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. En este país la mayoría de los tribunales permitirán a uno afirmar en vez de jurar ante la verdad que están por pronunciar. Los que así hacen, aunque no siguen la forma de los juramentos generalmente administrados, están, no obstante, atados a decir la verdad; y, si no dicen la verdad, pueden ser acusados de perjurio.

Pero, ¿acaso no incluyó Santiago, entre las prohibiciones, “ningún otro juramento”? ¿No incluiría esto no sólo las prohibiciones especificadas, sino los juramentos de todo tipo y clase, *incluyendo aquellas requeridas por la ley*? Es muy significativo que un juramento, *por el nombre de Dios*, no es mencionado; seguramente si tenía la intención de prohibir todo juramento (votos), éste hubiera sido el primero en haber sido designado; por cierto, este tipo de juramento, en contraste con otros, fue mandado bajo la ley (Vea Deuteronomio 6:13; 10:20). Parecería que al no designar tal juramento indicaría que lo que ha sido enfatizado arriba, que el tipo de juramentos mencionados, es el que era característico de los judíos en ese tiempo de afirmar con un juramento las cosas más comunes de la vida. En vez de hacer eso, para establecer la verdad de lo que decían, tendrían que dejar que su sí fuera sí y su no, no; es decir, tendrían que decir la verdad siempre, y sin la necesidad de acudir a tales artificios. Evidencia adicional

de lo correcto de esta conclusión ha de verse en la palabra del Espíritu Santo usada para designar cualquier otro juramento. Si Santiago hubiera tenido la intención de afirmar que cualquier juramento, todos los juramentos, todo juramento, debe de ser rechazado, hubiera usado por la palabra *otro*, la griega *jeteros*, que significa otra de una clase *diferente*; en vez de *allos* (la cual usó), otra de la *misma* clase. Por lo tanto, es claro que el escritor sagrado tuvo la intención de incluir sólo aquellos juramentos del mismo tipo bajo consideración, y al cual la gente de ese tiempo era especialmente adicta. No hay razón exegética para extender sus declaraciones sobre los juramentos no incluidos en su propia clasificación. De todos los datos en el caso, debemos de concluir que tanto el Señor como Santiago tenían en mente el hábito de usar nombres sagrados en declaraciones comunes en vez de usarlos en apelaciones solemnes que son hechas a Dios por toda la gente fiel en la ocasión de un momento serio.

“Caigáis bajo juicio”, es ser puesto en una posición en donde uno ha de ser juzgado. La palabra traducida juicio (*krisis*), denota el proceso de juzgar, en vez de pasar sentencia. Significa que los culpables de lo que Santiago escribe en esta sección estarán bajo juicio por sus acciones. Jesús, en la declaración paralela, declara que lo que es más que esto "es del maligno", i.e., se origina con él. Por lo tanto, involucrarse en profanidad vana al tomar juramentos es ser influidos por el diablo; y pone a uno en una situación bajo la cual hay que pasar por el juicio.

SECCIÓN 13

5:13-20

LA ORACIÓN Y LA ALABANZA

5:13

13 ¿Está alguno entre vosotros afligido?— Era la opinión de nuestros traductores que la frase griega, *kakopatheí tis* ("¿Está alguno entre vosotros sufriendo?") es una interrogativa, y debe, por lo tanto, ser traducida como aparece en nuestro texto, en vez de estar como una declaración indicativa ("Alguno entre vosotros está sufriendo.") y, quizás, con corrección, aunque no hay marcas de puntuación en los manuscritos griegos más antiguos y los tales deben, en cada caso, ser suplidos. Hay muy poca diferencia, ya sea la declaración considerada como una pregunta, o como una afirmación o dato. Frecuentemente, en casos de esta clase, las declaraciones son puestas en forma retórica con el fin de dar énfasis. Algunos de los cuales Santiago escribió estaban realmente sufriendo por mano de sus opresores, sufriendo persecución de parte de aquellos que se oponían al cristianismo, sufriendo de aflicción, dureza y mucha dificultad.

El verbo *kakopatheí* (también apareciendo en 2 T. 2:3, 9; 4:5 y en forma de sustantivo en Santiago 5:10), es compuesta del adjetivo *kakos*, mal y *pascho*, sufrir; por lo tanto, literalmente, sufrir mal. Así que, es suficientemente comprensivo abarcar todo tipo de aflicción, sea de un carácter corporal externo o interno, angustia mental. Había mucho sufrimiento entre los santos de ese día, así como en el nuestro; de hecho, en cada congregación hay los que pasan por enfermedad, pérdida de algún ser querido, así como pérdidas de otra naturaleza. Tristeza, sufrimiento, dolor, de hecho, todas las cargas de la vida en un tiempo u otro caen sobre los hombros del pueblo del Señor; y la instrucción que contiene este verso para aquellos del primer siglo es igualmente aplicable a éste. Aquí se hace claro que la actitud correcta del santo afligido es exhibida en la adoración, y no en los votos y juramentos vanos de cualquier clase.

Haga oración.— (*proseuchestho*, presente medio imperativo de *proseuchomai*, orar, así literalmente, *que siga orando*. En vista del hecho de que la aflicción y el sufrimiento siempre están con nosotros, tanto físico como mental, el hombre puede culpar a Dios por *ello*, o ir a Dios para tener alivio *de* ello. Algunos son culpables de lo primero; los cristianos se alegran de poder hacer esto último. Cuando los problemas del mundo caen en nuestros hombros, en vez de mórbidamente quejarnos con enojo, debemos pedir a Dios por sabiduría para poder enfrentar nuestros problemas, y por la fuerza requerida para poder sobrepasarlos. Este era el

método de Pablo, y lo encontró con mucho éxito. Molesto por su “aguijón en la carne”, pidió al Señor en tres ocasiones distintas, para que se lo quitara. El Señor le dijo, “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”. Pablo después razonó, “Por tanto, de muy buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me complazco en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en estrecheces; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:7-10). Podemos tener la seguridad de que Dios va a apoyarnos en nuestras pruebas; y, por lo tanto, debemos buscarle para que nos dé la ayuda que él tan libremente ofrece cuando aparecen en el horizonte nubes ominosas y pesadas, y cuando los obstáculos, aparentemente imposibles, aparecen en nuestro camino. Cualesquiera que sea la naturaleza del carácter de nuestra aflicción, siempre es correcto, propio y beneficioso orar. En realidad, hay una inclinación de parte del hombre buscar a Dios en oración cuando los apoyos humanos cesan. Abrahán Lincoln dijo en cierta ocasión que en las horas negras que le enfrentaron, él buscó a Dios para ayuda, al comprender que no tenía a quién más acudir. Claro que debemos recordar *siempre* nuestras obligaciones para con el Señor, y no respaldarse sobre él como en el último recurso. Es consolador saber que cuando todos los demás nos fallan, Él no lo hará; sino que prestará un oído de simpatía a todas nuestras súplicas, y nos invita a buscarle en las horas de nuestros extremos (2 Crónicas 22:12; Salmos 34:4; 50:5; Mateo 7:7). ¡Cómo tranquiliza el saber que Dios es nuestro refugio, nuestra gran ayuda siempre presente en el tiempo de la necesidad! Es verdaderamente un maravilloso pensamiento consolador que por medio de la oración no sólo encontramos alivio de nuestras aflicciones de la vida, sino que la causa que las produjo también puede ser removida. ¿Estamos algunos de nosotros afligidos? Entonces ¡oremos! Éste es el mensaje del cielo para todos los santos del Señor.

¿Está alguno alegre?— (*Eujthemei*) La palabra así traducida no da la noción de divertimento y frivolidad, sino describe la disposición que es amistosa, alegre, placentera y agradable. Uno que está "alegre" en el sentido original del término, es uno con buenos espíritus, uno que tiene una mentalidad que es libre de ansiedad y problemas molestos. El verbo también aparece en Hechos 27:22, 25, donde Pablo exhortó a sus compañeros de viaje a "tener buen ánimo". La palabra usada por Santiago describe una actitud exactamente contraria a lo que es indicada en la palabra "afligido" en la primera parte del verso. Es probable que el "afligido" y el "alegre" de este pasaje sea la misma persona. Es decir, el que está sufriendo ha de orar al Padre para levantar su carga; y, cuando la carga se va, estar alegre, y debe expresarlo en alabanza y adoración. La alabanza ha sido llamada "la forma más alta de la adoración", y es la

expresión natural de un corazón contento y agradecido. Si, en aflicción, hemos de orar; es seguramente apropiado, en alegría, expresar alabanza; y en ambas hemos de sentir y demostrar nuestras más íntimas necesidades a Dios.

Cante alabanzas.— (*Psalleto*, presente activo imperativo de *psallo*, "en el Nuevo Testamento cantar un himno, para celebrar alabanzas a dios en el canto", (Thayer, Greek English Lexicon of the New Testment). Literalmente, "Que siga cantando". La palabra aparece en 1 Corintios 14:15; Romanos 15:9; Efesios 5:19). A través de los años ha tenido una variedad de significados. Ha significado el acto de arrancar cabello, estallar el cordón de un carpintero, tañer (tocar) las cuerdas de un instrumento; y, en el Nuevo Testamento, *cantar*. Su significado básico de arrancar o tocar, es así visto metafóricamente en su uso del Nuevo Testamento, en que las cuerdas del corazón han de ser "tocadas" o tañer sobre: "Y no os embriaguéis con vino, en lo cual hay libertinaje; antes bien, sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando (*psallo*) al Señor *en vuestros corazones*" (Efesios 5:19). Hay aquellos quienes, en un esfuerzo para justificar el uso de instrumentos mecánicos de música en la adoración cristiana hoy, señalan a significados *anteriores* de la palabra, y urgen que tal significado deberá asignarse hoy. Pero los que así hacen no pueden seguir su propio argumento a su conclusión. Se concede por el defensor más ávido de la música instrumental en la adoración que uno puede aceptablemente acercarse a Dios sin él en una devoción religiosa pública; que su uso es un asunto de gusto personal; y está, por lo tanto, en el campo de la conveniencia. Pero, si el instrumento es inherente en la palabra y *psalleto*, es usar de un instrumento de cuerdas, síguese que uno no puede *psalleto* sin él. O el instrumento está en la palabra o no lo está. Si está en él, uno no puede adorar a Dios sin un instrumento de música; si no está en ella, luego falla el argumento. Si se urge que el instrumento es inherente en la palabra, irresistiblemente resultan las siguientes conclusiones: (1) Es imposible *psalleto* sin un instrumento de música; (2) puesto que cada persona es mandada a *psalleto*, cada una debe personalmente tocar las cuerdas de un instrumento mecánico en la adoración para ser aceptable; (3) para preparar a la gente para adorar aceptablemente habría la necesidad de prepararla para tal uso; (4) sólo instrumentos de cuerda puede usarse con propiedad, puesto que sólo a éstos se puede tañer. Esto eliminaría a todos los instrumentos de *viento* tales como los órganos, cornos, etc. En vista de este hecho de que uno de los defensores del instrumento musical en la adoración está dispuesto a aceptar estas conclusiones obvias, resulta que tienen poco respeto por el argumento que hacen.

Decenas de los más profundos eruditos mundiales del griego, incluyendo todos aquellos que han producido las traducciones inglesas mayores, han dado testimonio al hecho de que el significado del Nuevo Testamento de la palabra no incluye el uso de un instrumento mecánico; y que su significado hoy es sencillamente cantar. Un interesante dato adicional significativo sobre esto es el hecho de que las Iglesias Ortodoxas Griegas--cuyos miembros son en su mayor parte, gente que hablan el griego--jamás han usado el instrumento musical en su adoración. Los que desean investigar más el significado de la palabra, encontrarán un tesoro de material muy valioso en “Instrumental Music In Christian Worship”, por M. C. Kurfees, publicado por el Gospel Advocate Company, Nashville, Tennessee.

El uso de tales instrumentos en el orden *judío* característico del período del Antiguo Testamento, cae muy corto al hacer el intento de justificar su uso en la adoración *cristiana* hoy. El quemar incienso, el ofrecimiento de sacrificios de animales eran parte de la adoración en la dispensación anterior; por lo tanto, no concluimos que el quemar incienso en las devociones judías justifica un quemador de incienso en la iglesia hoy. Los defensores de la doctrina de tener miembros infantes hacen el intento de sostener su posición precisamente de la misma manera. ¿No eran los infantes parte de la economía judía? ¿No deben ellos, por lo tanto, estar en la iglesia de hoy en día? Los que así contienden hacen un caso para hacer de los infantes miembros de la iglesia con tanto éxito como lo hacen los que buscan de la misma manera justificar la música instrumental en la iglesia hoy, y los que practican cualquiera de las dos cosas van más allá de lo que está escrito (Deuteronomio 4:2; Proverbios 30:6; Apocalipsis 22:18, 19).

Es un dato histórico bien establecido que puede ser confirmado al consultar cualquier enciclopedia digna de confianza que la música instrumental en la llamada adoración cristiana fue primeramente usada, en esta dispensación, en 670 d.C., al ser introducida en la Iglesia de la Gran Apostasía; y, creó tanto furor en ella que para evitar una división fue rápidamente removida; y, no fue hasta como alrededor del 800 d.C., que llegó a ser común en ese estado eclesiástico. *Nuestro Señor nunca lo autorizó, ningún apóstol lo sancionó, ningún escritor del Nuevo Testamento jamás lo mandó, ninguna iglesia del Nuevo Testamento lo practicó.* Nació en el seno de la apostasía, y es usado sin una sanción mayor que la del quemar el incienso, el contar las cuentas, y la aspersión de los niños.

Andamos por fe y no por vista (1 Corintios 5:7); y, la fe viene por el oír de la palabra de Dios (Romanos 10:17). Resulta, por lo tanto, que

tenemos la libertad para hacer, en la adoración cristiana, sólo aquellas cosas mandadas específicamente; y, puesto que el Nuevo Testamento guarda silencio concerniente al uso de la música instrumental en la adoración, no nos atrevemos a usarlo. No obstante, somos mandados a *cantar* y de salmodiar en nuestro corazón (¡no sobre un instrumento!) Y somos asegurados que tal práctica es aceptable ante aquel quien lo mandó. Las cosas autorizadas en la adoración, para ser hechas en el día del Señor,—el primer día de la semana—son, la enseñanza, el canto, la contribución, la Cena del Señor, y la oración (Hechos 2:42, Efesios 5:19; 1 Corintios 16:2; Hechos 20:7).

LOS ANCIANOS Y LOS ENFERMOS

5:14, 15

14 ¿Está enfermo alguno entre vosotros?— La palabra traducida "enfermo", (*astheneo*, literalmente, estar débil, sin fuerza), es un término usado con frecuencia para la enfermedad en el Nuevo Testamento (Mateo 10:8; Juan 5:7; Hechos 9:37; Filipenses 2:27). El escritor, en el verso 13, designa "sufrimiento" en general; aquí, un tipo particular de sufrimiento--enfermedad física--es mencionada específicamente. La enfermedad, de una clase u otra, es una aflicción universal del hombre; y, Santiago, apenas habiendo acabado de amonestar a los que había escrito de orar al estar sufriendo, cantar cuando estén alegres, pasa ahora al tema de la enfermedad física, quizás porque sea la clase de aflicción más común a la cual los seres humanos son sujetos. No se nos informa la naturaleza o qué tan extensa sea la enfermedad aquí contemplada; ni hay nada, en este caso, que indique si el término es literal o figurativo. El contexto sugiere que es una enfermedad literal puesto que es mencionada en conexión literal con el sufrimiento, la oración, el estar alegre y el canto. En el verso 15, se muestra con claridad que la enfermedad aquí contemplada es física en su naturaleza, puesto que es mencionada en conexión con, y *además de*, la enfermedad espiritual. Estas conclusiones siguen: (1) Es posible que los hijos de Dios se enfermen. (2) La enfermedad es un mal físico que eventualmente viene a todos, sean buenos o malos. (3) El hecho de que uno esté enfermo no significa que esa persona sea culpable de algún pecado específico. Con frecuencia, los hombres más devotos sufren de enfermedades prolongadas; frecuentemente, los que viven abiertamente en pecado gozan de una salud robusta. Pablo tenía una gran debilidad física; había debilidades de la carne que cargaban pesadamente sobre él y siempre vivía con una recordativa dolorosa del aguijón en su carne (2 Co. 12:1 sq.). Había gente enferma en la iglesia primitiva así como hay muchos en esta

categoría hoy entre nosotros. La enfermedad, es una carga que todos, tarde o temprano, tenemos que soportar.

Llame a los ancianos de la iglesia,— (*Proskalesasthe*, aoristo medio imperativo, "Llame (enseguida) a los ancianos de la iglesia".) La "iglesia" aquí referida es, obviamente, la congregación local, puesto que tiene "ancianos". La palabra iglesia es usada en el Nuevo Testamento para designar al pueblo del Señor en su totalidad (Mateo 16:18); la gente dentro de un área geográfica (1 Corintios 1:2); la asamblea de los santos (1 Corintios 1:2; 14:28). Los ancianos supervisan a la congregación local (Hechos 20:28), no la iglesia universal. La iglesia, en su totalidad, es un organismo con Cristo como su cabeza (Efesios 1:19-23), y los hijos de Dios los miembros del cuerpo (1 Corintios 12:12-28). Todas las iglesias del Nuevo Testamento, *al ser organizadas de manera cabal*, tenían una pluralidad de ancianos, cuyo deber es de alimentar al rebaño de Dios, y de vigilar sobre la obra de la congregación (Hechos 14:23; 15:2; 16:4; 21:18; 20:28; 1 Pedro 5:1-4). La congregación es enseñada a someterse a éstos, porque velan por las almas puestas a su cuidado (Hebreos 13:7, 17). Los "ancianos" también son designados como *obispos* (Hechos 20:28), *pastores* (Efesios 4:11), presbíteros (1 Timoteo 4:14). Cf. El griego de Hechos 11:30. Sus cualidades son dadas en detalle en 1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9.

y oren sobre él,— (*Proseuzasthosan ep' auton*). El verbo es un aoristo medio imperativo. "Ellos" (sobrentendido en el verbo) son los ancianos; "él" el hombre enfermo. La oración que los ancianos han de orar ha de ser "sobre" él, no literalmente, claro, sino figurativamente; *han de orar por él*. Parece absurdo asumir, con algunos comentaristas, que las instrucciones obligaban que estuvieran de pie con sus cabezas inclinadas sobre su cuerpo postrado. Hay un requisito adicional mencionado en la próxima cláusula.

unguéndole con aceite en el nombre del Señor.— El verbo aquí es un participio aoristo, indicando que el acto de ungir era hecho o antes de la oración, o en conexión con ella. Así, el hombre enfermo ha de ser ungido; ungido con aceite; ungido con aceite en el nombre del Señor. El aceite de oliva era usado tanto medicinalmente como simbólicamente en tiempos bíblicos. Era usado simbólicamente en el nombramiento y coronación de los profetas, sacerdotes, y reyes del período del Antiguo Testamento implicando un ungimiento del Espíritu Santo (1 Samuel 10:1, 9). El señor a veces usaba de símbolos externos en conexión con su sanidad (Juan 9:6, 11). El aceite de oliva también tiene valor terapéutico, casos de los cuales puede verse en Lucas 10:34, en donde el aceite fue ungido en las heridas del hombre que cayó entre los ladrones. Parece muy claro aquí que el uso de aceite era *simbólico*, y no medicinal; y así servía como una señal del poder de Dios por medio del cual la sanidad era lograda. *Los ancianos*, no

los médicos, habrían de ser llamados. Si el arte de la sanidad *por los médicos* hubiera sido la intención, la instrucción hubiera sido "Llaman a los médicos y que hagan una diagnosis de su caso y que prescriba el tratamiento adecuado. . . "Era, como veremos, "la oración de fe" que lograría el propósito, no la administración del aceite. Mientras que el aceite de oliva era beneficioso para algunos males, era inútil para otros. Obviamente, la aplicación del aceite de oliva sería inútil a la cabeza o el cuerpo del enfermo del corazón.

El acto,—ungiendo con aceite—habría de ser hecho "en el nombre del Señor"; i. e., por la autoridad del Señor. El significado es que el Señor ordenó que eso habría de ser hecho y la bendición que lo acompañaba sería hecho por Él. Esto corrobora el concepto ya indicado en estas notas, y que habrá de ser enfatizado abajo, que la sanidad de este pasaje era milagrosa. La frase, "en el nombre del Señor", ha de ser construido con el unguimiento, y no con el verbo "orar". Así, el unguimiento con aceite era simbólico del poder en que Cristo mismo obraría a favor del hombre enfermo.

15 Y la oración de la fe salvará al enfermo,— La oración de la fe (*je euche tes pisteos*), es una oración que resulta de la fe; una oración pronunciada por causa de la fe de los que oraban. De esta oración se afirma que "salvará", (*sosei*, futuro activo de *sozo*, sanar a alguien), "al enfermo". Debe observarse que Santiago declara que es *la oración de la fe* que logra esto; no la oración y *el aceite*; no la oración y el tratamiento medicinal; no la oración y la imposición de manos. La oración de fe era la que fue expresada por los ancianos en que, claro, unidos con el que llamó a los ancianos, el interesado. Esta oración se dice que *salvará* (en el original y con el importe principal de la palabra, para sanar) al enfermo. En este caso, esta palabra debe, por lo tanto, ser considerada como limitada en su significado a lo físico, sanidad temporal de la aflicción contenía el hombre, puesto que como un dato adicional al perdón de sus pecados, es después afirmado.

y el Señor lo levantará;— Obsérvese que es *el Señor* quien hace esto; y, que de lo que el enfermo habrá de ser levantado es de su cama de dolor y enfermedad. El verbo aparece en esta misma conexión en Marcos 1:31; Mateo 8:15, y con frecuencia en otras partes del Testamento griego. Aquí está una prueba positiva de la falsedad de la interpretación católica romana de ese pasaje. Lo que el clero pretende ver en este verso apoya para su doctrina de la Extrema Unción en que ungen a uno *que está por morir*. Aquí, sin embargo, el unguimiento habría de ser hecho en una acción cuyo diseño era ¡habilitar al enfermo *para vivir!* Además, los "ancianos de la iglesia", eran los que habrían de ser llamados en tales casos, no sacerdotes católico romanos. Esta afirmación de Santiago no tiene ni la más remota

semejanza a la monstruosa doctrina defendida por la Iglesia de Roma que ellos llaman la Extrema Unción.

y si ha cometido pecados, le sean perdonados.— Esto se promete además de la sanidad de su cuerpo. Puesto que el Señor perdona los pecados de su pueblo sólo cuando se arrepienten y se apartan de ellos; este hecho debe de ser implicado en este pasaje (1 Juan 1:7-9; 2:1). De las consideraciones anteriores, debe de ser muy obvio para el estudiante que discierne que este pasaje era aplicable al período de la iglesia de los dones milagrosos y limitado a él. Sobre la asunción que es aplicable hoy, si el enfermo llamaba a los ancianos como aquí se le instruye, y los ancianos cumplían con su deber, *¡nadie en la iglesia moriría!* Sin embargo, el escritor de Hebreos afirmó solemnemente, "Está reservado a los hombres el morir una sola vez . . ." (Hebreos 9:27)

Evidentemente, por un tiempo limitado, y por propósitos especiales, Dios ordenó que las siguientes instrucciones deben ser observadas; y en cada caso la promesa fue cumplida. Que no era generalmente seguida, ni había la intención de practicarla universalmente durante la Edad Apostólica sigue del hecho de que con frecuencia los santos enfermaban y aun morían (Hechos 9:32-43; Filipenses 2:19-30; 1 Timoteo 5:23; 2 Timoteo 4:1-8). Mientras aquellos a los cuales este pasaje se aplica particularmente recibieron, sin excepción, la bendición de la sanidad y el perdón; otros, de la edad apostólica con frecuencia era afligidos sin alivio. Pablo tenía un agujijón en la carne; Timoteo tenía un desorden estomacal, y Trófimo fue dejado enfermo por Pablo en Mileto.

Parece muy claro de todos los datos en el caso que los ancianos aquí contemplados tenían poder milagroso--por medio de la imposición de las manos de los apóstoles--y pudieron participar en los actos milagrosos de sanidad en la manera descrita. En la edad apostólica, y en un día de dones especiales, dado por medio de la imposición de las manos de los apóstoles, hechos de sanidad eran hechos independientemente de cosas; hoy Dios aún sana, *pero por medio de cosas*, y por medio de varios métodos de sanidad con los cuales hoy el mundo es bendecido. Dios una vez dio de comer a la gente milagrosamente, e independientemente de cosas; aún nos alimenta, pero la semilla, el sembrador, la tierra, el sol, la cosecha, el molino, el panadero son todos medios para este fin. Es tan lejos del plan de Dios hoy esperar que nos alimente como lo hizo Jesús cuando multiplicó los panes y los pececillos. Claro que es propio y correcto que oremos por los enfermos; orar para que ellos sean sanados; orar para que el Señor los levante y los restaure a sus lugares usuales en la vida; pero, debemos reconocer que Él obra *por medio de cosas* hoy, y que Él ha escogido lograr sus propósitos de esta manera. Uno que *rechaza* estos medios hoy--tal como medicina,

cirugía, y todos los otros métodos aprobados--y pretende dependencia sólo en Dios, realmente *rechaza a Dios* quien hoy escoge obrar de esta manera. Aquel que es levantado de la puerta de la muerte por medio de drogas modernas milagrosas es *con toda seguridad sanado por el poder de Dios así* como los del primer siglo que fueron los recipientes del ministerio de sanidad de Cristo en ese día. Seamos agradecidos por, y el uso sin demora, de estos maravillosos medios de la mano de Dios.

EJEMPLO DE ORACION

5:16-18

16 Confesaos vuestras faltas unos a otros,— Este mandato, por Santiago, es asociado lógicamente y gramaticalmente con la sección anterior. Se afirma del "enfermo", (v. 15), que "si ha cometido pecados, le serán perdonados". Puesto que el Señor perdona los pecados de su pueblo sólo cuando confiesan, y se arrepienten de sus pecados, hay una confesión *implicada* en el caso citado. Además, se indica una conexión íntima con la declaración anterior, y es una conclusión sacada de las premisas en ella. La confesión y la oración son ordenadas en esta sección. Los verbos son presente imperativos, y significan: "Sigán confesando sus pecados unos a los otros, y sigán orando unos por los otros. . ." Es significativo que este pasaje no trata con la confesión *a Dios* (*eso* es implicado en el verso 15), a los ancianos o al predicador exclusivamente, sino *unos a otros*. De esa manera, llega a ser un deber de los ancianos y los predicadores confesar sus pecados a miembros del cuerpo así como para otros confesar sus pecados a ellos.

Este pasaje es citado con frecuencia por los católicos para apoyar su doctrina de la Confesión Auricular (confesión en el oído), la práctica de confesar con regularidad al sacerdote; pero las palabras "unos a otros" constituyen una añadidura fatal, ¡en cuanto concierne a esa doctrina! Si esto enseña que uno debe de confesar al sacerdote, enseña claramente que ¡el sacerdote debe entonces inmediatamente confesar sus pecados *al que confiesa!* (Una práctica, podemos agregar, no característica de ellos). Ni si los pecados aquí vistos son *sólo* contra los hombres, sobre la asunción que porque han de ser confesados a hombres, deben de ser contra los hombres. El sustantivo designa transgresiones contra la ley de Dios, ya sean contra Dios o contra el hombre. La palabra "confesaos", de *exomologeisthe* (presente medio imperativo), significa estar de acuerdo a, reconocer; por lo tanto, confesar es reconocer el hacer el mal. Enseñada aquí es la obligación sencilla de todos los cristianos tanto de confesar sus pecados unos a los otros como el orar unos por los otros.

No hay nada en sí en la palabra “confesaos” que indique si la confesión ha de ser *pública* o *privada*; pero el contexto en que aparece sí lo hace, puesto que es uno al otro; y esto, por implicación significa que la confesión ha de ser tan pública como los pecados cometidos. La razón por esto es obvia. Hemos de orar unos por los otros. Sin embargo, podemos hacerlo efectivamente sólo cuando un hermano confiesa sus pecados y ya no los comete (1 Juan 5:16). (Vea los comentarios sobre esto en *A Commentary on The Epistles of Peter, John and Jude*, publicado por el Gospel Advocate Company, Nashville, Tennessee). Es necesario por la naturaleza del caso que los que han sabido de los pecados tengan el mismo conocimiento de la penitencia. Pero, esto lo podemos saber sólo por medio de una confesión del hermano involucrado. *Por lo tanto, es una regla práctica que la confesión sea tan pública como el pecado.* Debe de ser cuidadosamente observado que este pasaje no está limitado en su aplicación a aquellos casos en donde uno comete un pecado serio contra Dios y lo confiesa a él. En este caso, la confesión es a los hermanos. Ni, es el pecado aquí visto necesariamente contra aquellos a quienes la confesión es hecha. Los tiempos de los verbos indican una confesión continua y oración constante por todos nosotros. Por lo tanto, este pasaje no trata exclusivamente con la "confesión formal" hecha por uno que ha cometido abiertamente un pecado público, y está haciendo la confesión ante la iglesia por ello, aunque lo incluye. Es una obligación diaria, aplicable a todos nosotros.

y orad unos por otros, para que seáis sanados.— La oración unos para con los otros, mandado por este pasaje, era mucho más común en la era apostólica que ahora. Pablo con frecuencia oraba por los hermanos; y mostraba gran interés en las oraciones de otros por su parte: "Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, rogando siempre en todas mis oraciones con gozo por todos vosotros" (Filipenses 1:3, 4); "Por lo demás, hermanos, orad por nosotros" (2 Tesalonicenses 3:1). Cuando Pedro estaba en la cárcel, la oración fue hecha para él por toda la iglesia (Hechos 12:5). Claro que aquí el propósito de la oración es específicamente por la dádiva de bendición de Dios en el caso de perdón y sanidad.

La frase, “para que seáis sanados”, tiene referencia al tema introducido en los versos 14 y 15, y es una conclusión natural de lo que allí se afirma. Obviamente, sólo aquellos que estaban dispuestos a confesar sus pecados podrían reclamar la promesa allí establecida. Una persona impenitente más que probable que no llamaría a los ancianos de la iglesia; si lo haría, los ancianos no podrían consistentemente orar por su perdón y sanidad; y si lo harían, el Señor no lo perdonaría ni lo sanaría en su impenitencia. Dios no dará sus bendiciones sobre aquellos que insisten en mantener la barrera entre ellos y Él.

La oración eficaz del justo tiene mucha fuerza.— Una “oración” (*deesis*, ruego, petición) es un acercamiento a Dios en oración, en donde el énfasis es en el sentido de la necesidad característica de la persona suplicando. En el griego común del período del Nuevo Testamento era la palabra usual por la petición de parte de uno para con su superior. Aunque señala los aspectos del ruego, es un término general que envuelve la petición, peticiones de gracias, alabanza, devoción, etc. Un hombre “justo” es uno que *hace el bien*. Pero, sólo el que guarda los mandamientos hace el bien; por lo tanto, un hombre justo es uno que guarda los mandamientos. “Si sabéis que él es justo, reconoced también que todo el que hace justicia es nacido de él” (1 Juan 2:29). “Hijitos, nadie os engañe; el que practica la justicia es justo, como él es justo” (1 Juan 3:7).

La oración del hombre que guarda los mandamientos, “tiene mucha fuerza” (*polu ischuei*, tiene gran fuerza). Aquí también, el verbo está en el tiempo presente y significa que la oración de un hombre que guarda los mandamientos sigue teniendo gran fuerza. Aquí hay testimonio claro y convincente a la efectividad y la eficiencia de la oración de hombres buenos. Tales oraciones tienen *mucha* fuerza. ¿Cuánto es mucha? “Mucha” es un término comparativo; no obstante, es *más que poco*; por lo tanto, es seguro para nosotros afirmar que la oración tiene más que un poco en su obra cuando es usada por un hombre que guarda los mandamientos del Señor. Así cuando uno niega la eficacia de la oración, el esfuerzo es una exhibición de escepticismo.

La frase, “mucha fuerza”, significa la manera en la cual logra su propósito. Es un tipo o clase de oración que es traída efectivamente. Ejemplos de tales súplicas que enseguida vienen a la mente, de la verdad de su afirmación, incluye la viuda insistente y el juez injusto (Lucas 18:1-8), y la mujer siro fenicia cuya hija estaba enferma (Mateo 15:21-28). Así, el pasaje enfatiza el poder de la oración cuando la hace uno que es espiritual y con el derecho de dar. Podemos hacer un resumen de la declaración de la siguiente manera: “*El efecto de una oración hecha por un hombre bueno es grandioso*”. De esto aprendemos que (1) la oración es efectiva; (2) es bueno orar, y podemos tener la expectación que nuestras oraciones, cuando bien dichas, serán oídas; y (3) debemos guardar los mandamientos del Señor si es que vamos a esperar respuestas a nuestras oraciones.

17 Elías era hombre de sentimientos semejantes a los nuestros—

Elías, el gran profeta del período del Antiguo Testamento, es traído por Santiago para ilustrar la efectividad de la oración por un “hombre justo”. Las actividades de este sobresaliente hombre de Dios son expuestas en gran detalle en Primera de Reyes. Tenía una fe en Dios que aparentemente no

conocía límites, y su valor moral y celo por Jehová fueron inigualables. Parecería que ningún deber era demasiado difícil o peligroso para él, si envolvía la obra del Señor. El mismo dijo, “He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:10). Aunque severo e inflexible en principio, era tan tierno de corazón como un niño y capaz de llorar sobre la muerte del hijo de la viuda y sobre la perdición del pueblo de Israel.

Era un hombre de “sentimientos semejantes” (*homoioopathes*, sufriendo como otro), con nosotros. Por esto se dice que Elías tenía el mismo cuadro humano con sus tristezas, emociones, gozos, que tenemos nosotros. Estas palabras fueron escritas por Santiago para quitarnos cualquier sentimiento que las hazañas de este hombre maravilloso de Dios lo ponía aparte del resto de sus compañeros, y que él no podría ser considerado como un ejemplo de una persona común. Santiago quiere que sus lectores sepan que a pesar de su gran fe y esfuerzos incansables por la causa del Señor, era como todos nosotros en sus sentimientos, pesares, tentaciones y debilidades, etc. La palabra traducida "de sentimientos semejantes" aparece sólo aquí y en Hechos 14:15, en donde Pablo y Bernabé aseguran a la gente de Licaonia, quienes querían hacer dioses de ellos, que ellos eran "hombres de pasiones semejantes" con ellos. Así, Elías en su naturaleza era como los otros hombres.

y oró fervientemente para que no lloviese,— (*proseujchei proseuxato*, literalmente, "oró con oración", un declaración enfática para indicar su intensidad). El significado es: oró con gran sinceridad para que no lloviese. Algunos comentaristas han hecho mucho del dato de que no se dice expresamente, en la narrativa del Antiguo Testamento, que Elías realmente oró. Es, como observaremos después, implicado; y Santiago, un hombre inspirado, *dijo* que lo hizo; y con eso basta. El Antiguo Testamento *no* dice que *no* oró; el Nuevo Testamento dice *que* oró.

y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses.— La frase, "sobre la tierra", es probablemente limitada por el contexto a la tierra de Israel; por lo tanto, el significado es "No llovió sobre toda la tierra de Israel por el período designado". Para un ejemplo de este uso de "la tierra", véase Lucas 2:1. La frase, "la tierra", se usa con frecuencia como un sinónimo para la tierra de Israel. No hay una declaración definitiva en el registro del Antiguo Testamento de este incidente del tiempo involucrado, sino que tenemos el testimonio tanto de Santiago como de Jesús que fue por "tres años y seis meses". "Pero en verdad os digo: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y cuando una gran hambre se cernió sobre todo el país" (Lucas 4:25).

18 Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto.— Esto parece ser una referencia a 1 Reyes 18:42, 45, aunque allí no

se declara definitivamente con palabras que Elías oró. Pero esa extraordinaria narración muestra que estaba en la posición de oración; y es meramente una mera cavilación capciosa negar que la oración es incluida aunque no formalmente expresada: "Entonces Elías dijo a Acab: Sube, come y bebe; porque ya se oye el rumor de una gran lluvia. Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmel, y *postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas*. Y dijo a su criado: Sube ahora, y mira hacia el mar. Y él subió, y miró, y dijo: No hay nada. Y él se lo volvió a decir siete veces. A la séptima vez dijo: Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar. Y él dijo: Ve a decirle a Acab: Unce tu carro y desciende, para que la lluvia no te ataje. Y aconteció, estando en esto, que los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y hubo una gran lluvia" (1 Reyes 18:41-45).

En una tierra en donde las sequías son frecuentes y las vidas de la gente están directamente dependientes de la lluvia, la lluvia es de vital importancia, y las bendiciones envueltas en la venida de la lluvia son muy grandes. Cuando el cielo da lluvia, la Tierra, particularmente en Palestina, da su fruto en abundancia. Este caso fue citado por Santiago para mostrarnos el poder de la oración. Si uno con sentimientos semejantes con nosotros (poseído de la misma naturaleza humana) como Elías podía lograr tanto por medio de la oración, entonces no debería negar su eficacia hoy. Si estamos con la disposición de preguntarnos si una oración semejante se hiciera hoy--es decir por lluvia o para que deje de llover--si fuese contestada; podemos tener la seguridad que si las mismas circunstancias existieran y la voluntad del Señor era la misma, el resultado sería el mismo.

De ninguna manera es necesario asumir que el incidente al cual se refiere Santiago fue un milagro--mas allá de las reglas ordinarias de la naturaleza. Una nube apareció en el cielo y de ella cayó la lluvia. ¿No es ésta la forma usual en que caen las lluvias? Si se supone que la nube fue milagrosamente provista, en el análisis final, ¿no nos provee el Señor con *todas las nubes* de donde cae la lluvia? No obstante, no era la intención de Santiago afirmar que Dios contesta a la oración de la misma manera en que se contestó a las oraciones de Elías; en esa ocasión, fueron contestadas. El propósito por el cual fue introducido fue para mostrar que Dios *contesta la oración* y no para demostrar cómo es que lo hace. Es suficiente para nosotros saber que lo hace; podemos dejar a él con corrección las operaciones providenciales por las cuales se logra. Simplemente, la lección es ésta: *Elías era un mero hombre; Dios contestó a su oración; por lo tanto, también contestará a las nuestras.*

SALVANDO A UN ALMA DE LA MUERTE

5:19, 20

19 Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad,— (*Ean tis en jumin plaethei* aoristo pasivo subjuntivo, una condición de la tercera clase, "En caso de que uno de vosotros sea extraviado de la verdad . . ."). De esta declaración resulta que (a) un hermano puede pecar; (b) un hermano puede errar; (c) un hermano puede errar de la verdad. No se indica aquí si la verdad es práctica o "doctrinal"; i.e., si cae de lo que está bien, aceptar alguna doctrina falsa y por lo tanto el abandono de la verdad, o ambos. Cualquiera de los dos casos puede, y con frecuencia sucede; "Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas 6:1). De hecho, no es fácil separar a los dos conceptos. Los que ceden a la tentación lo hacen por no tener cuidado concerniente al pecado que tan fácilmente los rodea (Hebreos 12:2); y los que abandonan a la verdad intelectualmente, lo repudian también de una manera práctica. Esto va sencillamente para decir que no es posible separar la *doctrina* de lo *práctico*, en sus aspectos prácticos, en la vida de uno. La doctrina, sin la práctica, no tiene valor (Santiago 2:14-26); y, la práctica sin la doctrina no tiene dirección y no persistirá por mucho tiempo.

Hemos observado de numerosas advertencias que la Epístola contiene que aquellos a los cuales Santiago escribió estaban siempre en peligro de abandonar la verdad, y de caer en los pecados que era peculiar a, y característicos de su tiempo y situación. La advertencia que este pasaje contiene era, por lo tanto, especialmente oportuno. Además, la declaración es una reprensión a todos los que le dan poca importancia a la "doctrina". ¿Por qué pecan y caen los hombres? Porque se desvían de la verdad. ¿Cuál es la única manera efectiva por la cual los hombres puede refrenarse de la caída? Al inducirlos a aceptar, y permanecer en la verdad. Jesús dijo "a los judíos que le habían creído: Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:31, 32). La vida del hombre, en sus aspectos externos, es una verdadera reflexión de su carácter; y su carácter es un espejo de lo que cree. *¡Claro que hace diferencia en lo que uno cree!* El que cree que su árbol ancestral contenía monos, vivirá como un mono si la tentación es suficiente fuerte: aquel que se le impresionó el hecho de que tiene la estampa de divinidad sobre él, se esforzará para alcanzar hacia arriba en donde está Dios.

Los hombres son engendrados por la palabra de verdad (Santiago 1:18); sus almas son purificadas por ella (1 Pedro 1:22, 23); son salvos por

ella (1 Corintios 15:1-3; y por ella son hechos *libres* (Juan 8:31, 32). Por lo tanto, resulta, que cualquier lapso de lo que es el bien es simplemente *un abandono de la verdad* que los elevó del punto a donde habían caído. A la luz de estos datos, es asombroso que los hombres que dicen creer la Biblia insistan, de todos modos, en que es imposible que un hijo de Dios peque y caiga de manera que sea finalmente perdido en el infierno. En un tratado sin derechos de autor escrito hace muchos años, un Sr. Morris, bajo el título **CONDENAN A SU ALMA LOS PECADOS DE UN CRISTIANO**, dijo:

“Tomamos la posición que los pecados de un cristiano no condenan su alma. La manera en que vive un cristiano, lo que dice, su carácter, su conducta, o su actitud hacia otra gente no tienen nada que ver con la salvación de su alma . . . Todas las oraciones que un hombre pueda pronunciar, toda la Biblia que pueda leer, todas las iglesias a las cuales pueda pertenecer, todos los sermones que pueda practicar, todas las deudas que pueda pagar, todas las ordenanzas que pueda observar, todas las leyes que pueda guardar, todos los actos de benevolencia que pueda hacer no harán que su alma esté ni un comino más salva; y todos los pecados que pueda cometer de la idolatría al homicidio no pondrán a su alma en el mayor peligro. . . La manera en la cual vive un hombre no tiene nada que ver con la salvación de su alma.”

Este sentimiento, repugnante tanto a la razón como a la revelación, es refutado centenares de veces en ambos Testamentos. Las siguientes ilustraciones, una de cada uno, serán suficientes para demostrar el hecho: “Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón entero y con ánimo generoso; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscas, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre” (1 Crónicas 28:9). “Mirad, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se haya circuncidado, que está obligado a practicar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis, *de la gracia habéis caído*” (Gálatas 5:2-4). Las Escrituras no sólo afirman la posibilidad de apostasía, nos citan numerosos casos de ella, uno de los cuales es el siguiente: “Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad. Y su palabra se extenderá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad diciendo que la

resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos” (2 Timoteo 2:16-18).

y alguien le hace volver,— (*Jo epistrepas*, participio aoristo activo de *epistrefo*, dar vuelta.) De esa manera, convertir a uno es hacerlo dar vuelta del curso que está siguiendo. Esto no ha de construirse para significar que un hombre literalmente puede salvar a otro; lo que significa es por la enseñanza, el ánimo, y la asistencia, uno puede hacer a otro que de vuelta de su curso fatal que está siguiendo, volver a establecer su confianza en la verdad y así ponerlo en el camino correcto otra vez. Mientras que aquí la declaración tiene referencia particular al discípulo errante, el principio es igualmente aplicable a cualquier pecador. En cualquiera de los casos, tal persona debe ser "convertida", i.e., dado vuelta del curso desastroso que está siguiendo, y traído de vuelta al camino correcto. La palabra de Dios--la verdad del evangelio--es, claro, el instrumento; pero un instrumento que debe ser usado por los hombres, puesto que, "agradó a Dios salvar a los creyentes *mediante la locura de la predicación.*" (1 Corintios 1:21).

20 sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino,— "El" es el "alguien" del verso 19, y es además identificado como "el que haga volver al pecador del error de su camino", en el verso 20. La palabra, "sepa", (*ginosketo*, presente activo imperativo), es literalmente, "Que siga sabiendo. . ." La expresión "haga volver" tiene el mismo significado como en el verso 19, y significa "dar vuelta". El "pecador", (*jamartolon*, de *jamartia*, errar al blanco) es cualquiera que haga mal; aunque aquí, por el contexto, es evidentemente limitado a hermanos errantes. "El error de su camino", es el curso seguido después de abandonar la verdad. La palabra traducida "error", (*plane*), significa no sólo el pecado, sino el pecado inducido por la decepción (1 Juan 4:6; 2 Pedro 2:18; 3:17). Claro, hay siempre un elemento de decepción envuelto en la apostasía, puesto que uno sigue tal curso sólo por la decepción concerniente a lo que es preferible o deseable.

salvará de muerte un alma,— El "alma" que ha de ser salvada de la muerte en esta manera es, claro, el alma del que fue vuelto del error. Es absurdo decir, como lo hacen algunos comentaristas, que el alma salvada es la de la persona que hizo volver al pecador de su camino. Para una discusión de las palabras, "alma", y "espíritu", vea las notas bajo Santiago 2:26. La "muerte" contemplada es espiritual--no física. Todos, con la excepción de los que estén vivos cuando vuelva el Señor, deben eventualmente morir, tanto los buenos como los malos; nadie, en el curso normal de los eventos, puede escapar la muerte física. La palabra *muerte* denota "separación". Así, "salvar un alma de la muerte", es capacitar a uno para escapar la separación eterna de Dios y todo lo que es bueno.

y cubrirá una multitud de pecados.— Por medio de los servicios de otro, no sólo un hermano errante, es así salvo de la muerte espiritual, la acción envuelta cubre "una multitud de pecados". Cubrir es esconder, poner fuera de vista. De esa manera, al capacitar a un hermano para obtener perdón, lo traemos de vuelta de una situación que debe, si se permite seguir, resultar en la separación eterna de Dios; y sus pecados son puestos a un lado, escondidos, cubiertos. Parece haber en la declaración, "y cubrirá una multitud de pecados", una alusión clara a un concepto hebreo común asociado con la tapadera del arca o como a veces se llama, "el asiento de misericordia". "Bienaventurado aquel a quien es perdonada su transgresión, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no imputa iniquidad" (Salmo 32:1, 2). "Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas, y cuyos pecados han sido cubiertos" (Romanos 4:6-8). "Cubrir" pecados es, por lo tanto, ponerlos a un lado, cancelarlos, perdonarlos. El uso hebreo claramente establece este significado del término; y esto es logrado cuando a un hermano se le hace ver el error de su camino, y es movido de volver a Dios para el perdón que sólo Él puede dar.

Se enfatiza aquí una obligación que se enseña repetidas veces en las Escrituras. No vivimos ni morimos para nosotros solos; y así sostenemos una tremenda responsabilidad para con aquellos que nos rodean--sean santos o pecadores--ayudarlos para ir al cielo. "Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas a perpetua eternidad" (Daniel 12:3). "El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio" (Proverbios 11:30). Para ser asegurados de ir al cielo nosotros mismos debemos de servir al Señor fielmente, y buscar de llevar a cuanta gente sea posible con nosotros. ¡Qué trágico en verdad será la situación si en el juicio algún amigo o asociado dirá, "Viví contigo en tal parte del mundo; estaba asociado contigo por muchos años; y, no obstante del hecho de que me ayudaste en muchos asuntos *materiales*, no mostraste interés en el bienestar de mi alma, ni hiciste el intento de hacerme volver al Señor! En verdad, ¡nunca me mencionaste a Él a mí!" Alguien ha dicho muy bien:

"Pienso que debo lamentarme sobre mi triste suerte,
Si la tristeza en el cielo puede ser;
Si nadie estuviese allí en la Puerta Hermosa,
Allí buscando y esperándome."

Y así termina la Epístola de Santiago, uno de los verdaderamente grandiosos documentos del Nuevo Testamento. No hay ninguna conclusión

formal; la Carta termina en el nivel alto y fraternal con el cual comenzó: una apelación sincera e impresionante a “hermanos míos” (1:2; 5:19). De hecho, aquí está el ápice del servicio cristiano; la única manera, en verdad, a la grandeza genuina en esta vida--a aquel lugar en donde el amor encuentra su realización más rica y completa.